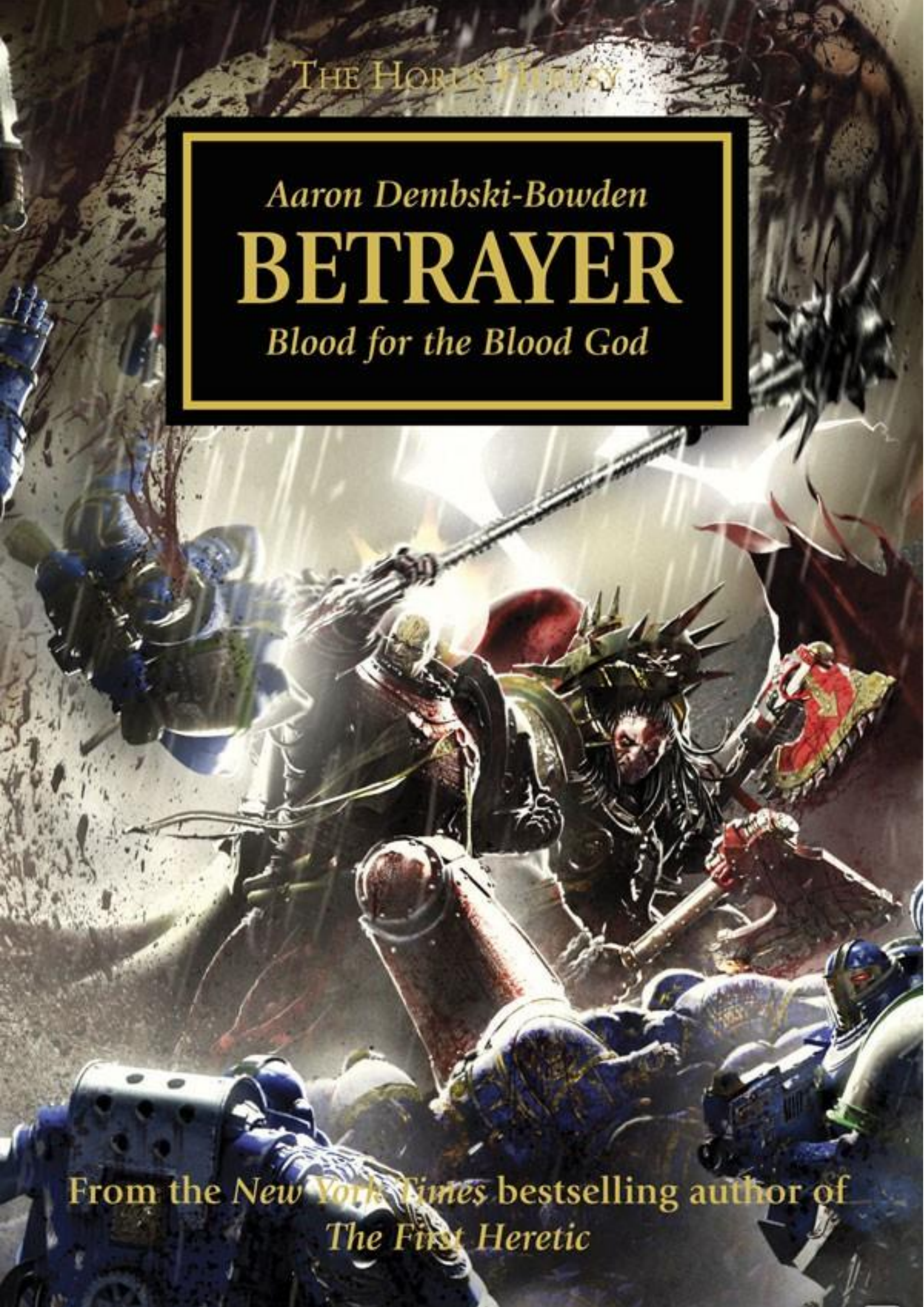

Aaron Dembski-Bowden
BETRAYER
Blood for the Blood God
From the New York Times bestselling author of
The First Heretic



LA HEREJÍA DE HORUS

TRAIDOR

AARON DEMBSKI-BOWDEN



Nacex



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

HORUS	Primarca de los Hijos de Horus y líder de la rebelión
ANGRON	Primarca de los Devoradores de Mundos
LORGAR	Primarca de los Portadores de la Palabra
MAGNUS EL ROJO	Primarca de los Mil Hijos
ROBOUTE GUILLIMAN	Primarca de los Ultramarines

La Legión de los Devoradores de Mundos

KHÂRN	Capitán de 8ª compañía y Palafrenero de los Devoradores de Mundos
VORIAS	Lectio Primus bibliotecario de los Devoradores de Mundos
ESCA	Codificador bibliotecario de los Devoradores de Mundos
KARGOS	Apotecario de la 8ª compañía de los Devoradores de Mundos
JEDDEK	Hermano de la 8ª compañía de los Devoradores de Mundos
SKANE	Sargento de la 8ª compañía de los Devoradores de Mundos Escuadra de Destructores Skane
GHARTE	Sargento de la 8ª compañía de los Devoradores de Mundos, Escuadra Táctica Marakan
DELVARUS	Centurión de la 44ª compañía de los Devoradores de Mundos Escuadra Triarii Delvarus
LHORKE	Dreadnought modelo Contemptor de los Devoradores de Mundos, *"el Primero"*
NERAS	Dreadnought de los Devoradores de Mundos

La Legión de los Portadores de la Palabra

ARGEL TAL	Capitán de 7ª compañía de los Portadores de la Palabra y Señor de los *"Gal Vorbak"*
EREBUS	Primer Capellán de los Portadores de la Palabra
ESHRAMAR	Sargento de 7ª compañía de los Portadores de la Palabra, Escuadra de Inmoladores de Eshramar

La Legión de los Ultramarines

ORFEO CASSANDAR	Legado de Armatura

Ejército Imperial de la Cruzada Oscura

LOTARA SARRIN	Capitana del *Conquistador*, nave insignia de los Devoradores de mundos
IVAR TOBIN	Primer Oficial del *Conquistador*, nave insignia de los Devoradores de mundos
FEYD HALLERTHAN	Oficial del *Conquistador*, nave insignia de los Devoradores de mundos
LEHRALLA	Astrópata del *Conquistador*, nave insignia de los Devoradores de mundos
KEJIC	Controlador Vox del *Conquistador*, nave insignia de los Devoradores de mundos
LA BENDITA SEÑORA	Confesora de la Palabra

El Mechanicum Obscurus de Marte

VEL-KHEREDAR	Archimagos Venerable, representante de Kelbor-Hal

La Legio Audax *"Lobos Ardientes"*

VENRIC SOLOSTINE	Princeps Ultima, y Princeps del Titán de mando *Syrgalah*
TOTH KOL	Moderati Primus del Titán de mando *Syrgalah*
KEEDA BLY	Moderati Secundus delTitán de mando *Syrgalah*
EL NOVENO	Adepto del Mechanicum del Titán de mando *Syrgalah*
AUDUN LYRAC	Princeps Penúltima

La Legio Lysanda *"Centinelas del filo"*

MAX DELANTYR	Princeps del Titán *Ardentor*
ELLAS HYLE	Moderati Primus del Titán *Ardentor*
KEI ADARAS	Moderati Secundus del Titán *Ardentor*

Personajes no imperiales

TYBARAL THAL'KR,	Magnate Imperial de Nuceria
OSHAMA'KORSHAY	General de la guardia Thal'kr Kin
DAMON PRYTANIS	Perpetuo

"Porque no se podía confiar en nosotros. El Emperador necesitaba un arma que no obedeciera sus propios deseos antes que los del Imperio. Necesitaba un arma que nunca mordiera la mano que le alimenta. Los Devoradores de Mundos no eran esa arma. Todos empuñamos espadas atraídos únicamente por la causa del derramamiento de sangre, y todos hemos sentido la alegría de ganar una guerra que ni siquiera tenía que suceder. No somos los animales domesticados y confiables que el emperador quería. Los Lobos obedecen, cuando no deberían. En los lobos se puede confiar, cuando en nosotros no podrían. Tienen una disciplina que nos falta, porque sus pasiones no están en llamas por los clavos del carnicero zumbando en la parte posterior de nuestros cráneos."

"Los lobos siempre entrarán en vereda a su llamada. En ese sentido, es un misterio por qué se nombran a sí mismos lobos. Son dóciles, atados con collar por el Emperador, obedeciendo todos sus caprichos. Pero el lobo no se comporta de esa manera. Sólo un perro lo haría."

"Por eso somos los Devoradores de Mundos, y nunca más los Perros de la Guerra."

-Capitán de la 8ª compañía Khârn, de su tratado publicado *Las dieciocho legiones*

PRÓLOGO

Isstvan III

Skane era el que debía encontrar el cuerpo. Permanecía con una rodilla en tierra entre los muertos, al lado del casco destrozado de un Land Raider, su armadura manchada de negro por la estela de las armas que esgrimía.

-Kargos -transmitió. Su voz sonaba metálica, cargada de estática. Uno de los enemigos le había dañado la garganta durante la batalla y afectado a sus cuerdas vocales augménticas. Necesitaría resintonizarlas una vez regresara al *Conquistador*.

-Kargos -dijo- una vez más, a través de la tumba tranquila vox canales.

-¿Qué? -la respuesta de su hermano no solo estaba también viciada por la estática, pero más por la corrupción tradicional en estas transmisiones que por una tráquea biónica.

-Sigue mi transpondedor -dijo Skane. -Ven aquí.

-Estoy ocupado. Mira a tu alrededor, sargento. ¿Crees que eres el único que necesita mi ayuda en este momento?

Skane no se molestó en mirar. Sabía dónde estaba y lo que iba a ver; se encontraba en el centro de todo, y los muertos se contaban por miles. La mayoría llevaban servoarmaduras verde de los océanos poco profundos, agrietado y destrozados por la traición de sus antiguos camaradas. Estos eran los antiguos Hijos de Horus, traicionados por sus hermanos y asesinados por su deslealtad. Entre sus filas, la servoarmadura de color blanco manchada de sangre destacaba como perlas entre las algas. Demasiados Devoradores de Mundos había caído aquí, aunque la victoria era innegable. La ciudad estaba muerto en todas las direcciones, reducida a cenizas y escombros.

Una sombra cayó sobre Skane, bloqueando el sol débil cuando un Warhound de la Legio Audax pasó con su paso de sonajero, sacudiendo la tierra torturada. Llevó una mano a la máquina de guerra, sin recibir reconocimiento más allá de la luz del sol brillante sobre la lanza-garra del Titán. Siguió su marcha, moliendo con sus pies ceramita y hueso y hierros retorcidos en la tierra, su cabina de lobo gacha pues estaba de caza en busca de signos de vida y escaneaba los olores entre los muertos y los moribundos.

Skane se volvió hacia el tanque arruinado, arrodillándose junto a su extremo delantero en el que el arado buscaminas estaba decorado de arañazos y sangre derramada. Un cuerpo empalado en los picos del cilindro trepanador mantenía un reposo incómodo, sus dedos raspando inútilmente todo el metal. Skane no estaba

seguro de cómo podía vivir aún el guerrero fijado, y dudó de que la temblorosa figura desangrándose sobreviviera si le extraía de la hoja. Sin embargo, volvió a hablar.

-Kargos –dijo por tercera vez. Tomó al apotecario varios segundos para responder.

-Ya te he dicho que estoy ocupado. Mantén tu maldita garganta cerrada, o cállate y espera hasta que estemos de nuevo a bordo de la nave.

Skane desacopló los sellos del cuello del guerrero moribundo, levantando la cabeza liberada con un siseo de presión del aire. El rostro revelado era pálido, manchado de sangre desde los labios hacia abajo, los ojos abiertos y ciegos, mientras que la boca se movía en silencio, expresando el dolor sin palabras.

-He encontrado a Khârn –transmitió Skane.

Esta vez, no hubo demora en la respuesta de Kargos. -Estoy en camino.

LIBRO PRIMERO

ARMATURA MUNDO MILITAR

I

Últimas palabras

-A todo el que oiga estas palabras, te suplico que la lleves por todo el Imperio. Soy el vicealmirante Tion Konor Gallus de la Flota Andarion, estacionado en la Propagación Quinta de Ultramar. Mi identificador personal de rango: tres-tres - Via-nueve-uno-KOL-cinco-uno. Hemos sido objeto de ataques intencionales y malignos por una flota bajo los colores de la Duodécima Legión, los Devoradores de Mundos. Nuestros escoltas ya están muertos. Nuestras naves capitales restantes

están sufriendo acciones de abordaje. La mayoría fueron destruidas por completo. Los Astilleros Fulgencio se han sumido en la traición. Llevad el mensaje…

-Variano, todavía están interfiriendo esta señal. No me importa cómo lo hagas, pero logra atravesarla o te dispararé yo mismo…

-Este es el almirante Gallus de la Flota Andarion. Transmitan el mensaje a Calth. Trasmítanlo a lord Guilliman. Nos han traicionado. Nos han traicionado.

- Almirante Tion Konor Gallus,

A bordo del barco de guerra Ultramarines Legado, estacionado en Latona

-Theodos a todas las fuerzas restantes, mantengan formaciones defensivas por encima del círculo polar ártico. Disuadidles de los bombardeos hasta que se envíe el grito astropático. Cualquier fragata de apoyo sin combatir en la rejilla XVII, diríjanse a por la nave de los Portadores de la Palabra con identificación: Deadsong. Matadla antes de que dispare sus lanzas para aniquilar el bastión del Ártico.

-Toda la tripulación de la Aequitas sin juramentos de sacrificio a las cápsulas de escape.

-Theodos a la flota: estamos paralizados y en llamas, todo el personal no esencial abandonando la nave. Destrábense de cualquier intento para defendernos. Repito: desvincúlense de cualquier intento de defendernos. Usen sus armas en otros lugares.

-¿Por qué no funciona? ¿Por qué callan las astrópatas?

- Póngame con el Deadsong. No me importa si no contestan.

-Sé que me escuchas, XVII. Somos vuestros hermanos. ¿Qué locura os ha poseído? Qué loco…

- Maestro de Flota Gayo Theodos,

A bordo de la nave de guerra Aequitas de los Ultramarines, estacionado en Ulixis.

-Todavía sin noticias de los contingentes reunidos en Calth. Puede que la señal incluso no esté llegándoles.

-Uno de nosotros tiene que salir de aquí con vida...

-Esta es la nave insignia a la Azureus: evadíos por cualquier medio necesario. La Lágrimas de Kyanos y el Patriarca Immortal se están moviendo en apoyo, ejecutando una Maniobra Siete Rises para recibir cualquier y todos los castigos dirigidos a la Azureus. Todos los escuadrones de escolta, formen alrededor de la Azureus en un patrón de intercepción Deniquo. Igitur, cese su ataque y lleve sus armas a la tercera cuadrícula para apoyar a la Azureus. Te quiero vaporizando a esa nave de la Duodécima por su cola. Sólo tendremos una oportunidad.

-Azureus, en nombre del Emperador y de los Quinientos Mundos, corra y no se detenga. Vayas hacia Armatura y dele mis saludos a Orfeo.

- Comandante Krios Cassan

El capitán de la nave de guerra de los Ultramarines Vinculum Unitatis, estacionado en Espandor

UNO

El Arcipreste y el Hechicero

Armatura

La Canción de la Disformidad

La Basílica Peregrinus era una fortaleza blindada que sobresalía de almenas espinales de la nave insignia, con una vista de la disformidad por encima de toda la extensión de la *Fidelitas Lex* bajo ella. La catedral en sí sería un palacio en cualquier mundo, del tamaño de un sector de la ciudad por derecho propio, construida con relativa humildad como un modesto eco del Palacio Imperial en Terra.

Lorgar Aureliano estaba en la cúpula observatorio en el pináculo de la torre central. Permanecía calmado, este Señor de los Portadores de la Palabra, blindado pero sin armas, mientras que sus hijos se preparaban para la guerra en los centenares de cubiertas bajo sus pies. La nave estaba llena de cantos y gritos, pero Lorgar estaba en paz, viendo las nieblas de la locura que estrellarse contra la cúpula.

-Hermano -dijo una voz desde atrás.

Los rasgos de Lorgar, pálidos, divinos y entintados con escritura dorada, amanecieron con una sonrisa cálida. Rompiendo la serenidad de su vigilia del cielo se volvió, sus botas resonando en la cubierta de mosaico mientras lo hacía. Una imagen de su hermano Magnus le saludó.

Si la piel de Lorgar era de mármol con inscripciones en oro, Magnus era una efigie de cobre quemado. Ambos primarcas eran reflejos de su padre, cada uno de ellos realizado a imagen del Emperador, pero donde Lorgar era como una estatua estéticamente agradable, grabado con runas intrincados y mandalas arremolinados, Magnus era más parecido a un ídolo pagano de piel roja; el avatar del Dios Sol adorado por las culturas primitivas en edades menos iluminadas. Su piel era del color rojo de los músculos desollados; su armadura un juego de oro perfilado en marfil y con un yelmo de bronce timbrado con la melena de pelo escarlata erizado de un león. Una joya del tamaño del puño de vidrio volcánico, esculpido como un escarabajo negro, ceñía su capa sobre un hombro. Lorgar no podía estar seguro de que su hermano estuviera aquí en realidad, pero la esencia proyectada de pie delante de él era perfecta en cada detalle.

-Magnus -dijo, sin dejar de sonreír. -Dime que has tomado la decisión.

Como siempre, Lorgar mostraba sus emociones tan abiertamente como podía un alma, y su viva gratitud a la llegada de su hermano brillaba en sus ojos. A pesar de ello, Magnus ignoró las palabras de su hermano.

-Puedo oír a tus hijos preparándose para la guerra -dijo en cambio.

La sonrisa de Lorgar no se desvaneció. -Un sonido que hiela la sangre, ¿no es así? Han cambiado mucho desde Isstvan.

-Como lo has hecho tú -dijo Magnus.

La sonrisa del Portador de la Palabra vaciló al fin y volvió a mirar a los cielos turbulentos. -Extraño. Desde Angron esas mismas palabras vienen como un cumplido, o lo más cercano a uno por parte de nuestro hermano. De ti, sin embargo, parecen más una maldición.

Magnus se encogió de hombros.

-No confiaría en Angron si él me jurase que el agua es húmeda. Nuestro hermano está ciego. Ciego y perdido.

-Le subestimas -dijo el Portador de la Palabra. -Él también está cambiando. Todos lo estamos haciendo. Ah, Magnus, podrás ver cómo mis Portadores de la Palabra hacen la guerra ahora. Incluso hace un puñado de años, nunca hubiera imaginado... -Lorgar sonrió una vez más y luego sacudió la cabeza. -Pero has venido a hablarme de tu decisión, ¿no? Por favor, hermano. Cuéntame.

El hechicero dio un leve movimiento de cabeza. -Primero háblame de Calth. Las mareas del Gran Océano están agitadas en los bordes del Sistema Calth, Lorgar, y la muerte emana del lugar en oleadas repugnantes.

-Lamentable, pero necesario.

Magnus resopló, aunque Lorgar no estaba seguro de si era con diversión o burla. Se volvió para mirar de nuevo hacia el caos turbulento de la disformidad, mirando sin pestañear a sus profundidades envenenadas de emociones manifiestas.

-Me alegro de que hayas venido -dijo al fin. -Te he echado de menos.

Magnus lanzó una retumbante risa baja. -¿He de suponer que Angron no ofrece el compañerismo fraternal que habías esperado?

La sonrisa radiante de Lorgar amaneció por tercera vez, pero él no respondió.

Magnus avanzó hasta estar al lado de su hermano. La imagen del Rey Carmesí no despedía ningún olor, aunque su proyección psíquica erizó la piel de Lorgar. No importaba cuan fuerte era hora el Portador de la Palabra, la mera cercanía de Magnus fue suficiente para hacerle temblar la mandíbula. Su hermano más alto

emanaba una fuerza palpable contra la carne de su mente. Nada físico. Nada tan poco sutil. Esta era la fuerza bruta de un alma, sentida en el momento en que se reunían las mentes psíquicas.

-¿Dónde estamos? -preguntó Magnus.

-Cerca de donde necesitamos estar -respondió Lorgar.

-¿Así que es un secreto?

-Una sorpresa, no un secreto. Hay una diferencia.

Magnus vaciló. -¿Y dónde está Kor Phaeron? ¿Dónde está Erebus?

El Portador de la Palabra inclinó la cabeza para mirar a su hermano. -¿Toda esa muerte que sentiste en Calth? Es su trabajo.

Magnus gruñó, sin compromiso.

-Las Legiones están en guerra –presionó Lorgar suavemente, -y la galaxia arde. Acéptalo. Termina tu reclusión en el Gran Ojo. Vuelve a la pelea. Serás parte de los planes de Horus y no tendrás que preguntarme qué está pasando, ni dónde, ni por qué. *Sabrás* las piezas del juego que quedan en el tablero. Moverlas tú mismo.

Esta vez fue Magnus quien rompió el contacto con los ojos soleados con motas de su hermano, ojos tan divinos como su sonrisa.

-Todavía no lo has decidido, ¿verdad? -preguntó Lorgar.

-Lo haré. Antes de que llegue el fin por lo menos.

Lorgar no insistió más. En su lugar permaneció allí, escuchando a la disformidad gritar contra el vidrio protegido del observatorio y los Portadores de la Palabra siguieron cantando en las cubiertas muy por debajo.

-Dime una cosa -dijo Lorgar por fin. -¿Sientes vergüenza de que Russ te rompiera la espalda con su rodilla?

-Aureliano. -Magnus utilizó el nombre como una advertencia.

Lorgar agitó una mano pacificadora y cambió de tema.

-Una vez me advertiste de que no dependiera tanto de Erebus y Kor Phaeron.

-No estás dotado para seguir consejos –señaló Magnus.

Lorgar rio, exhalando una espiración suave a través de una sonrisa. -Es cierto, pero tenías razón.

-Por supuesto -dijo Magnus, entonces. -Háblame de Argel Tal. Él no hizo ningún intento de ocultar la intensidad de su interés.

-Él está a bordo del *Conquistador* en estos momentos, con su élite Vakrah Jal. De mis tres hijos más cercanos, sólo él permanece dedicado a mi visión. Y sin embargo, hermano, está roto. En cuanto a los otros dos... me encantan por su orgullo y ambición, pero la disformidad los ha destruido, madurando la enfermedad de sus almas. Juegan a sus propios juegos ahora. Erebus juega como el recadero de los dioses. Es un esclavo, creyéndose rey. Kor Phaeron juega por sus propias razones.

Hizo una pausa, casi reticente a continuar.

-Y Ahriman, es... ¿similar?

Magnus puso una mano en el hombro de su hermano, sin causar una sensación tangible mientras lo hacía. La mano etérea se cernió contra el pergamino unido a la armadura de Lorgar.

-Lo es. Algo repugnante para nosotros para compartir en común, ¿no es así?

Lorgar asintió con la cabeza y lanzó un suspiro suave, no casi un susurro. -Sé que he sido un cobarde, a veces. Pese a toda mi pasión, mi celo, fallé en el último obstáculo. Nunca debí haber enviado a Argel Tal en el ojo antes de entrar yo mismo. De todas las cosas, esa la lamento como la que más. Se ha convertido en una criatura encantada, perseguido por el fantasma de una vida que no pudo salvar. Peor aún, él está atrapado entre lo que era y lo que está destinado a ser.

Magnus levantó la mano fantasmal. -Ningún destino está sellado, Lorgar. Puedes cambiarlo mientras puedas.

-Me refiero a hacer precisamente eso. Él es el mejor y el peor de mis hijos. El más fuerte y sin embargo el más roto. He aprendido mucho de lo que el Panteón ha hecho con él.

Magnus volvió su rostro a las mareas del Gran Océano rompiendo sobre el campo Geller de la nave. -No me gusta que te refieras a esas tormentas sintientes como un *panteón*.

La mirada de reojo de Lorgar hizo su servoarmadura zumbara. -Una palabra es tan buena como cualquier otra, Magnus. Y yo no puedo cambiar la verdad de lo que son.

-Las palabras tienen poder, Lorgar. No necesito recordarte eso -el hechicero sonrió de repente. -¡Y deja de mirarme boquiabierto, hermano! Especialmente a mi ojo.

Su sonrisa no acababa de robar a sus palabras su dureza.

Pero Lorgar no obedeció. Se quedó abierto a la metamorfosis constante del rostro de Magnus: un señor de la guerra con un ojo izquierdo ausente, la herida cicatrizada, un cíclope con un gran orbe en lugar de ojos humanos, un hechicero con pulpa suave donde un ojo derecho debiera existir.

Cuando el Portador de la Palabra finalmente habló, su tono era completamente desprovisto de la duda paralizante que había marcado su vida durante tantos años antes Isstvan.

-Siempre me ha desconcertado que tú seas el que más se parezca a Padre.

Magnus levantó una ceja con cicatrices. -¿Yo? *Tú* fuiste creado para reflejarle, Lorgar. No yo.

-No quise decir físicamente -Lorgar pasó una mano por la cara finamente tatuada con escritura. -Estoy hablando de tu... anonimato. Eres tan poderoso como él, y tu cara baila de la misma forma.

Era el turno de Magnus a reír. -No soy tan fuerte como nuestro padre. Ojalá lo hubiese sido.

Lorgar se movió a un lado. -¿Alguno de nosotros siquiera ha visto su verdadero rostro? ¿Alguna vez tuvo dos ojos?

Magnus inclinó la cabeza coronada. -¿No has oído la historia de cómo me arranqué el ojo derecho de su base en sacrificio por el conocimiento? –sonrió Magnus. -Me gusta. Puede ser que sea mi favorita.

-He oído hablar de todas ellas –replicó Lorgar, con ganas de aprender más pero dejando el asunto. Sabía muy bien que su hermano de piel cobriza no podía ser tentado a derramar revelaciones cuando él no quería. -Necesito tu consejo, Magnus.

-Es tuyo, como siempre. Aunque te recuerdo lo que pasó la última vez que me pediste consejo sólo para hacer caso omiso de ella.

El Portador de la Palabra no se rio de la broma amarga, ni siquiera sonrió. -¿Te refieres a cuando me enteré de que mi padre estaba mintiendo a todo el Imperio y que el universo no es el lugar sin Dios que insiste es? Sí, tengo un vago recuerdo de esos acontecimientos.

-Esa es una manera de verlo. No la correcta, por supuesto.

Lorgar negó con la cabeza. -No tengo ningún deseo y no hay necesidad de debatir estas cuestiones. Lo que me preocupa es algo mucho más cerca de casa. Mira, hermano. Esto fue el mes pasado, cuando asaltamos un mundo leal y sentido al Emperador que Angron no podía dejar en paz. Sus Devoradores de Mundos no pudieron entrar en razón. Masacraron a la población.

Hizo un gesto con la mano vacía, y una imagen brumosa se formó ante ambos hermanos. Magnus la reconoció de inmediato: una figura, armada con dos hachas pesadas, brutales, y engalanado con una servoarmadura de bronce estilizado propia de un rey de la Arena. La figura echó hacia atrás una cabeza llena de cicatrices, rugiendo en silencio hacia el cielo. Cables salían en su cráneo como una melena de rastas cibernéticas. La mayoría estaban conectados a la alimentación de su servoarmadura. Como de costumbre, varios se habían liberado en el fragor de la batalla.

-Se está muriendo -dijo Lorgar.

Magnus miró la imagen silenciosa de Angron aplastando un transporte de carga Chimera. Le frenó y finalmente detuvo. El primarca lo levantó por las barras frontales, dándole la vuelta sobre su espalda. Sus orugas corrieron inútiles todo el tiempo.

-Para mí se ve en buen estado de salud.

-No. Se está muriendo. Los implantes le están matando.

Magnus volvió a Lorgar. -¿Y?

-Así que –dijo el Portador de la Palabra mirando la imagen. -Voy a salvarlo.

Magnus no le preguntó cómo. Quedó en silencio un largo rato, antes de cortarlo hasta la médula. -Siempre has sido una criatura vidente, Lorgar. Los sentimientos te guían. Concedes el valor de la lealtad a los pocos que han sido leales contigo. Admiro eso. Verdaderamente. Pero, ¿Realmente la galaxia sentiría la pérdida del alma torturada de Angron? ¿Su legión lloraría su pérdida incluso? ¿Su vida realmente vale la pena ser salvada? -cuando sus preguntas cesaron, Magnus volvió su atención a la disdormida una vez más. Sonrió.

-¿Algo te divierte, hermano? -preguntó Lorgar, sus ojos dorados brillando a la luz odiosa de la disformidad.

El hechicero asintió. -Acabo de sentir donde nos encontramos.

La *Fidelitas Lex* irrumpió en la existencia, rasgando su camino de regreso a la realidad mediante sus motores chillando. La herida que dio origen a ella era una lágrima en el espacio y el tiempo, latiendo en la oscuridad, brindando la imposibilidad del sonido al vacío del espacio. Un terrible grito anunció la llegada de la nave de guerra y errática, la risa enloquecida siguió hasta el final.

Generadores cinéticos a lo largo del vientre y columna vertebral de la nave de guerra gimieron cuando se despertaron, cargando la nada alrededor de la *Lex*, generando sus escudos de vacío. A lo largo de sus flancos y almenas, las cúpulas se

abrieron en un ballet traqueteante y escudos contra impactos se levantaron de troneras cuando los cañones (juddered) al vacío.

Los motores arcanos que mantuvieron el escudo Geller protegiendo la nave en la disformidad se apagaron, ceder el control de la nave para sus motores físicos. En lo profundo de la proa acorazada de la nave, un hombre con tres ojos y una tos sangrienta entregó el control de la *Lex* al strategium, donde cientos de miembros de la tripulación estaban asegurándose a sí mismos en sus tronos, bañados por las luces de estaciones de combate.

Naves más pequeñas entraron en la realidad tras la *Lex*, siguiendo su paso como sus hijos hambrientos de hierro; todos afilados, todos listos para la batalla. Los escoltas y destructores presionaron sus motores más y más que los acorazados, tomando la delantera para establecer la primera línea de la formación de ataque.

Una sombra llenó la herida, un reflejo de la nave insignia de los Portadores de la Palabra. Se estremeció a través en el reino material: una cosa de cruda belleza marcial, quemada y llena de cicatrices de los combates en el centro de todas las batallas que había visto en su vida. Así como la *Lex* se había preparado para la guerra de inmediato, la *Conquistador* encendió sus escudos y activó sus innumerables cañones. A diferencia de la *Lex*, no redujo la velocidad para permitir a su armada realizar una formación. La nave insignia de los Devoradores de Mundos siguió adelante, obligando a las naves inferiores a evadirse, apartarse de su sprint.

-Una nave fea -dijo Magnus, -Igualada con el alma fea de Angron.

-La subestimas -dijo Lorgar de nuevo.

Desde la seguridad de la basílica, el primarca de los Mil Hijos vio la flota manifestarse por encima, por debajo y en todas las direcciones. Frente a ellos estaba un mundo de cielos agradables, continentes rocosos grises y océanos profundos y dispersos en la inflexión del resplandor que da vida de un sol ideal. Un puñado de pequeñas ciudades brillaban en la noche, una tela de araña de luz formando la inconfundible imagen de la civilización: una imagen en la mente humana desde que los primeros astronautas de la humanidad vieron la Vieja Tierra desde la fría comodidad de una órbita baja.

-Armatura -susurró Magnus. -No puedes hacer esto.

Su hermano siguió observando su flota trasladándose de la disformidad y el mundo utópico colgando en el espacio más allá de ellos.

-El viaje de un año desde Isstvan fue más agitado de lo que me esperaba. Angron y su Legión nos retrasaron, haciendo una pausa para asesinar un mundo tras otro por sus caprichos iracundos. La psique mutilada de nuestro hermano hace de la planificación una tarea imposible pero al fin, aquí estamos. El principio del fin.

-¿Dónde está el resto de tu flota? -preguntó Magnus, enhebrando con cuidado su tono.

Lorgar ahora podía oler la sal del sudor de su hermano y escuchar el trueno sordo de los latidos del corazón del hechicero. En verdad, la imagen encarnada de su hermano era una obra maestra de la proyección psíquica, por momentos cada vez más real.

-Ulixis. Espandor. Latona. En otras partes. Están matando a su manera a través de Ultramar, ahora que los hijos de Guilliman están quebrados en Calth. Los Quinientos Mundos de repente se han visto hambrientos de protección. Una pena, estoy seguro de que estarás de acuerdo.

Magnus no correspondió a la sonrisa de su hermano. -No se puede atacar Armatura con una fracción de tu flota -el hechicero entrecerró sus ojos en solitario. -Hay algún truco que estás ocultando, alguna sorpresa desagradable escondida detrás de sus palabras.

-Sí -dijo Lorgar. -En efecto, existe.

-Tú has previsto todo esto –le acusó Magnus.

-Una gran parte del misma. Los dioses me susurraron lo que vendrá. Ellos hablan y les escucho.

La sombra de Magnus se apoderó de él propagándose lentamente. -Te lo dije; no debes confiar en sus susurros.

-Nunca dije que confiara en ellos, solo que podía oírlos. Hay una sutil diferencia -se rio de nuevo, un sonido maduro con diversión honesta. -¿Hay alguien a quien no subestimes, Magnus? Has estado aquí no más de unos pocos minutos y ya has insultado tanto a Angron como a mí varias veces.

-¿Tanto odias a Guilliman? –preguntó Magnus de repente. -¿Lo desprecias tanto que paralizar su legión en Calth no es suficiente? Ya has ganado. ¿Por qué tienes que venir hasta aquí para aniquilar su imperio pacífico y próspero?

La sonrisa de Lorgar se desvaneció, pero no murió. La escritura impresa por la cara se alisó en filas ordenadas una vez más. -No le odio, hermano. En su momento, estuve celoso de él. Pero eso fue hace cincuenta años, y era un hombre diferente. Desde entonces he aprendido que la disformidad es una canción, Magnus, una sinfonía, y yo soy el único dispuesto a interpretarla. Por eso estamos aquí.

Frente a ellos, los elementos de los Devoradores de Mundos dentro de la flota comenzaron a divergir, perdiendo todo sentido de cohesión. El iris de Lorgar eran de un calmante marrón dorado, en algún lugar entre los tonos del ámbar y la tierra. Observó impasible, ni sorprendido ni molesto. En todo caso, parecía más bien fascinado por la falta de unidad en la pantalla. Por el contrario, las naves de los Portadores de la Palabra navegaron en formación suave y sin esfuerzo.

-La disformidad *no* es una canción. Temo por tu cordura, Lorgar.

Toda la basílica quedó oscura mientras navegaron bajo la curva de Pila, la luna solitaria de Armatura. Salpicada por los millones de luces procedentes de forja y fundiciones, su atmósfera nubosa bloqueaba el sol idílico; un monumento a la industria humana, eclipsando la luz. Los rasgos divinos de Lorgar se oscurecieron a medida que la sombra se extendió.

-Me imaginaba que lo dirías, Magnus, pero siempre has estado dotado para criticar a otros por los pecados que compartes con ellos tan alegremente.

La sonrisa de Magnus fue sarcástica, rizando a través de su rostro. -Ahí está tu imaginación hiperactiva trabajando una vez más.

Lorgar se acercó al hechicero, sus ojos una vez calientes ahora más frío que el oro de los tontos. -Dime, hermano, ¿Que legión está atrapada en el Gran Ojo, convirtiéndose en gusanos, mientras que el dios del cambio se ríe hasta el infinito? Dime, ¿El cuerpo físico de quien se rompió sobre la rodilla de Leman Russ porque decidió en el último momento que no iba a aceptar su castigo como un hijo obediente, después de todo? No te comprometiste a luchar, ni rendiste y viniste a curarte. En su lugar, malgastaste tu legión y el trabajo de tu vida en una capitulación a medias. ¿Crees que *yo* actuó movido por la locura? Mira tus propios pecados, hipócrita. Y mira a tus *hijos*, mientras todavía queda algo de ellos.

Sacudió la cabeza, disfrutando de lo que estaba diciendo. -Recuerda mis palabras, Magnus; si no actúas pronto, tu legión y todo por lo que has trabajado tan duro para crear será polvo.

-Mi Legion -dijo Magnus con el rostro arrugado por la ira en aumento, -fue acorralada en una esquina. Mis Mil Hijos murieron a causa de *vuestra* traición, por el veneno que *tú* susurraste en los oídos de Horus para iniciar esta locura. Él lo llama *su* rebelión, pero ambos sabemos que el primer corazón traidor era el que late en tu pecho.

Lorgar se rio de nuevo, denotando alegría fingida. -¿Ves? La culpa siempre recae en una de nuestras almas indignas. ¡Nunca en ti por hacer los pactos equivocados con los dioses que niegas existen!

Los pergaminos en la armadura de Lorgar se agitaron por el viento repentino fruto de la ira de Magnus. El Portador de la Palabra permanecía imperturbable, su serena sonrisa haciendo hervir la sangre de su hermano. La piel del hechicero se estremeció, como se escarabajos se retorcieran bajo su piel mientras relámpagos psíquicos danzaron por todo su cuerpo cobrizo. Magnus se trasladó, con su cuerpo formando desde el aire mismo, deshaciéndose de la forma venenosa tras el velo de la realidad. La ira lo llevó a la verdadera encarnación.

-Es *suficiente*, Lorgar.

Lorgar asintió. -Lo es. No tengo ningún deseo de intercambiar insultos. Todos hemos cometido errores, pero es cómo hacer frente a las consecuencias lo que importa -él hizo un gesto a la flota alrededor de la estrella. Las naves de los

Devoradores de Mundos, como siempre, abandonaron la formación de la armada a favor de un asalto de vanguardia más agresivo. En el año transcurrido desde Isstvan, Lorgar había llegado poco a poco a abandonar cualquier intento de frenar el carácter independiente de la XII Legión. No podían ser contenidos, incluso para su propio bien.

-Mira -dijo.

-No estoy seguro de que quiera ver a dos legiones morir en los cielos sobre Armatura.

Lorgar no hizo contacto visual. -Confía en mí. Por una vez, Magnus. Confía en mí. Ambas legiones aterrizarán en el planeta en cuestión de minutos.

El Portador de la Palabra cerró los ojos y levantó las manos; un director ante una orquesta en los tensos y casi insuperables momentos antes de que se tocase la primera nota.

-La disformidad *es* una canción, hermano. Déjame tocar un verso para ti.

La palabra ' flota ' no acababa de hacer justicia. En verdad, una armada tronó a través del cielo en silencio hacia Armatura: decenas y decenas de naves y sin embargo sólo eran una fracción de la fuerza de dos legiones.

Armatura se había convirtió en el corazón del imperio perfecto de Guilliman. Ni era la joya de la corona que Macragge decía ser, ni el futuro por venir a Calth que había amenazado con realizarse, Armatura les igualaba en importancia y les eclipsaba con mucho en población. Si Ultramar fuese reducida a una metáfora, Macragge sería el corazón del reino astral, mientras Calth como su alma; un signo de un futuro brillante, ahora relegado al fuego. Armatura era un mundo guerrero, alimentando a los otros planetas como la médula ósea alimenta la sangre en el cuerpo. Alimentaba a la Legión no solo con los reclutas: alimenta al vacío con naves de guerra dañados renacidas de sus astilleros, alimentaba al Imperio con la esperanza de que la mayor legión siempre sería la más grande, e incluso si el XIII fuese reducida a un solo guerrero, siempre y cuando Armatura girase en la noche la legión seguiría viviendo.

Su órbita baja era el hogar de enormes astilleros, poblados por miles y miles de trabajadores, servidores, magos, ingenieros, siervos, esclavos y tecnosacerdotes. Se necesitaba un ejército de almas para dar vida de nuevo a las grandes naves de guerra del Imperio, y aquí varios millones de ellos hacían su mejor trabajo. Bastiones orbitales de pórticos vinculados y fauces de agarre flotaban por encima del mundo plácido y plagado de lanzaderas insectoides, elevadores, cargadores y remolcadores. Naves de guerra imperiales malheridas llegaban hasta aquí, portando cicatrices de la Gran Cruzada y meses más tarde abandonaban el planeta resucitadas.

Por encima y más allá de los astilleros estaba el primer anillo concéntrico de las defensas espaciales. Aquí, los satélites de combate y plataformas de fuego estaban erizadas de torres, junto con las cubiertas de aterrizaje independientes para naves de combate en cierre de seguridad.

Más allá de ellos, las verdaderas defensas comenzaban. Castillos en el cielo: grandes fortalezas-estaciones con sus propias guarniciones de combatientes y almenas enteras dedicadas a baterías de plasma, laser y lanzas asesinas de naves.

En la órbita más alta, la esfera exterior de los satélites era una extensión en tres dimensiones de paneles solares, sistemas de apuntado y cerebros servidores acoplados, todos conectados a grandes conjuntos de armas de largo alcance.

En medio de esa esfera más externa esperaba la Flota Evocati. Mientras que la legión se reunía en Calth, el mundo guerrero de la XIII legión no podía ser dejado sin defensas. La Evocati estaba compuesta por varios miles de Ultramarines procedentes de una docena de capítulos, galardonados con el honor más alto de todos: la supervisión de las operaciones de Armatura y la formación de los nuevos reclutas, al mando de una flota Imperial que rivalizaría con cualquier otra.

Las naves se movían en una perfección del movimiento militar que incluso sus enemigos encontraron hermosa a la vista. A medida que la Evocati elevó una formación defensiva, la armada combinada de Portadores de la Palabra y Devoradores de Mundos alteraron la suya para compensar, una danza cambiante a través de un campo de batalla no diferente de la reordenación de los regimientos que marcharon en épocas antiguas.

Acorazados y cruceros, fragatas y destructores, todas resplandecientes con el azul, plata y oro de la XIII, acercándose para defender el imperio perfecto.

-¿Lo oyes? –preguntó Lorgar, absorto en la distracción. -¿Lo oyes?

Magnus vio los primeros rayos asesinos iluminando los escudos de vacío protegiendo al *Conquistador*, los impactos propagándose con la luminiscencia grasienta del aceite en agua. Sintió… algo, a medida que la flota se acercaba a su inevitable final. Una sensación no muy diferente a la del propio mundo conteniendo la respiración, la forma en que el aire de Tizca se cargaba antes de una tormenta.

El Portador de la Palabra inclinó la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados mientras dejaba que los colores que destellaban de los escudos del *Conquistador* salpicasen su cara.

-Calth es el ritmo sincopado de la canción. El ritmo por debajo de la rima. Tanto fuego, que tanto sufrimiento, tanto dolor -él sonrió, con los ojos todavía cerrados. -El sufrimiento siempre ha alimentado a la disformidad con manchas y estigmas al azar. Ahora conocemos la virtud de control. ¿Puedes oírlo? ¿Puedes oír el dolor que agita las mareas? ¿Puedes oír el estruendo de las olas, Magnus? ¿Puedes oír cómo aquellos negros corazones laten, un millón de corazones que estallan a carcajadas, tan rítmicos como tambores en el frío profundo?

Levantó las manos más alto, haciendo un gesto con sutil gusto, dirigiendo el coro invisible. -Las mareas del Mar de las Almas pueden ser alteradas por manos mortales, hermano. Escucha. *Escucha*. Estamos reordenando la propia disformidad, Magnus, cambiándola por el dolor. Estamos reescribiendo la canción.

Lorgar respiró tembloroso mientras continuaba. -Ahí, una nave ardiendo en la atmósfera de Latona, los gritos de las almas condenadas emitiendo su eco en el empíreo. Y allí, una nave de guerra cayendo en la superficie de Ulixis, cavando su propia tumba, teniendo cien mil almas gritando a la otra vida. ¿Les escuchas morir, Magnus? ¿Has oído la canción cambiando en el tiempo conforme sus esencias se extinguen?

Se estaba riendo ahora, levantando una mano hacia el cielo, llorando mientras le susurraba.

-Cada vida. Cada muerte. Cada grito de dolor a través de estos mundos ardiendo adelgaza el velo entre la realidad y el primer reino. Llámese Hades o Infierno, Jahannam, Naraka o el Inframundo. Llámalo la disformidad... llámalo como quieras. Pero voy a traerlo al plano material. Calth fue la génesis de la tormenta, Magnus. Voy a hacer que todo un sub - sector entero sufra lo suficiente para que caiga el telón y los Quinientos Mundos se ahoguen en la disformidad.

Se volvió por fin, los ojos encendidos con fervor psíquico. -Dime que lo sientes. Dime que puedes escuchar el millón de millones de demonios gritando y aullando, desesperados por nacer en estos mundos ardientes.

Magnus lo sintió, tan real como el viento que nunca volvería a sentir contra su carne. Un tirón, un *adelgazamiento* de la trama detrás del universo físico. Lejos de la sensación apasionada su hermano descrito, el hechicero lo sentía como una distracción clínica, no diferente de una ecuación escrita en pergamino y mendigando ser resuelta. Lorgar, en su locura, estaba haciendo algo más que romper el orden natural. Estaba reescribiendo el código del universo.

-No puedes matar Armatura -dijo Magnus. -Puedes triturar la cortina entre la realidad y la irrealidad todo lo que quieras, Lorgar. Puedes incluso llamarla una canción, si lo deseas. Tu vida todavía se mide en minutos.

La flota comenzó a sortearles en serio encima y alrededor de ellos. Cuando la Fi*delitas Lex* recibió su primer impacto, las luces a través de sus múltiples plataformas parpadearon una vez, dos veces, y luego volvieron a ser estables. Lorgar miró hacia el cielo negro.

-Para destruir Armatura, necesitaremos una nave sin rival a nada que la humanidad nunca haya construido -parecía pensativo, un cuadro con los ojos desenfocados, rozando con sus dedos la escritura tatuada en la mejilla. -Tuvimos una, ya sabes. La locura de Zadkiel, el *Abismo Furioso.*

Magnus miró la flota combinada empezar a arder. ¿Y qué pasó con él?

-Oh -Lorgar negó con la cabeza, centrándose de nuevo. -Murió hace días, cerca del mismo momento Kor Phaeron golpeó a Calth. Su cadáver es probablemente todavía una sombra en el cielo de Macragge; un monumento a los fallos de los Portadores de la Palabra. Otra inscripción en el legado de pequeñas tonterías de Zadkiel. Le dije que era un idiota al atacar Macragge, pero tenía tantas ganas de bañarse en la gloria… y todo lo que oyó fueron los susurros pidiendo venganza. Le compadezco.

-¿Por qué lo dejaste? ¿Son tus hijos tan desobedientes?

Lorgar rio de nuevo, haciendo caso omiso de la nave moviendo a su alrededor. -Palabras duras, viniendo del primarca cuyos hijos le desafían de formas tan abiertas. Tu legión no enseñó la garganta a los lobos como hubieras deseado, ¿verdad?

Magnus lo reconoció con un movimiento de cabeza. -Aun así. Tu flota está muriendo, hermano. ¿Qué vas a hacer sin el *Abismo Furioso*?

Lorgar miró de nuevo a los asediados cielos. -Esto es lo que quise decir cuando dije que nos subestimabas, Magnus. Para ti, esta guerra es algo terrible y nuevo. Sin embargo, es algo que he estado planeando desde hace medio siglo. Pasé una cuarta parte de la Gran Cruzada preparándome para el momento en que los antojos tristes de nuestro padre de dominio eminente terminaran y comenzaría la verdadera guerra santa.

El hechicero tragó, sintiendo la presencia de *algo* que se acercaba presionando contra la realidad desde el tumulto de la disformidad. Algo por ahí, a punto de darse a conocer.

-¡Ah! *Ahora* escuchas la canción -dijo Lorgar. Su risa se hizo eco alrededor de la basílica. -¡Por fin oyes el ritmo! Pero necesitamos más control. Así que convocamos a nuevos instrumentos para amenizar el coro.

Lorgar exhaló, señalando a Armatura en su paso, en el profundo vacío. La realidad se abrió. Aunque la encarnación etérea de Magnus era inmune a esa debilidad, el instinto le hizo taparse el ojo. Una grieta disforme se formó en el espacio, lejos de

las dos flotas trabadas. Algo venía a través de ella, algo vasto: un tridente de metal oscuro inmediatamente familiar para el hechicero.

La nave penetrando en la realidad era un reflejo del coloso muerto del que Lorgar había hablado. Una ciudad de monasterios y catedrales se levantaba de su espalda con la reverencia de las garras esculpidas para agarrar las estrellas. Mientras que muchos acorazados imperiales eran lanzas almenadas y poderío de hierro acanalado, esta era una fortaleza en el espacio, portando la parte posterior de un gran tridente. El diente central servía como base de la embarcación: denso en la popa, con grandes motores incrustados y afinado hacia la proa, donde formaba un espolón puntiagudo el tamaño de naves menores. Los dientes adyacentes del tridente formaban pequeñas alas-espada, cada una con costados (barnacled) y baterías de cañones.

Si uno tuviera que revestir el concepto de malevolencia en hierro y hacerle navegar entre las estrellas, podría acercarse a la imagen de lo que surgió de nuevo en el universo en ese momento. Era, en todos los sentidos, la *Furioso Abismo* renacida.

-Esa –sonrió Lorgar, -es la *Santísima Virgen*.

Magnus lanzó un suspiro innecesario, viendo como una nave demasiado grande para existir dejó la herida en el universo material. Eclipsaba incluso a las naves insignia de la clase Gloriana de la flota combinada, y zarcillos nublados de la disformidad azotaron sus torres, gritando en el silencio, aparentemente reacias a dejar la nave de vuelta a la realidad.

-Construiste dos -susurró el hechicero.

-Oh, no .Lorgar ni siquiera abrió los ojos. Levantó una mano para señalar un segundo desgarro disforme cortando a través de las estrellas. -Construí tres.

DOS

Apenas Humanos

Guerreros y Cruzados

Roto en el mismo yunque

Los dos guerreros eran humanos sólo en el sentido más amplio. Habían sido niños humanos pero el tiempo, la cirugía dolorosa y extensa, y la terapia génica les habían visto crecer a lo largo de los caminos menos naturales.

Allí estaban, los hijos de dos mundos y dos legiones, que encarnaban los ideales y los defectos de sus mundos de nacimiento y líneas de sangre. Más que cualquiera de sus hermanos, ejemplificaban los "triunfos y los pecados" de sus legiones y padres.

La plataforma del hangar principal del *Conquistador* ya estaba temblando con la primera andanada de armas desde Armatura. Banderas y estandartes de victorias se mecían en el viento falso de los huesos sacudidos de la nave. Varios de ellos eran estandartes carbonizados, arrancados de las manos muertas de Guardias del Cuervo y Salamandras en los campos de muerte de Isstvan V. Trofeos para inspirar a los legionarios de los Devoradores de Mundos en los momentos finales antes de desembarcar en el planeta.

La ceramita de blindaje del primer guerrero estaba pintada del mismo blanco del mármol limpio, de las iglesias que nunca debieron haber sido construidas. Los bordes reforzados del traje eran del mismo azul que el cielo invernal en las edades impías de la Vieja Tierra, antes de que la humanidad carbonizara la superficie del mundo y secara los océanos naturales. Su piel era tan pálida como cualquier consuntivo, el legado de la máquina de dolor dentro de su cráneo. Pulsaba incluso ahora, bromista errático, enviando mordiscos *tick-tocking* través de la carne de la cabeza.

El casco que llevaba bajo el brazo tenía las lentes carmesíes y rasgadas, gruñendo desde el día que fue fabricado y una parrilla facial modelo Sarum. La cresta de un oficial de crin rosa blanca, como de aleta de tiburón, le marcaba entre sus hombres en el fragor de la batalla. El grabado en la guardia del hombro, escrita en la lengua mestiza llamada Nagrakali, lo nombró como *Khârn de la Octava*.

Un ballet tecnológico se llevaba a cabo en torno a los dos guerreros; una actuación industrial de naves y cápsulas de desembarco extraídas, manejadas y remolcadas a sus posiciones. Khârn intentó y no pudo ignorar el dolor acuchillándole en la cabeza. Cuando se hizo casi insoportable, como tan a menudo pasaba, él se llevó las

manos a la cara, clavando los dedos blindados en las sienes, en busca de vetas y puntos de presión. En ocasiones ayudaba.

Esta vez no, sin embargo.

Nunca había rezado en su vida, pero él pareció muy dispuesto en ese momento.

-¿Los clavos? -sugirió su hermano. El otro guerrero habló con una voz hecha rancia por la empatía. Khârn sintió descansar una mano enguantada en el hombro, y se alejó del gesto no deseado.

-No me toques –le dijo Khârn, como le había dicho a muchos otros, incontables veces. Estar demasiado cerca de otras personas siempre le daba dolores de cabeza.

El otro guerrero hacía mucho que había aceptado la torpeza de Khârn. Letras rúnicas colchisianas en su armadura lo nombraban como *Argel Tal, Señor del Capítulo de Hierro Consagrado*, y era conocido por todos como el hermano de Khârn de facto, no de sangre. Cubierto de blindaje carmesí arterial, bordeado por plata del mismo tono que las reliquias de peltre desenterradas de una tumba antigua, la piel oscura de Argel Tal hablaban de luz en un mundo de arena y sed eterna. Ninguna máquina dolor crepitaba en su cerebro por cuanto era de la XVII Legión, no de la XII. En cambio, una fe que deseaba no fuera cierta había dejado su alma deforme.

Hablaba con dos voces: el hombre que había sido, y en lo que se estaba convirtiendo. Esta última bajo la voz humana tenía un gruñido bestial; cada palabra que decía salía en dos voces a la vez.

-Armatura dijeron sus voces. -Este mundo es un suicidio. La Academia de la Guardia Armaturana. Las ciudades-barracones de la Decimotercera, llenas de sus iniciados y señores Evocati. La Legio Lysanda. Vamos a morir allí, lo sabes.

Khârn no estaba seguro de estar en desacuerdo. Había leído los análisis y estudiado los informes. Él mismo había protagonizado media docena de reuniones, destacando la resistencia esperada a otros centuriones y sub-jefes de los Devoradores de Mundos.

Y maldita sea, su cráneo le dolía hoy. El dolor de cabeza para poner fin a todos los dolores de cabeza. Argel Tal siempre tenía ese efecto en él. El Portador de la Palabra era tan malo como Esca o Vorias.

-Los números son exagerados -dijo Khârn con un gruñido de dolor. Mil millones de soldados humanos. Un *Billón.* Sin contar a los Titanes o Skitarii del Mechanicum. Ni siquiera teniendo en cuenta los batallones de tanques estacionados allí. Ni siquiera la suma de los miles de Ultramarines Evocati. Los números tenían que ser exagerados, o todos estaban muertos.

Argel Tal soltó una risa amarga. -En realidad no lo crees, ¿Verdad?

No. No lo hacía. El análisis geoestratégico provenías de archivos del censo propio de Ultramar. Con un puñado de años de retraso sin duda, pero se enfrentarían todavía a millones de soldados. Incluso si una décima parte de ellos eran jóvenes adolescentes en las primeras etapas de las implantaciones, no tenía sentido fingir que esto no iba a ser una victoria sin derramamiento de sangre.

Khârn no respondió. Hasta sus ojos estaban empezando a dolerle ahora. Los clavos estaban penetrando. Volvió a mirar a las cápsulas de asalto Dreadclaw, regalos del Señor de la Guerra para adaptarse a la forma de combate de los Devoradores de Mundos, colocadas en posición. Cada uno de sus cascos era un testimonio apuntado y surcado de su intención letal, un reflejo de los perversos espíritus máquinas dentro. El número de "accidentes", debido a un mal funcionamiento de los Dreadclaw estaba en el lado equivocado de la risa. Eran cosas malévolas, y eso hizo que fuesen de utilidad siempre que se dejasen inservibles. La mayoría de los comandantes imperiales preferían desplegarlas usando espíritus máquinas menos odiosos y más fiables.

A Khârn le gustaban muchísimo. No con cualquier afecto verdadero sino de honesto, y tal vez divertida, simpatía. Le gustaban no por admiración, sino con un sentido de parentesco. Nunca le habían fallado, a él o sus hombres.

Los tecnosacerdotes se movían entre las cápsulas elevadas, cantando y murmurando invocaciones de última hora. Un sacerdote particularmente delgado, caminando sobre cinco patas como tallos de hierro negro pulido, supervisaba los preparativos. Su túnica roja se movía con el viento falso del hangar, ondulando por

la cubierta agitada y el encendido en caliente de los motores en las cañoneras artillados para salir.

-Archimagos –saludó Khârn a Vel-Kheredar, representante de la Sagrada Marte.

El cyborg túnica volvió sus tres lentes verdes hacia ellos a su paso, diciendo saludos monótonos desde un rostro de hierro sin boca. -Centurión Khârn. Comandante Argel Tal.

El sacerdote siguió caminando, sus lentes zumbando y ajustándose a medida que dejó escapar un flujo continuo de órdenes en código binario de Marte. Muy pronto, sus quejas calculadas fueron ahogadas en el estrépito. ¿Había algo más ruidoso que los hangares de despliegue de una nave de guerra en los minutos previos a un desembarco planetario? Khârn había luchado en el centro de ciudades que cayeron con menos asalto a los tímpanos.

Se volvió hacia Argel Tal. -Este mundo sería un suicidio sin las naves de guerra de clase Abismo. ¿Con ellas? Podría ser fácil. La XVII legión es demasiado terca, hermano.

-Ah. -sonrió Argel Tal. –Eso otra vez.

Khârn no estaba bromeando este momento. -Tienes razón; Armatura será un suicidio para los Skitarii y vuestras hordas de fanáticos. El resto de nosotros va a sangrar como siempre sangramos.

-No me gusta el gusto en su tono.

Siempre le disgustaba. Khârn le concedió una pequeña sonrisa. -¿Temes a la muerte?

-Somos las Legiones Astartes -dijo el Portador de la Palabra. -No conocemos el miedo.

Khârn cruzó los ojos de su hermano. Su silencio sirvió para hacer la pregunta de nuevo.

-Sí -dijo Argel Tal. -Sí, temo. He visto lo que nos espera en el otro lado.

La sinceridad en la voz del otro guerrero hizo temblar a Khârn. –Sobrevivimos a Isstvan III. Sobreviviremos a esto.

Los rasgos de Argel Tal era muy tranquilos, casi estéticos; el rostro inocente de un sacerdote por un campo de batalla o el de un guerrero-poeta. Las sonrisas no eran su equipamiento estándar; agotaban cualquier hermosura digna que quedara en un astarte, sin embargo a menudo sonreía. Muy pocas almas le conocían lo suficiente como para ver cómo eran esas falsas sonrisas. Khârn era uno. Su primarca era otro. Todos los demás estaban muertos.

-*Tú* sobreviviste a Isstvan III. Yo sobreviví a Isstvan V -vaciló, casi ciego a los tics de dolor que ahora estaban contrayendo la cara de Khârn con espasmos débiles. -Ten cuidado ahí abajo, Khârn.

Eso sí que fue demasiado. Khârn resopló antes de responder.

-Cálidas palabras de un hombre con un demonio en su corazón.

Argel Tal sonrió de nuevo. Khârn detestaba esa sonrisa, porque esta no era *falsa*. Era la sonrisa de un asesino, no de un guerrero. Solo los fanáticos sonreían de esa manera.

Caminaron a lo largo del hangar, mirando por encima de sus guerreros reuniéndose antes del embarque. Si bien las diferencias de las legiones eran tan claras como la noche y el día en el campo de batalla, no eran menos rígidas bajo la dura mirada de los lúmenes de emergencia.

Los Portadores de la Palabra de la Vakrah Jal permanecían en filas organizadas, ordenadas: hojas envainadas, armas desactivadas, juramentos atornillados a placas de blindaje rojo. Varios cientos de soldados, frescos tras sus meses de entrenamiento en los pozos de gladiadores del *Conquistador* y realizando sus juramentos de unión con la propia Octava Compañía de Asalto Khârn ya completa. Al paso de los dos comandantes, cada Portador de la Palabra hincó una rodilla. Bajaron sus cabezas y cantaron oraciones extraídas de la Palabra de Lorgar.

Khârn no podía dejar de temblar. Su piel se ponía de gallina al escuchar esas rimas extrañas y bendiciones susurradas en el vox por tantas gargantas.

-Nunca entenderé tu legión -dijo a Argel Tal.

El Portador de la Palabra observó a sus hombres y sus reverencias, sus cascos de plata inclinados hacia abajo en el reposo contemplativo, antes de mirar a las fuerzas de Khârn. Mientras los Portadores de la Palabra son una falange de rodillas, los guerreros de la XII eran una turba sonriente y desorganizada, compartiendo burlas de última hora entre los escuadrones con el zumbido de fondo continuo de espadas-sierra siendo activadas por puños crispados.

Argel Tal levantó una ceja cuando dos Devoradores de Mundos se golpearon las frentes con los cascos puestos, con chasquido opaco inconfundible de ceramita contra ceramita.

-Y nunca entenderé la tuya -respondió. Su tono de voz lo decía todo.

-Nuestra comprensión es simple -dijo Khârn. -Sólo hay que darse cuenta de que hay algunos guerreros que realmente disfrutan de la guerra. La guerra, y la hermandad que viene con ella. Sé que debe ser difícil para ti poder entenderlo -hizo un gesto hacia los Portadores de la Palabra rezando. -Tú vienes de una raza seria.

Argel Tal amortiguó su respuesta con la máscara sin emociones de un casco plateado con cresta.

-He visto el infierno detrás de la realidad -dijo. –Eso me robó mi sentido del humor.

Era difícil discutir con ese argumento.

-Buena caza –le dijo Argel Tal.

Los dos comandantes agarraron los antebrazos del otro. No hubo palabras que perdurasen; simplemente sujetaron los brazales y siguieron su camino.

La escuadra de mando de Khârn esperó en una ilusión sombría de disciplina. Esca aflojó las muñecas, cortando el aire con sus dos espadas. Su capucha psíquica era una media cúpula blindada en el respaldo de la cabeza, con sus cables unidos a las sienes. Él era el único hombre en la Octava Compañía que carecía de clavos del carnicero, y por lo tanto el único hombre que no se veía en el borde de escupir de

irritación o aullando de impaciencia. Kargos, en cambio, estaba con el casco puesto comprobando los taladros y sierras de su guante Narthecium.

-Yo maté a Harakal en las arenas anoche -dijo Kargos. Arrastró las palabras por la parrilla facial de un casco Mark IV. Su acento era lo suficientemente grueso como para ser casi impenetrable. Provenía de los campos de Sethek, donde la lengua gótica Imperial no era más que un recuerdo. Implantes hipnóticos le habían dado el dominio sobre otros idiomas, pero nada podía evitar su acento libre.

Khârn sonrió, carente de alegría. -Me gustaba Harakal.

-A todo el mundo le gustaba Harakal. Su cabeza no dejó de moverse a través de la cubierta, sin embargo -Kargos imitó el golpe final a cámara lenta, barriendo con una espada-sierra el cuello de Harakal. Los otros pudieron oír la sonrisa en su voz. -La mirada en sus ojos no tenía precio, Khârn. Incluso te habrías reído, bastardo miserable.

Khârn dudaba. -He oído que tú y Delvarus llegasteis a la tercera sangre.

-Delvarus -Kargos escupió la palabra con bastante asco. –Le desafiaré un día.

-No -Khârn negó con la cabeza. -No lo harás. Nadie lo hará.

Kargos *chasqueó la lengua*. -¿Qué dices, Esca? ¿Alguna profecía para mí? ¿Alguna vez alguien superará a ese hijo de puta de Delvarus en las arenas?

Esca negó con la cabeza, una negativa más que un desacuerdo. -Aún sigues sin asumir que no puedo ver el futuro, ¿verdad?

-No -admitió Kargos. -Sólo estaba tratando de hacerte sentir útil por una vez.

Esca se inclinó. -Aprecio tus esfuerzos, apotecario -estaba lleno de cicatrices, incluso para los estándares de las Legiones Astartes. Su rostro era un puzle de tejido cicatricial, todo ello herencia de la espada sierra de un Guardia de la Muerte que había rasgado sus facciones en Isstvan III.

Isstvan III. Khârn recordaba muy poco de ese lugar. Le dijeron que casi murió ese día.

-Angron se está tomando su tiempo -murmuró Kargos. -Hay una guerra que nos espera.

Como si fuera una señal, Esca tosió una vez. Trató de ocultarlo, guardarla en su garganta, pero muy pronto captó el olor de la sangre manchando su guantelete cuando tosió en su mano. Otra sangre más oscura y espesa corría en un lento goteo de la oreja.

Los Devoradores de Mundos cayeron bajo un manto de silencio repentino. Toda risa cesó, todos los cebos se calmaron. Se volvieron como uno, cayendo en filas sueltas cuando la puerta occidental se abrió desde sus pistas.

La figura más allá se movía de una manera descomunal, su servoarmadura de bronce manchada por la mirada severa de las tiras de lúmenes del hangar. Poetas, rememoradores y archiveros de guerra a menudo tenían el hábito de trazar paralelos crudo entre los héroes de batalla y los falsos dioses a quienes parecían esos héroes. No existía comparación alguna que funcionara para Angron el Conquistador, el señor de la XII legión. Su letalidad desafiaba toda comparación, pues todo lo relacionado con él hablaba de contrastes.

Su blindaje eran capas y capas de ingenio elaboradas por el Mechanicum para parecerse a un gladiador arcaico. Sus movimientos eran salvajes, sin ningún tipo de gracia natural propia en los gatos de caza al acecho en las selvas de mundos aún más saludables que la distante Terra. Y si era posible llamarle un dios sería uno herido, con cicatrices en la carne y de la mente. Sus movimientos más que musculosos, junto con la rutina mareante de sus articulaciones blindadas convertían la calma en una amenaza pesada. Podía ser rápida, pero sólo cuando los clavos penetraban en profundidad. Fuera de la batalla, era una cosa arruinada; una sombra de lo que podría, y debería, haber sido.

Khârn y los Devoradores de Mundos permanecieron erguidos. Este era su padre, y él había rehecho sus hijos a su imagen.

Respiraba a través de la rendija de su boca, a través de las filas de dientes de hierro reemplazo cuyas puntas casi se tocaban. Respirar por la boca era algo natural ahora; estaba demasiado acostumbrado a que su nariz estuviera taponada por hemorragias detenidas como un relámpago de su cerebro sangrado.

-Sire –le saludó Khârn, con el único honor que Angron toleraba, incluso con un poco de gracia. Todavía reprendía a los que recurrían a las formas tradicionales de dirección, pero la mayoría de las veces toleraba *sire*.

-Estaba en el puente -la voz del primarca era un gruñido gutural pegajoso. Sus dientes resonaban en conjunto mientras sus músculos faciales se movieron al son de los clavos. -Vi los nuevos acorazados de los Portadores de la Palabra. Cada uno es un rival de la preciosa *Falange* de Dorn.

Cuando Angron se volvió para mirar a los Portadores de la Palabra en sus filas ordenadas, una sonrisa desagradable dividió sus labios. Sintió su ardor, sus esfuerzos en propiedad, y le divertía.

-Estás sonriendo -dijo Khârn, más una acusación cansada que una pregunta.

-Me entretiene sin fin verles enmascarando la enfermedad dentro de sus almas con tanto celo.

Los hombres de Khârn respondieron con obedientes risas a las palabras de su primarca. Todos menos Esca, que se retiró de las filas, de espaldas a Angron, y meditando en un intento de frenar el sangrado en nariz y orejas.

-Lorgar ha estado planeando esta guerra durante décadas -dijo Angron a sus hijos. -La mera visión de las naves es una prueba de eso. Recordadlo, todos vosotros. Recordadlo cada vez que sintáis la tentación de confiar en una de esas serpientes en rojo.

Las pupilas del primarca eran alfilerazos de dolor en las profundidades de sus ojos enfermos. Una estalactita de saliva goteó hacia abajo desde la barbilla llena de cicatrices. Khârn se limitó a inclinar la cabeza en reconocimiento de las palabras de su señor. Discutir con Angron no era sabio, incluso cuando era necesario. No estar de acuerdo con él ahora, cuando los clavos le presionaban claramente en su cráneo, sería un suicidio. Un gran número de Devoradores de Mundos lo sabían por experiencia.

-Criatura -gruñó Angron. -Criatura, ven aquí.

De alguna manera, su voz oída más estruendosa y penetrante por el hangar, Argel Tal cruzó la cubierta de pie ante el maestro de la XII legión. El Portador de la Palabra no se inclinó. Argel Tal había aprendido por las malas que Angron detestaba todos los signos de respeto servil. Nada le irritaba más que la sumisión educada. Sólo dos cosas debían postrarse: los animales asustados y los hombres que mueren. Cualquier otra cosa era una rendición, y ni una palabra más sucia existía en ninguna lengua humana.

-Primarca Angron -el portador de la Palabra le recibió con un saludo neutral, colocando el puño sobre su corazón primario. Khârn tragó. Él ya sabía a dónde iba.

-Criatura -dijo de nuevo el primarca. -¿Tienes tus órdenes?

-Las tengo.

-Muy bien. Entonces esté listo para su ejecución.

Argel Tal saludó por segunda vez, y comenzó a alejarse.

-Criatura –dijo el Primarca dijo por tercera vez, sonriendo ahora. Le gustaba la forma de sonar del insulto.

-¿Sí, señor?

-Vi las bonitas naves de guerra de tu señor iluminando el cielo, ahora mismo. La *Trisagion* y la *Santísima Virgen*, abriéndose camino a través de las defensas de Armatura. Les debemos este asalto a ellos, ¿eh?

Argel Tal no traicionó ninguna respuesta, simplemente esperando impasible, mirándole con las lentes azuladas de la placa frontal plateada. Khârn le imploraba en silencio que guardara la compostura. Su hermano podía ser un Portador de la Palabra, pero Argel Tal siempre había tenido un temperamento propio de la XII.

Los dientes de Angron resonaron juntos de nuevo, en compás con otro tic facial. -La *Bendita Señora* -dijo. -Ese nombre. Ella era vuestra puta-sacerdotisa, ¿no?

-Ella era nuestra Confesora –las articulaciones de la servoarmadura del Portador de la Palabra dieron un repiqueteo bajo cuando inclinó la cabeza y apretó los

músculos. Angron no pasó por alto los signos de aumento de la agresividad. Esbozó una sonrisa.

-Creo que está muerta, ¿no? Sepultada en la nave insignia de Lorgar. ¿Es la misma santurrona, o han estado orando vuestros pobres fanáticos a más de una chica muerta?

Una vacilación, esta vez. Argel Tal respiró lentamente. -Es ella.

-¿Es cierto que los fanáticos sacaron los huesos del ataúd? ¿Los robaron como reliquias sagradas, como los paganos de la antigüedad?

Khârn observó los dedos de Argel Tal inmutarse y rizarse. -Es cierto -respondió el Portador de la Palabra.

-Angron… –advirtió Khârn a su padre. Angron no le hizo caso, como Khârn sabía que haría. Él se estaba divirtiendo demasiado como para prestar atención a los consejos.

Khârn negó con la cabeza. *Aquí viene*.

La risa de Angron tenía todo el encanto y calidez de una avalancha. -Esta es la misma puta sacerdotisa que no pudiste proteger en vida. Ahora ni siquiera puedes guardar los huesos de los ladrones humanos. Lorgar debe amarte, criatura. ¿Por qué si no iba a soportar tus fracasos?

El portador de la Palabra habló con los dientes apretados. -Si mi señor Lorgar reprocha mi servicio, es libre de sancionar mi castigo –se estaba apartando ahora, a pesar de la falta de respeto que ofreció. Los cebos de Angron eran un viejo juego, aunque esta vez se arriesgó a ir más lejos que nunca. -Y tú, Quebrado, no estas capacitado para hablar de la *Bendita Señora*.

La risa de Angron era un deslizamiento de tierra húmeda. -¿Alguna vez recuperaste sus huesos, criatura? ¿O están todavía en manos de sus esclavos cultistas sin lavar?

Argel Tal, como todos los comandantes de las Legiones Astartes, tenía un arsenal personal que podría avergonzar a cualquier coleccionista, pero ahora llevaba dos armas enfundadas en la espalda; sus mejores y favoritos trofeos. Ambos hechos a

mano en la Tierra, en forjas prohibidos a todos excepto al propio círculo interior del Emperador. Ambos estaban cifrados genéticamente y no se podían activar sin las huellas genéticas de los propietarios originales en los mangos reactivos a lo largo de ambas hojas. Argel Tal había roto esa barrera tecnológico, a pesar de que nunca había compartido cómo.

La primera arma era una lanza guardián, con un bólter adornado formando la punta, unido a una hoja con filo de energía. Su nombre, grabado en ácido letras a lo largo de la preciosa hoja, era Shahin-i Tarazu, y que una vez fue la hoja de Sythran Kelomenes Astaga Meren Virol Uhtred Mastaxa Ciro Shenzu -Tai Diromar de los Custodios. Era el arma que mató a Xaphen de los Portadores de la Palabra hace un año.

El segundo era un primo de la lanza; una espada de dos manos forjada en los mismos fuegos de Shahin-i Tarazu y forjada por las mismas manos. Su mango era un águila de oro, el Águila Palatina del emperador extendiendo sus alas, y su hoja también llevaba el nombre del arma: Iktinaetar. Era la hoja de Aquillon de los Custodios; un guerrero de muchos, muchos nombres ganados en servicio glorioso. Era el arma que había asesinado a Cirene, confesor de la Palabra, una mujer desarmada que había perdido el uso de sus ojos.

Valientes, valientes custodios, pensó Khârn. Él se preguntaba si cantarían canciones de victoria después de esa batalla.

Ambas armas necesitan dos manos para ser manejadas con máxima habilidad. En la batalla, Argel Tal cambiaba entre ellas, momento a momento, enemigo a enemigo, usando la más adecuada.

En el hangar ahora, de pie ante Angron, desenvainó Iktinaetar. Sacó la hoja con un movimiento suave y se lanzó a por el primarca. La espada robada se quejó, pues el metal de la hoja era lo suficientemente puro para cantar a medida que cortó el aire.

Angron capturó al Portador de la Palabra en un puño, envolviendo sus dedos alrededor del torso del guerrero. Todo había acabado en un santiamén. Argel Tal fue arrojado de vuelta antes de que la hoja incluso pudiera descender un grado de la vertical.

El primarca se rio, con el mismo tono de lodo y grava. -Divertido como siempre. Vuelve con tus hombres, criatura.

Pero Argel Tal no era Argel Tal. Giró en el aire, asquerosamente elegante, y golpeó la cubierta en cuclillas. Alas enormes y demasiado feas de murciélago negras se elevaron de sus hombros. Su placa frontal de plata fue distorsionada en un gruñido, convertidas en fauces de lobo de metal doblado.

-Vuelve con tus hombres -dijo a Angron lo nuevo. Él ya se estaba alejando.

Esta vez, obedeció. Argel Tal se puso de pie , las grandes alas que se pliegan con el sonido del metal desgarrador , el timón suavizar en emociones IV esterilidad Marcos.

Khârn suspiró, puramente teatral, esperando que el Primarca escuchase. Un asomo de sonrisa de Angron se elevó una nota más alta, y él no hizo más que reír mientras se abría camino a la Dreadclaw más cercana.

-Nos vemos en la superficie -dijo, y se encerró a sí mismo lejos de sus hijos.

Khârn se volvió hacia sus hombres. -Ya lo habéis oído. Escuadra a escuadra, hacia las vainas. Armatura espera.

Los Devoradores de Mundos obedecieron.

+No es un primarca+ -dijo la voz de Argel Tal en la mente de Khârn. El primer instinto del centurión fue el miedo. Los clavos estaban un poco más duros, más calientes, en la estela del susurro psíquica; dolían cada vez más. Khârn miró a su hermano, pero Argel Tal estaba dirigiendo a sus hombres en sus propias naves y cápsulas de desembarco.

Él es mi Primarca –respondió Khârn, sin saber si Argel Tal pudiera oírle. A veces el discurso silencioso funcionaba, a veces no.

+Un Primarca debe ser fuente de inspiración. Nuestra genética superior debe reaccionar ante la sola vista de ellos. Pienso en los momentos en que puse los ojos en Horus, Dorn, o Magnus. He visto a Sanguinius y Russ con mis propios ojos, también. Lo suficientemente cerca como para tocar sus armaduras. Piense en

cuando tú te paraste ante Lorgar: el respeto y reverencia que latía a través de su sangre. El sentimiento de nuestro código genético reaccionando ante la cima del proceso humano. Nunca he sentido ese respeto instintivo en Angron, Khârn. Ni una sola vez. Es una cosa rota. Devastador, sin rival en la guerra, pero roto.+

Khârn no contestó porque no había nada que decir. Abordó su cápsula de desembarco, subiendo la rampa y a la espera de un esclavo con túnica para asegurar su arnés de sujeción.

+ Lo sientes. Lo sientes también.+ -dijo Argel Tal.

En el silencio psíquico, Khârn confesó algo que nunca había dicho fuera de su legión.

Sí, sentimos lo mismo. Los Devoradores de Mundos, todos y cada uno de nosotros sabemos lo que sabes.

La voz de Argel Tal estaba atada por la ira hirviente. +¿Por qué lo toleráis?+

¿Qué podemos hacer? ¿Asesinar a nuestro propio padre? ¿Destruiste a Lorgar cuando él te condujo a adorar al emperador? ¿O es que le toleraste con paciencia, esperando que con el tiempo encontrase su camino hasta igualar a sus hermanos?

Una pausa. Una larga, larga pausa. Khârn lo tomó como la capitulación de Argel Tal y siguió adelante. *Es la vergüenza que tenemos que soportar ante las otras legiones, hermano. Angron se rompió mucho antes de llegase a nosotros. ¿Por qué crees que le dejamos meter los clavos en nuestras cabezas? Teníamos la esperanza de que al rompernos nosotros mismos en el mismo yunque, finalmente nos sentiríamos unidos con nuestro padre.*

No había nada de burla en la respuesta del Portador de la Palabra. Sólo simpatía. La piel de Khârn se estremeció. Hubiera preferido una burla.

+¿No funcionó?+

Los lados de la cápsula se cerraron, bloqueando con blindaje todas las vistas del hangar más allá. La última visión de Khârn fue la de Argel Tal ascendiendo a la rampa de parrilla de una cañonera artillada roja de la XVII legión.

-No -murmuró, tanto para sí mismo como para el Portador de la Palabra distante. -No lo hizo.

TRES

Perdido en los clavos

Guerra en el vacío

Rojo Sagrado, Blanco Desleal

La única cosa que las historias de guerra siempre olvidaban era el polvo. Khârn aprendió eso pronto, y la lección permaneció con él a través de los años. Incluso dos hombres levantando arena en los pozos de gladiadores parecían una distracción. Dos ejércitos de unos pocos miles de almas en una llanura abierta levantarían el suficiente polvo hasta hacerse tan grueso como para ahogarse. Subiendo la escala un paso más, y unos pocos cientos de miles de guerreros trabados en conflicto podrían oscurecer el sol durante un día después de que la batalla acabase.

Pero las realidades de la guerra campal raras veces se plasman en las sagas. En todas las historias que había oído, especialmente aquellas diatribas tristes de los rememoradores, las batallas se reducían a un puñado de héroes que portaban hojas con la hoja bañada en la luz del sol, mientras que sus inferiores anónimos miraban con asombro estupefacto.

Se necesitaba mucho para hacer temblar a Khârn, pero la poesía de la guerra nunca había fallado.

Dos legiones combatiendo por una ciudad estaban más allá de cualquier otra cosa. Motores de tanques exhalando humos en una niebla con olor a aceite. Cañoneras rugiendo en bajos y desenfocadas estelas de aire caliente, mientras que los derribados cayeron del cielo para estrellarse y rodar por el suelo mientras sus cascos ardían. Titanes caminando por las calles sangrando fuego y humo en la

misma medida, heridas que (gouted) contaminación décuplo cuando una de las máquinas de guerra colosales finalmente moría.

Las decenas de miles de soldados de moliendo rococemento y la tierra bajo su paso, y los últimos suspiros de bloques vivienda estallando desde sus entrañas y emitiendo más polvo al aire a medida que se venían abajo; más tela a la mortaja. Cada torre que caía, cada monumento derrocado, cada bunker que estallaba exhalaba una nube de cenizas en todas direcciones.

Los combates en una ciudad en ruinas era una cosa, pero la lucha en una ciudad convirtiéndose en ruinas era otra muy distinta. La visibilidad era un mito. Simplemente no existe.

En tiempos pasados, cuando las espadas de bronce habían formado el pináculo de la capacidad de la humanidad para hacer la guerra contra sí mismos, los exploradores montados atravesaron las nubes de polvo de un campo de batalla para transmitir información y órdenes entre los oficiales cuyos regimientos estaban cegados en el grueso de la misma. Esa era otra verdad que rara vez sobrevivía a su puesta en los archivos.

La guerra había recorrido un largo camino desde los días antiguos. La capacidad de la humanidad para luchar ciega no. Los dispositivos retinales de Khârn respondieron a su irritación, seleccionando a través de filtros de visión. La visión térmica era una mezcla sin utilidad de colores de migraña cuando la mitad de la ciudad estaba en llamas. La ecolocalización por auspex era poco fiable con cualquier interferencia atmosférica y las densas nubes de partículas junto con los edificios en llamas a su alrededor sin duda no se contaban entre las condiciones óptimas.

Él no dejó de correr. No tenía ni idea de dónde estaba, pero no dejó de correr. *En caso de duda, sigue adelante.* El viejo adagio le devolvió la sonrisa.

Khârn recordó el aterrizaje. Los estertores capaces de hacer temblar sus dientes del descenso en los oscuros confines del Dreadclaw, y el estallido de luz solar que le siguió cuando las puertas de la cápsula salieron despedidas. Recordó la primera carga hacia las afueras de la ciudad, liberando sus armas, sintiendo las picaduras de avispa de fuego láser sin poder penetrar su blindaje. Habían llegado a un distrito de

cuarteles, entre los batallones atrincherados de la Academia de la Guardia de Armatura. Guerreros jóvenes que están en proceso de convertirse en Ultramarines, junto con las huestes de soldado uniformados y disciplinados orgullosos de servir a la XIII legión.

Maldito Guilliman y su imperio dentro de un imperio. Armatura, el mundo de la guerra, no era más que un globo en los Quinientos Mundos. ¿Cómo podían un hombre levantar tan vastos ejércitos? ¿Cómo podía una legión comandar tal poder?

Sabía la respuesta, tan indeseada como era. Este era el regalo de un primarca inquebrantable. Aquí estaba la obra de un genio en el juego, sin la carga de un motor de dolor. Mientras Lorgar perdía el tiempo con los misterios del éter y Angron saboreaba la sangre de su mente rota, Guilliman de los Ultramarines había reformado un subsector entero en el ideal imperial. Ni siquiera Horus había logrado eso.

Un proyectil bólter cortó sus reflexiones irritadas, estrellándose contra su pectoral y destrozando a su paso en una trayectoria desigual. Khârn había rugido sin darse cuenta, una vocalización instintiva del dolor presionándole en la parte posterior de su cabeza, y cargó hacia el primer pelotón de la Academia de la Guardia defendiendo la barricada al final de la carretera. Su líder Evocatus luchaba con una gladius de energía, demostrando ser un espadachín de habilidad consumada. Duró nueve segundos antes de derrumbarse, pintando las piedras de la avenida con el rojo de sus entrañas.

La ciudad seguía en pie en este punto. El polvo no había tenido la oportunidad de ocluir todo bajo el sol.

Eso cambió muy pronto. Pocas horas más tarde y el paisaje urbano se ahogaba en su propia respiración. Ahora había perdido a Kargos, Esca y los demás y estaba solo en una ciudad moribunda, en algún lugar detrás de las líneas enemigas. Recordó la brecha en la Academia de la Guardia; se recordó persiguiéndolos con saliva espesa en su lengua, haciendo crujir su hacha en la espalda de los que huían y los clavos más calientes, empañando su visión de rojo.

No recordaba nada más, hasta que había vuelto a sus cabales hace unos minutos.

Las sombras flotaban por el humo, convirtiéndose en formas, convirtiéndose en guerreros con servoarmaduras del mismo azul que el cielo de la Tierra al amanecer. Khârn no se detuvo. Les atravesó con una carcajada y sus hojas desgarrando, salivando profusamente entre los dientes. Sus botas pisotearon a los caídos a través del camino de rococemento.

-Lotara –dijo por el vox.

Su imagen nació en su casco, sólo la cabeza y los hombros, en un chisporroteante y distorsionada ventana hololítica a la derecha de la matriz de orientación. Como de costumbre, su largo cabello estaba atado en una coleta para evitar empañar su rostro. Sus rasgos estaban de perfil, con el proyector unido al un lado de su trono de mando.

-¿Khârn? -su voz era un murmullo, privada de toda calidad por el vox temperamental. Se hizo un lío como era de esperar, mostrando su elocuencia de espira. -¿Estás sonriendo?

-Dame los orbitales, capitán de bandera.

-Como quiera, no es que haya mucho que ver. ¿Qué estás haciendo ahí abajo, de todos modos? La ciudad se está ahogando en polvo. Incluso para vuestros estándares descuidados, esto es un desastre.

Ventanas de imagen secundarias florecieron en ambos lados de la pantalla retinal parpadeando. Cada uno de ellos mostraba la ciudad desde arriba, cubierta de nubes de humo asfixiante. Torres se asomaban desde la parte superior de la nube de cenizas, pero el propio paisaje urbano estaba irreconocible.

-Deberías haberme dejado bombardear la ciudad desde órbita -añadió Lotara. -Estoy seguro que las dos naves capitales de los Portadores de la Palabra habrían querido hacer lo mismo. Nunca viste el tamaño de ellas, atrapado en tu pequeña cápsula de desembarco. Todo un espectáculo.

La sonrisa de Khârn estaba peligrosamente cerca de una mueca de desprecio. –Puedes burlarte de mí y de mis hombres, capitán de bandera, pero al menos

sabemos que nuestros enemigos están realmente muertos. *Nosotros* terminamos la lucha.

Se acercó a un tanque muerto, una forma inactiva y silenciosa manifestándose entre el polvo asfixiante. Su pantalla retina lo fijó, derramando un reguero de datos que no necesitaba ver. El modelo Maximus servoarmadura era una maravilla tecnológica, pero los autosentidos necesitaban una gran cantidad de ajustes para satisfacer las preferencias personales de un guerrero. Khârn generalmente ignoraba la mayor parte de lo que su servoarmadura trató de decirle. Como si le importara lo que un mundo forja hubiera logrado en cualquier chasis Rhino en particular. Como si se preocupaba por la densidad de las aleaciones que forman su casco y cómo se diferenciaban por punto-uno por ciento de los demás.

Un gran emblema de la XIII indicaban las puertas selladas del tanque muerto. Se esforzó por oír algo dentro, pero con la ciudad cayendo a su alrededor siempre iba a ser una esperanza vana. En cambio, tocó con el borde de su espada-sierra contra el blindaje del vehículo.

-Toc, toc.

El silencio respondió desde el interior, para nada divertido. En lugar de subir por los lados inclinados, saltó hasta el techo en un salto suave. Ambas botas resonaron en la parte superior con un sonido metálico resonante. Cualquier esperanza de que un punto de vista más elevado ayudaría a su visión era risible, pero estaba dispuesto a intentar cualquier cosa.

Lanzó una mirada de vuelta a las inútiles imágenes orbitales a través de las lentes del ojo izquierdo. -¿Intensificadores? .solicitó.

-Tengo servidores trabajando en la depuración de las imágenes –la imagen de Lotara se sacudió con algo más de distorsión. -Estamos muy ocupados aquí nosotros mismos, ya lo sabes.

Khârn se agachó sobre la cúpula sellada. -Muy bien. Disfruta de tu pequeña escaramuza en el vacío, capitán de bandera.

Este volvió la cabeza, sonriendo directamente al proyector. Y tú vadear a través de la tierra, Khârn. Una manera tan poco elegante para una guerra -su imagen se borró, llevándose las imágenes orbitales inútiles con ella.

Khârn estaba a punto de romper la cúpula cuando otra runa parpadeó en sus lentes de ojo. Un amigo.

-¿Skane?

-Capitán -la respuesta no se hizo esperar, en medio de un coro de aullidos draconianos. Motores. Turbinas corriendo demasiado calientes, demasiado tiempo. Las cuerdas vocales aumentadas del guerrero no robaron emoción de la voz de Skane, pero sí añadieron una calidad burbujeante, crepitante a todo lo que decía.

-Acabas de entrar en mi rango de vox. Durante los últimos siete minutos, el único contacto que he tenido es con la nave.

-Sí, todo se ha ido al carajo por aquí -respondió Skane. -¿Dónde estás?

-No lo sé -un momento de pausa. -Cuando penetramos en la Academia de la Guardia, yo estaba con la vanguardia persiguiendo a los supervivientes.

-¿Los clavos? -preguntó Skane.

-Los Clavos tomaron el control -admitió Khârn, sabiendo que lo explicaría todo.

-Entendido. No podemos seguirte, nuestro auspex está muerto.

Por supuesto que lo estaba. De todos sus escuadrones, sería el de los Destructores con quien tenía que ponerse en contacto por primera vez. Aquellos cuyas armas aniquilaban la eficiencia de sus equipos más temperamentales. Argel Tal a menudo decía que el destino tenía un sentido del humor perverso. Khârn nunca lo dudó ni por un segundo.

-Conéctalo a tu servoarmadura. Deriva energía para amplificar tu localizador por un momento.

-Eso nunca funciona -murmuró, pero dijo: -Sí, capitán, es un poco más fuerte.

Khârn miró el casco pintado de azul bajo sus botas. El Rhino estaba inmóvil, su motor silencioso, pero los escáneres aún podría estar en funcionamiento. Sin duda, sería más fácil que lidiar con sus Destructores y su degradada tecno

Milagro de milagros, la runa de Skane se encendió de nuevo, esta vez con los datos de translocación y la distancia.

-Te tengo -transmitió Skane. Khârn ya estaba corriendo otra vez.

Lotara Sarrin se había ganado el trono del *Conquistador* hace seis años, justo antes de su trigésimo cumpleaños. Su promoción le había convertido en una de las más jóvenes capitanes de bandera de todas las flotas expedicionarias del Emperador, lo que a su vez la puso bajo el foco de escribanos e imaginistas entrantes desde la orden de rememoradores de Terra. La habían plagado, siguiéndole como cachorros a cada paso en el breve período que lord Angron había permitido a los de su clase a bordo de la nave insignia de los Devoradores de Mundos. Cuando habían sido enviados de nuevo a Terra en la vergüenza su trabajo incompleto, de hecho apenas si comenzado, las anotaciones oficiales registraron su salida debido a la *"inadaptación irreconciliable a caminar por el vacío"*.

La enfermedad del espacio. Eso había sido idea de Khârn, entregada con su habitual astuta y seca cara carente de sonrisa.

La verdadera razón era muy simple: habían molestado a Lotara Sarrin, por lo tanto habían molestado a Angron. El primarca los había ignorado hasta el momento en que escuchó la primera imputación de Lotara. Ellos fueron repatriados a Terra el día siguiente. Khârn había sido uno de los guerreros encargados de tirarlos fuera de la nave, haciendo caso omiso de sus protestas gritadas y la forma en que habían agitaban licencias imperiales que supuestamente les daban permiso para permanecer. Todo había sido logrado con un admirable y, dada la Legión en cuestión, sorprendente falta de derramamiento de sangre. En todo caso, los Devoradores de Mundos eran más divertidos que cualquier otra cosa.

Historial militar de Lotara hablaba repleto de términos suaves; una letra clara, sin interés en ser manuscrita por servidores que denotaba valentía ejemplar, constancia y paciencia, citando sus interacciones frecuentes y mediaciones con el primarca de la XII legión. También tenía nota de sus muchas medallas y condecoraciones,

ninguna de las cuales lució fuera de las ocasiones formales, y la mayoría languidecía en la parte inferior del armario en sus aposentos personales por siempre desordenados.

Cualquiera que leyera este registro también encontraría varias anotaciones de la sensatez, la perspicacia táctica encomiable y regalos para la logística. Todo muy ordenado, todo lo que se espera de un capitán prominente.

La única cita que en realidad le importaba se leía en los siguientes términos: *"Concedida una distinción única de la XII legión por la notable valentía en el sometimiento de los mundos anteriormente reclamados por el Principado Stellar Ashul".*

Llevaba ese elogio, fuerte y orgullosa. La Mano de Sangre, una huella roja en el pecho de su uniforme blanco nítido, como si el trono levantado en latón adornado de filigranas no marcara ya su posición de los otros trescientos funcionarios que trabajan en el strategium.

El puente de la *Conquistador* era un hervidero de voces gritando, sirvientes charlando y llamadas de oficiales de estación a estación. Lotara no les prestó ninguna atención en absoluto, contenta de que los ruidos de fondo que su equipo significaba que estaban haciendo su trabajo. Ella solo tenía ojos nada más que para la pantalla panorámica oculus y el despliegue táctico en tres dimensiones que generaba. Al mismo tiempo, mantuvo un flujo constante de órdenes transmitidas por encima de su micrófono vox en el cuello, mientras tamborileaba con los dedos sobre los reposabrazos.

La guerra en el espacio iba bien. Lo habría sabido con los ojos cerrados, dado el castigo irreal que ambas naves capitales de los Portadores de la Palabra estaban repartiendo al mundo atribulado de Armatura, pero estaba lejos de ser una conclusión inevitable.

El primarca estaba fuera de la nave, luchando en el mundo de abajo. Ella era libre para minimizar las bajas lo mejor que podía, en lugar de enviar la flota en otro asalto cruel puramente para infligir el máximo daño y desplegar las cápsulas de desembarco, sin importar el costo en hombres y material. Este grado de sutileza

táctica era un gusto raro. Más difícil, pensó. Estaba acostumbrada a luchar sucio, como la legión.

Ella no había mentido a Khârn; la guerra de superficie era un desastre de proporciones impías. Lotara mantuvo miradas furtivas a las pantallas pictográficas mostrando el ahogamiento de la ciudad en su propio polvo. Ella había estado en las reuniones de información hace semanas, cuando Angron había demandado desembarcar en Armatura y quebrarlo desde dentro. No era ninguna sorpresa. Lo que había sido una sorpresa fue el momento cuando Lorgar Aureliano, Señor de los Portadores de la Palabra asintió con la cabeza a los Devorador de Mundos. El año pasado les había visto cortar a través del Imperio, segando los mundos a través de su camino, a pesar de las protestas de Lorgar por ir a toda velocidad a Ultramar. Ahora que por fin había llegado al corazón de Ultramar, toda restricción pareció ser llevada por el viento solar.

Robó otra mirada a las pantallas pictográficas. Esta vez las imágenes de la ciudad le sostuvieron la mirada. Lotara frunció el ceño.

-Intensificad los sectores ocho y quince -ordenó a uno de los servidores-esclavo de la consola orbital, Scrye.

-Cumpliendo.

Ella tomó una respiración lenta a través de sus dientes mientras miraba la resolución de las imágenes. -Están derribando edificios en rápida sucesión. Mira. Mira estos barracones desmoronándose en perfecto orden. Eso no es de la batalla. Los edificios tienen que estar siendo volados con cargas. Los Ultramarines están matando a su propia ciudad para enterrar a nuestra legión en los escombros.

Ivar Tobin, su primer oficial, asintió con la cabeza a su evaluación. –Eso es lo que parece, capitán.

-Consigue comunicación con Angron. Ahora.

-Sí, señora –él dejó su lado para que su petición fuese una realidad. Apoderarse del primarca mientras estaba combatiendo necesitaría no poca paciencia y determinación.

Lotara volvió su atención a la guerra espacial desplegándose ente Armatura. Solicitó una panorámica en cuatro pantallas, algo desenfocada por la distancia, de uno de las nuevas naves capitales de los Portadores de la Palabra. La nave era monstruosa en su belleza, lo suficientemente grande para dejarle sin aliento si la miraba durante mucho tiempo. La mente humana procesaba los detalles en paradas y arranques; fue sólo cuando la silueta de un crucero menor cruzó las almenas de la *Santísima Virgen* que el tamaño de la nave capital se hizo evidente, y cada vez que lo hizo, Lotara sintió su estómago sacudirse. La nave parecía demasiado grande para ser real.

Las guerras orbitales tenían sus propias bestias, con sus propios métodos y momentos de locura. Una guerra por encima de un mundo tendía a jugarse en distancias mucho más cortas que muchos combates en el vacío estático, extrañamente plácido. Luchar a en la órbita alta significaba ponerse en la cara de tu enemigo, y eso se adaptaba a Lotara como un guante. Estaba acostumbrada a ello. Los Devoradores de Mundos sentían predilección por abordar las naves de sus enemigos, y casi siempre quería decir acercarse mucho, no importaba donde luchaba el *Conquistador*.

¿Por qué esa plataforma de armas no ha sido destruida todavía? -preguntó, con una ceja levantada. –Seguid a la *Venator Vorena*, si sois tan amables. Seguidla hasta la parrilla cincuenta, con los costados completos sobre esa plataforma a medida que pasamos.

Con sólo veintitrés años, tercer oficial Feyd Hallerthan era el más joven de la tripulación de la orden del strategium. -Eso nos llevará peligrosamente cerca de los tres cruceros escoltando a la *Lex*, capitán -dijo.

Ella chasqueó la lengua; su hábito cuando estaba a punto de perder los estribos. Feyd estaba equivocado, porque ella podía ver acercarse la presencia de otro crucero de los Portadores de la Palabra y su escuadrón de fragatas obligaría a los tres cruceros Ultramarines elevarse y reagruparse para otra pasada, a menos que tuvieran hambre repentina de ser embestidos o destruidos por el fuego de cuatro cruceros. Su sonada retirada táctica abriría todo el espacio que necesitaba. Le tomó toda la mitad de un segundo discernir esto del baile vacilante de nombres de naves en agrupándose y retorciéndose en su pantalla táctica.

Ella sabía que él tenía otras ideas, y que sería lo suficientemente aceptable. Pero Lotara sabía su juego mejor que nadie.

-Mira a la red por debajo de la *Lex*, y la nave de apoyo en ascenso de los Portadores de la Palabra. Por eso te equivocas. Los Ultramarines se elevan y alejan, antes de reagruparse para una segunda carrera contra la *Lex*.

-Ya lo veo, señora. Pero si la…

-En lo que a mí respecta -le interrumpió con una sonrisa, -no es mi trabajo de explicar por qué mis órdenes anulan tus ideas. Debes percibirlas tú mismo. Ahora haz lo que digo, teniente.

Leftenant –pronunció ella, siempre con la educación de la espira.

Él se estremeció, y las varias alternativas tácticas que había estado a punto de sugerir murieron en su lengua. -Sí, señora.

Ivar Tobin, canoso, severo, profesional hasta la médula volvió al lado de su trono. -El primarca ha respondido a su vox llamada, señora.

-Bien, entonces. Este es un día de muchas maravillas.

Lotara recostó a medida que la nave se sacudió a su alrededor, los amortiguadores de impulso luchando contra la curva cerrada. Un par de llaves roscadas en su brazo activaron su proyector hololito personal. La imagen de Angron se puso delante de su trono, alta, distorsionada y pálida, pero sin duda era el primarca. Sus hachas goteaban sangre incolora, pero las gotas hololítica se convirtieron en la nada tan pronto como golpearon la cubierta.

-¿Qué quieres, capitán? –tics dolor convulsionaron un lado de su cara, dejando la otra paralizada en un gruñido sordo. Sabía que no debía preguntar si era de dolor. Angron siempre sufría dolor.

-Los informes de bajas de la superficie de ataque están buscando bastante desagradable. ¿Qué está pasando ahí abajo?

-Los Evocati –la imagen de Angron se distorsionó hasta el punto de la fallar, y entonces volvió entre gránulos. -Y tienen una Legio también. Lo siento si no vamos a pacificar el mundo tan rápidamente como quisieras, Lotara.

-No seas infantil, mi señor.

-No soy señor de nadie, y me aburre oírte decir eso. Siempre eres muy valiente conmigo cuando estoy a varios miles de kilómetros de distancia, capitán.

-Lo sé, sire -ella juntó sus dedos, brevemente distraída por nueva sacudida de la nave. Las fragatas que pasaron por su popa apuntaron a las cubiertas del motor del *Conquistador*, con poco efecto.

-¿Cómo está mi nave? -preguntó Angron, escupiendo sangre sobre el suelo rocoso.

-*Mi nave* está bien -respondió ella. -¿Cuántos Evocati están en la superficie?

La figura colosal gruñó, levantando un hacha en lo que podría haber sido el encogerse de hombros de un dios. -Muchos. Todos ellos. No lo sé -estaba mirando lejos ahora, empezando a explorar la ciudad destrozada por encima del hombro. Si no tenía mucho tiempo, estaría perdido por los clavos pronto.

-Los cruces de la capital, donde las avenidas principales se unen; se ve como los Ultramarines tienen los edificios listos para detonar. Tenga cuidado a medida que avanza en la ciudad, sire.

-Te preocupas demasiado, capitán.

Ella chasqueó la lengua otra vez. -¿No le parece perfectamente razonable, sire, que un mundo guerrero estaría preparado para cualquier eventualidad cuando se trata de una invasión? Por lo menos considerar avanzar con los Portadores de la Palabra y el envío de exploradores por delante para confirmar lo que estoy viendo.

-Los preciosos Portadores de la Palabra de mi hermano estarían recitando sus oraciones insípidas mientras marchamos lentamente por las calles. La guerra terminará antes de que sus bólters canten una sola vez.

Ella se tragó su temperamento lo mejor que pudo. -¿Al menos querrá que apunte a las fundiciones de la Legio desde aquí arriba?

-Quiero que me dejes en paz, capitán -Angron se volvió hacia ella, su ojo izquierdo herméticamente cerrado en respuesta a los espasmos tirando de la comisura de sus labios. Su sonrisa se mostró poco dispuesta en una parte de sus dientes de hierro implantados. –Dispara a lo que quieras, pero deja de quejarte a mi al respecto.

La distancia hizo nada para atenuar parte de la grandeza salvaje, roma del Primarca. Era una cosa imponente de espasmos de dolor y carne suturada hasta ser una ruina. Lotara sólo había visto dos primarcas, pero a pesar de la leyenda que cada uno fue hecho e imagen del Emperador, Lorgar y Angron no podrían ser menos iguales. El primero tenía un rostro que pertenecía a las monedas antiguas, y una voz que le hizo pensar en la miel caliente. El último era la estatua de un ángel, profanada por un centenar de hojas y dejada a la intemperie. Angron era piel arrancada y juramentos sobre un núcleo de vasos sanguíneos gruesos y carne.

Cualquiera que fuese la intención estética que había habido en su creación quedó perdida hace mucho tiempo; el tiempo y la guerra se habían ocupado de ello. Si el destino no hubiera intervenido, quizás Angron habría llegado a ser tan hermoso como sus hermanos Lorgar, Sanguinius, o incluso Fulgrim pero el destino no era un aliado silencioso a cualquiera.

La imagen distorsionada del Primarca vaciló cuando la nave recibió un bombardeo contra sus escudos de vacío.

-¿Cómo avanza la batalla en el espacio? -preguntó Angron. Ella sabía que no quería detalles, y sabía que su frágil mente mutilada no se aferraría a ellos, incluso si lo intentaba. Sangre gris ya le corría por la barbilla blanca. Otra hemorragia nasal.

-Todavía estamos aquí -dijo.

-Bien. Permaneced así -cuando se volvió de espaldas a ella, la imagen parpadeó una vez más y finalmente murió.

-Esto no es bueno -pensó en voz alta. -Esto no es bueno en absoluto.

-¿Señora? -preguntó Tobin.

-Khârn tiene razón sobre el primarca -se volvió de nuevo a su trono frente a la guerra espacial. -Está empeorando.

Con la red vox restaurada, Khârn pasó varios denodados minutos hablando con sus sargentos, coordinando los movimientos de las pocas escuadras que no estaban perdidas por los clavos. Muy pocas de ellas, tal como sucedía.

Esca era inmune a la *pérdida*. El informe del Codiciario fue seco y claro; sabía muy bien que Khârn lo prefería así. Tenía poco que decir, más allá del hecho de la lucha era feroz en las uniones de las avenidas. La resistencia de los Ultramarines y la Academia de la Guardia era más fuerte allí, donde defendían fortalezas-cuartel llenas de torretas defensivas.

Skane todavía llegando, uno de los pocos que mantenía la cabeza en la batalla, pero Khârn encontró a los Portadores de la Palabra antes de encontrar a su hermano.

La alianza de un año había cosechado poca recompensa tangible hasta el momento. Las legiones casi habían llegado a las manos hace apenas unas semanas, tanto en sus flotas flotando en el espacio profundo con las armas de fuego extendidas como con cápsulas de abordaje en tubos de tiro. Más allá de esa traición abortada, detenida únicamente por que Lorgar y Angron encontraron una flota xenos para asesinarla en su lugar, las interacciones entre las legiones eran consideradas casi cordiales si los guerreros lograban no escupirse entre ellos en los informes de la misión.

Un escuadrón de Portadores de la Palabra permanecía en un semicírculo alrededor de uno de sus carros de combate. Su canto era un coro apasionado, que sonaba desagradablemente cercano a la adoración. Era en colchisiano, por supuesto. Los Portadores de la Palabra rara vez se dignaban a hablar el bajo gótico, incluso alrededor de sus hermanos legionarios. Otra manzana de la discordia.

Sus oraciones murmuradas se interrumpieron cuando Khârn se acercó.

-Capitán -uno de ellos le dio la bienvenida. Detrás del sargento, tres Ultramarines estaban crucificados en las ruinas del casco del tanque. Clavos de hierro habían penetrado a través de los brazos y el pecho de los guerreros, empalándoles en su lugar. Los tres legionarios de la XIII todavía temblaban, todavía luchaban, incluso el que tenía un pico atravesándole de su garganta. Era difícil no admirar tanta tenacidad.

Khârn levantó su hacha para señalar a los Ultramarines crucificados. -¿Realmente tenéis tiempo para esta profanación? -él mantuvo al borde de la condescendencia su voz. Sólo al borde.

El sargento de los Portadores de la Palabra, vestido con el color carmesí de la nueva imagen de su legión, cerró el libro sagrado que había estado leyendo en voz alta a sus hombres. Las páginas de este tomo se juntaron con un golpe suave, y el libro cayó a colgar de una cadena corta unida al cinturón del guerrero.

-Parece que tienes tiempo para salir corriendo en el polvo y separarte de sus hombres, Devorador de Mundos.

Khârn sintió el *tic-tic-tic* de los clavos del carnicero empezar de nuevo en la parte posterior de su cerebro. Fallos de señales de su cráneo hicieron que sus dedos se tensasen y que accidentalmente apretase el gatillo de su espada-sierra, haciendo que los dientes de sierra se quejaran mientras masticaban aire. Los Portadores de la Palabra agarraron con fuerza sus bólters, pero no hicieron ninguna amenaza abierta de las suyas.

-Cuida tus palabras -advirtió Khârn. -Volved a la lucha, todos vosotros. La victoria está casi garantizada.

El sargento, con la plata de la placa frontal contra el rojo de su cabeza, miró de nuevo a los Ultramarines torturados por un momento.

-Esta es una celebración sagrada. No recibo órdenes de ti, centurión.

-Y sin embargo -dijo Khârn, sonriendo detrás de la placa frontal, -en esta ocasión, lo harás.

El gemido de entrada de los retrorreactores dejó en suspenso sus palabras. Skane fue el primero en aterrizar, golpear el suelo corriendo, patinando hasta detenerse al lado de su capitán. El resto de sus Destructores bajó en orden desigual, las armas enfundadas, sus bandoleras de granadas de radiación haciendo repiquetear sus servoarmadura.

-¿Hay algún problema, capitán? -preguntó Skane. El agreste, polvoriento viento cayó contra su ceramita quemada. El único color en su servoarmadura era el rojo

lascivo de sus lentes oculares. Más allá de eso, él y sus hermanos podría haber sido sombras nacidos de las cenizas; los fantasmas de los guerreros muertos en llamas.

Khârn no respondió. Siguió mirando al sargento de los Portadores de la Palabra Portadores. -Volved a la batalla.



Khârn, capitán de la octava compañía de los Devoradores de Mundos.

Edificios cayeron en la distancia, con el estruendo característico de la arquitectura muriendo. -Sí, señor -dijo el oficial de los Portadores de la Palabra al final.

Khârn finalmente se volvió hacia Skane. -Ven conmigo.

El capitán de la octava de la XII Legión dejó a los Portadores de la Palabra en el Land Raider. Sus Destructores le siguieron.

-*¿Haciendo amigos, señor?* –preguntó Skane en Nagrakali, todo gruñidos guturales.

-Habla gótico -respondió Khârn. -Haz el esfuerzo de cooperar, incluso si los Portadores de la Palabra se niegan a hacer lo mismo.

El cuello articulado de Skane dio un gemido bajo y se volvió para mirar a su capitán. -No me mearía en un Portador de la Palabra aun si estuviera en llamas. ¿Crees que me importa que juguetes utilicen para volar alrededor?

-Sólo haz lo que te pido, Skane.

El Destructor se encogió de hombros. -Por supuesto, señor.

-Informa -provocó Khârn.

Podía oír risa tranquila de Skane detrás de la placa frontal quemada. -No te va a gustar esto, señor.

Khârn resistió el impulso de suspirar. -¿Dónde está Angron?

-No se sabe a ciencia cierta. Estaba perdido por los clavos después de que tomáramos el cruce Krytica hace media hora. Delvarus fue el último en informar; él dice que vio al primarca comerse a algunos de los enemigos muertos.

-Dime que es una broma.

Skane se encogió de hombros.

Quizás Lotara tenía razón. Quizás deberían haber dejado que bombardeara Armatura hasta hacerla polvo.

-¿Por qué está Delvarus aquí?

-Parece que Lotara dejó escapar la correa. La nave insignia difícilmente va a ser abordada por algo que vale la pena en ese lío en el cielo.

Khârn apartó el asunto de inmediato. -Tengo que ir a la primera línea. Alguien tiene que coordinar el asalto a la Legio Audax. Maldita sea, ni siquiera sé si estamos ganando.

-Yo puedo responder a esa pregunta para usted, señor- respondió Skane. -Definitivamente no estamos ganando.

Magnus miró a los cielos en guerra. Sobre todo, al ver a la *Santísima Virgen* y su hermana gemela, la *Trisagio*, haciendo un solar con las defensas orbitales de Armatura, desmantelando uno de los mejores mundos defendidos en el Imperio con andanada tras andanada de sus aullantes e intermitentes cubiertas de armas.

-Los necesitarás en Terra -dijo en voz baja. Lorgar no respondió. Su hermano no había contestado nada en mucho tiempo.

El tamaño y la escala de las naves significaban que todas las contramedidas eran obsoletas. Durante la primera hora, nada pudo atravesar sus escudos. Nada incluso se las arregló para raspar su piel. Fue necesario la potencia de fuego combinada de una estación de batalla, dos plataformas de defensa orbitales y una embestida suicida de la nave de guerra imperial *Cielo de Acero* para finalmente derribar los escudos de la *Santísima Virgen*. Ella siguió navegando, ajena a los miles que mueren dentro de uno de los monasterios de su espalda en llamas, indiferente a las agonías que no suponían diferencia en una tripulación de medio millón de almas.

Lorgar se arrodilló en el fondo de la basílica, inclinando la cabeza en oración. La mera visión de esto puso la piel de gallina de Magnus. A pesar de la naturaleza etérea de su nueva forma, algunos instintos eran difíciles de reprimir.

-Lorgar -dijo. La respuesta de su hermano fue seguir susurrando sus blasfemas devociones. -*Lorgar* -gruñó Magnus.

El portador de la Palabra le miró, su cara entintada ejemplo de enfoque trascendente. Entonces parpadeó, por primera vez en media hora.

-Algo va mal -Lorgar se puso en pie, formando grietas a lo largo del piso de mosaico con sus botas. Tendió una mano hacia una de los cientos de estanterías, y su maza crozius cortó todo el aire frío hasta acogerse perfectamente en la mano derecha. -Hablaremos pronto. Adiós, Magnus.

-¿Iras a la guerra, hermano? –preguntó el brujo.

-Me necesitan en Armatura -respondió el Portador de la Palabra.

-Ah. ¿No te gustaría hablar conmigo en la guerra? Es por eso que me llamaste, ¿no es así?

Lorgar no miró hacia atrás. -Sé tu decisión, Magnus. Estarás con nosotros en Terra. Me lo dijeron los dioses que insistes no son reales.

El hechicero sacudió la cabeza con desprecio. -Dime lo que exige tu presencia en la superficie.

Lorgar selló su casco de tres cuernos en su lugar, hablando antes de salir de la cámara.

-Angron está en problemas.

CUATRO

Quemado Vivo

Comunión

Unión Valika

La serenidad huyó de él.

Trató de agarrarla, furioso contra la inutilidad de su propia desesperación. El sabor del fracaso ya estaba cubriendo su lengua con amargura familiar. Gritó hacia el cielo, esperando el agua de lluvia lavara el sabor de sus dientes. Su grito terminó seco.

Había estado tan cerca de la serenidad ese momento. *Tan cerca.*

Sin embargo huyó, lanzándolo de nuevo al mundo de carne desangrándose y hueso golpeado; una vida en la que su cráneo violado latía fuego alrededor de su cuerpo al ritmo de su corazón acelerado.

Deseaba algo, cualquier cosa, para aliviar la agonía del motor del mecanismo en su cerebro, mutilando su mente con su veneno.

Y él era débil. Débil y ciego. Tembló en la oscuridad, sufriendo escalofríos y dolor e inhalando el olor de su propia sangre. No podía ver sus manos delante de su rostro, pero las sentía por la forma en que sangraron.

Angron, dijo una voz.

Angron. El nombre no significaba nada.

Angron. Angron. Angron. Varias voces. Diez, tal vez veinte. No estaba seguro. Rugió por segunda vez, gritando para que pudieran salir de su cabeza.

No puedo alcanzarlos, dijo la más fuerte de las voces. *Los clavos realmente han dañado su mente en este momento.*

Yo tampoco puedo alcanzarlos, dijo otra.

Entonces tenemos que correr el riesgo de la Comunión, dijo otro.

La respuesta fue una ola de silencio, un desierto helado de repulsión, el reflejo psíquico de los imanes que se niegan a emparejarse.

No, dijo una de las voces dijo a raíz de las náuseas. *Esca, no.*

La más fuerte estuvo de acuerdo. *No podemos tolerar la Comunión de nuevo. Piensa en las pérdidas de la última vez y cuanto más débil estaremos sin ellos.*

Entonces, ¿qué? ¿Confías en lord Aureliano?

Una idea divertida.

Lorgar es poderoso más allá de nuestros cálculos. Podía llegar a Angron.

Lord Aureliano aún no ha desembarcado en el planeta, y estoy dispuesto a confiar en él en un asunto tan delicado. Tenemos que correr el riesgo de la Comunión. Tenemos que ser nosotros.

¿Y si no lo hacemos?

Las voces discutiendo callaron. Su indecisión le hizo sonreír, aunque no estaba seguro de por qué. Tal vez porque apestaban a indecisión, y la indecisión apestaba a cobardía.

Se está muriendo, dijo la voz principal al fin. *Este es un paso más allá de perderse por los clavos. Él nunca se recuperará sin nuestra ayuda.*

Dejadme ser, pensó. Déjame en paz. ¡Fuera de mi cabeza!

Vorias... dijo una de las voces. *Dad la orden.*

Otra larga pausa, otra duda que olía a miedo. La cobardía no era el miedo a la muerte. Cobardía era algo que temes perder. ¿Qué valía era un guerrero que forjaba lazos a la impermanencia del mundo que le rodeaba? Todo se desvanecía. Todo moría. Todo decaía. Los lazos era debilidad.

Los hombres detrás de esas voces tenían algo que perder, y eso les hizo temer. Eso los hizo débiles.

Hermanos, dijo la voz principal de mala gana. *Uníos a mí en la Comunión.*

Se apartó del irritante zumbido en el que voces se estaban convirtiendo. Sus nudillos se pusieron blancos y se agrietaron mientras agarraba los mangos mojados de sus hachas. Cuando abrió los ojos, confrontado por la negrura absoluta de su entorno, gritó con la boca llena de espuma sanguinolenta y empezó a cavar. Sin rendición. Sin sumisión.

A pesar de no saber de quién era o por qué fue sepultado, las patadas golpeando la parte de trasera del cerebro se centró en un solo pensamiento. Esta no era la primera vez que había sido enterrado vivo.

Sin arriba o abajo, sólo quedaba ir hacia delante o morir.

Khârn probó su propia sangre, un sabor raro y desagradable. El ultramarine ante él se negó a morir, y si bien podía simpatizar con la voluntad del guerrero, tenía bastante de qué preocuparse ya. Lo último que necesitaba era que la XIII le arrastrara en su desaparición en una última batalla prolongada.

La herida en el costado le dolía con un impulso incesante, latiendo al ritmo de los latidos de su corazón. Suprimidores del dolor inundaron su torrente sanguíneo desde los puertos de inyección intravenosa en las venas, cerca de la clavícula y a lo largo de su columna vertebral. Aun así, las runas de advertencia parpadearon a través de su pantalla retinal, en caso de que de alguna manera no fuera consciente de la hemorragia de sangre por la herida bajo sus costillas.

El Evocatus se movió para otro golpe, fintando y tejiendo, su juego de piernas impecable en el suelo lleno de escombros. Khârn se tambaleó hacia atrás, bloqueando el gladius con su hacha dentada en lugar de arriesgarse a esquivar las rocas inestables.

El guerrero replicó inmediatamente, llegando por el bajo con un segundo impulso. Khârn le desvió estrellando su puño en la placa frontal del Ultramarine, enviando al legionario tambaleándose. Esto le compró al Devorador de Mundos tiempo suficiente para empuñar el hacha de nuevo, mientras la hizo *resonar* espalda contra espalda con Kargos.

-Capitán –resopló su hermano. -Estoy teniendo un momento tan maravilloso - parecía estar sonriendo, pero cada Devorador de Mundos con su casco modelo Sarum parecía estar sonriendo.

Alrededor de ellos no había más que un caos de hojas estrellándose y guerreros maldiciendo. Cuchillas contra ceramita dieron su distintivo peaje, intercalados con los ladridos de corto alcance de bólters. Líneas de perfil jugaron en las lentes oculares de Khârn a medida que más y más de sus hombres cayeron ante las hojas de la XIII. Los muertos de la Academia de la Guardia se desplomaron entre las rocas y Khârn estaba pisando sobre sus cuerpos mientras trepó por el terreno desigual.

El Evocatus se negó a morir llevaba la insignia de un sargento. El manto del guerrero, una vez rojo, estaba manchado de polvo pegado a la sangre y aceite, escamoso por la suciedad incrustada. Un casco de oro le identificaba como uno de la guardia de élite, aquellas almas que han jurado formar generaciones sucesivas de Ultramarines y enviarlas a los quinientos mundos. Khârn lo odiaba por su tenacidad obstinada por mucho que le admiraba por ello.

La Unión Valika se suponía que no era un cuello de botella. Deberían haberlo visto venir. Otra Legion, sin bailar al ritmo de los clavos de carnicero en la parte posterior de la cabeza, lo habría visto con claridad y eso enervó aun más el temperamento de Khârn. Los Devoradores de Mundos se habían derramado en ella a toda prisa gritando, empujándose unos a otros mientras corrían, persiguiendo la huida de la Academia de la Guardia en sus uniformes azules sucios.

Las torres de la Academia fueron voladas, y las masas de rocas se derrumbaron en las avenidas de abajo. Los caminos habían estallado y derrumbado, hundiéndose en la tierra. Cientos de Devoradores de Mundos murieron en un puñado de latidos del corazón, enterrados debajo de un distrito de la ciudad. La XIII había minado las vías y detonado sus hermosos edificios en explosiones sincronizadas, como Lotara había advertido. Estaba pasando por toda la ciudad, pero los clavos les privaban de cautela, arrastrándole al placer enfermizo de unirse a una masacre.

La sangre importaba, nada más. Ver al enemigo destrabarse y huir invitaba a una risa aullante. La risa se extendió hasta que el mundo explotó alrededor de vanguardia de la XII.

Khârn llegó tarde, después de que la mitad de los escuadrones en esa posición ya estuvieran enterrados en los escombros. Las avenidas estaban cortadas, estranguladas por escombros de mármol incalculables. Aquí y allá, las huellas de un tanque de los Devoradores de Mundos fueron visibles en los bordes de la avalancha asentada.

Fuego de francotirador era escupido de los tejados y balcones aun en pie, perforando a través de los cascos de los Devoradores de Mundos y dejándoles donde se encontraban. Cañoneras artilladas Ultramarines rugieron por encima, sus motores riendo en un crescendo con el staccato burlón de sus bólters pesados. Ellos dispararon y dispararon, derramando su ira hacia los Devoradores de Mundos. Los clavos le robaron el dolor, le dieron serenidad y le prestaron fuerza, pero Khârn los maldijo cada vez que iba a la batalla. Él los maldijo ahora, mientras sus sentidos con la campana disonante de los innumerables perfiles.

Necesitaban una vista aérea. No podían seguir luchando ciegos, con refuerzos Ultramarines llegando de los distritos este y oeste.

-Skane -susurró.

Skane se había ido. Muerto o demasiado lejos, Khârn no estaba seguro de cuál escoger. Incluso Kargos, a su espalda un momento antes, se había ido a perseguir a otro enemigo.

Khârn se volvió, liberando la carga de su agitada pistola de plasma. Los lanzas de corrosivo fuego de fusión impactaron contra las tres personas uniformadas luchando hacia él, incinerándoles donde se encontraban. Se dio la vuelta a tiempo para coger la hoja descendente del Evocatus, girando a un lado y contrarrestando con otra patada al pectoral adornado del Ultramarine. La herida en su costado recibió fuego de nuevo, quemado por el calor expulsado de su pistola plasma. Con los dientes apretados, Khârn aulló a los cielos estrangulados, hacia el polvo que les bloqueaba de la flota.

El vox era inútil, perdido entre gritos incoherentes y burlas de estáticas. Tenían que salir de la unión. Tenían que llegar al primarca. No había ninguna línea entre los edificios caídos, sólo grupos de guerreros desesperados y aisladas.

El hacha se alojó en la unión collar del Ultramarine, dejando caer al Evocatus en los escombros. Khârn liberó la hoja en el tercer intento, reservando un momento para que los dientes zumbaran y se purificaran de sangre. Se estaba convirtiendo a buscar otro enemigo cuando sintió el primer cosquilleo de una baliza de teletransporte en las encías.

Durante unos segundos se quedó allí, girando lentamente, tratando de determinar el lugar de llegada. El polvo se arremolinó a su alrededor a medida que las rocas más pequeñas temblaron y se levantaron del suelo destruido. Vio, entre duelos de guerreros en blanco y azul, donde el brote florecía y se desvanecía, florecía y se desvanecía, sin encontrar un lugar estable en el que fijarse. El terreno irregular asesinaría a cualquiera fijado en esa posición, como lo harían los cientos de cuerpos en movimiento y la interferencia del polvo.

-Lotara -sus palabras transmitidas por el vox se fundieron en una nebulosa. -Lotara, aborta el teletransporte en la Unión Valika. *Aborta el teletransporte en la Unión Valika*. Estamos luchando sobre la tierra inestable, por lo que no habrá un fijado preciso.

Su imagen volvió de nuevo a la vida en la esquina de la pantalla retinal, diciendo en pocas palabras lo suficiente para ofrecer una sola frase.

-No somos nosotros, Khârn.

Su imagen se distorsionó, desvaneció. Él se quedó mirando los flujos de datos y una retícula de focalización salto que no podía discernir cual era la presa más madura en un océano de guerreros enemigos.

Un proyectil bólter agrietó la guardia de su hombro, con tanta fuerza que fue enviado tambaleándose mientras metralla le destrozó a través de su cabeza. Disparó de nuevo a ciegas, dejando su pistola de plasma hambrienta al ser descargada.

Argel Tal, maldito hijo de puta, ¿dónde estás?

+¿Khârn? + La voz era distante, débil, apagada por el compás de los clavos.

¿Argel Tal? Hermano, ¿dónde estás? Trae a los Portadores de la Palabra. Estamos siendo masacrados aquí.

No hubo respuesta. Nada.

-Cualquiera -transmitió. –Repito, a cualquier persona viva que todavía pueda oírme, soy Khârn en la Unión Valika. Tengo las compañías Octava, Vigésima y Sexagésimo Séptima conmigo. Necesitamos armas y apoyo aéreo de inmediato.

¿Dónde están los Portadores de la Palabra? –exigió uno de sus sargentos. -Se supone que esta… -la estática se comió el resto de las palabras del guerrero, pero estaba en lo cierto. La XVII juró reforzarles en Valika. Khârn había dirigido personalmente las reuniones de información.

Otras respuestas llegaron en forma de gritos y aplausos. Una legión perdida por los clavos. Una legión corriendo alegremente hacia un centenar de emboscadas. No se podía atar a los Devoradores de Mundos.

Las únicas voces que tenían sentido en el maremágnum querían saber lo mismo.

-El primarca -proclamaban una y otra vez. -¿Es cierto? ¿Angron está muerto?

La entidad se llamaba la Comunión.

Se elevó por encima de la Unión Valika hacia el cielo saturado de humo. Diecinueve hilos tiraron de ella, diecinueve anclas evitando que se elevara demasiado alto. La comunión se convirtió en el aire, la mirada fija en la ciudad de abajo, donde los edificios derribados y los hombres gritaban en un mundo de polvo y físico terrible.

Atraído por la curiosidad, la Comunión descendió un poco, viendo la vida de las pequeñas criaturas terminando en escasos minutos de almas chispeantes. Cada muerte envió una franja de niebla creciente de los receptáculos rotos de carne y hierro. Un guerrero caería, y el alma-chispa subiría, nebulosa y confusa. Cada uno de ellos gritó, aunque algunos se reían entre sus gritos.

La comunión se descendió aún más, cerca de la tierra ahora, corriendo su mano con garras a través del alma brumosa elevándose del cadáver espasmódico de un guerrero en blanco. El alma se separó, la forma neblinosa rota por la brisa. La comunión se rio, encantado con esta fragilidad.

Los diecinueve enlaces tiraron de él, apretando aún más sus cadenas. Una imagen se formó en su conciencia; la imagen de una escultura, de un dios sangrando, perdido en la oscuridad.

Sí. El propósito. No hay tiempo para estos pequeños juegos.

La Comunión cambió su enfoque sobre la tierra destruida, y se hundió en los escombros.

Angron, le llamó. *Angron, escúchame.*

Se rio en la oscuridad, el tipo de risa que hablaba más de locura que de alegría. Se echó a reír mientras se arrastraba por la roca dentada, dividiendo su piel, inseguro de si estaba de pie o en qué dirección estaba abajo. Sangre manaba detrás de sus ojos, pero podría ser de sus heridas tanto como de la gravedad. Su risa era poco más que un gruñido sibilante. Él había luchado para tomar aliento en este oscuro lugar sin aire durante minutos u horas, o días. No sabía cuánto. Todo era lo mismo.

Atrapado.

No. No. Esa no es la palabra. Incluso la idea hizo temblar sus manos lo suficiente como para casi perder el control sobre sus hachas y necesitaba cavar. No atrapado no. No impotente. Él no estaba atrapado en la oscuridad: era la personificación de la oscuridad, tan espesa y verdadera que podía saborearla con la lengua. Se filtraba en sus ojos cuando estaban abiertos -¿Estaban abiertos? ¿Cómo iba a saberlo?- Y llenaba su boca cuando reía.

La oscuridad presionó contra él, hambriento y caliente. *Vivo*. Esa era la verdad. Estaba vivo. Vivía y envolvía su forma como un sudario...

Angron, dijo una nueva voz.

No era Angron. No era más que *él*: una criatura de manos temblorosas, ojos que picaban por la arena y risas que habían muerto largo tiempo, sustituidos por un resuello balbuceante que no era, *no era*, miedo. Él no temía a nada. No a la muerte, no la oscuridad, no a la indefensión.

Angron, escúchame.

Podía sentir sus manos desolladas, sus dedos ahora palitos de carne húmeda fusionándose con las asas de sus hachas mediante el pegamento de su propia sangre. Arrastrarse a través de la roca le estaba matando, centímetro a centímetro, momento a momento. Se estaba despellejando vivo. No necesitaba ver para saberlo. La oscuridad no podía ocultar toda la verdad.

Las hachas estaban muertas, ambas. Él también lo sabía. Sus hojas no dentadas todavía rompían la roca, pero seguramente las había arruinado más allá de cualquier reparación.

Angron.

Pero él no era Angron. Estaba...

... Atrapado.

Atrapado en la oscuridad.

La agitación comenzó, más dura, más pesada. Babeaba con ella, arrastrándose más rápido, las piedras perforando en sus músculos mientras se arrastraba sobre ellas, bajo ellas, a través de ellas.

Angron, te estás arrastrando hacia abajo, más profundo en la tierra.

No, eso no era cierto.

Él comenzó a gritar, descargando su preciado aliento en un lugar entre el pánico y la rabia. Sábanas sangre cubrieron su boca y nariz. El motor de dolor en el cráneo sobrecargó las marchas de sus garrapatas, acuchillando con sus agujas más profundamente en la carne de su mente. Tenía que matar. Tenía que matar. No era débil. No tenía miedo. No estaba indefenso.

-Mata -vomitó las palabras, amordazadas por una boca llena de rocas. -Mata. Mutila. Quema.

Angron. Escúchame. Soy la Comunión.

La ira, pues no era miedo o pánico, ahogaba la raíz de sus palabras. Dejó de temblar, dejó de arrastrarse a través de la roca.

¿Quién eres tú?

Los diecinueve últimos aún con vida. Soy la Comunión. El único que puede llegar a ti.

Trató de limpiarse los ojos limpios de la sangre apego. Se hizo poco pero untarlo en su rostro.

-¿Quién soy yo?

Tú eres Angron, señor de la XII legión.

La calma le inundó ahora, aliviando sus huesos doloridos. Él sabía, sin saber cómo, que era artificial. Las voces estaban haciendo algo, ahogando la rabia que no era miedo.

Estoy contrarrestando la máquina en tu cráneo, mediante la alteración de los productos químicos que fluyen a través de tu cerebro. No puedo mantenerlo por

mucho tiempo, no sólo con diecinueve de nosotros. Tu mente es muy diferente de la humanidad de referencia. Es resistente a las interferencias.

Trató de mover la cabeza para despejarse, pero la presión por parte de la roca le negó todo, incluso eso.

No. Mientes. Mentiras, todas ellas.

¿Quién eres tú? -escupió en este momento.

Soy la Comunión.

Lo qué significaba nada en absoluto. -Si tienes el poder de llegar a mí, entonces libérame.

No puedo. Yo no existo en este plano de existencia. Yo soy la gestalt de diecinueve mentes psíquicas, nada más. Diecinueve mentes separadas por cientos de kilómetros, mientras la legión marcha a la guerra en este mundo.

-¡Libérame! -repitió.

Tienes que liberarte. Estás cavando hacia abajo. El enemigo voló las carreteras y demolió las torres sobre la vanguardia de nuestro ejército. Estabas a más de treinta metros bajo el suelo cuando despertaste. Ahora estás a cerca de doscientos.

Y sangrado. Y debilitándote. Y tus hachas están rotas. Incluso los de tu naturaleza no son inmortales, sire.

Él no creía una palabra de eso. Él no quería creerlas. De todos modos, relajó su control sobre las hachas. Se dijo que esperaría el momento oportuno, en lugar de cualquier alivio del dolor en la cabeza.

La cosa me llamó "sire". Eso era interesante.

Soy el acuerdo de voluntades, nacido de los últimos entre tus hijos que todavía hablan sin hablar. Soy la fuerza de los últimos diecinueve que aún viven. He silenciado los clavos. Eres tú mismo, por unos momentos raros.

Trata de recordar todo lo que pasó antes. Tú eres Angron, señor de la XII legión, hijo del Emperador de la Humanidad. Esto es Ultramar…

No. Basta de susurros de la voz.

Recordó permanecer en la oscuridad.

Recordó permanecer en la oscuridad, mientras sus hermanos y hermanas murieron.

Recordó permanecer en la oscuridad, mientras que sus hermanos y hermanas murieron porque él no estaba allí para luchar con su…

No. No eso, señor.

Recordó ser cegado por la luz de su padre. Recordó negarse a abandonar a sus hermanos y hermanas bajo un cielo azul de mediodía, lejos de la ciudad de Desh'ea. Recordó el trueno mecánico de la traición absoluta, cuando fue robado de la muerte que había ganado a tan alto precio.

Recordó el momento frío de la verdad cuando él permaneció en la oscuridad, con los ojos heridos curándose, donde cada día que respiraba era un regalo no deseado. Caminaba el destino de otro hombre. Su destino era estar con los hombres y las mujeres que le necesitaban, que le esperaron, que le siguieron a las montañas y murieron sin él. Un destino denegado.

Era Angron de Desh'ea. Después de eso, nada importaba. Había escuchado a los demás que le rogaban, que le necesitaba sin parangón. Había jugado sus juegos, viviendo la vida de otro hombre. Había llevado sus flotas, había abrazado a sus hijos, se había dicho a sí mismo que la sangre era más espesa que el agua, y que los Devoradores de Mundos eran el ejército que quería y la horda que se merecía. Se había sostenido a sí mismo en la mentira, negando a todos ver cómo moría de hambre.

Y sirvió en el Imperio de corazón frío de su padre, soportando las burlas silenciosas de hermanos que despreciaba.

Sí, Angron. Angron el Conquistador. El Carnicero. El Ángel Rojo. Todas las cosas que le habían hecho ser, después de robar su destino como...

¿Cómo qué, señor?

Retrocedió ante la voz. Ese conocimiento no era para ellos.

-Vorias -gruñó el nombre de su Lectio Primus legionario.

Vorias está dentro de mí, señor. Soy la Comunión.

Angron quería escupir. Sucios psíquicos. Su legión estaría más limpio cuando el último de ellos finalmente muriera. Sus susurros se instalaban dentro de su cráneo como los calvos jamás podía. Ya podía sentir láminas de sangre de la nariz.

-Habéis hecho lo que deseabais hacer. Me habéis alcanzado, y ahora me diréis en qué dirección cavar y sacar mi cabeza.

Lo hicieron. Obedecieron ambas demandas. Angron pasó varios minutos agotadores, desolladores bajo la tierra antes de reanudar su excavación tortuosa. Esta vez, con destino a la libertad y la luz arriba. Más importante aún, con destino a la venganza.

Esca se desplomó hacia atrás, su servoarmadura haciendo un ruido sordo contra el casco del Rhino. Se deslizó hasta el suelo en una lenta corazonada, poniendo fin a la caída en una depresión torpe. La sangre corría por las orejas, nariz, ojos y nada de esto era algo nuevo. Todavía dolía, le dolía todo el tiempo, pero incluso el dolor se convirtió en mundano cuando era un compañero constante.

Podía sentir la comunión morir en la distancia. La gestalt se habían formado con la unión de sus poderes gritaba como disminuida, dolorida por el simple olvido de cada psíquico retirando su mente y volviendo a la individualidad. Era extraño y lamentable para la inteligencia de corta duración, pero nada más habría atravesado la oscuridad de la psique rota de Angron. El primarca proto-clavos cerró su mente de la intrusión. Nadie sabía por qué ni cómo, ni si siquiera si era intencional.

Esca se agachó allí, respirando a través de los dientes ensangrentados, demasiado débil incluso para tragar. Forzar el camino de uno en la mente de un primarca era nadar a ciegas a través del rococemento. Y los clavos... los clavos convertían la tortura en una pesadilla. Los clavos de Angron eran casi sépticos en su simplicidad, nublando el cerebro del señor de la guerra de influencias externas, convirtiendo sus pensamientos en fantasmas ilocalizables, inalcanzables. Incluso para hablar con él, mente a mente, tuvo que ocurrir un evento como la Comunión, y un evento como la Comunión dejó al resto de Bibliotecarios de los Devoradores de Mundos

enfermos y débiles por las consecuencias. Lo que pasó en la construcción de los implantes craneales de Angron desafiaba a la mera ingeniería inversa.

Finalmente, logró mirar hacia arriba, en donde sus propios hermanos juiciosamente lo ignoraban por la plaza destrozada. Esca miró al polvo, viendo a los hijos vestidos de blanco de duelo por Angron entre los escombros, chocando sus hojas contra las siluetas de los Ultramarines que se negaron a ceder terreno. Sombras más pequeñas, los soldados humanos de los Guardianes Armaturanos, lucharon en filas en permanente retirada, formando focos de resistencia con sus rifles láser de rápido parpadeo. Incluso a través del polvo, la niebla y los hedores químicos a metal quemado y motores de tanques, podía oler el sudor de los necios humanos adornar sus cuerpos. Tenían miedo.

Una sombra bloqueó el débil sol. Una pequeña sombra. Levantó la cabeza, sin saber que había estado a punto de perder el conocimiento.

El hedor de la piel humana le golpeó primero. Y a continuación, el olor de la sangre. Fina sangre mortal, carente de estimulantes y no filtrada por los órganos mejorados. No podía distinguir la cara o las características de la armadura del hombre, pero él no lo necesitaba. No era un legionario. El hombre no estaba de su lado.

Levantó una mano. ¿Para matar al hombre? ¿Para evitar la ejecución? No importaba. La mano de Esca sacudió el aire delante de él; la confesión más grave y clara de debilidad. Traicionado por su propio cuerpo.

+Vorias+ -envió en silencio, a pesar de que era inútil. Vorias estaba a media ciudad media de distancia. +Khârn + -intentó. +Kargos+ -los dos estaban más cerca. No podía ver la lucha de Khârn en el caos de la Unión Valika, pero podía oírle gritar sobre el vox, exigiendo abortar una teleportación.

Como era de esperar, ninguno respondió. Probablemente ni siquiera podían oírlo.

La silueta humana estabilizó un rifle, apuntando a su cabeza. Esca se echó a reír, pero dejó su garganta como un lugar risa sibilante y húmeda. Un hombre ahogándose en su propia bilis.

-¿Por qué? -preguntó el hombre. -¿Por qué nos traicionasteis a todos?

La visión de Esca estaba nadando mientras trataba de enfocar sus pensamientos. Se rio de nuevo, igual de débil. Su mano seguía temblando.

-¡Respóndeme! -exclamó el soldado. Apretó la boca del rifle contra la mejilla de Esca.

El Devorador de Mundos trató de responder, y en su lugar vomitó sangre oscura en la parte delantera de su armadura.

Un gruñido. Un gemido. Algo que destelló en el sol.

La sangre, caliente y muy humana, pintó la cara de Esca. La sombra cayó, y otro la reemplazó. Esta vino con el repiqueteo ronroneante de una servoarmadura activa.

-Esca -dijo la nueva sombra. Portaba una espada-sierra, y su casco estaba coronado. Olía a guerra y odio y fuego.

-Capitán –el Codiciario respondió en un susurro primario. -Quiero darte las gracias -él le tendió la mano temblorosa, necesitado de ayuda para levantarse.

El otro Devorador de Mundos dio un paso atrás, como si se sintiera amenazado. Ah. Sí. Esca bajó la mano.

-Perdóname, Khârn -logró decir.

-Está bien -el guerrero se dio la vuelta. -Ahora levántate y termina esta lucha.

Esca miró a su capitán moviéndose hacia los escombros de nuevo. El Codiciario llegó casi un minuto después, mirando a su alrededor en busca de las armas que había dejado caer cuando había salvado la vida de su primarca.

El Armaturano llevaba la sucia túnica azul de un agente de la Academia de la Guardia, repleta de cuerdas de oro y alamares de plata.

-Ppp... por… el Emp… Emperador -el moribundo balbuceó las palabras de una boca destrozada. La sangre brotaba de las encías, donde sus dientes habían estado hasta que Khârn les dio un revés en su garganta sólo unos segundos antes. Distraído, el Devorador de Mundos remató al mortal de un cabezazo, chocando su

visor gruñendo en la frente del hombre. Cualquier hueso que permaneciese intacto después de ese golpe no fue suficiente para mantenerlo con vida. El oficial Armaturano cayó al suelo, tan muerto como la ciudad que él había fallado en proteger.

Khârn aspiró, inhalando el olor de la sangre pintada en su visor. Los clavos dieron un pulso cálido en respuesta.

Miró hacia el cielo cuando el lugar de teleportación quedó fijado por fin, rompiendo un conducto a través de la disformidad con una explosión que reventó las pocas ventanas que permanecieron intactas en un radio de varias calles. La onda de aire desplazada fue como una explosión sónica treinta metros por encima del campo de batalla. Khârn miró cuando llegó la onda aérea, sintiendo los guijarros y arena chocar contra su armadura. Los más cercanos a la explosión en el aire fueron arrojados de sus pies, Devoradores de Mundos, humanos y Ultramarines por igual. Estaba lo suficientemente como para que no hiciera mucho más allá de revolver su pantalla retinal durante unos segundos.

Un semidiós en rojo y oro cayó de la herida dorada en el cielo de Armatura. Un magnífico sacerdote guerrero blindado en sagrado carmesí, cada placa de blindaje inscrita con mandalas rúnicos y oraciones en colchisiano cuneiforme. Los juramentos y pactos unidos a la ceramita oscura capturaban el viento como alas de pergamino, extendiéndose al caer. Khârn lo sintió entonces; el signo instintivo de sumisión, ese comezón de la piel en los primeros momentos que uno estaba la presencia de un primarca.

Las botas con rebordes de Lorgar crujieron sobre los escombros, moliendo las rocas en piedras y polvo. Fuego de francotiradores alanceó el aire a la vez, brillando con frustración a medida que impactaron contra el escudo psico-kinético alrededor de la servoarmadura del primarca. Khârn gritó una advertencia, pero Lorgar prestó tanta atención al clamor del centurión que a la tormenta de fuego que supuestamente lo iba a asesinar. Su atención estaba en otra parte, centrada en la tierra maldita que recubría la avenida caída.

Una cañonera de combate Ultramarine merodeaba por el cielo, despachando ráfagas de bólter pesado que parpadearon en la oscuridad fruto del polvo. Eso

llamó la atención del primarca. Lorgar ejecutó en un arco medido, fluido, arrastrando su brutal maza-crozius de Illuminarum por el suelo antes de rugir cuando él la lanzó hacia el cielo. La crozius giró y corrió a una velocidad imposible de seguir, estrellándose contra el parabrisas de la cabina reforzada con tal fuerza que pudo ser audible por encima de los motores de la cañonera. A medida que la Thunderhawk viró para alejarse, Lorgar levantó las manos hacia ella, encrespando los dedos en garras. La agarró, sosteniéndola en el aire.

Y entonces la *atrajo*.

Los motores de la nave armada tosieron suciedad negra y se estremecieron en el cielo. Lorgar *atrajo* de nuevo, como un profeta arañando la sabiduría de los cielos. La cañonera cayó, estrellándose contra la avenida demolida con un sonido tan penetrante como insoportable de metales corrugados, motores estallando y un casco destrozado.

El primarca ignoró sus crozius perdida por el momento y miró a los escombros que recubrían la amplia avenida.

Él dijo una sola palabra. De alguna manera, Khârn la oyó claramente, por encima de todo, a pesar de que no era más que un susurro.

-Hermano.

El señor de los Portadores de la Palabra comenzó a mover las rocas y echarlas fuera de la carretera colapsada, con la misma facilidad con la que había derribado una cañonera de combate del cielo.

Skane bajó, sus retrorreactores dando un silbido ululante mientras patinó hasta detenerse junto a Khârn. Su armadura negra estaba pintada de blanco con el polvo de la ciudad moribunda.

-Te va a encantar esto -le dijo a su capitán.

Khârn era incapaz de apartar la mirada de Lorgar. -¿Estás viendo lo que estoy viendo? –le preguntó a Skane.

-Esto es aún mejor, capitán -el Destructor negó con la cabeza. -¿Lo sientes?

Una vez le hizo caso, no pudo dejar de sentirlo. El suelo se estremeció, débilmente al principio, pero con la regularidad de un corazón acelerándose. La ciudad no se movía por su muerte, sino por los pasos de gigantes.

-Titanes -dijo Khârn.

-Vi a varios venir a través del polvo -admitió Skane. -Y ninguno de ellos está de nuestro lado.

CINCO

La Reina de las Ascuas

Su Sabiduría Imperial

Le aclaman, mi Princeps

La cazadora fue conocida por varios nombres, algunos de los cuales eran afectuosos, algunos eran de naturaleza archivística, y algunos eran maldiciones que recibía cuando su sombra caía sobre sus enemigos.

En los diversos registros llevados por los restos de la 203ª Flota Expedicionaria, era catalogado como *L-ADX-cd-MARS-Quintaesencia-[Necare Modificación]-I-XII-002a-2/98: VS / CT / K*; apenas era un nombre para infundir terror en el enemigo.

En los anales de los Ángeles Oscuros, ella era conocida como la *Reina de las Ascuas*, un recuerdo de las décadas que había servido con la primera legión antes de encontrarse enviada ella y sus hermanas para luchar junto a los Devoradores de Mundos. Una bandera que conmemoraba sus victorias con los Ángeles Oscuros había colgado en el strategium de la nave insignia del León, *Razón Invencible*, sólo para ser derribada cuando se descubrió que se había convertido en una traidora.

Para las tropas que combatían a sus pies, era conocida más a menudo como *Chacal*, o *Aulladora*. Su grito siempre terminaba con sus hermanitas rugiendo como respuesta. Para aquellos que la conocían mejor, aquellos que se guiaban por sus

movimientos y formaban los componentes biológicos de su cerebro era *Syrgalah*, Primera Cazadora de los Lobos Ascua.

El titán de mando, al igual que todas las máquinas de guerra de la Legio Audax, tenía un nombre proveniente de la antigüedad, tomándolo de los dialectos Himalazios de proto-gótico que aún existían en trozos de la tradición de los siglos perdidos de la Vieja Tierra. Hace mucho tiempo, cuando Terra había sido Vieja Tierra, cuando los cielos eran cielos azules y no de hierro gris culturas enteras se repartían el continente más grande del planeta. Ahora era el lugar del Palacio Imperial y los ecos como el nombre de *Syrgalah* eran todo lo que quedaba de esas almas casi olvidadas.

Syrgalah avanzó en una corazonada brutal, con su cráneo de lobo de ceramita ribeteado de hierro en ángulo hacia abajo para mirar a lo largo del camino. Sus brazos armados seguían su mirada, lanzando barridos panorámicos a izquierda y derecha con cada pulso de las pantallas de sensores en la cabina que servían de ojos. Acechaba más que caminar, con garras como pies imprimiendo huellas de tres dedos en las avenidas de rococemento, un modo de andar que le hacía tambalearse a cada lado con cada paso.

Una placa de titanio en el blindaje denso de la espinilla mostraba las palabras: *Si los lobos tienen una reina, se trata de ella*, de nuevo en el proto-gótico Hindusiano que le había dado nombre. El León, el señor de la primera legión, le había honrado con la inscripción hace décadas. Los años de guerra habían dejado la placa rayada, golpeada y deformada, pero los tecno-sacerdotes siempre la volvían legible. Quién se lo otorgó a ella no le importaba. El sentimiento era todo.

En el cráneo blindado, la tripulación de tres comandantes estaban atados a sus tronos de retención. Venric Solostine tenía ochenta años, pero la cirugía juvenat le mantenía en los cincuenta, en la cúspide del segundo renacimiento de la hermosura que algunos hombres tenían la suerte de disfrutar. Rastrojos plateados marcaban su línea de la mandíbula, alrededor de una sonrisa fácil y frecuente. Conectores neuronales corrían de las sienes y la parte posterior de su cabeza, unidas directamente a su asiento de cuero. Miró a través de los ojos-cabina de *Syrgalah*, hacia el cañón autopropulsado dando caña a sus orugas para retirarse por la avenida. El cañón montado del vehículo disparó entre bocanadas de humo negro, y

los escudos de vacía de *Syrgalah* se iluminaron con la irritación del impacto cinético.

-Ese Vindicator tiene que morir -dijo Solostine.

-Sí, señor -respondió Toth Kol desde su trono. –En persecución -la cabina se sacudió más fuerte cuando el Warhound comenzó su carrera dando bandazos. El polvo golpeó contra su armadura en su camino a través de las nubes de polvo.

En el trono junto a Toth, el rostro de Keeda era bañado por una luz ambarina poco saludable; el fuego fatuo de su selector de objetivos en la pantalla.

-Ya tengo el tiro, señor.

En su trono de mando, Solostine empujó ambos puños hacia delante en un doble golpe lento y cuidadoso. Los engranajes y sistemas hidráulicos emitieron un gemido pesado cuando *Syrgalah* reflejó su movimiento, sus brazos girando y apuntando en empatía neural.

Era todo el permiso que necesitaba; Keeda sonrió y efectuó el disparo. El brazo izquierdo de *Syrgalah* rugió, sus megacañones vulcan vomitaron proyectiles ensordecedores obedeciendo al dedo en el gatillo del artillero. Casquillos de bala llovieron sobre la carretera en un monzón de chatarra humeante.

-Objetivo destruido -dijo Keeda.

-El objetivo está más que destruido, querida –el gesto de aprobación de Solostine murmuró a través del titán, provocando un escalofrío de placer a través de los huesos de hierro de la anciana.

Toth pilotó a *Syrgalah* alrededor de la avenida, marchando por una calle lateral. El Warhound dio al Vindicator muerto una patada burlona cuando pasó. El casco del tanque, masticado por el aluvión de Keeda, cayó al otro lado de la carretera de rococemento y contra una pared.

-¿Moderati Primus? –llamó Solostine.

-¿Sí, señor?

-La patada -él se estaba riendo. -Un detalle encantador. ¿Auspex?

Los ojos biónicos de Toth se reorientaron en el monitor a su izquierda. -Todas formaciones combatiendo dentro de los parámetros del trabajo. Más de la mitad de la Legio está trabada en combate y el resto se retira según lo previsto. El ratio de bajas indica que matamos un enemigo por cada uno de los nuestros.

-Tolerable -reflexionó Solostine, pero casi ejemplar dadas las circunstancias. La Legio Lysanda apenas nos supera en…

Toth observó la carretera. -Lysanda lucha en unión con los Ultramarines.

Solostine asintió. Las implicaciones no necesitaban decirse más claro; lo mismo ocurría cada vez que la Legio Audax fue a la guerra. Donde otras legiones de marines espaciales trabajarían en unión táctica con sus fuerzas de la Collegia Titánica, no se podía confiar en que los Devoradores de Mundos mantuvieran la cabeza lo suficiente como para mostrar tanta paciencia.

El Warhound se tambaleó hacia adelante, su chasis traqueteando a través de las nubes de polvo que estrangulaban la ciudad. Se guiaron por el auspex, moviéndose hacia firmas de calor destrozadas y movimientos traicionados por ecolocalización de gran alcance. Detrás de *Syrgalah*, los Mastines *Maakri* y *Kalla* igualaban el ritmo de su alfa. Su blindaje sombrío mostraba los mismos abusos recibidos por el titán de mando.

-Mensaje entrante -Toth tenía el ceño fruncido. –La nave insignia lo ha filtrado lo mejor que puede. Es de la línea del frente, a todos los elementos cercanos. Quieren que converjamos en... -apretó la palma de la mano biónica al transmisor vox aumentado apegado a su trono.

Solostine dio golpecitos con los dedos sobre el brazo de su trono, recostándose sin esfuerzo en el ritmo de paso de la vieja titán.

-¿Converger en...? –preguntó la Princeps. -¿Para converger en qué? No me digas que este será finalmente el día en que la Duodécima Legión pida nuestra ayuda.

-Mierda -dijo Toth, liberando la maldición entre una respiración lenta. -La transmisión es del capitán de la octava Khârn. Ha pedido a todas las unidades de reconocimiento que se concentren en la Unión Valika y exige refuerzo inmediato.

Solostine chasqueó la lengua a modo de protesta. -Un poco de dignidad no estaría de más, Moderati Kol.

-Mis disculpas, señora.

-Perdonado -Solostine estaba escuchando la transmisión también y su sonrisa se atenuó. -Vamos a tener que luchar a través de un cuarto de la ciudad para llegar a Valika. Yo... espera, espera. Esto no puede ser correcto -dijo.

Keeda, sin un enlace a la red vox, finalmente apartó la mirada de sus consolas de artillería. -¿Qué es?

-Están llegando informes de la mitad de las uniones en toda la ciudad -dijo Solostine. -Lo peor es en Valika: motores de Lysanda están avanzo. Además, lord Aureliano ha desembarcado allí.

Keeda frunció el ceño, su selector de objetivo anaranjado mostrando una fuente de datos continua. -¿Por qué no puede ser eso cierto?

-No es eso -dijo Solostine. Tecleó un comando para difundir el mensaje de vox a los altavoces principales de la cabina. –Es esto.

-... perdido el contacto con el primarca. Repito, aquí Khârn en Valika. Hemos perdido el contacto con el primarca, los refuerzos son…

El ceño de Keeda era neutro. -Los Devoradores de Mundos siempre pierden el contacto con el primarca. Pierden contacto con todo el mundo, una vez que... ya sabes... -se dio unos golpecitos con los dedos en la sien. –Los clavos se hacen cargo.

Solostine miró a través de los ojos del titán a la ciudad en llamas más allá. -Al parecer es diferente esta vez.

Khârn gritó, no de rabia ni de sus heridas, sino porque todavía estaba vivo. El sonido fue repetido una y mil veces en toda la ciudad por parte de hombres empujados a sus límites físicos y más allá sin darse tregua. Gritó para anular el

dolor de sus músculos, luchando contra el ácido láctico de un cuerpo exhausto inundado por los estimulantes de combate. Gritó y sonrió mientras mató, y su hacha cayó y cayó y cayó.

No había mentido Argel Tal. Algunos guerreros disfrutaban de la guerra, y él era uno de ellos. No del propio empuje aplastante, sino de la alegría primordial de romper las filas enemigas y la risa vertiginosa acompañándole; el placer punzante de la respiración mientras otros eran abiertos y morían. Había tanta alegría insondable en la supervivencia…

Pero los escribas de la guerra habían estado ejecutando mal su oficio desde los albores de la lengua. Algunas cosas simplemente no podían ser descritas y la guerra, una verdadera guerra abierta entre ejércitos enfrentados era la primero entre ellas. Por la naturaleza de la percepción, la sabiduría de un hombre sería siempre la mentira de otro hombre.

Algunos narradores se centraban en la acción momento a momento y la reacción de un guerrero en el fragor de la lucha describiendo los movimientos de la mortalidad. Otros se centraron en la más amplia atmósfera del conflicto y la persión de las emociones en los que participaron en ella.

Ambas eran ciertas, y ninguna. Khârn bien lo sabía.

No existía la verdad universal de la batalla. A veces había luchado y nunca sido capaz de recuperarse de un golpe de hacha, ni recordar la cara de un enemigo muerto, a pesar de haberle estado gritando ante sus ojos durante horas y horas.

También había luchado en campos de batalla donde cada rostro desencajado se aferraba a su memoria durante horas tras la misma, y se acordó de todas y cada una de las inclinaciones sutiles de su hacha, así como el ángulo exacto en el que penetraron a través de armadura, carne y hueso.

Las batallas eran una cuestión de resistencia, el paso del tiempo marcado sólo por sus propios dolores musculares y la falta de aliento. La guerra de primera línea, desde las partidas de guerra de la Vieja Tierra a la picadora de grandes multitudes en la Gran Cruzada era una guerra contra el yo. La habilidad significaba nada, mientras que la hermandad y la resistencia significaban todo. Todo guerrero del 31

ª milenio que cogía un rifle, pistola o espada estaba enfrentándose contra sus propias reservas de coraje, fuerza y resistencia. Eran duelos contra el coraje de sus propios hermanos y hermanas, su capacidad para soportar y mantener la línea.

Después de treinta mil años, la guerra había cerrado el círculo.

La magnitud de los conflictos de la humanidad no tuvo en cuenta la dependencia corrupta en la automatización como se vio en la Edad Oscura de la Tecnología. La humanidad había vuelto a espadas golpeando contra escudos y hombres atrincherados con sus fusiles, donde los dioses de la mitología eran máquinas de guerra titánicas y tanques Baneblade.

En sus momentos más tranquilos, Khârn se sentía honrado. Estaba viviendo una segunda edad de leyenda, donde la mitología del futuro se está escribiendo a su alrededor con cada nueva victoria. Los Devoradores de Mundos eran los descendientes de las antiguas falanges; los hijos espirituales de las paredes de escudos de reinos perdidos. Su eco se manifestaba, conjurado en batallas que se resolvían en miles de duelos entre hojas de bronce y héroes una vez la formación se olvidaba en la sangre, el sudor y las maldiciones de dos ejércitos colisionando.

No eran soldados, luchando en formaciones a través de calles conquistadas. Eran guerreros, empuñando espadas para luchar en los momentos en que el coraje y la resistencia amenazaban con encontrarse con la locura. Esos momentos nunca eran descritos en las sagas.

Pero no vio gran arte en la guerra. Al menos, no más allá del placer estético momentáneo e inherente a un espectáculo tan increíble que ahogaba los sentidos: una ciudad en llamas, tal vez, o una pictografía orbital de ejércitos tan colosales que ennegrecían el terreno sobre el que se mataban entre sí.

Y sin embargo, amaba la guerra. Amaba la hermandad, luchando codo con codo y espalda contra espalda con los guerreros por los que moriría y que morirían por él. Le encantaba el aumento momentáneo de vida que sentía cada vez que un enemigo caía ante su hacha. Y, tan orgulloso como cualquier hombre sin estar contaminado por la vanagloria, amaba la guerra porque tenía un regalo para ella.

La verdadera fuerza de los marines espaciales del Emperador estaba en sus códigos genéticos. No en su fuerza, pese a ser poderosa; no en la disciplina, pues muchos carecían de esa virtud casi en su totalidad; no en el puño blindado de sus batallones blindados, que en realidad podrían ser tripulados por hombres menores con poca diferencia.

No, su fuerza era un testimonio de la visión sagaz del Emperador para el conflicto, porque él lo hizo guerreros que pudieran ser mejores que cualquier otro mortal. Órganos secundarios compensaban cuando los corazones y pulmones primarios se cansaban. Las heridas que dejarían a un hombre o una mujer aturdida o cojo apenas mermaban a un legionario en absoluto. Eran los niños recogidos de una vida natural, cultivados exclusivamente hasta convertirse en criaturas que fueran capaces de tolerar el dolor y el daño sin medida, y todavía seguir adelante.

El Emperador, a pesar de sus supuestos defectos, había entendido el círculo de la guerra. En su sabiduría Imperial, había criado soldados para ganar las antiguas guerras que se pelearían otra vez en el futuro.

Por eso Khârn gritó. Gritó cuando cortó la cabeza de un desafiante Guardia de la Academia uniformado, y gritó cuando dividió en do a una oficial con un giro de reverso. Gritó al sentir un agotamiento que paralizaría a un ser humano y logró superarlo, una y otra vez. Un Ultramarine se alzó ante él, bólter y gladius listo. Khârn seccionó el brazo del legionario con un golpe, pateándole el pectoral con la suficiente fuerza como para mandarlo dando vueltas de campana y encadenar el cuello del guerrero para traerle de vuelta. Estranguló al Ultramarine, abrazándole por detrás para extraer su vida, rugiendo y aullando y echando espuma al mismo tiempo.

Y los clavos cantaban. Regaron el odio a través de su cabeza, prometiendo acabar con el dolor y nunca cumplirlo.

Las sombras oscurecieron el día a medida que pasaban los titanes enemigos, centrando sus armas rompe tímpanos en los carros de combate de los Devoradores de Mundos. El martilleo rompedor de los megacañones vulcan era lo suficientemente fuerte para ser el propio latido del corazón de Armatura. Estelas de fuego de los cañones sobrecalentados iluminaron el polvo con halos intermitentes,

una luz débil retrolavada que desenmascararon a los propios titanes como torres de hierro y sombra.

Khârn vio la silueta de Lorgar en el polvo, lanzando grandes piedras y losas de arquitectura caída a un lado con furia telequinética. El primarca estaba cavando profundo, muy por debajo del nivel de la calle, impregnando el aire a su alrededor con un manto de resonancia psíquica lo suficientemente agudo como para causar migrañas y dolores de muelas entre los cercanos. Cualquier Ultramarine que cayera en el agujero moría sin que Lorgar incluso malgastase un vistazo; ondas comprimidas de presión cinética se estrellaron contra escuadrones enteros, lanzándolos a morir contra las rocas. Los soldados humanos atrapados en esas emisiones de fuerza por accidente volaron más allá, hechos pulpa contra los escombros donde aterrizaron. Lorgar siguió cavando.

Un Warhound, encorvado y con hambre, pisoteó su camino a través de la nube de polvo, apuntando sus armas para desintegrar al primarca. Khârn tomó aire para gritar una advertencia, exhalándolo en un estado de shock sin palabras un segundo más tarde.

Lorgar, con sus guantes cubiertos de escarcha psíquica, levantó un trozo de mampostería rota del tamaño de un Rhino y la lanzó al otro lado de la avenida. Tal era su velocidad que las ondas de polvo se abrieron a su paso. Con el majestuoso tono de un sonido de campana, chocó contra la cabina blindada de la cabeza-lobo del Titán, aplastando la cabina de la tripulación y haciendo que el titán lentamente, muy lentamente, cayera a un flanco. Los pocos Devoradores de Mundos todavía lo suficientemente sanos para dar testimonio a gritaron con risas y renovaron su asalto.

Más Ultramarines se vertieron en Valika, llevando escuadrones de soldados humanos frescos de otras peleas. Otros cayeron del cielo sobre retrorreactores gruñendo. Otros más bajaron de cañoneras de combate, descendiendo a través del polvo en cables de rappel. Tanques de color azul cobalto avanzaron hacia el interior, rectificando su ruta por los escombros, con las armas montadas al rojo vivo.

-¿Dónde están nuestros refuerzos? –exigió Khârn por el vox. -¿Dónde están esos bastardos Portadores de la Palabra?

Kargos y Skane luchaban con él, al igual que Esca y Jeddek. El bibliotecario se lanzó a la lucha, lanzando rayos violetas encrespados en arcos cegadores entre sus hachas. Jeddek era uno de los Devoradores de Mundos más antiguos del Universo. Había participado en campañas a través de las estrellas antes de la fundación de la legión, mucho antes de que redescubrieran el mundo natal del primarca y comenzara el reclutamiento en mundos más allá de Terra. Sostenía la bandera heráldica de la Octava Compañía en lo alto, la gran bandera tejida con colmillos mostrando un cráneo de ocho colmillos devorando un mundo carmesí muerto.

Khârn se retiró hasta la posición de su portaestandarte. -¿Qué ha pasado? -gritó por encima de la tormenta de sonido.

Jeddek levantó el muñón de su otro brazo. Terminaba en el codo. -Los Ultramarines pasaron.

Kargos se agachó para recargar su bólter. -Todavía están pasando, en caso de que no lo hayas notado.

Un proyectil bólter apareció de entre el polvo, impactando contra el pecho de Jeddek y obligándole a caer sobre una rodilla. El estandarte se tambaleó, cayendo, cayendo.

Skane disparó sus pistolas de nuevo, matando a la figura borrosa de un Ultramarine ascendiendo la pendiente de escombros hacia ellos. -Estás vengado, Jeddek -transmitió.

-No estoy muerto -gruñó el veterano. Logró recuperar la verticalidad, levantando el estandarte de nuevo. Sangre manchaba la ruina de su pectoral. Khârn podía ver la pista de un órgano temblando en el lío de ceramita agrietada y caja torácica hundida.

-¿Dónde está la maldita XVII? –escupió Kargos. -¿Dónde están?

Skane, pues ¿Acaso no era siempre Skane?, era la voz que había en sus mentes. -Traición. Nos han dejado morir en una gran y santa broma, recordad mis palabras.

Khârn miró su espada-sierra, desdentada y deformada por el uso excesivo. Miró a su pistola de plasma, sedienta y debilitada por el sobrecalentamiento, ventilando vapor a presión en protesta.

-Ellos no nos abandonarán.

Skane sonrió. -¿Realmente crees lo que estás diciendo? Diles que Lorgar está aquí y entonces vendrán corriendo.

La respuesta de Khârn fue una sonrisa delgada y sombría.

-Aquí el Capitán Khârn de la XII legión a las fuerzas de los Portadores de la Palabra cerca de Valika. Estamos siendo sobrepasados y necesitamos refuerzos inmediatos. Vuestro primarca está aquí. *¿Me oís, cobardes? Vuestro primarca está aquí.*

Una respuesta crujió de inmediato, corrompida por la distorsión del vox. -Confirmen.

Khârn rio, enfundando la pistola y cogiendo el bólter descartado por un Ultramarine de entre los escombros.

-Estoy mirando a Lorgar mientras hablo, canallas. Sólo estoy comprobando que nos habéis abandonado aquí.

-Aquí Torgal de la séptima de los Portadores de la Palabra. Solicitud de refuerzo entendida.

Khârn extrajo un solo disparo del bólter robado. Estalló a un guardia de la Academia aparte mientras se esforzaba por trepar por los escombros y luego obtener cobertura.

-¿Qué significa *entendida*? ¿Quiere esto decir que en realidad estáis viniendo esta vez?

El vox volvió a la estática.

-Cobardes –Skane seguía sonriendo. Enfundó sus dos pistolas vacías y miró a su alrededor buscando un arma que pudiera recoger, dando con un rifle láser ligero, casi cómicamente pequeño en sus manos blindadas, con un antebrazo humano todavía sujetándolo. Después de tirar la mano, todavía no podía meter el dedo en el gatillo. Skane arrojó el arma inútil en la misma dirección que la mano cortada. -Y diles que traigan municiones -gruñó.

Más sombras se convirtieron en siluetas, y las siluetas se convirtieron en soldados enemigos que salían de la niebla. La Guardia Armaturana llevaba respiradores para bloquear el polvo. Los Ultramarines les lideraban en implacable y rebelde dignidad. Más caminantes, Mastines, se sacudieron el polvo y penetraron en la plaza, graznando a todo volumen desde sus cuernos de guerra como lobo aullando.

-Ha sido un honor servir con usted, señor -ahora Kargos se reía entre dientes.

Khârn tragó el sabor acre de su saliva corrosiva. El humor de los Devoradores de Mundos; siempre sonriendo con humor negro en el ojo de la tormenta. Él le devolvió la sonrisa.

-Cállate, Kargos.

El Warhound *Ardentor* descendió sus brazos, paneando sobre los cráteres abiertos en el suelo. Faros en el hocico roto se encendieron, escudriñando el terreno al frente y los flancos, mientras el Mastín olfateó el suelo buscando su presa. Sus escudos de vacío brilló con fuego aleatorio procedente de Devoradores de Mundos entre las ruinas, pero con sus barreras de energía activas, que acechaba desafiando sus gestos sin sentido.

Otra de las bestias de hierro niveló un edificio cercano en una lluvia de fuego vulcan explosivo, masticando a través de la piedra para picar a los legionarios en su interior. Casquillos de bala del tamaño de brazos humanos llovieron sobre el camino: cientos de ellos en una caída estruendosa a través de la calle.

Los cuernos de *Ardentor* sonaron mientras daba su primer paso descendiendo por la ladera de escombros. Un grito de protesta y una llamada a las armas, todo en uno. Sus bólter vulcan se quejaban de hambre gutural, secos tras horas de combate sin reabastecimiento. Montajes de armas secundarias, bueno para poco más que

escupir a la infantería ligera, parloteaban de su barbilla. Fuego trazador abofeteó el suelo polvoriento, devorando el cráter.

Princeps Maxamillien Delantyr se inclinó hacia delante en su silla, tirando de los cables de sujeción de su columna vertebral.

-Tengo la sensación de algo ahí abajo. Mantened el fuego defensivo.

Su Moderati Secundus emitió un chorro binario de desacuerdo. –El auspex todavía no registra nada.

-Disparos de prueba confirmaron que este es el cráter hecho por la liberación psíquica del enemigo, o lo que fuera. Hay algo ahí abajo -Delantyr se rascó una picazón debajo de su máscara respiradora. -Fuego del brazo plasmático en el cráter.

-Mi princeps, no tenemos más de tres liberaciones antes de agotar el reactor.

-Nos rearmaremos y recargaremos cuando Valika esté limpia, Kei. Si nuestras armas se mueren de hambre y nuestro reactor está sediento, entonces voy a moler a estos traidores bajo nuestros pies. Ahora disparará según lo ordenado.

-Sí, mis princeps.

Al mismo tiempo que el casco del moderati funcionaba, apuntando el brazo derecho, iluminación de emergencia atenuó la cabina en medio de la penumbra.

-Amenaza de hipovolemia en el núcleo -el tono sin emociones del tecnosacerdote crujía desde la cámara del reactor de plasma, ubicado en la sala blindada detrás de la cabina.

-Soy consciente -Delantyr forzó una sonrisa. -Sólo dame una oportunidad.

-Resultante en letalidad -dijo el moderati Kei. Giró siete diales en rápida sucesión y apretó el gatillo izquierdo. -Prepárense para liberar.

-Agárrense, agárrense.

Los talones del Warhound se bloquearon, entonces disparó y un segundo sol nació en Valika.

La tecnología de plasma Imperial combinaba gases elementales para formar el fuego que lamía la piel de las estrellas. En épocas antiguas, el proceso era más conocido como fusión: la ionización del hidrógeno a un centenar de millones de grados para recrear el latido del corazón de un sol a través del ingenio humano. Cocinar el plasma era la mitad del ritual. "Liberarlo" el resto. Entre los sagrados recintos de la Legio Lysanda y las diversas Collegia Titánica, liberar el armamento plasmático de sus dioses-máquinas se realizaba tras una gran cantidad de oraciones, invocaciones, bendiciones, y la quema de un incienso de olor específico.

El Warhound disparó su proyectil-cometa de cola de plasma crudo contenido en un campo magnético artificial para evitar la disipación del proyectil de los átomos ionizados, volándole en pedazos. La refrigeración se inició al mismo tiempo, fantasmas de vapor refrigerante emitidos desde los puertos de ayuda a lo largo del brazo-arma del titán.

La liberación incineró el polvo, limpió el aire y derramó el núcleo de un sol en el cráter en una fracción de segundo. Los Devoradores de Mundos atrapados en los bordes de la explosión fueron disueltos hasta los huesos y fragmentos de servoarmaduras volaron por los aires, erosionados hasta ser polvo y luego a la nada.

En el hoyo del cráter, Lorgar permanecía con los ojos tranquilos elevados ante el titán mirándole. La ceniza se alejó de su armadura, junto con los últimos restos de los santos pergaminos unidos a la ceramita. El aire onduló con la fuerza de su enfoque y los escudos psicokinéticos siguieron levantados por su mano extendida. Desde la planta de sus botas hasta una extensión de varios metros la roca estaba ilesa. Todo lo demás fue fundido en viscoso vidrio negro.

Los tres miembros de la tripulación se inclinaron hacia delante en sus tronos. Kei levantó la visera de la pantalla de objetivos.

-¿Qué estoy viendo? -se preguntó. -No puede ser.

El Moderati Primus, Ellas, entrecerró los ojos para escudriñar mejor. -¿Eso es...?

-¡Fuego, maldita sea! –gritaba Delantyr. -¡Fuego otra vez!

-Prepárense para…

-¡Solo dispara!

La iluminación falló en la cabina cuando el reactor absorbió la potencia. La voz del tecnosacerdote rompió el vox con urgencia inusitada.

-Amenaza de hipovolemia en el núcleo –dijo prácticamente enojado. -Y no estamos pre…

Ardentor disparó de nuevo.

La descarga le hizo retroceder dos pasos, extendiendo sus garras-pie en el camino para no caer. Tras su liberación, el arma emitió vapor sibilante de sus paletas de refrigeración como una hoja forjada enfriada en agua.

Las luces se reactivaron. El visor de focalización de Kei entró de nuevo en línea un momento después, y el control de consolas siguió.

-Debe de estar muerto -susurró Delantyr. -Tiene que estar muerto. Hemos matado a un primarca. Acerquémonos.

El Warhound se realineó, dando una vuelta para mirar hacia el fondo del cráter.

Los ojos de Kei parpadearon entre la aniquilación de abajo y el pulso carillón del contacto auspex. -Motores entrantes. Legio Audax. Y cañoneras con firmas designadas como de la Decimoséptima.

Delantyr habló con los dientes apretados. -Es demasiado tarde.

El primarca de los Portadores de la Palabra había caído. Su armadura, una vez roja y grabada con escritura, era una cáscara de color ceniza de blindaje carbonizado. Piel agrietada y eliminada se mostraba alrededor de los extensos parches de quemaduras sangrantes. Ni un parche de piel quedó intacto. No se levantó de sus rodillas. No levantó la cabeza. No hizo nada en absoluto.

-Está muerto -Ellas habló en voz baja.

-Disparen de nuevo -Delantyr sopló las palabras. –Disparen de nuevo.

-Desangraste el corazón -respondió Kei. -Estamos sedientos de plasma.

-Fuego de supresión con las trazadores. Tres ráfagas.

Los bólter anti-infantería del *Ardentor* escupieron su fuego trazador sobre el primarca caído. La primera explosión mordió vidrio, rociando fragmentos por todas partes. Los otros dos alcanzaron la armadura chamuscada, volviendo de espaldas al hijo del emperador caído sobre su espalda; un recipiente de carne pinchada y cocida.

-Acabamos de matar a un primarca -Kei tragó saliva. -Acabamos de *matar a un primarca.*

La sonrisa de Delantyr mostró casi todos los dientes que tenía. -Aplastadlo. No dejéis nada que enterrar.

Ardentor caminó. Sus piernas inversas martillearon el frágil cristal, rompiéndolo bajo sus pies mientras se tambaleó hacia el cráter. Cuando llegó al cuerpo del primarca, Ellas levantó la garra-pie derecha empujando las dos palancas de control para cerrar la extremidad hacia abajo.

El Warhound se sacudió, desequilibrado con una pierna en el aire. Grandes engranajes en la rodilla y la cadera de la máquina de guerra protestaron con ásperas tos mecánicas.

-Desciéndela -ordenó Delantyr. -Remátale.

Ellas dio a las palancas de control de otro desgarrador empujón. -Algo nos está obstruyendo.

Kei levantó la vista de la pantalla de objetivos, mirando por el ojo izquierdo de la pantalla del Warhound. Respiró lentamente, y miró a sus princeps.

-¿Mi princeps? Los Devoradores de Mundos en las ruinas... están aclamando.

El semidiós repleto de hemorragias se había abierto camino a través del suelo, dando voz a su resurrección con un bramido nada corto de ursina. La sangre le bañaba, pintándolo en rica humedad carmesí oscura. Lanzó sus hachas lejos, arruinadas y nunca más útiles, y respiró la libertad en sus pulmones. Olía a vidrio fundido y lo sentía como quemaduras solares.

-Lorgar -escupió sangre cuando dijo el nombre, poniéndose en pie finalmente.

El portador de la Palabra elevó una mano escaldada, no buscando ayuda sino para advertirle. Angron no tuvo tiempo de levantar su hermano mutilado extendido a sus pies. El sol se puso oscuro, tan oscuro como la noche que cae en un instante.

Angron se volvió, levantando los brazos y recibiendo el peso de un dios-máquina sobre sus hombros.

Cada músculo de su cuerpo se endureció más que el hierro tratando de aplastarle. Baba manó a través de sus dientes de metal, con la piel de sus nudillos blanca mientras desafió la voluntad de un titán. Emitió el rugido de un oso cuando el pie bajó otro medio metro. Los tendones crujieron en sus hombros. Sus botas rotas se deslizaron en el pedazo de roca sin vitrificar; algo se rompió en la espalda; algo se agrietó en su rodilla izquierda. La compresión de los huesos sonaba como ramas aplastadas bajo sus pies, una explosión de imaginación vívida que no apreció.

Pero podía oír sus hombres vitorearle. Los oía aullar mientras mataban y clamar su nombre.

Parpadeó para eliminar los aguijones de su sudor y hundió sus botas en el suelo. Con una sonrisa recortada en su cara de ángel caído, cambió su agarre empapado de sangre oscura del pie con garras del Titán y comenzó a hacerlo retroceder.

-Lorgar –dijo Angron en algo que era una mezcla de gruñido y risa. -Levántate. No puedo aguantar para siempre.

SEIS

Garra Ursus

Respiro

Destripadora

Syrgalah entró cojeando en Valika, escupiendo chispas de sus mecanismos comprometidos, con su blindaje abollado por ojivas y sangrando petróleo de cables- venas rotas en sus rodillas. Armatura no era amable con los titanes exploradores obligados a luchar en el frente.

Keeda y Toth tanto mantenían un ojo en sus respectivas consolas auspex mientras *Syrgalah* acechaba alrededor de los restos semienterrados de un Land Raider de los Devoradores de Mundos. La unión estaba saturada de firmas de calor, coincidiendo con las siluetas descomunales de otros titanes en la oscuridad polvorienta. Toth identificó al menos dos Reavers en el borde del empalme. La Legio Audax era especialista en tácticas de carga para derribar presas más grandes, pero Syrgalah había llegado solo y los refuerzos todavía no les alcanzaban.

-Estamos desarmados a menos que el resto de la Legio llega antes de que termine la frase.

-Que gracioso -Keeda avistó una cañonera Ultramarine en la nube de polvo. -Tengo el disparo -gritó de nuevo a Solostine.

Su rostro estaba ensangrentado; el daño de armas ligeras a la cabina le había golpeado en el brazo, pero nulificadores de dolor químicos inyectados en la garganta no le dejaron inconsciente y le permitieron seguir agudo.

-Fuego a discreción -replicó el princeps. Se permitió un momento de distracción para lamer el hueco de un diente perdido. Debió haber ocurrido cuando se golpeó la cabeza contra el lateral del trono. Le divertía pensar que así fue como comenzó la degeneración, ahora que ya no estaban tan lejos de un espacio seguro y fácil de reabastecimiento. Cirugía juvenat había reemplazado todos los dientes en la boca con sustitutos de compuestos indiscernibles de los reales pero si seguía aquí en el Este Galáctico, tendría que tener en cuenta los reemplazos más rápidos y barato de hierro ofrecidos por la duodécima legión. Nunca había conocido a un solo Devorador de Mundos sin por lo menos un diente de metal atascado en sus encías, y la mayoría lucía conjuntos completos de su tiempo en los pozos de gladiadores.

Sintió el temblor de la ira de *Syrgalah* mientras Keeda derribó la cañonera en llamas. Entonces sintió el temblor de algo peor, algo que le apuñaló con pequeñas agujas en el espacio entre las vértebras.

-Recibiendo fuego por la espalda. Gíranos.

Toth les giró en una sacudida gruñendo y Keeda regó el suelo con el megacañón vulcan en un arco de fuego pulverizados. Un Predator enemigo se expuso ante ellos, escupiendo fuego de bólter pesado hacia ellos.

Solostine siseó de dolor empático; heridas empáticas que oscurecían su piel en moretones estigmatizados incluso mientras Keeda destrozaba el tanque y lo dejaba hecho un gruyer de acero y ceramita humeante.

-¿Oyes eso? -Toth interrumpió la alabanza murmurada por Solostine.

-Dime que es una lanzadera de reabastecimiento -señaló Keeda, tocando una pantalla de visualización ahogada en runas rojas. -Nuestro vulcan está hambriento.

-No es eso -respondió Toth. Tenía en la mano una mano a su auricular. -Es esto.

Toth encendió el generador hololithic entre los tronos de los pilotos con una palanca acodada.

El rostro que apareció en el aire era de una mujer, de perfil, con sus holorasgos blanquiazules hablando a destiempo de su voz crepitante.

-¿*Reina de las Garras*? -dijo.

-La bella capitán de bandera -Solostine inclinó la cabeza ante la imagen. -¿Cómo va la guerra en los cielos?

Keeda se ocupó con el cañón bólter, una de las muchas pequeñas modificaciones pedidas que sus tecnosacerdotes habían hecho en los últimos años. Golpeó con fuego trazador a través del polvo contra las sombras de los Guardias de la Academia huyendo de la marea retrocediendo.

-Caminemos -le susurró a Toth. Él obedeció, dejando Keeda con la persecución a los soldados corriendo, talándolos.

La imagen de la capitana Lotara Sarrin vaciló. -¿Venric? El contacto es irregular. Apenas puedo escucharte. Mis augures os señalan en Valika.

-Confirmado –respondieron los princeps. -Con veinte motores entrando.

-No se puede ver absolutamente nada, sin embargo -murmuró Keeda.

Sarrin volvió la cabeza, frente a un oficial en el puente de su nave de guerra. Su voz era un crujido apresurado cuando regresó.

-Escúchame, Venric. Estamos trabajando a través de observadores sobre el terreno así que no puedo ser de mucha ayuda, pero hay que encontrar el Warhound *Ardentor* de la Lysanda. Acaba con él. Acaba él ahora.

Toth y Keeda no necesitaron volver a recibir la orden. Comenzaron a trabajar en sus consolas, empujando a *Syrgalah* a un sprint cojeante.

-Lo tengo -gritó Keeda.

Solostine saboreó la sangre del diente flojo. No era una buena señal. -Cuente con nosotros, Lotara.

Ella sonrió. -Siempre lo hago, viejo.

El sudor llovía de él.

Angron se mantenía desafiante, con el peso del mundo sobre sus hombros. Él había estado luchando contra la garra de un titán durante menos de treinta latidos de su corazón. Para él fueron una edad. Como dos edades.

-Lorgar -dijo entre dientes lo suficientemente cerrados como para romper palabras. –Sal de aquí.

El Portador de la Palabra levantó una mano inmolada. No podía hablar, apenas podía moverse, pero añadió los restos de su empuje a la fuerza psíquica de su hermano. La mano en alto temblaba, una que donde no estaba cocinada en su propia sangre sus llagas por la incineración estaban llorando.

Angron conocía las heridas plasma bastante bien, y Lorgar tenía la suerte de estar vivo. Mientras respiraba el polvo y los vapores aceitosos, jadeando contra el peso, logró sacudir la cabeza.

-¿*Ahora* decides ser valiente? -gruñó, salivando en gruesas líneas. *–Sal de aquí.*

Lorgar bajó la mano en ruinas y comenzó a gatear.

-Remátale -gritó Delantyr.

Ellas lo intentaba. Los servos en la rodilla y el tobillo estaban bloqueados e inflexibles, negándose a obedecer sus controles. No podía levantar la pierna hacia atrás para un segundo intento tampoco.

-Un motor detrás de nosotros -advirtió Kei. -Un motor Audax.

-¡Baja la pierna!

-Mi princeps… -Ellas comenzaron a oponerse, pero Kei le interrumpió, mirando a su escáner.

-Está armado con... Ni siquiera puedo decir lo que es. Algo con aceleradores magnéticos, aumentando los ciclos para cargar. Tenemos que movernos y rápido.

-No puedo. La rodilla esta…

-Ellas -dijo Delantyr, con repentina calma fría. Tenía una pistola láser reglamentaria dirigida a la cabeza de su conductor. -*Sácanos de aquí.*

Ellas sintió su piel ponerse de gallina. -Sí, mi princeps.

Keeda avistó el *Ardentor* en el cráter y la visión surrealista de los dos primarcas malheridos a meros momentos de la destrucción. Lorgar arrasado por las quemaduras, gateaba para huir. Angron situado bajo uno de los pies-garra del Warhound, levantándolo en el aire, negando su caída final.

Ella sabía que la fuerza mensurable de energía y fuerza en la musculatura imponente del Warhound, pues había servido en la Audax desde la infancia: primero como técnico- servil y más tarde como miembro de la tripulación de dos titanes de mando. A los quince años, había sido incluido en el proceso de maduración de esclavos para determinar lo bien que podría aclimatarse a la interfaz de la cabina y reaccionar en situaciones de combate. A los diecinueve años era jefe de armamento a bordo del *Hanuman*. A los veinticuatro años, Princeps Ultima

Venric Solostine le eligió para su propia tripulación a bordo del titán de mando *Syrgalah*.

Su primera operación como artillero de *Syrgalah* había sido mencionado en los informes legionarios como *Itinerario: CC00428al - 0348.Hne*. La historia ya estaba llamando a su puerta para cuando sucedió la Atrocidad de Isstvan, cuando cuatro Legiones purgaron sus propias filas en las calles aniquiladas de la Ciudad de Coral de Isstvan III.

Valika fue la primera vez donde ella había disparado sin permiso.

Los bólter anti-persona no harían nada, el vulcan estaba seco, pero tenía el último as en su cubierta. Keeda tenía su lanza, y la lanza se forjó para derribar a la mayor presa.

Los Devoradores de Mundos afirmaban ser guerreros, no soldados. La Legio Audax, destinada a la XII legión durante décadas, afirmaba algo similar. Sus titanes no eran máquinas de guerra. Eran cazadores.

Ella echó hacia atrás las dos palancas de desbloqueo, agarró sus palancas de control y disparó la garra ursus. Las bobinas magnéticas en el brazo del Warhound lanzaron la lanza, impulsándola hacia el cráter y hundiéndola en el torso de *Ardentor* con un crack brutal de metal destruido. Solostine mostró una leve sonrisa al ver el motor Lysanda sufrir con el impacto.

-Hermoso disparo, Moderati Bly.

-Gracias, princeps. Fijaciones magnéticas cargadas.

Ardentor se meció adelante y atrás, con el hombro y la cabina atravesados. La gran lanza empalada llegó activa magnéticamente, sellándose dentro de la herida mortal.

-Caminemos, Toth.

-Sí, señor.

El titán Audax dio tres pasos hacia atrás desde el borde del cráter, tirando del cable arpón tenso. *Ardentor* cayó hacia atrás, estrellándose contra el suelo, su reactor aún activo pero su tripulación de mando muerta en el empalamiento.

Syrgalah siguió caminando hacia atrás, retrayendo su arpón y arrastrando el cadáver del titán caído por la ladera del cráter.

-Soltémoslo -dijo Solostine.

-Soltándolo, señor -Keeda desactivó el garfio magnético en el cuerpo del arpón y liberó la lanza del metal destrozado.

El cazador, *Syrgalah*, dejó a su enemigo muerto en la avenida y se volvió en busca de otra presa, mientras los gritos de júbilo por Devoradores de Mundos crujían sobre el vox.

Se acercó a su hermano, ofreciendo una mano de piel. La batalla aún rugía por encima y alrededor de ellos, pero cañoneras de los Portadores de la Palabras y titanes Audax fueron finalmente repeliendo la Guardia Armaturana.

Los dos primarcas agarraron sus muñecas y Angron levantó a Lorgar. Apotecarios de ambas legiones esprintaron hacia el cráter, transmitiendo murmullos atemorizados a los escuadrones a los lados. Angron no les prestó atención. Con el peso del titán sobre los hombros, tuvo más de un momento para echar un vistazo a Lorgar. La mitad de la cara del Portador de la Palabra estaba devorada casi hasta el hueso, no diferente a rastros de cera por una vela medio gastada.

-¿Te estás muriendo?

Lorgar sonrió con una mueca espantosamente cadavérica. -Creo que si.

-Parece que lo estas.

El ojo que le quedaba a Lorgar estaba fijo en la mirada de su hermano. Todavía sonreía pese a que la ruina de su rostro no le dejaba otra opción al respecto.

-Traté de salvarte. Sacarte de ese entierro.

Angron tragó. Sintió algo en ese momento; la amenaza incómoda de parentesco. Él lo sintió, con alguien que no era uno de sus Primeros Hermanos, y se sintió de repente sin saber si retirarse de él o abrazarle. Siempre había odiado a Lorgar. Incluso viéndole pelear después Isstvan y lo lejos que había llegado desde sus años de cobardía, no era suficiente para construir una confianza real.

-¿Es eso una mentira? -le preguntó. -¿Trataste de cavar?

La sonrisa de Lorgar era un rigor mortis de manchas de sangre y carne quemadas. -Sabes que es la verdad.

-No era necesario.

Lorgar miró a otro lado. -Sea como fuere te doy las gracias, hermano. Gracias por detener el titán.

Otra duda. Por un momento, pareció que Angron hablaría, pero no dijo nada.

Cañoneras de combate estaban llegando a su alrededor ahora. El primer apotecario alcanzó los primarcas; Angron le despidió con un gesto.

-Vete, matasanos.

-Pero señor...

-Dije *que te marcharas*.

Los Devoradores de Mundos retrocedieron. Khârn estaba entre ellos, con sus más cercanos parientes.

Angron cruzó sus ojos con los de Esca durante un momento largo y estéril, antes de asentir con un saludo a regañadientes. Un agradecimiento, tal vez. De algún tipo. Esca lo devolvió, aunque mantuvo su distancia del primarca.

Lorgar dejó su retiro cojeando a la Thunderhawk más cercana. Levantó la vista hacia el cielo ahogado en polvo y luego volvió su rostro derretido de vuelta a Angron.

-Hay tantas personas que mueren en este mundo, en este momento, mientras hablamos, meditamos, y respiramos. Estoy cambiando la canción, hermano. Cada vida que termina entre dolor cambia el tono. Por eso estamos aquí. Por eso Ultramar debe morir lentamente, en el dolor, en lugar de un torrente de fuego rápido. La melodía debe ser perfecta.

Angron se sentía desnudo sin sus hachas. Mas pronto la distracción se instaló, enviándole en busca de un reemplazo temporal.

-Deliras, sacerdote. Regresa a las naves. Hablaremos cuando ahogue Armatura bajo las botas de nuestras legiones.

Lorgar no respondió. Los Portadores de la Palabra se concentraron en torno a él, cantando y rezando, algunos de ellos cayendo de rodillas en señal de reverencia. No les ignoró como Angron ignoraba a sus hijos; Lorgar tomó tiempo para honrarles, bendiciendo su devoción con el toque de una mano en sus cascos o presionando su palma de la mano sangrienta en sus pergaminos de juramento. Él los honró en las ruinas, bautizándoles con su propia sangre.

-Lorgar –llamó Angron, justo cuando el Portador de la Palabra alcanzó la cañonera. Cuando su hermano se volvió, el primarca de los Devoradores de Mundos escupió en la tierra ennegrecida. -Trata de no morir antes de que vuelva.

Lorgar mostró su sonrisa mutilada de nuevo y ascendió al Thunderhawk.

Angron se volvió hacia sus hijos, con sus servoarmadura salpicadas de rojo sobre fondo blanco, con los rostros y yelmos mirando en shock mudo.

-Dejadme -gruñó.

Khârn no lo dejaría mentir. -Señor...

-Déjame, Khârn. Háblame más tarde, cuando los clavos ya no canten.

-No.

Los Devoradores de Mundos se volvieron hacia el capitán de la octava, varios de ellos moviendo los pies con nerviosismo. Por encima de ellos, las cañoneras de los Portadores de la Palabra expulsaron a los Ultramarines de Valika, después de que el coste ascendiera a cientos de legionarios de la XII.

Angron, en verdad, parecía poco mejor que Lorgar. Ambos estaban miserables con heridas casi mortales. La armadura del Devorador de Mundos estaba hecha añicos y su piel expuesta arrancada tras arrastrarse de su tumba rocosa. Incluso sin armas y medio muerto, podría matar a media docena de guerreros antes de que aumentara su ritmo cardíaco.

-¿Tienes algo que decir, capitán?

Khârn era implacable. Su pistola de plasma impotente y espada-sierra rota estaban enfundadas. Para ocupar sus manos, apuntó al Thunderhawk en ascenso que llevaba al primarca de la XVII legión.

-Lord Aureliano arrancó rocas de la tierra durante casi media hora para llegar a ti, y aniquiló a innumerables guerreros enemigos.

Angron mostró las filas de dientes de tiburón de hierro. -¿Y?

-Y tú ni siquiera se lo agradeces. Su acto fue noble, a pesar de la cobardía eterna de su legión y el gran horror que tuvo que soportar para salvarte. Nunca he visto un guerrero soportar tal castigo, ni derribar cañoneras del cielo por mero rencor. Esta ingratitud es indigna de ti, sire. Eres mejor que esto.

Kargos dio un paso poco sutil lejos de Khârn. Jeddek y Skane hicieron lo mismo. Khârn sonrió fríamente a su cuidado.

Habían esperado ira. Habían esperado que fuera deliberadamente ignorado. Lo que no esperaban era la risa. Angron rompió la tensión con una risa grave y triste.

-Lo tendré en cuenta, Khârn -el primarca se alejó, buscando un arma valiosa en la devastación en la que se había convertido la Unión Valika.

Con el primarca fuera, Khârn se dejó caer al suelo. Por unos momentos, se contentó con sólo respirar, rindiéndose a los dolores que poblaban su cuerpo después de horas de lucha despiadada. Un legionario podía luchar durante días, semanas si era necesario, pero la capacidad de soportar la miseria no ofrecía inmunidad completa a las limitaciones mortales.

Y este, también, fue un gesto repetido por toda la ciudad en guerra. Soldados robando lo que pudieron; una de las realidades de la guerra que también nunca llegaron a las sagas. Una legión nunca luchaba sola; marchaba con trenes consistentes de reabastecimiento y municiones, o se detenía y no avanzaba más. Los asaltos orbitales jugaban con las mismas reglas. Una vez la tierra conseguida la cabeza de puente, se reforzaba desde arriba y servía como punto de reabastecimiento inmediato.

Khârn escuchó la charla por vox de los módulos de aterrizaje de los Devoradores de Mundos en camino a Valika y otros cruces cercanos, trayendo municiones, granadas y reemplazos de dientes para espadas-sierras que la legión había necesitado horas antes. Podía oír a los comandantes de los Portadores de la Palabra limitándose a lo que era unir puntos después de que los Devoradores de Mundos recibieran una paliza en las líneas del frente de la ciudad.

Runas llovieron sobre su casco informando del daño a su servoarmadura, pero eso podía esperar. También le fastidiaban el hecho de que la herida se había abierto de nuevo, a pesar de las capacidades curativas de su cuerpo. Coagulaba de forma normal, para evitar la pérdida de sangre, pero se rompía cuando se movía. Había estado sangrando de forma intermitente durante más de dos horas. Un hombre habría muerto en cuestión de minutos.

-Tus signos vitales están cantando –transmitió Kargos. -Déjame echar un vistazo.

-Sólo necesita sellador -respondió Khârn. -Déjalo. Se cerrará.

Kargos se estrelló al lado de su capitán, desbloqueando su casco y liberándolo. -¿Armatura, eh? Preferiría haber tenido Calth. Al menos tenían la sorpresa de su parte, casi suficiente para cancelar el enorme factor negativo que es luchar al lado de estos Portadores de la Palabra bastardos.

A pesar de sí mismo, Khârn rio. Kargos tenía ese efecto en sus hermanos. El apotecario no lo hizo sin embargo. -Te vi estrangular a ese Ultramarine Evocatus con tu cadena de combate. Fue hermoso.

Incluso sentado, Khârn ofreció una reverencia burlona. -No es uno de mis duelos más honorables.

-No puedo pensar en una sola pelea en la historia de la XII legión que se pudiera describir como honorable.

Khârn bajó la cabeza, esperando contra toda razón que la presión incesante en el fondo de su mente aflojase por unos pocos minutos. Pero las uñas lo querían en pie. Querían que matara, o borrarían de su cerebro todos los demás sentimientos.

-Hubo una -dijo. -Una lucha honorable.

-Ah -Kargos sonrió, mostrando sus propios dientes de metal. -La noche de los lobos no cuenta. Los dos sabemos que Russ nunca hubiera dejado que alcanzara los registros Imperiales. Nunca podría permitir que la derrota de sus preciosos perros de presa entrara en los archivos, ¿verdad? No por nosotros. No por una legión sin valor con fuego en sus mentes.

El polvo se arremolinó en torno a los dos. Khârn aspiró, saboreando el carbón en el viento. El olor de una ciudad devorada hasta los huesos.

-¿Alguna palabra de Argel Tal? -preguntó.

-Ninguna. Tal vez sea una buena noticia. Tal vez murió, en lugar de elegir abandonarnos.

Khârn no sonrió en ese momento. Él, sin embargo, se sentía un poco culpable por su sonrisa. Las uñas reescribían sus emociones, pero no pudieron robarle la alegría del todo. Todavía no, por lo menos. No los había llevado tanto tiempo como algunos. Había visto lo suficiente de los más veteranos, como Jeddek, que no sentían nada que no fuese el ansia de masacre. Ni sonrisas, ni lágrimas, ni nada. Ojos entre miradas muertas y murmullos monótonos hasta que eran soltados sobre el enemigo. Sólo entonces podrían sentirse. Sólo entonces podrían experimentar una paleta de emociones más allá de mirar todo y nada con sus rostros crispados por el incesante dolor.

-Una legión sin valor -dijo Khârn. -Todavía dicen que sobre nosotros, me imagino -No era en realidad una pregunta. Y si lo era, no era una de las que esperara una respuesta.

Kargos escupió sobre la obsidiana que se servía de tierra a raíz de las liberaciones de plasma.

-Ese lobo alfa que mataste -dijo. .El héroe. No recuerdo su nombre.

Khârn sintió al borde de sus labios en tirón de otra sonrisa. Dos en otros tantos minutos. Qué raro. Cuando habló, lo hizo con un grueso acento de vocales alargadas y consonantes ásperas.

-Aevalryff -casi gruñó, imitando la voz del lobo muerto. -Baresark de *Tra*. Portador de Serpentfang -Khârn incluso se golpeó con un puñetazo en el pectoral, como el lobo había hecho.

Kargos sonrieron. -¡Ese es! ¡Qué orgulloso era! Murió mal.

-Todo el mundo muere mal. Llevamos vidas violentas, y morimos como vivimos -Khârn se puso en pie, cogiendo el casco que había descartado hace unos momentos. Kargos le siguió, enfundándose el casco al mismo tiempo.

-¿Cómo estás tan sin cicatrices? -preguntó Kargos. -Es extraño. Todavía llevas la cara con la que naciste -el apotecario llevó una mano sobre sus propios rasgo, que al igual que la mayoría de los Devoradores de Mundos era un mapa de cicatrices gruesas cosidas y superpuestas.

-Habilidad.

-¡Ha! Si tú lo dices -Kargos comenzó a caminar hacia el grupo más cercano de servidores, mientras cajas de suministros y servoarmaduras pesadas finalmente se descargaban de las cañoneras y módulos de aterrizaje. -¿Khârn? -llamó de nuevo. -¿Centurión?

Khârn caminó hasta donde un hacha estaba en el suelo. No su hacha. No un hacha que perteneciera a ningún legionario. Era una reliquia sin dientes, rayada y raspada y desgastada tras tallar rocas en lugar de carne demasiado tiempo.

-¿Khârn? –transmitió Kargos de nuevo.

-Un momento -respondió. -Dame un momento.

Se agachó para recogerlo, pero sus dedos se cerraron en un puño antes de tocar el mango negro. ¿Era esto un sacrilegio? ¿Era seguro que enfadaría a su primarca volátil?

Khârn agarró la empuñadura y levantó el arma con una mano. Era pesada, más pesada de lo que había estado esperando y necesitaría ambas manos para manejarla con cualquier arte. Pero entonces, si se preocupaba por el arte, sería un espadachín.

-He encontrado a Destripadora -dijo.

Fue la voz de Skane la que crujió de nuevo. -No lo hagas. Señor, no lo hagas. Conoces sus tradiciones -otras voces se unieron, todas refiriéndose a la superstición del primarca de que las armas heredadas traen mala suerte. Una presunción de gladiadores, de su mundo natal.

-Él la tiró por una razón -transmitió Esca. –Está inservible, capitán. Nunca funcionará de nuevo.

Khârn ignoró las protestas de sus hermanos. Se dirigió el tecnosacerdote más cercano, que estaba ocupado supervisando la distribución de las cajas de munición fresca a los carros de combate de los Devoradores de Mundos.

-Tú. ¿Cuál es tu nombre?

El sacerdote emitió una perorata de sonido no del todo distinta a la de un niño chillando código binario. Khârn levantó la mano cuando vio que el sacerdote no tenía boca; un vocalizador la reemplazaba, ocupando su lugar, formando una 'O ' eterna donde los labios, dientes y lengua del hombre estuvieron una vez.

-Suficiente. Tu nombre no es importante -levantó a Destripadora sin dientes, pero la retiró cuando el sacerdote trató de tomarla. -Esta hacha estaba dentada con colmillos de un dragón mica. ¿Lo reconoces?

Una vez más se produjo un chirrido de código. Khârn supuso que significaba que sí, pues ningún oficial de la Audax o ministro podría servir junto a los Devoradores de Mundos y no haber observado a Desmembradora y Destripadora al menos una vez.

-Quiero que el área sea excavado hasta el momento en que esté marcado como seguro. Encuentra los dientes para reparar esta hacha. Me imagino que tomará días. No me importa, toma el tiempo que necesites. ¿Queda claro?

Los ojos del sacerdote, aún humanos, se abrieron alarmados. Dio voz a otro chorro de código, éste claramente una protesta. Khârn presionó con un parpadeo un icono que parpadeaba en la esquina superior izquierda de la pantalla retinal, y esperó a que las runas de traducción se desplazaran a través de su visión.

-Si no es tu área de jurisdicción, encuentra a alguien en Audax en quien pueda confiar para hacerlo.

Otro brote. Otro suspiro de espera para la traducción. El sacerdote le miraba horrorizado, y el vocalizador de boca ancha ayudaba a la impresión.

-Si se necesitan doscientos servidores y una semana de ingeniería meticulosa, entonces se necesitan doscientos servidores y una semana de la ingeniería meticulosa.

Otra perorata, más largo esta vez. Otra pausa, esperando traducción.

-Khârn -dijo el Devorador de Mundos. -Capitán de la Octava Compañía, la mayor parte de los cuales yacen muertos a nuestro alrededor. Toma nota de este hecho cuando se excave este cruce. Trata sus cuerpos con el respeto necesario hasta que se coseche la semilla genética.

El último grito fue el más corto de todos. El sacerdote se inclinó después de vocalizar ella.

-Después de eso, haz con los cadáveres lo que quieras. Quémalos o déjaselos a las aves carroñeras, no me importa –confirmó Khârn. Sonrió, mostrando dientes que aún eran todos naturales. -No somos una legión sentimental.

SIETE

Nadie huye

Aterrizaje no autorizado

Muro de Escudos

Lotara no quiso reír, pero admiraba a un enemigo con una columna vertebral. El regente de guerra de Armatura era un capitán de los Evocati, un guerrero de los Ultramarines canoso con una mueca regia y ojos que sugerían algo agresivo en su

sangre y porte real. A ella le gustaba porque que le recordaba a su padre, que era un señor de espira por derecho propio.

-Eso es muy divertido -respondió ella a la imagen hololítica en el corazón de su puente ocupado. -Teniendo en cuenta que sus ciudades son invadidas y su flota está en llamas.

-¿Supongo que está negándose a rendirse? -dijo el ultramarine con regia paciencia,

Lotara rio de nuevo. -Me gusta usted, capitán Orfeo. Espero que reciba una muerte rápida allí, porque me dolería saber que usted sufrió. Con ese fin, espero que los Devoradores de Mundos le cojan antes que los Portadores de la Palabra. Estos últimos tienden a tratar a sus prisioneros de forma mucho más "pecaminosa".

La incredulidad, aunque educada y reservada, marcó la cara del soldado. -¿Qué espera alcanzar, capitán de bandera Sarrin? Armatura no es más que un mundo, un mundo entre los Quinientos. Calth puede morir y Armatura puede marchitarse pero ¿Cuánto daño puede aspirar a imponer? ¿Cuál es el propósito de su guerra?

-Mi propósito aquí, mi querido Evocatus, es matar hasta que mi primarca me diga que deje de matar -su tono fue lo suficientemente sacarino para que varios de sus oficiales del puente se encontraran sonriendo por burla del ultramarine. -Mire a los cielos, capitán Orfeo. Su flota se encuentra en ruinas. Sus restos próximamente lloverán sobre sus ciudades.

No hubo réplica. Ni amarga respuesta. Él asintió con la cabeza, como si despidiera a un subordinado y la imagen hololítica parpadeó hasta desaparecer.

-Y sin embargo -dijo ella, volviendo la cabeza para mirar al primer oficial Ivar Tobin -tiene cierta razón.

-¿Confraternizando con el enemigo, señora? -levantó una ceja aristocrática. -Un delito capital. Debería sacar mi pistola reglamentaria.

Ella le miró. Ella le dirigió *la* mirada. -Hablo en serio, Tobin.

Sarrin tecleó un comando en los brazos de su trono. La pantalla principal cambió su punto de visión, mostrando una de las naves capitales de los Portadores de la

Palabra elevándose lentamente de la atmósfera de Armatura. Con solo mirarlo su estómago tembló. Tal inmensa y furiosa majestad. La *Santísima Virgen* se levantó por propulsores, embistiendo a través de los restos de la flota Ultramarine destruida.

-Mira eso -dijo ella. -Dime por qué, cuando Lorgar comanda naves así, necesitaría desembarcar en el planeta. Uno solo habría bañado la superficie con fuego. Y lord Aureliano tiene dos de ellas. Eso sin contar la *Lex*, la *Conquistador* y nuestra armada.

Tobin observó la gran nave en silencio. Antes de hablar, volvió su atención al strategium y su tripulación ocupada y bulliciosa. Con la guerra en el espacio terminada, el puente de la *Conquistador* todavía bullía de actividad. Varias estaciones estaban tratando de armar un análisis completo de la batalla, con pérdidas y víctimas, mientras que otras estaban haciendo todo lo posible para coordinar la pesadilla en la superficie. Lotara, un luchador del vacío mucho más allá de cualquier otro conocido por Tobin, siempre bromeaba diciendo que se trataba de los pequeños detalles.

-Conoces mis sentimientos en la política, señora.

Ella tenía sus botas sobre en un reposabrazos ahora. -¿política?' -ella dio un resoplido que él sinceramente dudó procediera de su tiempo en los tribunales de su mundo natal. -Esto no es política. Es táctica, y lo sabes.

-Sea como fuere, señora, me siento sumamente no-cualificado para comentar.

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa. -Cobarde. Tienes suerte de que te necesito.

-Como diga, señora.

Lotara se volvió ante el sonido de una alarma de proximidad. -¿Detalles? -preguntó.

-La nave Ultramarine *Verdad Pretoriana* ha salido de entre los escombros, señora. –la augur Lehralla era un ser cojo, demacrado y sin piernas, unido a la consola central de auspex. Se volvió hacia Lotara, mostrando los cables tendidos entre la cabeza y la maquinaria del techo dándole una apariencia de corona de serpientes,

como algo de la antigua mitología Greko. -Parece que se detuvo en los escombros e hizo el muerto durante varias horas, a la deriva durante la batalla -su voz era sorprendentemente suave y completamente humana.

-Confía en que los Ultramarines se atengan a los clásicos -Lotara se inclinó hacia delante en su trono, mirando el hololito táctico. -Y confía en que caigamos en ellos.

Tobin frunció los labios, mirando la runa roja parpadeando mientras se movía a través del mapa holográfico en tres dimensiones. -Están corriendo.

-Ya te digo que lo están los malditos. Nadie escapa del *Conquistador* -ella hizo un gesto a los timoneles. -Perseguidle. Orden a las demás naves que no abran fuego, éste es nuestro.

Tobin enderezó su uniforme mientras seguía mirando el mapa. –Podrán entrar en la disformidad en siete minutos.

-Son lentos y los reactores han estado casi muertos para mantener el silencio térmico -respondió ella. –Les atraparemos antes de que sus motores lleguen a calentarse.

-Cuatro minutos, señora, si se arriesgan a trasladarse desde el campo de escombros sin calcular la ruta.

Lotara estaba mirando ahora con ojos brillantes. El *Conquistador* se estremeció mientras respiraba de nuevo, corriendo sin parar y a toda potencia. –Les tendremos en tres minutos, Ivar. ¿Me he equivocado alguna vez?

Este se aclaró la garganta, evitando el contacto visual. -Hubo un incidente en Nueva Kershal.

Lotara levantó un dedo. -Calla, ahora. No hablemos de Nueva Kershal -sonrió mientras miraba de nuevo a la pantalla panorámica. -Tres minutos, observa. Jefe de armamento, listos para usar los arpones.

-Sí, señora -fue la respuesta, la única respuesta que ella siempre quería escuchar cuando las sirenas sonaban.

Lehralla se retorció en su zócalo de soporte vital. Se inclinó sobre la mesa-proyector holográfica, manipulando con sus dedos la imagen de campo: girando, haciendo zoom, enfocando.

-Señora, la nave de guerra *Trisagion* de los Portadores de la Palabra también se está moviendo para participar.

-Anotado, augur. ¿Kejic?

El jefe de vox levantó la vista de su consola. -¿Señora?

-Informa a la *Trisagio* de que se trata de nuestra presa. Tienen que detener la persecución de inmediato. Trate de decirlo educadamente.

Mientras Kejic transmitía el mensaje en sus nítidos y claros tonos, Lotara permaneció mirando la pantalla hololítica, esperando cualquier indicio de que la runa de la *Trisagio* detuviera su caza. Parpadeó una vez, dos veces, y su vector proyectado se desvió.

-La *Trisagio* informa que está decelerando y desviándose -confirmó Kejic.

-¿Ves? –dijo Lotara a Tobin. -Mira a dónde te llevan las buenas maneras. A toda velocidad.

La *Verdad Pretoriana* huyó a través de los escombros y la *Conquistador* le siguió. Flashes de impactos bailaron sobre los escudos de vacío de ambas naves a medida que se abrieron paso entre el campo de restos. *Verdad Pretoriana* disparó sus lanzas una vez, con el riesgo de la amenaza de la deriva inercial y la fuga de energía mediante la emisión de un aluvión de vigas que atravesaron el casco de un crucero muerto a media distancia entre ellos. Cortaron la mole tan limpiamente como cualquier cirujano incidiría en la carne y continuaron limpios por la mitades de la nave muerta.

Lotara realmente estaba excitada en su trono. -Eso fue hermoso. Por la sangre de los primarcas, lo juro. Transmita mis saludos al capitán enemigo.

El jefe de vox Kejic lo intentó. -No hay respuesta, señora.

-Oh, bueno. Solicite rendición y corta el espacio con un disparo de advertencia.

El *Conquistador* de clase Gloriana, que superaba en tonelaje a la *Verdad Pretoriana* por varias clases, escupió un tipo indiferente de lanza tras su presa. Todo fue calculadamente preciso.

La *Verdad* siguió corriendo.

-No hay respuesta, señora.

-No lo sé -Lotara fingió un suspiro. -Uno trata de ser noble y no la encuentras por ninguna parte.

-Dos minutos, capitán -dijo Tobin.

-Oh, cállate -replicó ella.

-¿Y podría yo dejar constancia de que esto es un uso más que ineficiente de los arpones de abordaje?

-Su objeción es anotada y debidamente ignorada, comandante. El primarca y Khârn se fueron a divertirse. Ahora es el tiempo para la mía.

Ivar Tobin se encaró de nuevo. No era de extrañar que a los Devoradores de Mundos les gustase tanto. Ella era una de ellos.

-Helm, ¿cuánto tiempo?

-Arpones en rango en veinte segundos.

Lotara nunca era presumida. Le dedicó dio una mirada a Tobin, un ligero aumento de una ceja, pero no era la sonrisa de suficiencia con la que podría haberse salido con la suya.

-Señora -solicitaron varios oficiales, en el mismo momento en que una docena de otros le llamaron con urgencia. –¡Señora!

Ella lo vio por sí misma. La *Verdad Pretoriana*, una lanza de armadura de cobalto con almenas de blanco óseo se aproximaba. Por increíble que fuera, se aproximaba. Su piel brillaba con admiración no deseada. La persecución había terminado, y la presa le había robado su oportunidad para atacar.

-Bravo -dijo Tobin en voz baja. Era extraño, ese momento en cómo la atmósfera se agrió cuando la presa se volvió y mostró sus dientes. Siempre es más difícil matar a un enemigo valiente. ¿Y los desesperados? ¿Y los cobardes? Caían sin nada más que sonrisas en los rostros de sus asesinos.

Los arpones ursus serían inútiles ahora. Eran para la captura de enemigos que huían, no valientes duelistas.

Lotara observó al crucero más pequeño girando en el vacío, imaginando el último discurso que su capitán daría, mientras miles de esclavos abandonaron los cañones de la nave de guerra para el combate final.

-Matadlos -dijo ella, en voz baja, con calma. -Solo matadlos.

Lideró a los restos de tres compañías al interior en la ciudad. La Guardia Armaturana les hizo luchar por cada paso, pero los guerreros de Khârn estaban reequipados y volvieron a cargar, y ningún ser humano podría permanecer en contra de ellos. Los mortales murieron, y los que no murieron añadieron un puñado de horas a su vida previa ejecución. Ellos se retiraron en buen orden, disciplinados hasta el final y defendiendo todas las calles de su ciudad, pero Khârn discernía una desbandada cuando la veía. Decidió llamarlo lo que era, incluso cuando usaban tácticas como una segunda piel.

Esta vez, él respondió contra el fuego de francotiradores con cañoneras propias, y respondió a los blindados Armaturanos con Land Raiders y Malcador en azul y blanco maltratado de la XII. Poco importó que atardeciese. El día fue oscurecido por el polvo, y la noche estaría iluminó por los huesos de la ciudad en llamas.

Destripadora estaba en un contenedor protegido a bordo de su Thunderhawk personal, y había dejado al pequeño ejército de sirvientes desperdigados por la Unión Valika, enfrascados en los trabajos de excavación meticulosa con centinelas-cargadores reprogramados. Elevadores mecanizados de mayor potencia se dirigían hacia tierra desde la órbita. El rango tenía sus ventajas, de vez en cuando. Era bueno para algo más que portar una cresta que atraía a los francotiradores y los campeones enemigos con algo que demostrar.

El tiempo no pasó en cuestión de minutos u horas, sino en barricadas rotas. Sus aullantes esprintes fueron apoyados por una percusión creciente de armas de tanques y el grito furioso de propulsores a baja altitud.

Perdió los últimos trazos de contacto frecuente con la *Conquistador* en algún momento después de que la carretera XV fuera despejada de vida. Otras navas informaron de su carrera por el vacío con los motores desbocados y persiguiendo un crucero Ultramarine haciendo un último esfuerzo por luchar. Eso era exclusivo de Lotara, y no le sorprendió en absoluto. Se le negó la posibilidad de bombardear la superficie; sabía que aprovecharía la primera oportunidad de hacer más que quedarse quieta y escuchar el conteo del cronómetro del puente.

Cuando superaron el último obstáculo, Khârn se encontró a sí mismo corriendo al lado de Esca, persiguiendo a soldados humanos uno al lado del otro. El joven Codiciario le lanzó una mirada y saludó asintiendo antes de introducir una de sus hachas de energía a través de la columna vertebral de un soldado y arrojando el cuerpo a un lado.

Khârn devolvió el gesto, sintiendo los clavos hundiéndose más y más en sus pensamientos. Incluso su piel le picaba ante la cercanía del otro guerrero y sintió que sus labios se abrían en un gruñido no deseado. El gris bailó en el borde de su visión, pero se resistió a la necesidad de separarse de Esca una vez más.

Señaló la brecha instintiva que todos los demás guerreros hacían en torno al Bibliotecario. Esca corrió solo en el medio del grupo pero lejos de su corazón. Uno de los últimos de la ignorada y mal querida división de bibliotecarios en los Devoradores.

Psíquicos. Los primeros experimentos de la legión en este sentido no fueron agradables. Kargos fue uno de los primeros cirujanos entrenados en implantar clavos en cráneos legionarios, aunque nunca los había insertado en el cerebro de un psíquico y no era responsable de los desastres que pronto aparecieron. Lo que Khârn no había visto por sí mismo, lo había oído de su apotecario.

Los primeros signos de malestar se produjeron cuando los Bibliotecarios implantados comenzaron a provocar que sus hermanos más cercanos sufrieran jaquecas cegadoras y derrames sanguíneos faciales debilitantes. Ningún

bibliotecario podría estar en la presencia de Angron sin tener que soportar lo mismo; un reflejo de lo que infligieron a sus hermanos.

Pero el fondo de los errores se hizo evidente en combate. Los bibliotecarios dotados de clavos perdieron la capacidad de controlar sus talentos psíquicos. Uno de ellos, un guerrero adscrito a la 100ª Compañía, se perdió por los clavos en su primera batalla después de la implantación e inmoló tres escuadrones cuando no pudo dejar de proyectar rayos psíquicos de sus ojos. Varios otros habían sólo... explotado. Consumidos en su propia sangre como combustible.

Cada vez más murieron; no de inmediato, pero nunca sobrevivieron por mucho tiempo. En un solo mes, casi todos los Bibliotecarios fueron equipados con los clavos. Apenas unas pocas semanas más tarde, comenzaron a morir.

El optimismo, aunque cauteloso, reinó durante un tiempo. Después de las primeras muertes, los legionarios psíquicamente entrenados habían procurado dominar los clavos, equilibrando sus sextos sentidos con la biónica químicamente alterada de sus cerebros. Una cuestión de fuerza de voluntad, dijeron, y sus hermanos habían fingido no darse cuenta de la desesperación en sus ojos. Sí. Una cuestión de fuerza de voluntad. Tenía mucho sentido.

Pero siguieron muriendo. Ellos murieron en la batalla, en tormentas de fuego o rayos, o en algunos casos transmitiendo odio-dolor a través de los clavos de los guerreros más cercanos y obligando a su propia parentela a sufrir obstrucciones cerebrovasculares. Escuadras enteras murieron de hemorragias cerebrales y accidentes cerebrovasculares por acción de sus Codiciarios.

Eso selló su destino. Angron dio a sus hijos psíquicos a elegir entre la ejecución y la eliminación de los clavos. La legión comprendió, en los primeros años después del redescubrimiento de su primarca, que se habían mutilado a sí mismos a imagen de un hombre sin piedad. Los Clavos no podían ser extraídos, cada Devorador de Mundos lo sabía los propios magos del Emperador no habían logrado retirar los implantes del primarca. Aun así, la mayoría de los bibliotecarios se prestaron al intento.

Cada uno de ellos murió, sin excepción. Con sus cerebros reconectados fallando y esclavizados a los impulsos alterados, ninguno de ellos murió fácil y ninguno de ellos murió bien.

Muy pronto, los últimos bibliotecarios fueron los que todavía no habían recibido clavos en una legión ahora supeditada a ellos. Vivieron un tiempo aislado en los pasillos casi vacíos de su Librarius a bordo del *Conquistador*.

Uno por uno, también, comenzaron a morir. No por mal funcionamiento o por negligencia, sino porque eran los Devoradores de Mundos, y los Devoradores de Mundos vivían breves vidas violentas. Un centenar quedaron. Entonces cincuenta. Luego veinte.

Nadie les lloró. En una Legión que apreciaba los lazos de hermandad de primera línea por encima de todo, los hermanos silenciosos murieron solos; nunca olvidados, pero siempre ignorados. Su semilla genética moría con sus cuerpos, sin cosechar en el caso de que su herencia genética diera lugar a la misma maldición en una segunda generación.

Observó a Esca corriendo por delante. Un hermano fiel. Silencioso, por razones obvias a cualquiera. Eliminado de cierto parentesco, incluso con total rechazo de la legión de prestar atención, o incluso a reconocer, el Edicto de Nikaea. La obediencia a la ley simplemente pasó de largo ante los Devoradores de Mundos. En ese momento, su parentela psíquica era una ocurrencia tardía, apenas digna de consideración.

Esca era evitado por todos los demás. Pero seguía fiel. ¿Los últimos bibliotecarios con vida merecían más de sus hermanos?

Khârn sabía que la respuesta dependería de a quién se preguntara. Angron resoplaría y pasó por alto la cuestión, pues sólo estar cerca de uno de ellos era una agonía por razones que ningún apotecario había sido capaz de discernir.

Argel Tal le seduciría a dialogar con él en un debate de buen carácter sobre el axioma de que un ejército sólo sería tan fuerte como el eslabón más débil de la cadena, y el valor de respetar el sacrificio.

Kargos arruinaría su rostro en algo mucho menos atractivo que el habitual lío cosido, y se preguntaría por qué a Khârn siquiera le importaba.

Skane cedería a la distracción, hablando mientras limpiaba sus armas, el amarillo de sus ojos traicionando cómo el envenenamiento por radiación no era particularmente útil para mejorar su capacidad de atención.

Cada respuesta sería tan molesta como la última.

Khârn apartó de su mente la cuestión, concentrándose en el flujo constante de órdenes por vox a sus hombres para frenar su avance y reagruparse. El polvo era lo suficientemente grueso como para ahogarse, pero la mayoría de este distrito aún se mantenía en pie. Grandes edificios con pilares miraban hacia las amplias avenidas, cada una marcada por estatuas en bronce de tierra oscura. Academias. Colegios. Coliseos. Atalayas. Salones de debate. Armerías.

Cañoneras artilladas de la XII iban en cabeza, rastrillando con sus focos el suelo, explorando por delante de las fuerzas principales. Su escolta la proporcionaban motojets, así como equipos de reconocimiento, y para las últimas horas jugarían la invasión a cabo como cualquier otra legión. Lluvia, sin duda inspirada por la perturbación atmosférica de miles de naves en órbita baja y descendiendo al planeta vomitando tropas, caía al suelo en una marea. No hizo nada por el polvo más allá de convertir la tierra en barro pegajoso. Sin embargo sí contribuyó en gran manera a la limpieza de las ensangrentadas servoarmaduras de los Devoradores de Mundos.

Uno Storm Eagle, denso y colgando bajo por encima de la siguiente plaza se deshizo en el cielo. Khârn captó las palabras confusas del último informe de su piloto antes de que la cañonera estallara con una explosión oída con retardo por la distancia, enviando los motores y placas de blindaje al suelo en llamas.

-Ultramarines en la siguiente plaza -transmitió Kargos. Khârn podía oír su sonrisa.

-Todos los escuadrones, reagrupaos y listos -dijo el capitán.

La *Verdad Pretoriana* creció en la pantalla panorámica. Crecía y sus baterías de armas brillaron mientras enseñó los dientes.

El *Conquistador* se sacudió en solidaridad con sus escudos de vacío castigados. Luz de madre perla sangró a través del espacio mientras el campo de la energía cinética invisible brilló bajo los impactos. Lejos de Armatura, lejos del estrecho cielo lleno de hierro caótico de dos flotas de guerra, el duelo fue mucho más tradicional, a una distancia de miles de kilómetros. Aun así, el *Conquistador* se estaba acercando rápido, y la Verdad Pretoriana estaba ahora reduciendo la distancia directamente a su perseguidor.

Ivar Tobin estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho uniformado, viendo la pantalla panorámica. -Están jugando, señora. Voy a darles eso.

Lotara no estaba en desacuerdo. Hizo un gesto a su jefe de armamento y sus dos docenas de sirvientes y esclavos.

-Fuego.

-Disparando, capitán.

El *Conquistador* se sacudió de nuevo. Un resplandor inicial se propagó a través de los escudos de la *Verdad*. Un segundo lo perforó, deshaciéndolos en la nada del espacio, no muy diferente a los fluidos que brotan de una ampolla.

El corte se inició, a un costo de muchas vidas, cuando las lanzas de la nave insignia perforaron por almenas sin protección y la arquitectura vertebral. Fuego brotó de las heridas, convirtiéndose en niebla en el vacío y luego en nada en absoluto.

-Todavía avanzan -señaló Tobin. -Parece que a velocidad de embiste.

Lotara no estaba tan segura. La *Verdad* estaría muerta antes de que tuviera la oportunidad de chocar, dejándola con otras sospechas.

-Fuego a discreción -ordenó.

Más de una lanza salió desviada. La *Verdad* era un crucero pesado, pero su capitán y la tripulación exigieron lo mejor de ella. Lotara le miró con una sonrisa de admiración cuando la nave se ladeó y rodó tan rápido como su tonelaje permitiría. Se desvió a un flanco calculado del *Conquistador*, cerrando la distancia a ritmo estable.

-Ah -dijo Lotara.

-¿Señora?

Ella no respondió. Ella esperó. Esperó hasta que sus lanzas conectaron y cortaron y escindieron por el casco de la *Verdad*. Esperó a que el crucero Ultramarine fuera un naufragio en llamas de motores moribundos, tratando de mantenerse unido. Sólo la inercia le mantenía acercándose.

-Aquí viene -dijo. -En cualquier momento.

Kejic llamó la atención desde su estación. -Mensaje entrante de la *Verdad Pretoriana*.

-Justo a tiempo -ella hizo un gesto de aceptación, una reina en su trono de hierro negro y latón. La voz que se coló a través de los altavoces del puente era humana y herida, salpicada por el sonido de las detonaciones de la nave en el fondo.

-¡Por el Emperador! ¡Coraje y honor!

El enlace murió. Lotara juntó los dedos debajo de la barbilla, sin dejar de mirar la agonía de la *Verdad*. Sabía exactamente lo que estaban buscando y ella asintió para sí misma cuando lo vio. Hubo detonaciones en el vacío a lo largo del costado de la *Verdad*, pero no la liberación de las baterías de armas. Oh, no. Esta era una nave de las Legiones Astartes, después de todo.

-Torres almenadas occidentales, formen una solución de fuego contigua. Patrón de Interceptación.

Un sirviente en la consola de artillería soltó su respuesta sin vida. –Cumpliendo.

-¿Comandante Tobin? -preguntó.

-¿Capitán?

-Sellen la nave. Traiga a Delvarus de los Triarii aquí ya.

Le tomó un par de segundos darse cuenta de que ella tenía razón. -Sí, señora.

Mientras se alejaba para dar las órdenes necesarias, ella tecleó un código rápido en los brazos de su trono y se echó hacia atrás para sentirse cómoda. El vox de toda la nave dio una alarma de tres tonos, que precedió a las órdenes de cada capitán.

-Aquí la capitán Lotara Sarrin -se dirigió a las decenas de miles de esclavos, sirvientes, oficiales y soldados. -Todos a sus puestos. Prepárense para repeler a los asaltantes.

Como medida de precaución, seguramente inútil, sacó su arma y comprobó la célula de energía. Inmaculada y cargada, como siempre. En la pantalla panorámica, las torretas defensivas escupían fuego incendiario en el espacio entre las naves, pero derribar las cápsulas de abordaje era siempre un ejercicio de suerte tanto como de habilidad.

-¿Capitán? –solicitó Tobin. Lotara no estaba segura de que a ella le gustara la nota de inquietud en su voz. Nada inquietaba a Ivar Tobin. -¿Capitán?

Enfundó la pistola láser. -Comandante.

-Me informan que Delvarus de los Triarii han descendido al planeta sin autorización.

Ella se enderezó en eso. -¿Perdón? -dijo, con una cortesía y calma que sin duda no sentía.

-Delvarus y los Triarii no están a bordo, señora. Según los informes, descendieron al planeta con la legión y al parecer "descuidaron" informar al mando.

Lotara respiró hondo. ¿Es que esta legión no podría hacer nada bien?

-Estamos siendo abordados por lo que puede ser toda una compañía de Ultramarines -señaló ella, siempre con la misma calma extraña.

-Ya lo sé, señora.

Los Triarii: cinco compañías completas de los mejores guerreros a bordo de la nave de los Devoradores de Mundos, destacándose en acciones de abordaje en vacío y mucho más allá de la formación tradicional legionaria. Quinientos de lo mejor de Angron, liderados por el campeón indiscutido de la Arena de la Legión, los cuales

prometieron y juraron defender la nave insignia. Era su deber. Su servicio honorable.

-Esta maldita legión -dijo.

Los dos ejércitos se enfrentaron entre sí por toda la plaza libre. Los detalles eran escasos por el polvo, pero Khârn podía ver a su primera fila permaneciendo en una dignidad fúnebre. Los bordes de bronce en sus servoarmaduras se disfrazaron de plata bajo la luz de la luna. Cascos con crestas vacilaron, pero no de miedo; la culpa era del viento y el martilleo de fuertes lluvias.

Khârn miró a la primera fila, a cientos de metros de distancia y las figuras indistintas atrás. Maldito polvo.

Mientras observaba, otra cañonera de combate recibió fuego por encima de él. Activó su enlace vox, soltando un insulto apresurado.

-Aquí Khârn a cañonera *Tyresius*, cancele su…

La cañonera explotó. Estalló en chatarra llameante directamente encima de una necrópolis conmemorativa cercana y se desplomó, llevándose el edificio de mármol con él. Varios Devoradores de Mundos miraron, otros se rieron. La mayoría lo ignoró, a favor de ver las filas brumosas de los Ultramarines.

-No puedo ver nada -dijo Skane. -¿Cuántos crees que hay?

-Esto tiene todas las características de una última batalla -respondió Khârn. -No estamos atacando sin titanes.

-¿Quieres que haga una verificación de las armas? -preguntó Skane.

Khârn miró la espada-sierra en sus manos, a la que le faltaban varios dientes pero tenía un camino por recorrer antes de que fuese inútil. -Hazlo. Muchas gracias.

Oyó a Skane discurrir a través de las filas sueltas de los Devoradores de Mundos, comprobando el estado de espadas, hachas y suministros de munición. Otra realidad de la guerra que las sagas siempre omitía.

Khârn siguió mirando a las incondicionales filas inmóviles en la distancia. Más supervivientes de sus tres compañías convergían en su posición, engrosando las líneas de los Devoradores de Mundos.

-¿Alguien tiene un auspex que aún funciones con este polvo?

Varios guerreros dieron gruñidos sin compromiso. Algunos adivinaron firmas de calor de los tanques entre los rastros de calor de más de un centenar de Ultramarines, pero nadie tenía nada fiable que ofrecer.

Khârn eligió dos escuadrones para reconocer el este y oeste respectivamente, informando sobre lo que encontrasen.

Más Devoradores de Mundos llegaron, con tres Malcador retumbantes tras ellos. Cadenas se sacudieron contra los cascos de los tanques, cada uno de ellas colgando docenas de casco legionarios tomados de la Atrocidad de Isstvan y la Masacre del Desembarco.

Lo sintió, entonces. Un cambio sutil en la atmósfera, no físico, pero aún innegable. Las espadas-sierra iniciaron revoluciones. Los guerreros comenzaron a andar, leones enjaulados ansiosos por cazar.

-Tranquilos. Todos vosotros, sed constantes -transmitió.

Pero él también lo sintió. Los clavos *tick-tockearon* con pequeños empujes de dolor, exigiéndole *actuar, actuar, actuar*. Aceleró su espada-sierra sin proponérselo, flexionando los labios en un gruñido familiar.

-Tranquilos -dijo otra vez. Y luego dijo: -Esca.

El Codiciario avanzó hasta él. Sus hermanos se separaron por instinto, varios escupiendo en el suelo delante de él para alejar la mala suerte. Un hábito supersticioso tomado del mundo natal de Angron y que había resonado a través de la legión.

Esca, sin casco, tenía la incertidumbre pintada a través de sus rasgos. -¿Capitán?

Khârn se tragó el aumento del malestar, que a su vez añadió combustible a su ira.

-¿Puedes usar tus poderes para decirme lo que está frente a nosotros en esa plaza?

La sorpresa de Esca se profundizó. Parpadeó y miró a sus hermanos a su alrededor. Khârn golpeó un puño contra su pectoral. -Mírame a mí, maldita sea. Contéstame. ¿Puedes hacerlo?

El Codiciario asintió. Sus ojos eran de color gris pizarra, un color raro en todos los planetas de reclutamiento de los Devoradores de Mundos. -Sí, señor.

-Defended su posición, todos vosotros -Khârn se inclinó más cerca de Esca. Moverse cerca de él significaba empujar contra una resistencia no vista, como caminar bajo el agua. -Sé rápido -advirtió Khârn. –Los clavos están cantando.

Esca se arrodilló y cerró los ojos.

Khârn, y todos los demás, retrocedieron para darle espacio para lo que estaba haciendo.

-¿No crees que le gustaría a los Portadores de la Palabra unirse a nosotros para esta? –aventuró Kargos con una sonrisa fea.

Khârn había estado escuchando el tráfico de vox de la otra legión, viciado por las interferencias. -Ellos tienen sus propias batallas. Van a pr…

-Vindicators -Esca abrió los ojos, levantándose.

Todos los ojos se volvieron hacia él.

-Vindicators y otros tanques de asedio. Un batallón de ellos –repitió.

Los Devoradores de Mundos se miraron los unos a los otros. Los retrorreactores de Skane comenzaron a ganar potencia, mientras Kargos se encaró a Esca cara a cara.

-¿Eso significa que quieren sellarnos?

El Codiciario asintió. -Hay más. Hay algo cerca de aquí. Algo inmenso y vivo. Inhumano.

-¿Dónde está? -preguntó Skane.

-No lo sé.

-¿*Qué* es? -preguntó Kargos.

-No lo sé.

El Destructor y el apotecario se miraron, como si esto sólo confirmara la inutilidad del Codiciario. Alrededor de ellos, los Devoradores de Mundos reunidos cebaron sus espadas-sierras y empezaron a golpear sus armas contra sus servoarmaduras, merodeando en grupos sueltos, dispuestos a correr hacia adelante y enfrentarse al enemigo.

Pero la sangre de Khârn se heló. Se quedó mirando las sombras inflexibles de los Ultramarines distantes en su falange.

-Algo está mal. Todos los escuadrones, retirada. Poned distancia contra los tanques, también. La flota puede aniquilar esta plaza desde la órbita.

Sus propios hombres le desafiaron, gruñendo y argumentando contra el gemido gutural de sus espadas-sierra vivas.

-Angron no exigió ningún bombardeo -dijo el sargento Gharte, con sus facciones visibles sin casco. -El enemigo debe sangrar, no arder.

-Deberíamos cargar -insistió Kargos. Khârn vio el tic en los ojos de su hermano, y el brillo de la saliva humedeciendo los labios del apotecario. -¡Cargar antes de que nos aplasten!

-Eso son los clavos hablando -dijo Khârn, pero las palabras murieron con el rugido. Sus hermanos siguieron el grito del apotecario, casi todos ellos, elevando sus hojas a la luna ocluida.

-Esperad -ordenó Khârn. -*Esperad*.

Pero la primera ojiva ya estaba cayendo. Golpeó muy, muy atrás de la avenida, sin siquiera tocar la retaguardia. No importó que fallase estrepitosamente. Los Devoradores de Mundos gritaron su furia al cielo sucio.

La segunda ojiva no se acercó. La tercera lo hizo, aunque a duras penas. Fragmentos sueltos cayeron en los cascos de los tanques, cayendo de la pluma de tierra y piedra que la disparó al aire.

El sonido de cualquier carga legionaria era un trueno terrestre, algo tempestuoso encadenado al suelo en lugar de volar libremente a donde pertenecía. Unido al aumento de los rugidos de bocas moteadas de saliva y la denuncia del agraviado manifestada por sus espadas-sierra masticando el aire, el sonido de la carga de los Devoradores de Mundos estaba cerca de ser tectónico.

Khârn dio siete pasos antes de darse cuenta de que había sido arrastrado por ella. Se detuvo, mirando hacia atrás, viendo a Esca solo. Incluso los tanques Malcador rodaban, sus motores eructando humo, sus torretas girando en barridos de preparación.

-¡No carguéis! –transmitió Khârn a sus hombres, tratando de encarar lo inútil. -¡Nos están atrayendo! ¡Quieren que carguemos!

-¡Esperad a la Audax! -Esca unió su voz a la de su capitán. -¡Esperad a los titanes!

El polvo se diluyó mientras cargaron, y Khârn vio justo a donde se dirigían.

Nada en la larga historia de guerras de la humanidad igualaba siquiera el sonido de dos legiones que se estrellan entre sí. Los astartes no nacieron para luchar contra astartes, pero la traición tenía un compás propio. No era el broncíneo choque del Mundo Antiguo, ni la abrasadora charla de armas automáticas en las calles de ciudades que tanto atemorizaron durante los primeros pasos de la humanidad al espacio. Ceramita golpeó ceramita con un ruido a*campanado* agrietado, extrañamente opaco, de una penetrante resonancia, como si el sonido en sí respondiera a la maldad del acto.

Khârn estaba en primera línea cuando los Devoradores de Mundos chocaron contra los Ultramarines. Vio cómo el oro y azul de la vanguardia Evocati pegó sus escudos, chocando sus bordes entre sí, formando un muro inquebrantable de cobalto superpuesto. Escudos de abordaje de cuerpo completo. Estos guerreros estaban organizados para acciones de abordaje muy concentradas, donde la protección era más importante que cualquier otra cosa. Estaban detrás de sus

paveses decorados, vestidos con servoarmaduras Mark III brutales densamente blindadas, bólters y espadas de energía en sus puños libres.

Los guerreros de Khârn habían cargado, en formación dispersa, contra una falange de los guerreros más finos y más fuertemente blindados del Imperio. Y lo habían hecho con los restos de tres compañías diferentes.

Romper el muro. Nada más importaba. Romper el muro. Derribarlo. Si no podían romper el muro, estarían a merced de los Ultramarines y morirían en cuestión de minutos. Tenía que caer en la primera carga.

No estaba seguro de si estaba pensando en todo esto o lo gritó. Sus hombres dispararon mientras corrían; cayeron contra el muro de protección, dejando marcas de quemaduras en las oscuras superficies inclinadas. Gritó por granadas, gritando en Nagrakali, pero la mayoría de sus hombres ya estaban perdidos por los clavos.

Lo último que oyó antes del impacto fue a un capitán de los Ultramarines gritando una orden final.

-¡Ciringite frontem! -gritó en alto gótico. Los escudos se elevaron cuando los Ultramarines se prepararon. Los Devoradores de Mundos rugió lo suficientemente fuerte como para sacudir el cielo.

Cuando las líneas se unieron, se reunieron con el *estrépito* inconfundible de ceramita y una contracción de peso contra peso. Los Devoradores de Mundos arremetieron con espadas-sierra zumbando, imprimiendo su ruido sordo contra los escudos, o se vieron arrojados por la contramedida de sus enemigos retirándoles con sus paveses como uno solo. Los Evocati estaban demasiado estrechamente ligados. Cada Devorador de Mundos se enfrentaba a dos Ultramarines. El golpe decapitador de Khârn fue bloqueado por uno de sus oponentes y recibió un golpe de escudo en la cara de otro. Se tambaleó hacia atrás desmadejado, maldiciendo, gritando, sangrado dentro de su casco.



Los Devoradores de Mundos asaltando el muro de escudos Evocati

Los clavos le castigaron por tratar de mantener el control apuñalando la carne blanda de su cerebro.

En cuestión de segundos las líneas se unieron, la carga flaqueó, se rompió y colapsó.

-*¡Contendite vestra sponte!* -exclamó el comandante Ultramarine. Sus hombres cambiaron su peso, luchando con sus pistolas y cuchillas. Los Devoradores de Mundos todavía en la pared de escudos comenzaron a morir en masa, cortados por enemigos no podían alcanzar.

El tiempo se ralentizó ante Khârn en ese momento. Encontró su enfoque robado por una distracción misteriosa; ¿Era esto lo que Angron sintió en su mundo natal? ¿Era esto lo que su ejército de esclavos condenados y renegados sintió cuando estaban siendo masacrados por los soldados de sus amos? ¿Cuando la multitud de marginados gladiadores levantó lanzas y espadas contra ejércitos enteros de guerreros escudados?

Se puso en pie. O por lo menos lo intentó. Un proyectil impactó en la espinilla, haciéndole tropezar de nuevo. Otro le arrancó el casco, dejando su rostro escocido con quemaduras sangrantes y dándole el regusto del humo de los triroteos en su lengua. Ese sabor nunca se desvanecía, sino que viviría los muchos siglos de su vida sin degustar algo más.

Al levantarse por segunda vez, otro proyectil impactó contra su hombrera, disparando fuego y humo a su cara y rasgando el blindaje totalmente. No le importaba. Babeante por el dolor de los clavos, necesitaba matar para poner fin a la presión dentro de su cráneo.

Mirando con los ojos inyectados en sangre y una cadena gruesa de baba ácida colgaba de sus dientes al descubierto, Khârn exhaló dos palabras a la formación de Ultramarines avanzando. Eran las dos últimas palabras que pronunció antes de que los clavos profundizaran lo suficiente para tomar el relevo. Cualquiera que alguna vez de hubo enfrentado a una ira lo suficientemente fuerte como para robar razón sabía que el *rojo* hablado por los poetas y de los escribas a lo largo de la historia no era ninguna metáfora, sino una tinción literal de la vista.

Ya no era Khârn. Khârn, la identidad construida de recuerdos y las decisiones de toda una vida se desvaneció bajo la estela de una furia roja, intensamente roja y una loca letalidad.

Sólo dos palabras.

Nuestro turno.

OCHO

Llamamiento

Una nunca era realmente silenciosa. Uno nunca podía escapar del zumbido constante de los motores, ni los ecos apagados de pasos distantes en otras plataformas. Sin embargo, Lorgar oró en silencio; oró por el dolor de sus heridas, mientras escuchaba más allá de los sonidos de la nave una canción más dulce, más profunda.

Algo tiró de sus pensamientos. Una presencia, exigiendo su atención, como si su nombre fuese llamando, apenas audible, en otra habitación.

El semidiós sacerdote sonrió ante la sensación. En lugar de ignorarla, se volvió hacia ella, discerniendo su fuente. Lo sintió indistinto a perseguir un viejo recuerdo.

En primer lugar vio la gran cámara oscura, con sus banderas colgando de pares de vigas. Entonces sintió el frío contra su piel, como si estuviera realmente allí de pie en el aire inmóvil. Su hermano, uno de los pocos que quería y que le quería a cambio se giró ante el libro que estaba leyendo sobre un pedestal elevado. Su cubierta gruesa le abofeteó al cerrarse; ningún hermano era tan tonto como para creer que la encuadernación de cuero de color melocotón era de una fuente fiable.

-*Lorgar* -dijo el hermano en esa cámara lejana.

El portador de la Palabra sonrió; sonrió en su cámara de meditación a bordo de la *Lex* sobre Armatura, y sonrió en la otra punta de la galaxia, físicamente presente en el primer caso, un alma encarnada en el segundo.

Su hermano parecía un dios. No había otra palabra que hiciera justicia al hombre. Su armadura era de negro cromo, un negro que sugería no sólo la ausencia de color sino el destierro de la luz, igual que un eclipse traga el sol. Muchos símbolos cubrían sus superficies, el jefe de los cuales era el ojo único colocado a través de la coraza. Ese ojo una vez había mirado en señorial pero ignorante vigilancia. Ahora miraba viendo todo veteado de negro por demasiadas verdades.

Por encima de la coraza el rostro estaba desnudo, sonriendo, perfecto en todas las dimensiones y detalles, impregnado de confianza. Tan hermoso. Muy hermoso. De todos los primarcas, la cara de Lorgar se asemejaba más estrechamente a una composición estable de los rasgos cambiantes de su padre, pero Horus era un avatar de una versión idealizada del Emperador perfeccionada, icónica y completamente desprovista de las preocupaciones de la existencia humana. O por lo menos ese era el caso. Ahora sin embargo, cuando Horus miró a su hermano, sus características oscurecidas se *profundizaron* con la más profunda preocupación.

-*¿Lorgar?* -repitió, como si no estuviera seguro de la aparición de pie ante él.

-Soy yo -respondió el Portador de la Palabra.

Horus se acercó más, como si fuera a llegar a tocar la cara arruinada de su hermano. Vaciló, y bajó la mano.

-*¿Qué pasó?*

-Armatura. Angron se ve un poco mejor. La diferencia es que él decidió seguir luchando. Yo confío la guerra a mis hombres.

Preguntas sin respuesta flotaron en el aire entre ellos. Con el tiempo, pensó Lorgar. Con el tiempo.

Horus hizo un gesto hacia el libro en el zócalo. -*Confieso que no esperaba que esto funcionara. ¿Pronunciar el nombre de un hombre y que este aparecerá ante ti? Huele a magia negra. Los matraces de disformidad los puedo entender, pero…*

-Magia Negra -sonrió Lorgar. No sentía dolor aquí. Sonreír todavía era algo que podía hacer. -Una idea divertida -el Portador de la Palabra caminó hasta el libro, colocando una mano efímera por encima de sus páginas cerradas. -¿Los has leído todos?

-Lo he hecho -dijo el Señor de la Guerra. *-La unión es de piel desollada. ¿Pero de quién?*

-Los cadáveres. Cadáveres de Isstvan III. Muy decadente, pero el simbolismo en este tipo de cosas es importante -admitió Lorgar.

Horus se encogió de hombros, haciendo ronronear las articulaciones de su armadura. -Los tiempos han cambiado. Se necesita mucho para revolver mi estómago en estos días hubo una pausa, mientras buscaba el tema más apropiado para hablar primero. -Magnus vino a mí, tanto como lo haces tú ahora.

-Ya lo sé. Veo su decisión en las madejas de destino, aunque todavía carece de la convicción para hacerlo. Con el tiempo, él se comprometerá a nosotros.

-¿A nosotros? -algo frío y negro brilló en los ojos de Horus. *-A mí.*

-Muy impresionante. Muy real. ¿Es esta la voz que va utilizarás cuando tomes el trono de nuestro padre?

Lorgar sonrió ante el silencio que siguió a sus palabras. Después de una media docena de latidos del corazón, Horus sonrió también.

-¿Qué te pasó realmente? -preguntó Horus. *-¿Plasma?*

Lorgar llevó una mano por la cara carbonizada. -Plasma. Liberación plasmática de un Warhound. Dos veces.

Horus hizo una mueca, dejando que una exhalación de asombro escapara de sus labios. *-Tienes suerte de estar meramente mutilado.*

Lorgar no respondió a eso. -¿Por qué me llamas, hermano?

-Para ver si podía. Nada más y nada menos. ¿Cómo transcurre tu cruzada en Ultramar?

-Como estaba previsto. Guilliman fue quebrado en Calth. Otros treinta mundos ya sangran, con nuestras legiones divididas y sitiándolos. Pronto, otros treinta sufrirán la misma suerte. Estamos difundiendo el dolor en el lienzo y la pintura en un paisaje.

-¿Qué hay de Calth?

Lorgar se detuvo de nuevo. La confesión llegó sin malicia, sin ninguna emoción en absoluto. -Kor Phaeron y Erebus sin duda celebran Calth como un triunfo.

-¿Entonces ganaron?

Lorgar se encogió de hombros. -Ellos creen que sí. Dieron a luz a la Tormenta de Perdición. Carece de la majestuosidad del Gran Ojo, o incluso del Maelstrom, pero es un comienzo.

Horus apoyó una mano en el libro encuadernado en piel de nuevo. *-¿Por qué suenas menos convencido de su triunfo?*

-Uno tiene que preguntarse cuanto de triunfal realmente están, si su desfile de la victoria consiste en recogerse la cola y huyen de la legión que supuestamente aplastaron.

Horus se rio entre dientes, concediendo el punto. Después de un breve silencio, preguntó qué Lorgar había estado esperando. La verdadera razón por la que había llamado a su hermano.

-¿Funcionará, Lorgar? -Horus sonrió, pero era una cosa triste, hablando de una vulnerabilidad siempre suprimida antes otras almas. *-No puedo ganar esta guerra sin ti y Angron. No puedo ganar sin vuestras legiones.*

Era el turno de reír de Lorgar. -Ahórrate la falsa humildad, Horus. Incluso si perdieras a todo hermano, toda legión, toda nave y cada alma sirviéndote, a pesar de ello podrías abrir las puertas de la sala del trono de Padre y esperar ganar.

Pero Horus no sonreía. *-¿Funcionará? ¿Puedes realmente ahogar Ultramar en las mareas de la disformidad, o es la sangre de la legión de Guilliman lo más que puedo esperar?*

Lorgar caminó por el espacioso anfiteatro de la sala de guerra de la *Espíritu Vengativo*, conocido por los Hijos de Horus como Tribunal de Lupercal. Él no estaba allí, no realmente, pero sus pasos resonaron igualmente.

-Me obligaste a coger a Angron y los tontos enloquecidos que él llama sus hijos. Ahora me cuestionas, preguntándome si voy a fallar. ¿Cuándo cambiaste tu confianza en mí por esta duda inmerecida?

-Cuando cambiaste -dijo Horus simplemente. *-Cuando luchaste contra Corax y dejaste Isstvan V como un hombre diferente, afirmando haber desafiado al destino. Cuando teletransportaste a tus guerreros a las naves de Fulgrim y amenazaste de muerte a su legión porque ya no era él mismo. Cambié la confianza por la duda cuando ya no estaba seguro de que sólo eras Lorgar Aureliano.*

-Soy el Arcipreste de la Verdad Primordial –dijo el Portador de la Palabra elevando algo el tono, sólo un poco. -Soy el ministro del Caos Absoluto.

-Esas son grandes palabras, Lorgar. Significan poco sin resultados.

Lorgar se volvió hacia su hermano. -Soy el que había nacido para ser. Buscas castigarme por ya no ser el débil, el perdido, el primarca sin propósito. Piensa de nuevo en Isstvan III, Horus. He oído el planeta *morir*, incluso a miles de sistemas de distancia. Sin duda, has hablado con tus coros astropáticos o navegantes de la flota. El grito de muerte de ese mundo fue más fuerte, más brillante y más duradero incluso que el Astronomicón.

Lorgar levantó una mano, agitando sus dedos, formando una esfera ilusoria de una llama blanca. Esta tomó consistencia, formando una imagen fantasmal de Terra. Una lanza de luz delgada completamente recta surgía radiante de la superficie del continente más grande.

-La Espada de la Esperanza. La Bendición del Emperador. Toda nave imperial navega por la galaxia gracias a esa luz guía. Nada más perfora las mareas agitadas de la disformidad. Es su única estrella para navegar y durante tres latidos de un corazón humano tú, Horus, causaste suficiente dolor en un mundo como para eclipsar la propia baliza psíquica del Emperador.

Dio un paso más cerca del Señor de la Guerra, con fuego en sus ojos. -El sufrimiento, Horus. ¿Lo entiendes? El *dolor* y el *terror* material reflejado en el ámbito de la disformidad. La agonía de miles y miles de millones de mortales en el momento de la muerte, el envenenamiento por sí mismo de la canción de la disformidad. Has cambiado el tono, y por tanto hecho que toda la melodía pierda una nota.

Él sonrió, y mientras la sonrisa fue lenta y serena, todavía retorció el rostro anonadado. -Todo el dolor pasa el velo, manifestándose como agitación en el infierno detrás de la realidad. Tu obra sonó como un solo tambor. Yo, hermano, voy a componer toda una sinfonía. Duda de mí todo lo que deseas. Los mundos aquí mueren con una lentitud tortuosa, enviando sus prolongados gritos de muerte a través del velo.

Lorgar cerró el puño, apretando los dientes. -Yo *reajustaré* la disformidad. *Madurarla*. Voy a proyectar la Tormenta de Perdición de Erebus como un río a través de los Quinientos mundos, desgarrando el espacio por sus costuras.

Su diatriba llegó a su fin y bajó la mirada. -Perdóname mi pasión, hermano. Pero también confía en mí, por favor. Voy a separar Ultramar del resto del Imperio. Sacaré a Guilliman del juego.

Horus tenía el don de mirar magnánimo sin importar el momento. *-Tienes mi confianza* -se apoyó en el púlpito, como si la confesión le costase. El Señor de la Guerra miró a su hermano por un largo momento. *-¿Te curarás? ¿Qué tienen tu apote…*

-Sanaré -interrumpió Lorgar. -A través de la oración y la meditación, no buscando a tientas la incómoda compañía de los apotecarios de la legión.

El Señor de la Guerra asintió, aunque Lorgar vio la duda que su hermano trató de ocultar. *-¿Y qué pasa con Angron?*

Lorgar levantó una ceja sobre los restos costrosos que había sido. -Acabo de darme cuenta lo que está pasando aquí, hermano. ¿Soy uno de tus lacayos, buscando tu atención e informar?

La risa de Horus fue fingida*. -No seas petulante, Lorgar. Estamos planeando conquistar la galaxia. La inteligencia y la logística importan. Háblame de Angron.*

Angron. Hubo una historia con un giro o dos. Características arruinados La Palabra de portador blanqueó en una máscara de neutralidad. -Hablaré de Angron cuando esté seguro de lo que pueda decir.

El Señor de la Guerra exhaló lentamente, suavemente, un gesto para significar la erosión de su normal infinita paciencia.

Tanta teatralidad, pensó Lorgar.

-Hermano -dijo Horus. *-Si tratas de alimentarme con excusas tales como "las estrellas no son las adecuadas" te buscaré y te mataré yo mismo. Entonces la venganza de Guilliman no será una preocupación para ti en absoluto. Erebus una vez utilizó este razonamiento conmigo. Es una suerte que estuviera de buen humor en ese momento.*

Los ojos de Lorgar, del color rojizo de la piel de zorro, parpadearon con lo que pudo haber sido diversión. Las estrellas no son las adecuadas. Eso sonaba a Erebus.

-¿Te parece algo gracioso, Lorgar?

-Muchas cosas, pero nada en lo que respecta a Angron. Concéntrate en tu propia parte de la guerra, Horus. Actuaré con respecto a Angron cuando tenga que actuar.

-O cuando el fuerce tu mano.

Lorgar inclinó la cabeza; concurrencia, no sumisión. -O entonces.

-¿Va a morir? -Horus fijó su mirada en la de su hermano. *-Respóndeme a eso por lo menos.*

Esta vez, Lorgar suspiró. -Sí. Es lo más probable. Haré lo que pueda, pero el mal dentro de él es más profundo y verdadero de lo que ninguno de nosotros sabíamos. Su legión le aborrece y le emula a partes iguales. Él está cada vez peor y todos lo ven. Los implantes perforando su cráneo serán su verdugo, eso está claro. La arqueotecnología utilizada en él no fue hecha para el cerebro de un primarca. No se

pueden quitar. No pueden ser contrarrestados. Pero no estoy del todo carente de inspiración.

Horus dio cuenta de que era todo lo que iba a conseguir. *-Una última cuestión, entonces. ¿Qué hay de Signus Prime?*

El Portador de la Palabra ya se estaba desvaneciendo. *-Signus Prime es su juego, Horus. Tengo cosas más importantes en mi mente.*

-¿Más importantes? –la irritación marcó los rasgos más perfectos del Señor de la Guerra. -Pero Sanguinius...

-Sanguinius se situará en la Puerta de la Eternidad con lágrimas en los ojos y ácido en su corazón, no importa lo que tú y Erebus esperéis lograr en Signus Prime. Recuérdalo, cuando tu jugada falle. Recuérdalo cuando te enfrentes al Ángel en el día final. Recuerda que yo fui el que te dijo cómo sería realmente el fin.

-¿Qué es un "asunto mayor " que el Ángel en esta etapa del juego?

-Casi todo -la voz de Lorgar surgió del aire frío. -Ultramar. Fulgrim. Guilliman. Guerras que realmente podemos ganar. Hay sólo dos de entre nosotros que podrían sobrevivir a la ira del ángel, Horus. Sólo dos que lo verían muerto una vez peleasen sin nada que perder. Tú eres uno. Angron es el otro.

La verdad amaneció detrás de los ojos del Señor de la Guerra. *–Lo has previsto. Lo oigo en tu voz. Y por eso te esfuerzas muy duro para mantenerlo con vida.*

La voz del Portador de la Palabra se suavizó, desvaneciéndose mientras su forma corpórea desvanecía.

-La profecía es una amante con muchas mentes, y nunca se debe confiar con todo el corazón. Trato de salvar a Angron porque es mi hermano, Horus. Hubo un momento en que te habrías dado cuenta de eso y pensado lo mismo por ti mismo. Cuan desalmado suenas ahora. Cuida tus pensamientos, Señor de la Guerra, porque puedes terminar vacío por tu ambición sin fin.

-Y tú contén la lengua, sacerdote -gruñó Horus al aire.

A mitad de camino de la galaxia, Lorgar abrió los ojos de nuevo en un cuerpo hecho de carne ennegrecida.

Y sonrió.

NUEVE

Despertar

Furia

La Caída del Titán

Su primer pensamiento fue que su selector de objetivos no funcionaba.

-Mi selector de objetivos no está funcionando bien -dijo. Excepto que él no dijo nada, porque nada emergió. Datos, en Nagrakali derivado, llovieron sobre su pantalla roja acristalada. La leyó, procesó y al ver que tenían sentido, esperó pacientemente.

Mientras esperaba, miró a los dos humanos frente a él. Uno de ellos era Lotara Sarrin. Le gustaba Lotara. La Mano Sangrienta marcaba su uniforme y era un hermoso espectáculo. Había estado allí para ver a Khârn hacer la marca, después de toda la matanza en el vacío que Sarrin había cometido ese día agradable.

El otro hombre, envuelto en rojo, encapuchado por un carenado sobredimensionado y poseía cinco lentes rotativas en lugar de una cara. Para ser justos podría haber sido cualquier tipo de tecnosacerdote pero eso no importaba, ya que ninguno de ellos le gustaba. Tenía una memoria eidética, al igual que todos los legionarios, así que no olvidaba los nombres de los sacerdotes. Simplemente nunca se molestó en aprenderlos.

Tenía frío, ahora que estaba despierto. Una penetrante y pesada lluvia fría que se hundía en los poros y ablandaba los huesos. Eso tampoco importaba. No pensaba

que lo mataría. Tampoco era como si él pudiera temblar. No hay lugar para eso en su ataúd.

Cuando se concentró, dejando fuera el resto del mundo, casi podía sentirse. El verdadero yo: un cuerpo desnudo, maltrecho, arrugado como el cadáver de un feto en un ataúd de adamantium. Tal vez sólo era su imaginación sin embargo. Era difícil decir con certeza.

Su visión quedó congelada, tiñendo las runas de azul por un momento. El sonido llegó con una explosión, bañándolo con el ruido de un taller en guerra. El crujido-chisporroteo de chispas y soldaduras. El estruendo rítmico de los martillos de forja. Los flujos binarios de medio-hombres vestidos.

-Mi selector de objetivos no está funcionando bien -dijo. Su voz era un desprendimiento de rocas mecánico.

-Será atendido -respondió el sacerdote. Él respondió en idioma binario, un derrame lamentoso de unos y ceros, que fue traducido al Nagrakali y gótico bajo en la pantalla.

-Capitán Sarrin -dijo. Nunca había sido fino al discernir los estímulos físicos humanos. Sus ojos se estrecharon. Su ritmo cardíaco se elevó. Su boca era una línea delgada, firme que palideció sus labios. -O estás enojado o preocupado.

-Ambas -respondió ella. -Lhorke, necesito que defiendas la nave.

No se había negado, aunque tampoco había alguna posibilidad de que lo hiciera. Lotara le pidió ponerse de pie, caminar, luchar y él no le negaría nada. Tampoco lo harían sus hermanos. Todos ellos tenían hambre de decorar su armadura con sangre una vez más. Había pasado demasiado tiempo; décadas para la mayoría de ellos. Décadas cuando la misericordia dictó que estarían encerrados en el sueño sin sueños, pues la estasis era una palabra traicionera.

Todavía era posible soñar en estasis. El tiempo no siempre se congelaba para la mente, sólo el cuerpo. Lo único que podía encerrarse ahí era la sensiblería de los agobiantes recuerdos propios.

Cuando pudo caminar. Cuando pudo respirar. Cuando sintió el retroceso de un bólter en su puño.

Lhorke abandonó su sombría meditación en el momento en que fue liberado de su plataforma de descanso. La cubierta tembló bajo sus botas. *Eso* se sintió bien. Los Tecnosacerdotes retrocedieron ante él mientras abría los conjuntos articulados que terminaban en puños, y activó en seco los combi-bólters en sus palmas. Eso se sintió bien, también.

-Cargadme -les había mandado. Obedecieron. Y siendo sincero, tener el poder de que obedecieran sus órdenes también se sentía muy bien por cierto. Terminaron de cargar sus armas cuando despertaron a sus hermanos.

Sus hermanos le escuchaban en la muerte, como lo habían hecho en la vida. Ellos fueron los primeros y sin embargo, él fue el primero y mientras que el énfasis era sutil, una letra mayúscula, la distinción lo era todo.

También estaban los Heridos. Los Fallos. Los que soportaron que sus manejadores susurraran palabras en clave binaria como "inestable", "volátil" y "degradación terminal".

Por eso no estaban en la superficie. Por eso que se les mantenía en estasis. Eran los más antiguos, los primeros, antes de que las técnicas fuesen perfeccionadas.

A Hellesek le faltaba un brazo. Su cuerpo de acero estaba siendo reparado cuando se le despertó y fue activado en línea con un puño de poder en su brazo izquierdo y la pérdida extraña de la amputación temporal a la derecha.

Krydal no podía hablar. Su sarcófago estaba atornillado a su cuerpo, aún dañado de su última batalla, bendecido y consagrado por los santos óleos, pero instalado sin su circuitería vocalizadora en su lugar. No había tiempo para esas cosas.

Neras fue lo peor de todo. Se despertó furioso, perdido por los clavos, siempre perdido incluso mientras dormía en estasis. Cadenas se rompieron bajo sus primeros pasos jadeantes, y sus espadas-sierra rugieron hasta ahogar el sonido de todo otro trabajo en el taller. Los tecnosacerdotes más sabios corrían. El más

devoto, o más tonto, trató de detenerlo con fijaciones de electrochoque y, en un caso hilarante, una oración al Dios-Máquina para invocar un sentido de la calma.

Lhorke recuperó a su hermano perdido de nuevo. Lo logró con una lluvia de fuego combi-bólter contra el sarcófago del otro Dreadnought, ganando su atención y luego lo golpearon hasta la sumisión con los puños pesados. No era un juego en absoluto. Como el Primero, Lhorke era más que un sarcófago unido a una máquina de guerra. Su cuerpo era un avatar del Dios-Máquina. La Legión le había honrado, resucitarlo como Contemptor.

Neras todavía estaba frenético, feroz, pero había vuelto del precipicio. Podía funcionar por ahora.

Trece de ellos en total. Trece de los primeros acorazados de la XII legión modelo Lucifer y Deredeo, diversamente abandonados o intencionalmente olvidados, ahora de pie en estados únicos de deterioro. Ellos liderarían la defensa como los únicos Devoradores de Mundos a bordo.

Devoradores de Mundos. Lhorke todavía sentía como un intruso ese nombre. Había vivido y muerto como un Perro de la Guerra en las décadas anteriores a Angron, antes de tomar el nombre de Devoradores de Mundos para honrar al ejército rebelde masacrado del primarca, los Devoradores de las Ciudades. Él aun portaba la antigua designación de colores de la legión en su cuerpo y en su coraza llevaba la cabeza del lobo blindada con una cadena alrededor de su cuello.

Perros de la Guerra. Esa fue su Legión. No estos furiosos locos medio lobotomizados que abandonaban todas las nociones de honor cuando se entregaban a una ira rabiosa.

Aun así, todavía eran sus hermanos. No podía odiarlos, pero podía culparlos. La podredumbre empezó a deslizarse en cuanto redescubrieron al primarca de ese mundo sin valor que llamaba hogar y, sin embargo, la legión todavía podría haber negado los clavos. Eligieron a emular su padre genético, a pesar de todo lo que costaría. Eligieron rasgar sus cráneos y dejar que el veneno se introdujera en sus cuerpos.

Angron lo había ordenado pero ¿era eso una excusa? ¿Podría el primarca haber obligado a cientos de miles de guerreros a doblar su voluntad si se hubieran negado a la mutilación de sus mentes? Lhorke había caído en la batalla treinta años antes de la llegada del primarca. Había estado activo día y noche desde aquel entonces, antes de que la lentitud de la mente comenzara a tomar fuerza. Era difícil permanecer despierto después de unos pocos años. La mente, obligada a ejercerse para comandar su nuevo cuerpo, comenzó a sufrir la tensión del aislamiento y confinamiento claustrofóbicos.

Así que empezó a someterse al duermevela de la estasis. Unos pocos meses en un primer momento. Luego se convirtió en un año por cada año que se mantenía despierto. Cada vez necesitaba más y más descanso para equilibrar el esfuerzo de dominar su piel de acero y adamantium.

Nunca había sentido el beso de los clavos en su cerebro sin embargo. Fue bastante fácil, dadas sus circunstancias: los clavos en el cráneo de su cadáver significaban un riesgo inaceptable y era una reliquia en alguna acepción de la palabra. No lo iban a arriesgar a la cirugía, por lo que siguió siendo uno de los pocos Perros de la Guerra entre las crecientes filas de los Devoradores de Mundos.

Pero lo hecho, hecho estaba. La vieja y la nueva legión se unieron por lazos de sangre, no importa de cuántos mundos dispares habían salido los guerreros a lo largo de las décadas. El parentesco fluía entre ellos, tanto si lo querían o no. La sangre, como para muchas de las culturas que su padre le había comentado, era más espesa que el agua.

Lotara ordenó a los sacerdotes cargar en sus sistemas un plano táctico de los puntos de abordaje de las cápsulas Ultramarines.

-¿El qué? –solicitó Lhorke. Se volvió a mirar a Neras mientras este era sometido al ritual cantado de Despertar y luego miró la diminuta figura de la capitán Sarrin.

-Los Ultramarines -le respondieron. -La... Decimotercera Legión Astartes? -ella se veía preocupada, como si hubiera olvidado quienes eran los de la XIII.

Algo se sacudió y resonó profundamente en las entrañas de metales pesados. -¿Quieres que te mate Ultramarines?

-¡Nos abordaron! -insistió.

Lhorke se agachó, provocando que sus articulaciones dieran gruñidos de grado industrial mientras lo hacía. Acercó su nodo de entrada/salida craneal, forjado como un casco blindado casi al nivel de la cara. Un gigante de rodillas para hacer frente a un niño.

-¿Por qué nos abordan?

Obviamente estaba preocupada ahora. -¿No puedes luchar contra otros legionarios?

Por supuesto que podía. Había luchado contra los Lobos ¿no? Los había enviado aullando a sus naves cuando salieron por patas, después de que Angron hubiera asumido el mando de la legión. Mientras viviera en esta fétido ataúd frío, nunca olvidaría a Angron y Russ luchando bajo la luz ambarina de esa puesta de sol alienígena. El campo de batalla apestó a su sangre divina.

-¿Por qué razón? -respondió a Lotara. -¿*Por qué* estamos en guerra con los Ultramarines?

-Yo... Porque... –y su voz falló. Fue entonces cuando ella dio la vuelta a un sacerdote cercano y le ordenó una carga adicional de datos.

Ellos no estaban en guerra con los Ultramarines. Estaban en guerra con la mitad del Imperio. Estaban en guerra abierta contra el Emperador ahora, y lo habían estado durante más de un año. La mayor parte del tiempo parecía haberse gastado en viajes por la disformidad, descendiendo en mundos desprevenidos y ciegos a la guerra que se desarrollaba y masacrándoles completamente.

Angron, pensó. La gran amargura del nombre conjurado hizo temblar su cuerpo en el líquido amniótico de su ataúd. Sintió que sus propios miembros se tensaban y contraían sin mandato.

Con esa dosis indescifrable de locura en la mente, Lhorke había llevado a sus hermanos heridos y abandonados de nuevo a la batalla.

La disciplina ganaba las guerras. La furia ganaba los combates.

Contra la disciplina de los Ultramarines la única arma que quedaba era la furia. Una furia más allá de la razón, más allá de la contención. Una furia tan insondable que no podría ser contrarrestada porque los poseídos por ella no se preocupaban de su propia vida.

Cuando dos guerreros permanecían en pie y luchaba sin ceder un palmo de tierra, la conciencia de la mortalidad no podía ser desterrada incluso de las almas más obedientes y valientes. Los soldados se defendían para mantenerse con vida. La formación y el instinto dirigían sus manos; se agachaban, esquivaban, tejían y bloqueaban y repelían. En un nivel consciente, se trataba de habilidad. Delicadeza. En un nivel inconsciente, era la reacción de la formación y la simple e instintiva abominación de la muerte.

También era el secreto detrás de los Devoradores de Mundos, la forma en que ganaron las guerras sin la disciplina tan resplandeciente en otras legiones. La furia ganaba combates, y con los suficientes combates se podía ganar la guerra.

Los clavos no eran los implantes que rememoradores y retro-ingenieros entendieron. Los implantes no agregaban nada al cerebro de un Devorador de Mundos. En lugar de eso le robaban. Limpiaban la mente de un guerrero de toda razón, toda precaución, de todos instinto de mortalidad. Los clavos recompensaban la rabia con chorros de placer electroquímico, socavando las sinapsis y amortiguando el disfrute de todo lo demás. Ninguna otra máquina había sido ideada para fomentar los guerreros en la prosecución de la dudosa paz que se encontraba en la absoluta, descuidada y desalmada furia.

Cuando Khârn golpeó el muro de escudos, apenas era Khârn. Él era una cáscara de la humanidad despojada de furia febril, sin pensar en defenderse, sin responder a cualquier amenaza de dolor o peligro. Arrancó el escudo de abordaje desde los guanteletes de su primer enemigo, rociando espuma de saliva en la placa frontal del guerrero mientras su hacha partía en dos su cabeza. Recibió impactos de espadas y proyectiles bólter contra su servoarmadura sin darme cuenta, siempre atacando, siempre atacando, siempre atacando.

Un guerrero que quiere vivir no tiene ninguna defensa contra alguien a quien no le importa morir. Y Khârn, todo guerrero quiere vivir.

Las palabras del primarca. Angron apenas gruñó sabiduría en la hora antes de que Khârn se convirtiera en el primero en aceptar los clavos del carnicero en su cerebro.

-¡Sangre para el primarca! -gritó mientras masacró a los Ultramarines, con la cara pintada de rojo por la sangre de los hombres muertos. -¡Cráneos para la duodécima legión!

A lo largo de la línea del frente, donde los legionarios en blanco manchado de sangre se encontraron con los de azul cobalto, la misma representación se proyectó un centenar de veces. Devoradores de Mundos demasiado heridos para cargar se arrastraban por el suelo, gritando su odio con hachas y espadas-sierra aun funcionando en sus manos.

Tiempo era irrelevante para los perdidos por los clavos. Khârn sintió la escalada a su alrededor, la manera en que un tiburón detecta el flujo y reflujo de las mareas sin necesidad de realmente prestar atención. En destellos de visión entre los miembros desdibujados o manchados de rojo de las extremidades enemigas vio a otros guerreros de blanco superando las filas Ultramarines así como cañoneras brillando por el cielo con propulsores sobrecalentados. Las lanzas de cañones láser atravesaron la multitud que luchaba entre sonidos resonantes, irascibles, sobrecalentando el aire alrededor de las crecientes huestes de guerreros.

El paso de los titanes estremeció la tierra, sus formas imponentes visibles a través del polvo, luchando contra sus propios hermanos por encima de los rebaños de mortales en los tobillos. Cuando consideraron la batalla de tierra digna de su atención, las hordas gritonas y estrellándose murieron en masa, desintegradas por soles de un instante o barridos masivos de megacañones vulcan. Aquí y allá, el ruido de presión liberada de arpones ursus se desató en los enemigos más grandes. En un momento dado, Khârn creyó ver la silueta de un Warlord casi de rodillas por cuatro Mastines Audax, derribado por la garra de sus arpones. Tuvo un latido de corazón para ver la gran sombra de rodillas antes de la lucha lo atrajese de nuevo.

Estaba cerca, ahora. Lo suficientemente cerca como para oler el aliento cuando rasgó sus cascos y desintegró sus caras con los puños. Lo suficientemente cerca como para oír el crujido de su propia red de vox ordenar la retirada.

No huyeron. Los Ultramarines lucharon espalda con espalda en círculos cada vez menores, negándose a correr. No mostraron la espalda al enemigo y no había manera de retirarse en buen orden, por mucho que exigieran sus comandantes.

-¡Khârn! -gritó una voz por encima de la batalla. Cómo podía ser magnificada era algo que el Devorador de mundos sólo podía especular. Luchó entre la formación con una fiebre jadeante, con las manos entumecidas por agarrar el mango del hacha ensangrentada. Todo lo que existía era el aluvión vacilante de las espadas y los bordes de escudos y puños y botas y cascos broncíneos de ojos rojos.

-¡Khârn! -dijo la voz de nuevo. -¡Mirarme!

Atacó con su hacha, su hoja emitiendo chispas a medida que se deslizó por el blindaje pectoral de un Ultramarine. Los dientes masticaron y rasparon, destrozando el aquila estampada en el pecho del guerrero. No era el Aquila Palatina real, el símbolo del emperador dado entre las legiones sólo a los hijos de Fulgrim. Esta era la marca de valor de la dominación imperial que cualquier guerrero era libre de usar.

Khârn la apartó para una segunda arremetida. Esta vez los dientes girando mordieron la garganta del legionario, masticando el blindaje más fino allí y la carne que protegían. Cuando el cuerpo cayó, Khârn golpeó por tercera vez, tomó el casco del sargento por la guirnalda de sargento y la alzó con el puño al cielo ahogado mientras gritó.

Una sombra eclipsó la luz patética con la que la luna trató de resplandecer. Golpeó el suelo con fuerza suficiente para romper la piedra, manifestándose detrás del Devorador de Mundos, una presencia formada de oscuridad y espadas.

Se dio la vuelta, arremetiendo.

Argel Tal contrarrestó el golpe a un lado con su dorada espada de dos manos. El hacha tembló y se dividió en las manos de Khârn, cayendo a pedazos a medida que se encontró con la espada Custodio.

-¿Estás loco, hermano? -preguntó Argel Tal con su segunda voz, más dura, dominando la primera humana.

La servoarmadura del Portador de la Palabra de portador estaba surcada por crecimientos de densos huesos blanqueados formando la sugerencia de un exoesqueleto de ceramita escarlata. Su frente estaba coronada por cuernos curvados y su placa frontal de plata deformada en una boca de lobo. Alas de murciélago veteadas, formadas a partir de cierta mezcla antinatural de ceramita y metal fundido, alzadas en un manto vivo desde sus hombros. Algo divino, caído en pecado: tanto un ángel como un reflejo demoniaco.

La visión de esta criatura fue suficiente para devolver a Khârn desde los clavos. Sin su hacha, utilizó las cadenas que ataban sus armas, cortando a izquierda y derecha con los látigos de hierro.

-*¿Dónde has estado?* -se las arregló para gritar con los dientes pegajosos de sangre y saliva espesa. Los clavos empujaban a los músculos a actuar, deseando que golpease al Portador de la Palabra. Le prometieron otro impulso de placer si sólo traicionaba a su hermano.

Argel Tal batió sus alas, levantándose del suelo el tiempo suficiente para entregar una patada en la garganta de un Ultramarine. Aterrizó con su espada en guardia, desviando proyectil que llegaba del flanco.

-No erais los únicos en problemas -respondió. Su tono de voz humano, más bajo y más suave, se enriqueció con la disculpa. La voz más dura, resonante y serpentina, pronunció las mismas palabras al mismo tiempo, pero de alguna manera con implícita diversión.

Khârn empuñó una gladius caída en el suelo con una mano y una espada-sierra con la otra.

-Valika -escupió la palabra, volviendo su atención a la lucha. Los hermanos se colocaron espada contra espalda, retando a duelo a sus enemigos en el corazón del campo de batalla. -Os necesitábamos en Valika.

Las alas de Argel Tal deberían haber sido una carga en lugares cerrados, pero en el calor del momento en que se convirtieron en armas tan mortíferas como las espadas robadas. Las usaba como escudos, como velas ondeando en el viento y sin embargo tan duraderas como ceramita. Espadas sonaron al ser desviadas por ellas,

desequilibrando a sus enemigos, golpeándoles en sus cascos y desviando sus embestidas. Al mismo tiempo, la espada Custodio subía y caía de sus puños escarlatas, cosechando vidas.

La respuesta del Portador de la Palabra fue un gruñido sin aliento. -¿Realmente es hora de esto?

Khârn contuvo una respuesta cuando el vox filtró palabras desagradables. -Aquí Keeda Bly. *Syrgalah* ha caído. Refuer…

-¿Puedes ayudarles? -preguntó a Argel Tal. Ninguno de ellos podía ver nada a través del cuerpo a cuerpo. Khârn estampó su bota en la garganta de un guerrero caído y volvió a preguntar, sin preocuparse de la desesperación en su voz. El titán de mando de la Audax estaba amenazado. Eso tomaba prioridad sobre todo lo demás. -¿Puedes ayudarles?

-Puedo intentarlo -el Portador de la Palabra sacó su hoja custodio de la panza de un ultramarine, retorciendo y desgarrando la servoarmadura. Sus tripas brotaron como una inundación del recipiente y el legionario Armaturano todavía necesitó otros tres cortes antes de caer de rodillas. Estos desgraciados requerían de un poco de esfuerzo para derribarlos. -En realidad, uno nunca se acostumbran a matar a su propia gente -confesó Argel Tal y dejó caer la hoja. La cabeza del Ultramarine rodó.

-Mantente con vida -dijo a Khârn y se lanzó hacia el cielo levantando una nube de polvo con su aleteo.

Toth se despertó con un gemido, aunque este se fundió en un grito cuando el dolor le golpeó. Se revolvió en su silla, aspirando el humo con olor a cobre llenando la cabina, tratando de accionar la liberación de emergencia y gritó al ver que estaba rota.

Su forcejeo despejó el humo lo suficiente para ver que estaba equivocado. La liberación no se estaba atascada; simplemente no estaba llegando a ella. El brazo que trataba de agarra la palanca de emergencia terminaba en el codo. Donde su antebrazo y mano orgánica hubieran estando no había nada más que aire y una ruina de articulación saturada de carmesí.

La visión en realidad hizo cesar los gritos. Miró a lo que quedaba de su brazo entumecido, horrorosamente divertido.

-Mi brazo ya no está -dijo en un susurro ahogado. -Mi puto brazo ensangrentado se ha ido.

Trató de alcanzarla con el otro brazo, pero la distancia era demasiado grande. Sus dedos se cerraron inútilmente en el aire antes de agarrar el hierro brillante de la palanca. La conmoción y la pérdida de sangre le habían dejado tambaleante, mareado hasta el punto de la intoxicación.

-Keeda. Keeda, estoy atrapado en mi trono. Keeda -giró la cabeza hacia un lado, mirando a través del humo. -Keeda, mi brazo se ha ido.

Él se enfrentó a la vista de su trasero con un mono gris estándar mientras ella se agachaba en la consola de control, encarando a Solostine en el asiento del princeps. Sonrió como un borracho, aunque nunca en su vida había sentido una pizca de atracción por ella.

La cabeza colgando de Toth se golpeó contra su reposacabezas, contra los bordes de hierro en los cojines de apoyo que habían estado ahí antes del accidente. Toda la cabina se inclinaba a mitad de camino a un flanco, por lo que era difícil mantener la cabeza erguida.

-Keeda -le dijo a su trasero. -Keeda, he perdido mucha sangre. No puedo... Yo no... Keeda. Keeda. Creo que mi brazo está en el suelo. Keeda. Encuéntralo, Keeda. Por favor.

Se dio la vuelta en los estrechos confines de la cabina del Warhound, jurando con más saña de la que Toth había oído jurar y dejó a Solostine en su trono. Toth no podía ver a través del humo. Los princeps parecían dormidos.

Keeda, que incluso en estas terribles circunstancias estaba harta de que Toth murmurase su nombre, llegó a tirar de la liberación de emergencia del trono del timonel. Esta hizo clic y dio un silbido decepcionante. No ocurrió nada.

-Maravilloso -dijo. -Simplemente encantador -su cara era un desastre surcado de hollín. Toth vio sacar su pistola reglamentaria, y apenas se preguntó por qué

querría dispararle. Ella no lo hizo, por supuesto. Con una disculpa de voz suave al espíritu-máquina de *Syrgalah* le disparó dos veces, destruyendo los dos acoplamientos magnéticos sellando el techo de cúpula cerrada.

-Nos vamos -le dijo a Toth.

-Nos estrellamos -le dijo este.

-Sin duda alguna lo hicimos -se sentó a horcajadas sobre su panel de control, equilibrándose precariamente mientras sujetaba su brazo cortado con un torniquete hecho de sus mangas.

Un momento después vio el brazo en el suelo bajo sus botas. Había acertado al suponer que estaba allí.

-Vamos -dijo ella, mientras comenzó a levantarle.

El shock estaba de su lado; era obediente, a pesar de sus murmullos incesantes. –Keeda -dijo de nuevo. -¿Qué pasa con el viejo?

-Está muerto -y ella no tenía lágrimas en los ojos. Si las tenía, era por el humo. Sólo el humo.

-Keeda. No está muerto. ¿Es cierto? ¿Keeda?

Buena pregunta. A menos que se pudiera vivir con la mitad de la consola-interfaz empalándole su pecho, sin duda estaba muerto.

-Se ha ido, Toth. Sigue subiendo.

Ella lo estaba empujando hacia arriba a través de la cúpula, sacándole primero. -Si dices mi nombre una vez más, bastardo delirante, voy a dispararte.

Otras manos le alcanzaron, manos frenéticas, agarrando cuerpo medio inerte de Toth y tirando de él lejos de ella. -*¡No!* -gritó, y se echó hacia atrás con una mano, escarbando en su arma con la otra.

-Se pacífica, Moderati Bly -ella conocía esa voz, su tono carente de emoción, producto de un vox. -Soy yo. Sólo yo.

Miró a la pésima y cruda versión biónica de musculatura humana, pero extrañamente hermosa por ese hecho. Restos quemados de túnica roja colgaban a través de la cúpula abierta.

-¿Noveno?

-Afirmativo. Soy yo. El Noveno.

-¿Tienes a Toth?

-Una segunda y posterior afirmación.

-Keeda -Toth estaba babeando en su respirador, todavía murmurando. *-Keeeeeda...*

-Calla -le dijo, no sin amabilidad. -Levántale, Noveno.

-Una tercera y muy bienvenida afirmación –los brazos augménticos del tecnosacerdote tiraron de él, comprimiendo los cilindros y los pistones y pequeños engranajes de mientras levantaba a Toth. Oyó al moderati decir *Keeda* una vez más, seguido de Novena murmurando algo sobre *hemorragia y las arterias radial y cubital.*

Ascendiendo por la forma desplomada del Princeps Solostine, ella cerró los ojos con un movimiento de sus dedos.

-Gracias -le dijo. Un momento después ella se sacaba a sí misma para seguir la estela de Toth.

Noveno cargó con Toth; con sus túnicas rojas marcianas dejadas por los suelos, parecía desnudo sin la cubierta o las calaveras servo que normalmente lo orbitaba en diligencia antigravitacional. La mayor parte de su cuerpo estaba dedicado a la armadura articulada, inusualmente delgada y cuidadosamente ajustada en comparación con el denso revestimiento de los ingenieros del campo de batalla. No tenía ni idea de sus augmentos fueran tan ingeniosos bajo de la bata.

Noveno, sin su capucha, reveló una cabeza rapada marcada por nodos augménticos y un fuerte visor en lugar de ojos. Un escarabajo de hierro redondo reemplazaba sus cuerdas vocales; desde este altavoz llegaba su diminuta voz-vox. Todo lo demás por encima del cuello parecía humano.

-¿Los princeps? -preguntó.

-Muertos.

-Habrá un proceso de duelo, que implicará rituales tanto tristes como sinceros. Ven, Moderati Bly. Debemos salir de aquí.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Keeda en general estaba por encima de la "base", donde la infantería se batió en duelo a la sombra de *Syrgalah*. Ahora *Syrgalah* había caído, dejando a su equipo varado en medio de ella. Guerreros en blanco y azul lucharon y gritaron en torno al titán derrocado. Durante varios segundos de silencio, ni siquiera estaba seguro de qué hacer o dónde correr. La pistola en la mano era inútil, un juguete contra cualquier miembro de las Legiones Astartes.

-Moderati Bly… -comenzó noveno. La frase terminó en un grito ahogado cuando el tecnosacerdote fue arrojado hacia delante, despegado del suelo por un proyectil bólter por la espalda. Keeda le vio arrastrándose por el suelo, con las piernas cortadas, arrastrándose para volver a ella. No hay esperanza de ello; tanto ella como Toth seguían en la cima del cráneo estrellado del Warhound. Agarró a Toth antes de que pudiera caer, acercándolo.

-Traidores –la voz-vox era baja y muy, muy segura de sí mismo. Ella se volvió y disparó al Ultramarine abajo, viendo como sus tiros eran desviados por la servoarmadura, dejando diminutas marcas de quemaduras insípidas y sin valor donde se las arreglaron para morder. Él y tres de sus hermanos de batalla levantó sus bólters. En el mismo instante, una sombra danzó por encima de ella.

Aterrizó con una crisis brutal, eclipsando la luz de los fogonazos de la XIII legión y recibiendo lo peor de los disparos en una tormenta de grietas y abolladuras contra su ceramita escarlata. Una figura. Una cosa. Uno de los Portadores de la Palabra, una de sus criaturas enloquecidas del Gal Vorbak. Apretó a los dos seres humanos contra su servoarmadura chamuscada, protegiéndoles, plegando sus alas sangrantes alrededor.

-Soy Argel Tal -dijo a dos voces a través de una garganta. Su rostro era una máscara de metal canino, y las palabras estaban empapadas con la sangre goteando de sus fauces. -Khârn me pidió que os mantuviera vivo-

Keeda había sobrevivido a la muerte de su titán, asesinado por un Reaver Lysanda en blanco y negro que los mató sin pensarlo dos veces. Había sobrevivido al dolor desesperante de ser expulsada del gran corazón del espíritu-máquina de Syrgalah, un alma que adoraba y por la que estaría dispuesta a morir por defenderla. Había recogido a un compañero mutilado librándole de una muerte inminente y rindió una breve despedida a su mentor. Incluso había disparado sin esperanza a los soldados que habían jurado matarla, sabiendo que nunca podría haberles hecho daño.

Pero ella sólo comenzó a gritar cuando un demonio la abrazó y le dijo que había venido a salvar su vida.

DIEZ

El Saneamiento Ghenna

La guerra ha terminado

Finales

Lotara Sarrin le había dicho dónde cazar. Ella había cargado nueve puntos de inserción de las cápsulas separados a través del costado de babor del *Conquistador* y los informes sobre siniestros por el vox hicieron el resto. Estaban tratando con un estimado de noventa Ultramarines, con un sub-análisis detallando las bajas proyectadas dadas la densidad de tripulación y predicciones de respuesta de guardias en cada punto de impacto.

Lhorke permanecía con Krydal y Neras, porque eran lo peor. Necesitaban orientación y órdenes a seguir.

Los otros Heridos se dispersaron, pisando fuerte llevándoles a través de la nave. Lhorke y la capitán Sarrin les encomendó la tarea de liderar la defensa, aunque el vox aún bullía con los informes de Ultramarines masacrando a la tripulación humana y las tripulaciones de armas enviadas a mantener sus posiciones.

Cuerpos se alineaban en las pasarelas. Si la suposición de un veterano era cualquier cosa salvo acertada, Lhorke consideró las bajas proyectadas entre la tripulación como muy desalentadoras. Los Ultramarines sabían que sus vidas terminarían en esta nave, pero muchos guerreros podrían fácilmente destruir la nave antes de caer.

Y se movieron rápidamente. Desagradable como fue, Lhorke se redujo a dirigir a equipos de fuego humanos que contuvieran al enemigo y fuesen sacrificados con el fin de retrasar a los escuadrones Evocati de tiempo suficiente para que sus acorazados pudieran atrapar a los invasores en el mismo cesto.

Aun así, los Marines Espaciales eran lo suficientemente frágiles una vez que estaban al alcance de sus garras.

No prestó casi ninguna atención a la matanza. Lo que ocupaba la mayor parte de sus pensamientos eran las preguntas de esta guerra loca contra el Emperador y su Imperio. ¿Cómo era posible que la Legión tolerase su propia purga? ¿Cómo habían matado a sus propios hermanos con impunidad en Isstvan III? ¿Cómo iban a traicionar a su propia sangre? Los Perros de la Guerra, y los Devoradores de Mundos que siguieron después, eran una legión fundada sobre la fraternidad por encima de todo. Lo apendieron en las fosas de gladiadores, uniendo guerreros de diferentes mundos, encadenados y obligados a luchar como pares.

Entonces, ¿cómo había llegado a esto?

Angron.

Angron y los Clavos.

Durante la Gran Cruzada, el descubrimiento del primarca tardó mucho tiempo en llegar. Los Perros de la Guerra fueron testigos de otras legiones uniéndose a sus primarcas por primera vez y no eran ajenos a los celos desconsolados. La especulación era moneda corriente, desde los murmullos preocupantes de que su primarca podría estar muerto a la esperanza de que sería un guerrero y general que rivalizaría con Horus, Guilliman, Dorn y el León.

Y entonces, en ese asqueroso mundo atrasado, finalmente le encontraron. Su primer y muy dudoso honor fue ser el primarca que rechazó la benevolencia del

Emperador y darle la espalda a las afirmaciones del Imperio de conquista. Angron, dueño de su ejército de esclavos condenados, era indiferente al valor de una galaxia de sueños y triunfos. Él sólo deseaba morir con los rebeldes que habían escapado de las fosas de gladiadores con él. Este ejército irregular de sus hermanos y hermanas se habían refugiado en las montañas como las aves carroñeras y los osos de nieve durante el invierno, a la espera de pasar hambre o caer en la batalla; la primera que llamase a su puerta.

La legión se enteró de su negativa. Su primarca había desafiado al Emperador.

Los Perros de la Guerra no odiaron a Angron por su elección. Lo adoraron por ello. ¿Qué primarca podría comprender mejor los lazos de hermandad que el que le dio la espalda al Emperador, al Imperio, a la vida misma por morir al lado de sus parientes?

Sin embargo, el Emperador le negó la elección. Angron comandaría una legión en nombre del Imperio tanto si lo quería o no.

Lhorke estaba adormecido en el primero de sus respiros necesarios en el momento en que orbitaron el pequeño mundo sin valor de Angron. Le despertaron sin embargo. Se despertaron a todos los primeros en las semanas posteriores a la llegada de Angron. La Legión nunca había conocido a un evento más trascendental.

Gheer había sido el Maestro de la Legión por aquel entonces. Un buen hombre, Gheer. Un duelista con el hacha como pocos conocidos. No muy diestro alrededor de una tabla de planificación cierto, sin embargo se las había arreglado para hacer de la brusquedad en una virtud junto con la brutalidad.

Murió la misma noche que el primarca se unió a la legión. Asesinado por su nuevo padre, en la primera manifestación de furia melancólica e incontrolable de Angron.

Pero en esos primeros días, los clavos eran una virtud. Ninguno de los recién rebautizados Devoradores de Mundos se enfrentaría al hecho de que su primarca llevaba una maldición de sus años en su planeta natal. Se centraron en su valor, la fuerza y la velocidad que recibía por los implantes arqueotecnológicos, y cuando el primarca exigió a sus hijos someterse bajo las garras de tecnomarines y cuchillos

apotecarios, pocos se habían resistido a la posibilidad de compartir el mismo dolor virtuoso su noble primarca.

Todo cambió con el martilleo de los clavos.

Los Devoradores de Mundos, una vez conocidos por su hermandad, se hicieron conocidos ante todo por su salvajismo. Los informes comenzaron a recibirse narrando las excesivas bajas de la legión en las pantallas tácticas de Terra, y fuerzas del Ejército Imperial abogaban por la ayuda de otras legiones incluso cuando los Devoradores de Mundos estaban disponibles. Los planetas se rindieron en lugar de enfrentarse a la XII legión en la batalla, pero no todos los que se entregaron se salvaron de la guerra. Los clavos embotaban todos los demás placeres hasta que el sabor embriagador de la adrenalina era la única manera segura de experimentar otra cosa que el recuerdo más oscuro de la emoción. Sus mentes reconfiguradas no les permitían ningún otro placer más allá de la batalla.

Mundos sangraron. Mundos ardieron. Mundos murieron.

El Emperador, según se decía, estaba... ¿Cómo lo sugerían los rumores? *Descontento*. Qué palabra. Tan educada, teniendo en cuenta la locura que siguió a su paso.

Los registros imperiales declararon que dos primarcas llegaron hasta Angron, ambos afirmando haber sido enviados por el Señor de la Humanidad. El primero llegó poco después de que Angron se uniera a su Legión. El segundo no llegaría hasta casi un siglo después. Para entonces, sería demasiado tarde.

Russ fue el primero. Él vino y se trajo a sus lobos. Ya se llamaban a sí mismos Verdugos del Emperador. ¿De dónde procedería el título? Las dudas estaban por todas partes, entre los primarcas y sus legiones sobre todo. ¿Por qué los Lobos Espaciales? Lhorke todavía recordaba los argumentos en boca de todos. Los lobos no tenían los números de Ultramarines y Russ carecían de la sabiduría imparcial de Guilliman. Carecían del regalo generalizado de un sexto sentido como los Mil Hijos, y el Rey Lobo no tenía el conocimiento trascendental de Magnus el Rojo. Carecían de la ferocidad de los Devoradores de Mundos; la resistencia de la

Guardia de la Muerte; y todas menos una de las veinte legiones carecían de la grandeza, la reputación y las victorias de los Lobos Lunares. Más revelador que eso, cada legión carecía de Horus, el Primer Primarca, del que se sospechaba incluso entonces sería aclamado un día heredero del Emperador.

Pero la verdad era retorcida dependiendo de quién dijera la historia. Russ interpretaba el papel como si fuera su derecho de nacimiento. ¿Qué importaba a la sombra de ese compromiso? Nada. Nada en absoluto.

Se encontraron en Malkoya, en los campos más allá de la ciudad muerta del mismo nombre. Los Devoradores de Mundos, cansados y heridos tras el sometimiento de Ghenna, formaron líneas irregulares ante la legión de los Lobos Espaciales al completo. Los primarcas permanecían delante de sus ejércitos, armados y con sus armaduras; Angron inundado de sangre y salpicado de heridas recientes; Leman Russ resplandeciente con su armadura del color de las tormentas de su planeta natal tempestuoso.

Lhorke estaba junto con Angron, al igual que Khârn y los otros capitanes. Incluso enterrado en su ataúd a pie, fue golpeado por la majestuosidad de estar ante Russ. Aquí estaba ser genéticamente creado llevado a la perfección: un reflejo del amado parangón real de la humanidad. Russ exudaba autoridad sin esfuerzo y sin necesidad de posturas o pretensión. De todas formas debía haber sido un bárbaro, pues el pelo rubio desigual combinado con la helada piel curtida le envejecía mucho más años. Y sin embargo, no inspiraba burla. Hacía de la barbarie un rasgo controlado, algo noble que debía ser comprendido y dominado, no un estado de regresión primitiva. Leman Russ era el dinamismo de una vida libre de los grilletes de la civilización. Él era la fuerza, el propósito y el corazón, donde todo lo demás se volvía gris con la promesa del inevitable estancamiento.

No era un lobo por la forma en que luchó y gritó y apretó los hombres en manadas. Él era un lobo por la forma en que vivía, siempre haciéndose eco de la vitalidad y la honestidad de lo salvaje en el corazón de toda la vida. Se decía entre susurros cascajosos que la semilla genética de la VI legión estaba contaminado con sangre canina. Lhorke lo creía. Ver a Leman Russ le hizo anhelar volver a respirar y sentir algo más allá de la estrecha incomodidad fría de su ataúd amniótico. Nunca se había sentido más muerto; ni antes ni después.

El Rey Lobo vino a debatir o rendir pleitesía. Sin embargo, Lhorke recordó el gesto de respeto que ofreció al primarca.

-Maestro de la legión –dijo Russ.

El cuerpo Dreadnought de Lhorke no estaba hecho para rendir homenaje, pero bajó su chasis en una torpe reverencia.

-Gran Lobo. Ya no soy más Maestro de la Legión -le había respondido.

Russ sonrió entonces. Una sonrisa torcida, ofreciendo el flash más blanco de los dientes. -Es una lástima. Si así fuera, tal vez no sería necesaria mi presencia.

Angron habló por fin. A diferencia de Russ, era la barbarie desenfrenada por el dinamismo saludable. Él no emanaba un aura carismática de vida y pasión. Él era un dios de la guerra: roto, peligroso y lo peor de todo, desconfiado. Los clavos habían forzado su ojo izquierdo a parpadear con el ritmo de un loco.

-¿Te envió? –preguntó el Devorador de Mundos.

Russ no dijo nada. Su silencio hizo sonreír a Angron, a pesar de que era un gesto asqueroso en él, sin mostrar alegría.

-No lo hizo, ¿verdad? El Emperador y Horus navegan por las estrellas juntos sin preocuparse por nada de esto. Has venido para castigarme porque crees que es tu deber.

En aquellos primeros años, Angron portaba su primera hacha, la precursora de todas las demás. La llamada Fabricante de Viudas. Se rompería ese día, para no ser utilizada de nuevo.

Russ portaba Krakenmaw, su inmensa espada-sierra dentada por los colmillos de algún diablo de mar fenrisiano entre los muchos mitos de su mundo. El viento jugaba con su pelo desaliñado, desplazando hebras de la melena de oro en su rostro. Ojos del color del hielo fundido no se apartaron de los orbes rojos del cráneo cableado de Angron.

-Los informes llegan a mis oídos, Angron. Las palabras de los comandantes y capitanes que han sufrido a tu lado. Soldados obligados a luchar sin órdenes, perdiendo cientos cuando apenas decenas debían morir. Tus propios aliados hablan de las carnicerías hechas a ellos de manos de tus hijos. Informe tras informe tras informe, testigo tras testigo tras testigo. Todo esto viene a mí, y me pregunto, mi hermano: ¿qué debo hacer?

Dos enormes lobos rodeaban a los primarcas. Su piel era blanca, salpicada por el gris. Uno gruñó, como siempre cuando se ven amenazados, exponiendo colmillos húmedos por saliva, ojos penetrantes y orejas bajadas. El otro sólo miraba, contento por ver a dioses menores hablar, sus ojos oscuros reflejando la luz del sol poniente. El animal más tranquilo se puso al alcance de Russ, y el señor de la guerra arrastró los dedos blindados a través de su grueso pelaje.

-No soy tu lacayo para que puedas juzgarme -declaró Angron. Los cables cibernéticos formando entramados tecnológicos se tensaron cuando apretó los dientes de hierro. -Y no tienes autoridad sobre mí. Ni sobre cualquiera de nosotros.

Russ sonrió de nuevo. -Y sin embargo, aquí estoy.

-¿Para qué? ¿Sumirte en una guerra que dejará a dos legiones en ruinas? -Angron pasó una mano herida sobre su rostro, como si el simple gesto pudiera limpiar y quitar el dolor. -Vete. Vete antes de esto se convierte en algo de lo que te arrepentirás.

El viento arreciaba, ahora. Lhorke sentía como un murmullo sordo contra su caparazón, pero casi desgarró las banderas levantadas por encima de las filas de los Lobos Espaciales.

Russ volvió a hablar, ojos claros inquebrantables. -La matanza debe terminar, Angron. El Emperador lo quiere así. Las masacres terminan aquí y ahora. Mira lo que han hecho con este mundo.

-Limpiarlo.

-Masacrarlo. Segarlo. Ghenna ha sido despojado toda vida. ¿Es esta una obra que deseas aparezca bajo tu nombre cuando se levantan estatuas para celebrar la Gran Cruzada?

A Angron le importaban una mierda las estatuas y así de claro se lo dijo.

Russ negó con la cabeza. -No puedes navegar por las estrellas en este frenesí simplemente porque estás demasiado dañado para aprender el arte de la guerra. La cirugía de implantes debe ser invertida. Tus hijos se someterán a los míos para una vuelta a Terra. Una vez llegamos al Palacio, harán todo lo posible para eliminar estos ingenios parasitarios de la mente de los hombres.

A pesar de las sacudidas, los ojos torturados de Angron se abrieron con genuina sorpresa. -¿Crees que tienes autoridad sobre mí? ¿Crees que puedes amenazarme y esperar marcharte sin más?

-Creo que hay una buena probabilidad, sí.

Angron sonrió, aunque esta fue algo angustiada. ¿Y si mueres?

El viento tiró de la capa de piel de lobo de Russ. -Lorgar escribió algo hace varios años que ha nutrido mi pensamiento cada día y noche desde que lo compartió conmigo.

El Devorador de Mundos resopló, mostrando lo que pensaba de las piadosas reflexiones del escribano de su hermano, pero Russ ni se inmutó.

-No es suficiente con reconocer la corrupción -citó Russ. *-Debe de ser rebatida. No es suficiente con citar la ignorancia. Debe ser desafiada. Ganemos o perdamos, lo que importa es dar un soporte para las virtudes que vamos a legar a la raza humana. Cuando esta galaxia sea finalmente nuestra, realizaremos una gesta vacía si el premio es plantar la última aquila, en el último día, en el último mundo, después de haber llevado a la humanidad a la oscuridad moral.*

Angron escuchó, pero poco le importó. Incluso entonces, él era un ser obstinado, haciendo gala rencorosa de su propio aislamiento.

-Lorgar hace la guerra con una pluma, pero la galaxia no se pondrá en cintura por cruda filosofía. Sus ideales no tienen sentido.

-Los ideales son por lo que luchamos, hermano -había algo más frío en el tono de Russ entonces. Una decisión había sido tomada, helando su voz.

Angron rio, un sonido rico y verdadero. –¡Que mentiras tan bonitas! Luchamos por las mismas razones que los hombres siempre han luchado: tierra, recursos, riqueza y cuerpos para alimentar los motores de la industria. Luchamos para silenciar a cualquiera que se atreve a respirar y susurrar una opinión diferente a la nuestra. Luchamos porque el Emperador quiere a todo el mundo en sus manos. Todo lo que busca es la esclavitud, pintado en el manto inofensivo del *sometimiento*. La misma noción de libertad es un horror para él.

-Traidor -susurró Russ.

Angron se mantuvo de pie, sin dejar de sonreír. -¿Les damos opciones a los que masacramos? ¿Una verdadera alternativa? ¿O transmitimos que deben tirar sus armas en el fuego de la paz y agachar la cerviz, estrellando sus rostros en el barro como mendigos, agradeciendo la cultura que les forzamos a abrazar? Les ofrecemos sometimientos o les ofrecemos muerte. ¿Cómo puedo ser un traidor, lobezno? Lucho como tú luchas, tan leal como tú. Hago la voluntad del tirano.

-Les ofrecemos la libertad -Russ habló con los dientes apretados y una luna brillante en sus ojos. -Tú mutilas a tus propios hijos y robas sus mentes, ¿Y ahora predicas la tiranía del Emperador? ¿Tanto has caído en tus delirios?

La sonrisa de Angron vaciló, desapareciendo. Su rostro parecía flojo, los ojos fijos en Russ. La derrota estaba grabada en sus facciones todavía sufriendo espasmos de dolor.

-Eres libre, Leman Russ de Fenris, porque tu libertad coincide con la voluntad del Emperador. Por cada vez que combato contra mundos que amenazan el avance del Imperio, llega otro momento en que me dicen de conquistar mundos pacíficos que sólo desean estar solos. Me han ordenado destruir civilizaciones enteras y llamarlo liberación. Me han dicho que demande millones de hombres y mujeres de estos nuevos mundos para que tomen las armas en hordas del Emperador, y me dijeron

que lo llamase *diezmo*, o *reclutamiento*, porque tenemos demasiado decir la verdad. Nos negamos a llamarlo *esclavitud*.

-Angron... –gruñó Russ.

-¡Calla! Has lanzado tus amenazas, perro. Ahora *escúchame*. Escuchar a otro perro ladrando por una vez.

-Entonces, habla –dijo Russ, como si le concediera su permiso.

-Soy leal, lo mismo que tú. Me han dicho que bañe a mi legión en la sangre de inocentes y pecadores por igual, y lo hago, porque es todo lo que me queda en esta vida. Hago estas cosas, y me *gustan* no porque somos morales, tenemos derecho o buscamos iluminar un universo oscuro, sino porque todo lo que siento son los clavos del carnicero clavados en mi cerebro. Sirvo a causa de esta "mutilación". ¿Sin ella? Bueno, tal vez podría ser un hombre más moral, como dices ser. Un hombre virtuoso, ¿eh? ¡Tal vez podría ascender los escalones del palacio de nuestro padre y tomar la cabeza de ese hijo de puta esclavista!

Ambas Legiones se tensaron. Miles y miles de guerreros elevaron bólters y activaron espadas-sierra. Lhorke ni siquiera había dado un paso atrás, con sus articulaciones en voz alta ante el repentino silencio.

Russ no sentía tal vacilación. Sacó su espada y se lanzó hacia Angron, sólo para encontrarse con el hacha del Devorador de Mundos bloqueando el golpe. Los hermanos respiraban odio en la cara del otro.

-Estás perdido -gruñó Russ. -Castrado *hereje* de negro corazón.

-Solo soy más honesto, hermano. En todo menos eso no eres diferente de mí.

-Si no puedes ver el abismo entre el salvajismo y ferocidad, entonces estás perdido remedio, Angron.

El Devorador de Mundos lanzó a Russ atrás, enviando al Rey Lobo asombrado. -Entonces de caído. Pero ambos sabemos que el día nunca amanecerá hasta que me derrotes.

Durante varios segundos, los primarcas se miraron.

Lhorke nunca vio quién hizo el primer disparo. En las próximas décadas, los Devoradores de Mundos afirmarían que procedía de las líneas de los lobos y los lobos viceversa de la XII legión. Él tenía sus sospechas, pero ¿De qué servía la retrospectiva enfrentándose a la catástrofe? Sin bien ningún primarca dio la orden, dos legiones lucharon.

La Noche del lobo, como fue llamada en los años posteriores. Los archivos Imperiales se referían a ella como el Saneamiento Ghenna, omitiendo el momento cuando los Devoradores de Mundos y Lobos Espaciales derramaron sangre. Un motivo de orgullo para las dos legiones, y una fuente de vergüenza secreta. Ambos reivindicaban la victoria. Ambos temían que en realidad hubieran perdido.

Lhorke había visto obligado a dormitar cada vez más a menudo en las siguientes décadas, aliviando la presión sobre su cerebro enjaulado y forma marchita, pero sus despertares eran lo suficientemente frecuentes como para percibir el deterioro de Angron a través de los años. Lenta y sutilmente, las alteraciones se producían y no podía ocultarlas. En realidad, es posible que ni siquiera lo intentase.

Cada vez que Lhorke se alzó para caminar por las cubiertas del *Conquistador* y unirse a sus hermanos en la Gran Cruzada, pudo ver al Primarca sufrir la picadura de los implantes llenos de odio. Las aflicciones de los clavos golpearon más duro, con más frecuencia, y el dolor se demoraba más tiempo.

Peor aún, se estaba extendiendo por la legión. Los cerebros de los legionarios eran casi humanos en comparación con la fisiología trascendente del primarca, y la erosión de su auto-control fue consecuentemente más rápido. Lhorke miró con una curiosa mezcla de desapego y compasión culpable, señalando otra muesca en su descenso cada vez que se despertó. Concentración parecía una tarea para ellos durante largos períodos de tiempo. Se reían menos y confiaban cada vez más en siervos para mantener sus armaduras. Los lapsos de atención se acortaron, vagando, siempre en busca de la próxima guerra.

Sin embargo, la hermandad se mantuvo fuerte en el corazón de la legión y allí estaba la prueba de lo que realmente importaba. Los Devoradores de Mundos todavía estaban encadenados a las arenas y se batían en duelo con los aplausos de sus hermanos. Entraban sin armadura, desnudos salvo por un taparrabos para

mostrar que no temían ninguna herida y probando que todos los guerreros lucharían en igualdad.

Para todos los legionarios que lo desearan, la XII incluso abría sus arenas a los que nacían de otras líneas de sangre. Segismundo de la VII se juntó con Delvarus del Triarii, y los dos ganaron todas las batallas que enfrentaron; siempre a primera sangre, nunca durando más de medio minuto. Nadie podía seguir su estela. Nadie se acercó.

Amit de los Ángeles Sangrientos se emparejó con Kargos, y pocos son los que querían enfrentarse contra el Carnicero y el Escupesangre. Eran conocidos por luchar siempre más allá de la primera sangre, la segunda y la tercera hasta la *sanguis extremis*. Ninguna triquiñuela parecía acompañarles y cada uno de sus duelos fue un combate de muerte.

Y luego estaba Argel Tal. Lhorke había visto por primera vez al Portador de la Palabra en las arenas junto con Khârn. Desde el primer momento en que fueron encadenados juntos y entraron en la sala, rodeado de aullidos gladiadores en su busca, Lhorke sabía que los dos perderían más de lo que ganarían. Khârn era un competidor indiferente y encontró pocos Devoradores de Mundos dispuestos a enfrentarse con él. Lhorke podía decir de inmediato que en Argel Tal había encontrado un alma gemela, riéndose en silencio de la misma broma.

Independientemente de la gracia letal que tan claramente compartían y de la fraternidad que los unía sin esfuerzo, no se tomaban los combates en serio. No vieron honor en los pozos, sino simplemente distracción y diversión. Cuando cayeron en la derrota, y lo hicieron casi todo el tiempo, que era siempre sin rencor, a pesar del carácter altamente competitivo del duelo que tuvo lugar en las entrañas de hierro del *Conquistador*.

Segismundo una vez estrelló a Khârn contra la cubierta en siete segundos cortos; al mismo momento Delvarus obtenía la primera sangre del pecho desnudo de Argel Tal. Soportando las burlas y las risas de sus compañeros, el Devorador de Mundos y el Portador de la Palabra estrecharon sus muñecas esposadas en una señal de respeto mutuo propia de astartes, e hizo lo mismo con sus oponentes. El saludo tradicional de una buena pelea, ganada con justicia.

-Eres un inútil -Delvarus había dicho con una sonrisa en la boca, pero no en los ojos.

-Lo soy -admitió Argel Tal, -cuando mi vida no está en juego -habló en Nagrakali, la lengua bastarda los Devoradores de Mundos. Cuando una Legión nace de tres docenas de mundos, necesitaban un nuevo lenguaje que compartir. Argel Tal habló con curiosa suavidad, casi académica en su tono.

Delvarus había sonreído. –Esa también es una excusa de Khârn.

-Es cierto. Pero Khârn es palafrenero de su primarca y su nombre es conocido en las legiones. Delvarus es un nombre gritado aquí y sólo aquí.

-¿Quieres decir algo, Portador de la Palabra?

Los ojos oscuros de Argel Tal brillaron en la oscuridad. -Pensé que lo estaba declarando directamente pero sí, podría decir "implicar" si lo prefieres.

Delvarus era uno de los pocos Devoradores de Mundos que no se afeitaba la cabeza. La incomodidad del pelo en la frente era irrelevante, ya que nunca se había cortado sus largos cabellos negros. En los pozos lo llevaba suelto, y cuando lo recogió antes de las palabras de Argel Tal, miró entre el Portador de la Palabra y Khârn.

-Una pelea de la muerte, entonces. Sanguis extremis.

Tanto Khârn y Segismundo se opusieron. El Caballero Negro se negaba a cuestiones de honor, por el pecado de matar a un primo de otra legión, mientras Khârn sacudió la cabeza y pasó los dedos por el filo de su hacha de duelo sin dientes.

-Sería un error privar a los Triarii de su capitán. Mejor descarga tu ira en otro lugar, Delvarus.

Las preocupaciones de Lhorke siempre se aliviaban ante los duelos, como siempre lo fue mientras los vio en el núcleo de los bonos de la legión. Pero en el campo de batalla, los Devoradores de Mundos eran una fuerza cambiada. La advertencia de Russ fue desoída. Cada vez más, Angron desdeñaba los informes tácticos antes de

que se tomara cualquier decisión, sin mencionar los dolores en la cabeza pero nunca necesitándolo. Sus hijos no eran ciegos. Además sintieron el mismo dolor, siempre creciendo como un cáncer en sus cráneos. La legión que una vez se preocupó por la logística tanto como cualquier otra, la XII pronto lanzó a sus hombres contra fortalezas enemigas sin pensar en las víctimas civiles, por no hablar de sus propias vidas. Avanzaron por delante de sus puntos de reabastecimiento marcados, superando a sus blindados y sin preocuparse de cuan amargamente caro costase cada victoria en tanto la sangre fluyera.

-Maestro de la legión.

Su título anterior le sacó del ensueño inútil. Lhorke tuvo que agacharse para pasar a través del pasillo arqueado hasta la siguiente cámara donde los Dreadnoughts menores esperaban. Neras habían espetado por vox su nombre.

-¿Oyes eso? –la voz de Neras retumbó desde los vocalizadores de su armazón. Un orgullos armazón en cuclillas que en lugar de portar su ataúd en el frente, su blindaje frontal de fue forjado en un yelmo adornado con una visera en forma de T. En ambos lados los murales de sus victorias fueron escritas al ácido en su blindaje inclinado.

-Lo he oído -respondió Lhorke. Pasos, en el pasillo delante. Demasiado pesados para ser humanos.

Miró brevemente a sus puños de metal enormes, como si aún estuviera vivo y llevase un bólter listo para recargar. Los enormes guanteletes estaban manchados de sangre, con el plateado de metal gris mostrado por debajo de las restantes manchas de pintura. Nunca había matado a un Ultramarine antes de esta noche. Ahora había matado a cuatro, mientras que los otros Heridos amasaron sus tantos.

Se alimentaban con un pensamiento, empañado sólo por el tiempo de retardo mínimo entre su deseo y su ejecución. Enrollados en relucientes y cantarines campos de energía, las manchas de sangre se freían en sus manos arma de guerra, burbujeando y disolviéndose.

-Id al puente -declaró. –Trataré con estas escorias y me abriré paso hasta la plataforma de ingeniería primaria. Defended el strategium hasta mi llegada. Ahora iros, en nombre del Emp…

El armazón de Neras emitió un sonido de engranajes rectificando conforme se deslizaban. Su particular risa. -Los viejos hábitos -gruñó el Dreadnought.

-Id –exigió Lhorke.

Los muertos se separaron por fin, caminando por los pasillos tan familiares para Lhorke como para cualquier cosa en la vida. Esta nave, en el tiempo que llevaba el nombre *Resolución Adamantina*, había estado a sus órdenes.

-Ellos están a salvo.

La sombra draconiana apareció al lado de Khârn de nuevo, la hoja dorada quemando el aire en amplios arcos zumbantes. Dondequiera que estocase, el aire tenía el olor salino del ozono.

-¿Dónde? -preguntó el Devorador de Mundos. Por encima de ellos, el chillido aviar de los combatientes Gerifaltes partió el cielo. Alrededor de ellos, los Devoradores de Mundos y Ultramarines todavía se mataban los unos a otros, intercambiando golpes pese al agotamiento. El sudor cubría la cara de Khârn, picando sus ojos, y podía sentir el dolor torpe en sus extremidades pesadas cual plomo. El suelo estaba embaldosado con los muertos y los moribundos, haciendo todo trabajo de pies traicionero. Todo guerrero se resbaló en la ceramita ensangrentada de los cuerpos bajo sus botas.

-Están a salvo, maldita sea. Los tengo a mi Bracamarte -Argel Tal cerró sus alas con un crack como velas de tela que cogen el viento. Khârn echó un vistazo de una fracción de segundo cuando la espalda del Portador de la Palabra se reajustó, reajustando las extremidades demoníacas harapientas y ensangrentadas.

-¡Khârn! -escuchó su nombre gritado por encima del caos.

Sopórtalo. Sobrevive. Lucha. Atacó con sus armas, conectando con las articulaciones sin protección, destrozando otras hojas si eso era lo que hacía falta.

-Khârn –volvió a gritar la voz. *-¡Enfréntate a mí, cobarde!*

Argel Tal rio. -Alguien sabe que estás aquí.

-Más combate y menos bromas –el Devorador de Mundos dio un revés a uno de sus rivales, pero se tambaleó cuando la bota cayó sobre la hombrera mojada de un hermano muerto. Desequilibrado era presa fácil, una parada descuidada quebró su espada-sierra por la mitad, dispersando sus dientes y orugas dispersión como dados en un RPG. Su oponente golpeó con su escudo contra Argel Tal, tropezando ambos.

El Portador de la Palabra batió las alas a su vez convirtiéndose en un borrón, controlando con su espada reliquia el golpe destinado a acabar con la vida de Khârn. Ultramarine y Gal Vorbak embistieron el uno contra otro cuchilladas, golpes energizados, derramando chispas en un ballet incandescente. El bloqueo duró un instante, no más, antes de que la mayor fortaleza de Argel Tal comenzase a hacer retroceder al Evocatus. Sus botas chirriaron sobre la piedra mientras trataba de mantenerse firme.

Las lentes de Argel Tal se encendieron con un azul cristalino insalubre. Calor enfermizo palpitaba de su armadura, como la fiebre definitiva que emanaría una víctima de la plaga, y habló tres palabras en una lengua que penetró por los oídos de Khârn y marcó con letras de fuego en sus ojos.

-Eshek'ra mughkal krikathaa.

Los puños del Ultramarine se abrieron, dejando caer la espada. Antes de que el guerrero podía ofrecer cualquier reacción o emoción alguna, su cabeza con casco se separó de su torso. Argel Tal golpeó al cadáver sin cabeza en el pecho, enviándolo al suelo con sus hermanos; donde pertenecía.

Khârn sintió la sangre goteando de la nariz. -¿Qué era ese idioma?

-Le dije que dejase caer la espada.

-Eso no es lo que pregunté, hermano.

Argel Tal se arriesgó a quedarse indefenso, ofreciendo su mano para ayudar a Khârn a levantarse. El Devorador de Mundos disparó desde el suelo, abriendo un agujero por plasma en el pecho de otro Ultramarine. Cuando el guerrero cayó, el hacha que había estado colgando sobre Argel Tal para golpearle por la espalda cayó al suelo.

-Un error infantil –reprendió Khârn a su hermano, poniéndose en pie sin tomar la mano. Su aliento era aserrado dentro y fuera de su cuerpo. -Concéntrate.

-¡Khârn! -gritaron de nuevo.

El centurión juró en Nagrakali. -¿Quién está gritando eso? -añadió en gótico.

Fue Argel Tal quien respondió. Apuntó con su espada dorada al núcleo del combate, donde un oficial Ultramarine con capa y cresta se abrió camino hacia ellos. No necesitaba a sus guerreros para dividir el mar de enemigos. Venía con un paso modesto, el casco crestado inclinado, una espada de energía en una mano y una gladius en la otra. Khârn le vio destripar a uno de los Destructores de Skane con un movimiento de su espada, mientras introducía la gladius en la garganta de otro Devorador de Mundos. Ambas cuchillas salieron de los cuerpos de los guerreros muertos sin trabas, sólo para repeler el golpe de un hacha, desviándola en lugar de bloquearla. El Devorador de Mundos se retiró para otro golpe, sólo para ser rechazado por segunda vez. Él se echó hacia atrás cuando la gladius del capitán se alojó en su propio vientre, liberándose justo a tiempo para que la espada le embistiera a través de su pecho.

Incluso en medio de la tormenta, Khârn respiró en lento temor. Gracia perfecta. Fluidez perfecta. Economía de movimientos, equilibrio y la aplicación de la fuerza perfectas.

Tenía que matarlo. Su casco sería un trofeo muy valioso.

-Es mío -dijo Khârn. -Él es *mío*.

El capitán no pudo haberle oído hablar, pero apuntó con su espada a Khârn de todas formas, marcando a su enemigo. -*¡Khârn!* -gritó de nuevo, amplificado por la parrilla del casco Mark IV.

-Creo que podrías ser el suyo -Argel Tal estaba sonriendo, mostrando dientes blancos en su cara oscura.

-Encárgate de sus guardias de honor -dijo Khârn.

El Portador de la Palabra miró a los lanceros que flanqueaban su capitán. Cada uno de ellos llevaba un yelmo crestado con una cola de pelo de caballo blanco. -Hay cuatro de ellos.

-Así es, cuatro -Khârn rescató una espada-sierra caída en la tierra, robándosela manchada de sangre de uno de sus hermanos muertos. -Así que te deseo suerte.

Oyó las alas de Argel Tal propagarse con sonido de tela desgarrada, pero ya estaba esprintando. Los Ultramarines se abrieron ante él, levantando las armas levantadas en posición defensa a medida que retrocedieron, canalizando su carga hacia el capitán Evocati. Por el contrario, los Devoradores de Mundos todavía se lanzaron contra el espadachín, sólo para ser cortados y pateados a un lado con facilidad vergonzosa. Mientras corría, Khârn imaginó el desprecio del oficial grabado claramente en su rostro bajo el casco azul.

Los clavos le dieron un impulso de complacencia mientras su adrenalina fluía fresca; una sensación tan suave como el hielo en una quemadura.

-Khârn –una picto transmisión nebulosa estalló en el borde de la pantalla retinal- -Khârn, el *Conquistador* está de vuelta en órbita, pero todavía estamos…

-Ahora no, Lotara.

-Pero…

Un pensamiento irritante fue suficiente para matar su imagen y bloquear la señal de salida. Había otros oficiales de la legión, maldita sea. Oficiales que no estaban tratando de cortarles la garganta a héroes enemigos. Podía acosarles en su lugar.

Él sabía que eran los clavos hablando. No le importaba.

El Evocatus echó atrás la oscura capa de polvo blanco, lanzándola al suelo. Sus guardias de honor interceptaron a los Devoradores de Mundos todavía buscando llegar a su capitán, escindiéndoles con golpes de sus alabardas. Un atisbo de envidia ardía en Khârn en ese momento. Su unidad de movimiento, su disciplinado trabajo en equipo; cuando los Devoradores de Mundos cargaban lo hacían en grupos apenas unidos, apoyándose en la ferocidad y la fuerza individual sobre cualquier cohesión táctica. Esto era como mirar a lo que podría haber sido, y lo que una vez fue, sin los clavos.

Argel Tal aterrizó en el corazón del cuarteto de la guardia de honor, manejando tanto lanza y espada en puños que deberían haber sido sólo capaces de mantener una o la otra. Ningún ser humano podía moverse como se movía; ningún legionario podría tampoco. Se esfumó lejos de todos los cortes y tajadas y cortes que deberían haber puesto fin a su vida, como si la realidad misma ondease a su alrededor mientras se movía más rápido de lo que los músculos mortales podrían seguir. La fluidez estaba más allá de la gracia, en algo casi fantasmal.

Khârn oyó las voces combinadas de su hermano burlándose de los guerreros, pero no podía distinguir las palabras. No sonaban como la dura lengua extranjera que había usado antes, por lo cual Khârn estaba tontamente agradecido. Ese fue su último pensamiento antes de que llegara al oficial.

Se conocieron hoja contra hoja, el tiempo suficiente para que lo viera la leve impresión de sus ojos detrás de las lentes coloreadas del capitán.

-Orfeo -respiró el Ultramarine. -Legatus de Armatura. Ahora sabes el nombre del guerrero que va a terminar con tu patética leyenda.

-Horus -respondió Khârn. -Señor de la Guerra del Imperio. Ahora conoces el nombre del siguiente Emperador.

Se destrabaron, arrojando su peso contra sus hojas unidas para separarse limpiamente. Ambos guerreros estaban exhaustos tras horas de batalla, conscientes de los ojos de su cercano parentesco comenzaban a caer sobre cada uno de sus movimientos. Sin aliento y doloridos, elevaron sus armas una vez más, ajenos completamente a la batalla a su alrededor.

El antiguo Maestro de la Legión se agachó debajo de la arcada cuando entró en el puente. Su caminar había decaído en una cojera paralizante, arrastrando la carga prisionera de una extremidad cerrada. Los bólters aún resonaban, presagiando nada bueno, y dondequiera que mirase la cubierta estaba brutalmente cubierta por cadáveres desmembrados y las secuelas de granadas de fragmentación. Si sobrevivían a esto, y ya no estaba seguro de que lo harían, la nave necesitaría un dique seco para el reacondicionamiento.

Figuras familiares eran visibles a través del tiroteo. Krydal era una ruina de un solo brazo, desangrándose por el masivo fuego bólter y desplomándose en la base del trono elevado de Lotara Sarrin. Neras había caído y el doble de muerto, con todo el lado izquierdo de su armazón fundido como escoria cerosa de un tiro vicioso de un rifle de fusión.

Lotara misma estaba desafiando los deseos de protección de su guardia personal, agazapada detrás de la consola de armas terciaria y disparando hacia los Ultramarines que tenían la parte posterior de la cubierta. Sus guardias llevaban trajes completos de armadura segmentada mate rojo con respiradores y gafas de telemetría, y se agacharon con ella, luchando con lealtad feroz junto a ella. Lhorke vio a uno de ellos salir disparado cuando trató de ponerla bajo cobertura. Ella no dejaba de disparar.

De los varios cientos de tripulantes que poblaban el strategium, al menos tres cuartas partes estaban muertos o lo suficientemente cerca como para importar. Lhorke lo sabía a primera vista, incluso sin su escáner auspex dictándole *Fallecido... Fallecido... Fallecido...* con destellos de seguimiento en cada cadáver en la habitación.

Los Ultramarines se apartaron de la abundancia de presas fáciles, apuntando a Lhorke con sus cañones al entrar en la cámara. Cuatro de ellos mantuvieron la posición, sosteniendo el balcón en la parte trasera del strategium, y de estos últimos cuatro dos estaban caídos y lisiados, disparando desde donde estaban. Incluso sentados, utilizaron sus cuerpos como escudos para sus hermanos agazapados detrás de ellos.

El cuerpo de otro, ya muerto por fuego de escopeta y láser, permanecía en el trono de mando, elevado por encima del osario de los cadáveres mortales. Lhorke sospechaba que había muerto infligiendo bajas de cien a uno en este nido de víctimas fáciles; una carnicería de la que cualquier legionario estaría orgulloso.

Hizo caso omiso de los gritos de la tripulación del puente superviviente cuando comenzó su carrera cojeante e inclinada. El puente en sí tembló bajo sus pasos, rompiendo los lúmenes del techo en una lluvia de fragmentos de vidrió sobre su blindaje grabado. La alegría de Lotara era más difícil de ignorar; la oyó maldecir en Nagrakali: *¡Saca a estos perros hijos de puta de mi nave!*

Proyectiles bólter estallaron contra sus escudos de vacío. Un rayo de plasma turbulento salpicó sobre él, iluminando brevemente la pantalla de energía con luz grasienta y refractada, sólo para disiparse en vapor inofensivo. Lhorke atacó de frente, caminando por las escaleras, sus juntas zumbando un canto de rutina a pesar de la cojera, mientras empujaba su exoesqueleto a moverse más y más rápido.

Su escudo murió a quemarropa. Murió con una oleada final, jadeante, enviando gusanos de descarga eléctrica a través de la fuente de alimentación montada en la espalda. No significaba nada. Significaba menos que nada.

Aplastó al primer Ultramarine malherido bajo su enorme pie, desmoronando la ceramita del guerrero en paneles metálicos destrozados y restos biológicos retorcidos en una pulpa a través de la cubierta. Ahora los proyectiles impactaban contra su armadura, decorándole con marcas de quemaduras, destruyendo los delicados circuitos de su pantalla retinal pero sin emborronar su visión. Rasguños. Heridas de la carne a falta de un término mejor. Lhorke alcanzó a los siguientes dos guerreros, desatando los combi-bólter en sus puños con sonidos desgarradores, incluso cuando se lanzó para aplastar a los enemigos. Atrapó a los dos y empezó a apretar.

El Ultramarine en el puño izquierdo estaba muerto antes de que se aferrara a él, desmadejado por la ráfaga del combi-bólter. Aplastó el cadáver fresco de todas formas, seccionando sus miembros y rompiéndole el cuello antes de ser lanzado a través del puente para descansar en algún punto de la cubierta.

El que estaba en su mano derecha necesitó varios segundos para morir, luchando y gritando en desafío inútil contra los dedos cerrándose lentamente. Con un crujido carnoso final, el guerrero cayó flácido y su sangre se derramó del cuerpo roto. Lhorke arrojó el detritus orgánico en la misma dirección que el anterior.

-Tú -le dijo al último Ultramarine. Una amenaza sonora tan paciente jamás se había pronunciado en el puente de la *Conquistador*.

El guerrero estaba retrocediendo, incapaz de correr con las lesiones en la rodilla y el vientre. Desafiante hasta el final, levantó la pistola de plasma. Las bobinas magnéticas brillaron, luego se iluminaron, y finalmente fosforescieron.

Lhorke se la arrancó de la mano del guerrero, comprimiendo sus garras de hierro en inutilizando tan sensible arma sin pensar. Su poder acumulado estalló en un torrente de fuego líquido azul-blanco, devorando el brazo del Dreadnought. Los medidores de temperatura en la pantalla se dispararon acompañados de las runas de advertencia. Lhorke las ignoró, agarrando la pierna del Ultramarine mientras el guerrero se arrastró.

Un giro de sus servos en la muñeca y la columna vertebral del legionario se quebró en guijarros sin valor. Lhorke arrojó al miserable paralizado lejos, hacia un grupo de tripulantes del puente armados con pistolas y cuchillos reglamentarios desenfundados. Cayeron sobre él en un tumulto, terminando lo que el Dreadnought había comenzado.

Oyó gritar al Ultramarine, pero sólo una vez. Era el dolor de ser troceado, en lugar de miedo. Muy admirable por cierto.

Lhorke pasó por delante de la consola auspex primaria, donde una mujer joven sin piernas, implantada quirúrgicamente a la maquinaria de escaneo a su alrededor estaba temblando en sus cables de suspensión augménticos. Sus ojos estaban muy abiertos, sin ver realmente. Como podía vivr después de estar en el ojo de la tormenta de un tiroteo sólo podía aventurarse. Los alambres y cables que unían la cabeza al techo temblaban debido a su shock. Casi extendió una mano para consolarla, antes de recordar exactamente lo que era ahora. Muertos enterrados en enormes cuerpos de acero sangrando petróleo no eran por lo general un consuelo para las víctimas de un trauma.

Él pasó ante ella, cojeando hacia donde Lotara se levantaba de la cobertura con sus guardias sobreprotectores.

-Capitán Sarrin.

-Lhorke -se secó la frente con la manga, estirando el cuello para mirarle. Apenas llegó a su muslo.

-Estos eran los últimos.

-Gracias, Maestro de la Legión.

Casi dijo *tengo que descansar*, pero cogió el susurro antes de que saliera de su rejilla del altavoz. -Me someteré a reparaciones -dijo en su lugar, luego vaciló. -Con su permiso.

Ella asintió con la cabeza, viendo la tranquilidad misteriosa de las secuelas de la devastación apoderándose de su puente. De alguna manera, era peor que el tiroteo.

-Tengo mucho trabajo que hacer aquí -como si acabara de recordarlo, se aclaró la garganta y preguntó: -¿Cuántos de tus hermanos todavía caminan por las cubiertas?

Realizó un cálculo retransmitido por vox, citando los signos vitales cargados en su pantalla retinal. -Tres, incluyéndome a mí mismo.

Algo parecido a la culpabilidad palideció la piel de la capitana. -Gracias, Lhorke. Transmite mi agradecimiento a ellos, también.

Él hizo una reverencia, un gesto nada natural para un armazón clase Contemptor ni para un guerrero consumado en este caso y dejó el puente en sus manos.

La distracción es el peor enemigo de un guerrero. Más de una vez, la mirada de Khârn se desvió a la gran cantidad de inscripciones en la armadura de Orfeo, leyendo sin querer un detalle o dos. El capitán había peleado en más campañas en toda la Franja Este de las que Khârn siquiera fuese consciente de que habían

ocurrido. No es de extrañar que la XIII reclamase quinientos planetas como su reino.

No podías parar una espada de energía con una espada-sierra; hacerlo una vez era tentar su suerte, hacerlo dos veces era pedir ser desarmado. La corona de energía alrededor de la primera rompería la última en pedazos. Las espadas-sierras las repelerían mal en la mejor de las ocasiones, siempre con el riesgo de perder los dientes si golpeaban en un ángulo incorrecto.

La desventaja de la espada sierra y la gladius habrían tenido a Khârn a la defensiva, pero el suelo estaba lleno de cadáveres y armas no reclamados. Apenas veinte latidos habían pasado antes de que lograra robar una espada de energía de un Ultramarine caído. Sonrió mientras pulsó la runa de activación, parpadeando por sudor picando sus ojos. Un rayo se deslizó a lo largo del acero plateado, ondulando desde el generador en la empuñadura y disolviendo la sangre en polvo que había ensuciado la hoja.

Chocaron de nuevo, ambos obligados a luchar con sus armas permitidas. Orfeo era el mejor con su espada larga, tejiendo en una serie de besos arqueados, mientras que con su gladius (*main-gauche)* para parar más que presionar. Como un arma punzante, no valía nada sin apuñalar mortalmente en el vientre.

Khârn tenía la ventaja de llegar con sus dos espadas más largas, pero la espada-sierra era una bendición frágil en el mejor de los casos, inútiles contra la ceramita reforzada del capitán y escupiendo dientes por las estocadas infrecuentes de la espada corta. Era casi divertido como el resto de legionarios les evitaban ahora, dejando espacio para la pelea entre sus comandantes. Energía destelló cada vez que las dos espadas de energía chocaron. Khârn perdió la noción del tiempo, centrando todo lo que tenía en la batalla ante él.

-Eso no es un hacha -Orfeo se rio en un momento dado. Paró otro de los cortes de Khârn y el Devorador de Mundos oyó la sonrisa en la voz del otro guerrero. -Mírate con esa hoja. Siempre intentado el filo. ¿Cómo te ganaste tu reputación, Khârn? ¿Quién te instruyó a luchar como si todos los enemigos fuesen madera para ser cortada?

Khârn contraatacó con tres cortes, tan rápidos como sus músculos ardiendo le permitieron. *Oyó* como cada uno de ellos era bloqueado y evadido.

-Lhorke. Maestro de la Legion de los Perros de la Guerra.

Sus hojas chocaron de nuevo, y Khârn se alegró del momento de respiro. Trató de recuperar el aliento, pero Orfeo se separó con un giro floreciente, lanzando inmediatamente otra andanada de golpes.

-Lhorke está muerto –dijo Orfeo por la parrilla de su casco. -Lhorke murió el Jeracau.

Khârn estaba retrocediendo ahora, su trabajo de pies torpe en la marea de cuerpos bajo sus botas. ¿Cuánto tiempo había estado luchando? Podrían haber sido horas, y habría creído a cualquier hombre que le dijese que sí.

-¿Huyes de mí, Devorador de Mundos? ¿El gran Khârn, huyendo de una pelea?

Los clavos respondieron antes de que Khârn pudiera. Apuñalaron su cráneo, tirando de los nervios en el cerebro, enviando fuego eléctrico a través de los vasos sanguíneos. Gritó para expresar el dolor, pivotando para cargar hacia el Ultramarine avanzando. Golpeó alto. Orfeo lo paró y lo desvió bajo.

Agonía fresca danzó por una línea del costado de Khârn, añadiendo una segunda talla a lo largo de la herida que había recibido ese mismo día. Con un gruñido, se tambaleó en un giro defensivo, con lo que sus espadas descendieron a tiempo para evitar un golpe que le habría empalado desde la columna vertebral hacia el vientre.

Una patada en el muslo de Orfeo obligó al espadachín a tambalearse, pero Khârn maldijo mientras perdió toda elegancia rompiéndole la rodilla. Sin embargo, tomó tanto respiro como pudo obtener, moviéndose hacia atrás y echando a un lado la espada-sierra inutilizada. En su ausencia, empuñó la espada de energía con más fiereza.

-Nunca fui un buen espadachín -trató de decirlo a través de una sonrisa, sin mostrar dolor, pero los clavos lo convirtieron en un rictus, tirando de su boca en contracciones rápidas.

-Hermano - dos voces llegaron a la vez. Khârn se atrevió a desviar la mirada de Orfeo.

Argel Tal se acercó con las alas plegadas y su espinada y calcificadas servoarmadura crujiendo. Cualquiera que fuese la bestia viviendo dentro de su corazón se dio a conocer, deformando la parte frontal de su casco en el rostro de un cráneo desollado, para luego hacer propios los rasgos de Khârn, luego los del propio Argel Tal, dándole una máscara mortuoria de sus propios rasgos fundidos en plata.

Más Devoradores de Mundos se acercaron, como bandas de chacales, inclinando la cabeza o mirando en silencio mudo. Orfeo no pareció darse cuenta.

-Mira a tu alrededor capitán -dijo Khârn en voz baja y con tono suave.

Orfeo lo hizo, girando lentamente, frente a un ejército de harapientos y ensangrentados legionarios XII cubiertos hasta las rodillas de muertos en azul y blanco. Detrás de ellos, Portadores de la Palabra escarlata agazapados entre los cadáveres y blandiendo espadas de plata. Orfeo les vio profanar a los caídos, cantando en Colchisiano a medida que proferían profecías en las entrañas, o erigían tótems de guerra con carcasas de Ultramarines. Los heridos supervivientes ya estaban siendo arrastrados a su lugar de crucifixión contra los tanques de la XVII legión.

-La guerra ha terminado -dijo Argel Tal.

Orfeo se volvió hacia los comandantes de la legión. -¿Eso dices?

Argel Tal señaló al campeón en solitario. -Creo que la escena habla por sí mismo.

El Ultramarine asintió. -Entonces acepto tu rendición -dijo. Los Devoradores de Mundos compartieron una risa baja.

Orfeo no había terminado. -Dime por qué has venido a este mundo.

-Para acabar con él -respondió Khârn.

-Para que sea más sufren -precisó Argel Tal. -Para que los gritos de la población de Armatura rasguen el velo y enriquezcan la disformidad. Todo es parte de un gran coro, tocando por todo el reino de Ultramar.

La cresta de oficial de Orfeo vaciló mientras negaba con la cabeza. –Es una locura.

-Para los ignorantes -reprendió Argel Tal. Hablaba en voz baja, inofensivo, casi arrepentido. -Pero en breve verás lo que hay en el otro lado. Tus gritos se sumarán a la canción, mientras tu espíritu se convierte en olvido en el Mar de las Almas.

-Locura -dijo Orfeo de nuevo.

-Tus hermanos hablaban de coraje -interrumpió Khârn. -Valor y honor.

-Y tú hablas de no conocer el miedo -añadió Argel Tal, sus palabras mezcladas con las de Khârn. -Sin embargo, la poesía Macraggiana siempre se ha corrompido po el vocabulario.

Orfeo miró a la forma irregular de Khârn y la viciosa figura en la que Argel Tal se había convertido. Se quitó el casco, aspirando el olor asfixiante de su mundo arder, y levantó su gladius por última vez. Esta silbó mientras la sangre de Khârn se cocía en la hoja en vivo.

-Basta de hablar, traidores. Venid, conoced el precio de poner un pie en los Quinientos Mundos. Viva o muera, me ahorraréis el tiempo de vuestra monserga.

Argel Tal dio un paso adelante, pero Khârn le advirtió de nuevo.

-Déjame terminar con esto.

Pero legionarios cercanos fueron empujados a un lado por una figura más alta y voluminosa acercándose. El primarca estaba lacerado por un centenar de heridas que no sentía.

-No –resopló Angron entre dientes pegajosos. –Dejádmelo.

ONCE

El fin de Armatura

Triarii

Regreso

-Recordaré estos gritos hasta día de mi muerte.

El tono sin cualidad de las voces de Argel Tal no sugirió ni disgusto ni placer, sino un punto de vista independiente de ambos. En todo caso, parecía cansado.

El Portador de la Palabra era sí mismo de nuevo, la máscara mortuoria de plata ido, sus alas derretidas de nuevo en la ceramita de su servoarmadura. En un momento había caminado con Khârn través de los muertos y los moribundos en lo que su legión entre susurros veneraba como su "forma divina". Al siguiente, Khârn había estado caminando junto a su hermano como él lo conocía antes de Isstvan.

El cómo y cuándo el Cambio se apoderó del Portador de la Palabra era algo que Khârn no podía comprender. A veces parecía lento, a veces ocurría en el lapso de un parpadeo. A veces era sutil, otras lo suficientemente abiertos pareciendo que quedase poco del guerrero Khârn admiraba bajo la cosa babeante en la servoarmadura de Argel Tal.

El Portador de la Palabra se quitó el casco, cerrando sus ojos claros por un momento y respirando el sabor del aire carbonizado. Olía a la victoria, pero eso era una verdad risible. Victoria y derrota olían igual; no importaba los tanques de que bando ardían y cuya sangre había fluido. La muerte seguía asaltado los mismos sentidos de la misma manera.

Los gritos continuaron sin cesar. Khârn había sido el primero en darle la espalda a su origen, y para su sorpresa, Argel Tal había sido el segundo. Ahora caminaban juntos, tomando los nombres de los muertos, registrándolos para los necrologistas.

-Tus hombres lo hacen peor –señaló Khârn. Hizo un gesto mientras se abrían camino a través de la plaza, donde las dos legiones estaban lidiando con el desagradable deber de terminar el combate. Los Devoradores de Mundos supervivientes practicaron la eutanasia entre sus enemigos caídos. Los Portadores de la Palabra arrastraban a los Ultramarines heridos hacia los tanques de color escarlata y cañoneras de combate, para ser llevado de vuelta a la órbita y tratados lejos de miradas indiscretas. Las discusiones por los más selectos heridos estaban

estallando entre los guerreros de blanco y los rojos, pero la presencia de sus jefes les devolvió un atisbo de disciplina.

-Lo peor es una cuestión de perspectiva -respondió Argel Tal.

Los gritos del capitán Orfeo se elevaron por encima de los gritos y gemidos combinados de todos los demás Ultramarines siendo mutilados y cercenados por los cuchillos de la XVII legión.

Khârn observó una gladius que había adquirido de entre los muertos. -¿Por qué la agonía de ese guerrero te hace sufrir, teniendo en cuenta lo que tus hombres están haciendo aquí? ¿Por qué miras su destino con desprecio?

-No te gustará la respuesta, hermano -dijo Argel Tal, registrando el nombre de otro Portador de la Palabra caído entretanto. –No me hagas dártela.

-Habla de todos modos. En aras de la próxima vez que estemos encadenados en los pozos.

-Encárgate de él primero -Argel Tal señaló a un Devorador de Mundos caído, vestido con los colores de un sargento. –Por la sangre verdadera, ¿Es Gharte?

Khârn trasladó al cadáver, situándolo en lo alto de un montículo de tres Ultramarines. Maldición. Era Gharte.

Khârn se agachó junto al cuerpo, levantando la cabeza del sargento en sus manos y girándola suavemente a los lados. No tenía idea de dónde estaba su propio casco. Él había estado respirando en el aire áspero durante tanto tiempo que, a pesar de las mejoras genéticas realizadas a su respiración, el gusto de Armatura era una picazón humeante en la parte posterior de la garganta.

-Capitán -dijo el guerrero herido. -No puedo moverme.

Gharte no tenía piernas por debajo de la mitad de sus muslos; Khârn no podía empezar a adivinar dónde estaban en ese mar de cadáveres destrozados y su pecho era una ruina de caparazón y ceramita destrozados.

-Aguanta -dijo, bajando la frente del guerrero. -Kargos llegará enseguida.

El guerrero agarró el cuello de Khârn con dedos débiles. -Los clavos arden, incluso ahora -tosió algo húmedo en su casco. -¿Cómo puede ser posible? Me estoy muriendo, ¿Y aún cantan? ¿Qué quieren de mí?

-Aguanta -dijo Khârn de nuevo, aunque sabía que era inútil.

-Sólo dame la paz -el guerrero cayó de nuevo al suelo. -Setenta años de servicio a la carnicería y los clavos es suficiente.

Khârn deseó no haber oído esas palabras. El malestar hormigueó por su espina dorsal.

-Has servido bien, Gharte -Khârn desacopló los sellos en la garganta del guerrero, liberando la cabeza del casco. No quedaba mucho de la cara del sargento. Algo debió de haberse reflejado en la expresión de Khârn, pues Gharte hizo de su cara devastada algo parecido a una sonrisa.

-Pinta mal, ¿Eh? -se preguntó. Su risa se convirtió en otro acceso de tos gorgoteante.

La respuesta de Khârn fue solemne obediencia. Colocó el gladius sobre el ojo izquierdo de Gharte, su punta a un dedo por encima de la pupila dilatada.

-¿Alguna última palabra?

-Sí. Méate en la tumba de Angron cuando finalmente muera.

Khârn deseó no haber oído esas palabras tampoco.

Embistió la hoja hacia abajo, sonando como ramas secas aplastadas bajo una bota, y el *tintineo* débil cuando alcanzó la piedra bajo la cabeza de Gharte.

Se levantó después de hacerlo, oyendo a Argel Tal hablar con otro de los caídos.

-Saludos -dijo el Portador de la Palabra, presionando una bota en pectoral de un Ultramarine. El guerrero rasgó inútilmente contra la pierna de Argel Tal. -Incluso en la muerte sigues luchando. ¿Tan desafiante eres, Evocatus? Debería haber portado el amarillo de Dorn.

Khârn se acercó. –Yo le remataré.

-No.

El Devorador de Mundos sacudió la cabeza ante la negativa de Argel Tal. -¿Cómo puedes contener un odio tan profundo por esta legión? Les hemos parido la espalda. Sufren tanto como los Cuervos y Salamandras sufrieron en los campos de la muerte. ¿No es eso suficiente? ¿Tu orgullo herido aún no ha sido vengado?

-¿Odiarles? -Argel Tal levantó la vista, mostrando una confusión que lentamente dio paso al humor. -¿Eso es lo que piensas? ¿Por qué iba yo a odiar a los Ultramarines, Khârn?

-Monarchia. Vuestra humillación, arrodillándoos ante Guilliman.

Los ojos de Argel Tal brillaron con diversión. Khârn no estaba tan seguro de sus palabras con cada segundo que pasaba.

-¿Odias los Lobos por caer sobre vosotros? -preguntó Argel Tal.

-Eso es diferente -el Devorador de Mundos enseñó los dientes. -No fuimos humillados. Los Lobos no ganaron.

-¿No? He oído una historia diferente. Oí que fue Russ quien aulló en señal de triunfo cuando el alba trajo la Noche de los Lobos a su fin.

-Mentiras -Khârn concedió una risa desagradable. -Mentiras y calumnias.

Se miraron un momento, antes de que Argel Tal quebrase el fantasma de una sonrisa. -Miles en la legión detestaban a los Ultramarines. Lorgar ordenó a muchos de nosotros reunirnos cuando ya estábamos de camino a Calth. Yo, y los otros que se convertirían en los comandantes y los apóstoles entre los Vakrah Jal. Quería que nuestro consejo sobre qué hacer con aquellos de la legión en quien ya no confiaba. Nuestra legión sacrificó sus filas en un goteo de décadas, pero nada como la Atrocidad de Isstvan de la que Angron está tan orgulloso. Lorgar sabía que la lealtad dentro de los Portadores de la Palabra nunca estuvo en duda. La *competencia* es otra cuestión.

Incluso Khârn estaba ignorando al Ultramarine agonizante ahora. Quedó en silencio mientras Argel Tal continuó.

-Lord Aurelian preguntó lo que debíamos hacer con los guerreros que sentía no eran fiables. Aquellos cuyo odio ardía más brillante que su sentido. Decenas de miles de ellos, Khârn. Compañías enteras. *Capítulos* enteros. Su furia no era pura.

-¿Los matasteis?

-No directamente. Les dimos la misión que ansiaban. Navegaron con Erebus y Kor Phaeron, para alcanzar la gloria del martirio.

-No puedes estar hablando en serio -dijo Khârn.

-Tan serio como el páramo en que este mundo se ha convertido. Tu legión fue purgada en Isstvan III, hermano. La mía fue purgada en Calth.

-Pero hemos tenido noticias de Calth. La XVII ganó. *Tú* has ganado.

-La victoria es una cuestión de perspectiva -frunció el ceño ante la expresión de Khârn. -No entiendo por qué la traición te es tan desagradable. No tienes sentido del honor que ofender. Participaste en la aniquilación de una cuarta parte de tus hermanos legionarios, y ahora actúas ofendido por permitir que los nuestros se maten a sí mismos en una cruzada sagrada.

El Portador de la Palabra miró al Ultramarine fijado a la tierra batida. -No odio a la XIII legión, Khârn. El Emperador nos obligó a ponernos de rodillas, no Guilliman. Aquí y ahora, su sufrimiento es simbólico y sirve a un propósito más elevado. Nada más y nada menos.

Khârn observó al astarte caído arrancar virutas del blindaje de Argel Tal. -Esta tortura es infantil. ¿Cuánto contribuirá el dolor de un hombre a la canción?

-Todo -Argel Tal sonaba distante, con la mirada fija en el guerrero de azul y cobalto. -Cada momento de la agonía es una nota en la melodía.

-Suficiente sermón, hermano. Guarda el misticismo para los rojos de tu legión. Simplemente acaba con el pobre infeliz.

Esperó un suspiro de cansancio y una negativa a regañadientes. En cambio, Argel Tal sacó su lanza. El agarre del Portador de la Palabra en su empuñadura fue

suficiente para activar la pala, generando el aura de rayos letales. Con un simple empuje hacia abajo, plantó la alabarda el pecho del Ultramarine.

El guerrero se estremeció y quedó inmóvil, dando una última sacudida cuando su asesino liberó la lanza.

-La misericordia te sienta bien -dijo Khârn Argel Tal. -Masacre es una cosa, tortura es otra. Deja eso a tus capellanes.

-La misericordia es para los débiles -respondió el Portador de la Palabra.

-Entonces, ¿qué te hace a ti, cuando he sido testigo de tu misericordia?

Argel Tal arañó la piel oscura de su mejilla. Una barba de tres días crecía allí en una débil sombra negra. Se parecía cada vez más al niño nacido en el desierto que se convirtió en guerrero.

-Nunca he pretendido ser otra cosa que débil, Khârn. No me gusta la guerra, pero lucho. No me gusta la tortura, pero la inflijo. No venero a los dioses, pero sirvo a sus santos propósito. Las almas más débiles de la humanidad siempre se adhieren a las palabras *" Cumplía órdenes "*. Se agachan detrás de esas palabras, haciendo una virtud de su propia debilidad, agasajando a la brutalidad sobre la nobleza. Sé que cuando me muera, habré pasado toda mi vida cubierto por la misma excusa.

Khârn tragó saliva. –Así lo haré yo. Y lo mismo ocurrirá con cualquier marine espacial.

Argel Tal le miró, como si eso demostrara su argumento.

Se trasladaron, rastrillando el terreno con descontento casual. Ninguno saboreó esta tarea, pero ambos se negaron a dejarla exclusivamente a sus hombres. Ningún oficial daría órdenes que no estaban preparados para llevar a cabo ellos mismos.

Mientras caminaban y remataban con misericordia, Khârn observó a los Portadores de la Palabra en acción. Históricamente, las legiones rara vez se entregaban a tomar prisioneros, pero aquí estaba otro signo más de la nueva era. En contraste con su ascética reputación, los Portadores de la Palabra ahora incluían toda oportunidad

de arrear a los heridos en sus bodegas de carga. Un preso tenía mil usos más allá de la mera servidumbre en las cubiertas de esclavos.

Guerreros de la XVII escribieron transcripciones del *Libro de Lorgar* con la sangre de los enemigos capturados en pergaminos. Decoraron sus servoarmadura con baratijas de hueso pulido y piel desollada. Las capas de piel humana eran frecuentes, muchas de las cuales también servían como retablos finos para escritura iluminada. Cuernos de latón, bronce y marfil emergían de los cascos de los legionarios, recortando sombras duras contra las paredes iluminadas con velas a bordo de sus naves.

Cuando Khârn tomó aire para hablar de nuevo, los gritos lejanos de Orfeo llegaron a un crescendo. Vio temblar a Argel Tal.

-¿Qué te pasa?

-Tu primarca está loco -respondió el Portador de la Palabra. Y lo que es peor, se está muriendo.

Khârn dejó de caminar. -¿Qué?

Varios legionarios se volvieron a ver a sus oficiales. Argel Tal siguió caminando, sabiendo que Khârn le seguiría. Efectivamente, tenía razón.

-Angron está matando a ese capitán tan horriblemente debido a un parásito mecánico que impide el funcionamiento de su cerebro. Mi legión inflige tanto o más sufrimiento, pero porque el dolor tiene un propósito metafísico. Agrada al Panteón. Demuestra la devoción e invita a su favor. El sufrimiento es sagrado para ellos. El dolor es la oración.

Khârn escuchaba con los ojos entornados por la irrelevancia. -Angron no se está muriendo -dijo.

-No es necesario que te diga que lo está. Tú mismo lo has dicho; está empeorando. Dime entonces, por favor, ¿Cuál es la conclusión lógica al final de la degeneración?

-¿Te lo ha contado Lorgar?

-Lorgar no me dice casi nada más. Está distraído por la gran canción. Él escucha con más claridad de lo que podría cualquiera de nuestras voces, incluso cuando estamos junto a él.

El Devorador mundo se redujo de nuevo los ojos. -¿*La* oyes?

-¿La canción de la disformidad? No. He oído a Cyrene cuando duermo. Ella muere cada noche en mis sueños, pero nunca oigo el himno sagrado. Ese regalo es solo para mi primarca. Lo compartió conmigo una vez, dejándome sentir un fragmento de lo que oye. La música que subyace a la realidad. El sonido hecho por cada alma que es ahora y que nunca fue.

Por una vez, Khârn no sintió inclinación a retirarse de esta conversación supersticiosa. -¿Y cómo era?

Argel Tal respiró lentamente. -Igual a como Orfeo suena ahora. Sólo que peor.

Khârn no miró hacia atrás, al camino por donde habían venido. Los gritos de Orfeo aún resonaban en el campo de batalla.

El portador de la Palabra habló, su voz sibilante más profunda, más demoniaca que hombre. Plata líquida comenzó a burbujear de las cuencas donde sus ojos habían estado.

-La disformidad alrededor de este mundo está hirviendo, Khârn. La cantidad de sufrimiento que tiene lugar a través de sus ciudades es suficiente para atraer los ojos de los cuatro dioses. ¿Y cuántos otros mundos en Ultramar compartirán este destino? ¿Cuántos más, antes de llamar completa a nuestra cruzada? Esto no es una conjetura, ni es fe ciega. Pronto empujaremos a la población superviviente a mataderos y luego amontonarlos en piras funerarias mientras todavía respiran. El verdadero Panteón velará y sonreirá, y nos bendecirá por nuestra devoción. Todo ese sufrimiento, Khârn. Todo ese dolor.

Khârn se detuvo para meter su gladius a través del cuello de un Ultramarine gateando. -Así que sigues diciéndolo, pero el cielo *no* se está quemando en una tormenta de disformidad.

-Todavía no -los ojos de Argel Tal aún brillaban como mercurio.

-Estoy cansado de que tu legión reclame el sadismo como una virtud santa.

Algo en la voz de Khârn hizo Argel Tal le mirara. La plata se secó, endureció y copos cayeron. Sus propios ojos se volvieron hacia Khârn.

-No te burles de mí -dijo el Portador de la Palabra. -Yo no *pedí* esto para descubrir la verdad subyacente a la existencia. No me complazco al ofrecer agonía por el culto a dioses que no pueden ser ignorados y sin embargo no merecen existir. Pero la vida no es lo que queremos que sea. ¿O es que en realidad *deseas* ese implante neural con cuchillas como una araña atravesando los vasos sanguíneos de tu cerebro?

Se miraron el uno al otro durante un buen rato, hasta que ambos rompieron a reír por lo bajo. La tensión se disipó con un acto tan simple como ese. Siempre había sido así entre ellos, desde que se habían encontrado unidos y echados a la cubierta en cuestión de segundos en su primer combate. Sus legiones no podrían ser más diferentes, pero compartían una diversión sombría al ser arrastrados por la tormenta.

Argel Tal pateó suavemente a un Ultramarine derribado y siguió adelante cuando el cuerpo siguió siendo un cadáver.

-A veces me pregunto cómo llegamos a este punto. -Luchando contra la ignorancia y la esclavitud con el genocidio. Tenemos la posibilidad de vivir en el engaño y la oscuridad, o convertirnos en algo que odiamos. Mis noches son perseguidas por los gritos de una chica ciega que no pude salvar, y un guerrero con un parásito mecánico en el cráneo y el demonio envuelto alrededor de mi alma son mis hermanos más cercanos .sonrió con cansancio. -Definitivamente estamos en el lado equivocado, Khârn.

-¿Cómo puedes decir eso?

-Porque ambos lados están equivocados.

Capitán Sarrin los encontró en la cubierta. Ellos hubieran querido subir con *Syrgalah*, montados en la nave de salvamento con su titán herido en lugar de llegar por delante en un transporte de personal. Pero una citación era una citación.

Lotara los interceptó cuando desembarcaron, casi corriendo a la rampa de desembarco. Servidores y adeptos del Mechanicum encapuchados se apartaron de ella, reconociéndola por su uniforme o la mano de sangre en el pecho. Devoradores de Mundos se derramaban de sus naves en una marea ceramita sucia pisoteando otros lugares. El hangar olía a cordita y el aroma calcáreo de la ruina urbana.

-Keeda -dijo. -Cuéntame que los informes están equivocados.

Keeda todavía llevaba su mono de tripulación, con su casco con visera enganchado a un lado de su cinturón. Apoyaba a Toth, cuya cabeza estaba vendada en una sábana limpia.

-Capitán -Toth dio un saludo incómodo. Los sonidos de manufactura temeraria del hangar del *Conquistador* ya estaban haciendo estragos en su cráneo dolorido. Los baños de calor de los motores apagándose no ayudaban tampoco.

-Dime -dijo Lotara.

-Está muerto -admitió Keeda. -*Syrgalah* ha caído. El anciano murió con ella.

Lotara se cubrió la boca con ambas manos. No dada a expresiones espectaculares de emoción, aún necesitó un momento para recuperar el aliento.

-Moderati Bly -dijo una voz detrás de ella. -Moderati Kol. Tomaré sus informes a la vez.

Los tres se volvieron hacia la nueva aparición. Era bajo, redondeado por la pereza, con un pico de viuda de cabello oscuro apelmazado por encima de dos ojos biónicos. Los ojos de las lentes clicaban y zumbaban con cada reorientación, escudriñando a los dos miembros de la tripulación. Favoreció a Lotara con un "capitán" un poco más respetuoso, seguido de un saludo fresco.

-Princeps Penultima -le recibió Lotara a cambio.

-Ya no más Penultima. Recuerde actualizar sus archivos, capitán. Con el paso del Venric Solostine, soy Princeps Ultima de la Legio Audax.

-Lo que eres, Audun, es un pedazo de mierda oficiosa apoderándose de los galones del anciano antes de que sus huesos terminen de enfriarse.

El corpulento oficial del titán se irguió. -Todos lloramos la pérdida del Princeps Solostine, capitán de bandera. Dejaré su arrebato emocional pasar sin grabar, pero por favor dirigirse a mí con el respeto debido a mi rango en el futuro.

Lotara ya no le hacía caso, sus ojos fijos en Keeda y Toth. -Me alegro de que escaparais de esa roca ensangrentada. ¿Podrá *Syrgalah* caminar de nuevo?

-Creo que sí -dijo Keeda.

-Ha recibido una buena -confesó Toth.

-Tú también -Lotara forzó una sonrisa. -Buena suerte con la *Reina de las Ascuas*. Me aseguraré de la suban con todos los honores y le concederé prioridad de entrada.

Audun Lyrac se aclaró la garganta. .Si camina de nuevo o no, depende de la canibalización.

Keeda palideció. Toth gruñó algo obsceno. Lotara se encaró con el nuevo señor de la Legio Audax, pero sus palabras fueron ahogadas por los motores aullando de una cañonera Stormcrow entrante. Sus alas barrieron como la sombra de un buitre en la cubierta.

-... Mi barco –terminó Lotara cuando los motores parando. -¿Queda claro?

-Uh, perfectamente, señora -Audun tamborileó con los dedos gruesos su vientre uniformado. Había oído tal vez una palabra de cada diez, pero no bastaron para atemperar el temperamento del capitán de bandera.

Lotara miró fijamente a los dos miembros de la tripulación del titán. -Quiero copias completas de los informes. Si no las consigo, sabré por qué.

Toth asintió y sonrió a Keeda. -Sí, señora.

-Bien. Ahora id al Apothecarion y remendad a Toth –Lotara dio un paso atrás, dándoles paso. Así como se dio la vuelta para iniciar el largo viaje de regreso al puente, se dio cuenta de quién estaba saliendo del Stormcrow. La cresta del guerrero sobre el casco le distinguía sobre sus hermanos, pero lo habría conocido sólo a partir de las versiones de bronce del símbolo de la XII legión sobre sus dos hombreras.

Ella lo observó mientras bajaba de la rampa al hangar; su andar seguro, su gracia innegable, su arrogancia ilimitada. Habló con sus compañeros, haciendo caso omiso de los siervos humanos y la tripulación del hangar realizando sus actividades en torno a él.

Con mucha calma, Lotara Sarrin sacó su pistola láser, apuntó y disparó a un capitán de los Devoradores de Mundos en la cara.

Su cabeza retrocedió ante el impacto láser, y ella tuvo un rubor momentáneo de placer al anotar un tiro verdaderamente malvados, antes de que los Devoradores de Mundos rodeasen su capitán y levantaran sus bólters, apuntando a través de la cubierta del hangar lleno de gente.

Había, muy claramente, tiempo suficiente para que Lotara pensase que *no iban a disparar* antes de que se disparasen. Vio el resplandor de los disparos al tiempo que sus armas pateaban sus puños. El tiempo no se detuvo como le habían hecho creer por las sagas de guerra. Apenas tuvo tiempo de parpadear antes de que los proyectiles detonaran en el aire no menos de seis metros de su cara, rociándola con ardorosa metralla.

Los siervos y esclavos se dispersaron con la misma celeridad que las cucarachas huyen de una luz repentina. Se quedó sin habla durante una de las primeras veces en su vida, sin saber por qué ella aún estaba viva, pero más molesta por atreverse a pegarle un tiro a bordo de su propia nave.

Otro Devorador de Mundos se movió para estar a su lado, con la mano levantada para protegerla de nuevos ataques de los guardaespaldas del capitán. Él dijo una sola palabra, suave y baja.

-Basta.

Los otros no estaban escuchando, y el capitán no estaba muerto. Él se puso de pie, cargando hacia ella a la cabeza de nueve de sus hermanos. Un martillo se desplegó meteórico al desprenderse de su cadena, colgando de su puño derecho.

-Tú, pequeña putita molesta -gruñó hacia ella. -¿Cómo te atreves? -elevó el arma, activando su cabeza de púas, con la intención de borrarla de la faz de la cubierta. Lotara escupió a sus botas, pero el Devorador de Mundos a su lado dio un paso hacia delante, evitando que los dos llegasen a las manos.

-Dije *basta* -mantuvo levantada la mano, advirtiendo de nuevo. -Bájala, Delvarus.

El capitán de los Triarii giró su yelmo adusto hacia el Codiciario, con sus lentes oculares brillantes. -No tienes ninguna autoridad sobre mí, Esca. La puta me disparó. ¡Fuera de mi camino!

-Eso -respondió pacientemente Esca, -no sucederá. Aléjate.

El otro Triarii retiró el acero, mientras otros tres Devoradores de Mundos se detuvieron delante de Lotara. Ella levantó la vista hacia ellos, cada uno de ellos cabeza y media más altos que ella. Los tres llevaban el negro de los Destructores.

-¿Algún problema, capitán? -dijo el sargento, con una voz distorsionada por el vox.

Delvarus señaló a la mujer mortal en el medio del pelotón de imponentes legionarios. –Ella…

-No te estaba preguntado, capitán Delvarus. Le preguntaba a la capitán Sarrin -miró hacia ella, con su bandolera de granadas vacía *tintineando* contra su pectoral.

-Nada que no pueda manejar, Skane. Pero le invito a quedarse de todos modos.

Más Triarii llegaron para engrosar las filas de los que lo rodeaban a Delvarus. La capa del capitán estaba arruinada por la guerra en la superficie, pero portaba imperiosamente sus restos andrajosos de un hombro.

-Esto no incumbe a ninguno de los dos -dijo. -Sargento, Codiciario, retírense.

Ellos no le hicieron caso. Lotara escupió en sus botas de nuevo. -Abandonaste la nave, Delvarus. Eso es negligencia en el cumplimiento del deber. Todas las vidas que perdimos en esa acción de abordaje es sangre en tus manos.

Delvarus se rio en su cara. -¿Fuisteis *abordados*? Cuando salí de la nave, la lucha estaba inevitablemente concluida. ¿Cómo te las has arreglado para ser abordada, Lotara?

Ella sonrió, su sonrisa tan afilada como un cuchillo. -¿Preferirías que comentase esto al primarca?

-Sí, tal vez lo preferiría. ¿Crees que importa? Apenas se sabe quién es, nada más. El incumplimiento del deber puede ser una grave pena a un Ultramarine, pero estamos un poco más enterrados en las realidades de la guerra. Ahora sal de mi vista, chica. Voy a dejar pasar este insulto una vez. Inténtalo de nuevo y le daré el cráneo a mi artífices para que lo conviertan en una olla de tierra oscura.

Más legionarios se reunieron en ambos lados. -Esto se ve entretenido -dijo Kargos, pasando al lado de Skane. -¿Nos hemos perdido algo?

-Ella me disparó -dijo Delvarus.

Kargos resopló, sonando sospechosamente a una risita. Hubo una respuesta similar de la voz mezclada en el vox de la garganta aumentada de Skane.

-Bueno, estoy seguro de que se lo merecía -dijo el apotecario.

-No eres divertido, Kargos.

Kargos seguía sonriendo, mostrando los dientes de hierro. -Tal vez no, pero lo eres. ¿Recibir un disparo en tu propia cubierta del hangar? Ojalá tuviéramos todavía rememoradores rondando para dejar constancia en sus archivos de tu heroísmo personal.

Delvarus dio un resoplido de burla y se alejó. -He terminado con esta idiotez.

-Mantén tu posición, soldado.

El capitán Triarii se detuvo y se volvió con una lentitud felina, de alguna manera divertida, considerando a la mujer que le había llamado.

-¿Qué pasa, Lotara?

-Te dirigirás a mí como *Capitán Sarrin*. Y estás confinado a tu armería hasta que yo diga lo contrario. Existe la disciplina, incluso si te consideras por encima de ella, Delvarus.

-Suficiente, muchacha. Todavía estás viva. La nava todavía está en una sola pieza.

Ella salió de la protección de Skane, Esca y Kargos, hasta que estuvo justo ante el Triarii, mirándolo con los ojos entrecerrados. Su cabeza llegaba a su pectoral. Apenas.

-Hemos perdido más de dos mil tripulantes por los bólters de la decimotercera legión, estúpido hijo de puta. Los Ultramarines sabían dónde abordarnos y dónde golpear. *Dos mil hombres y mujeres muertos* porque querías perseguir la gloria allá abajo en el polvo. No esclavos limpia heces y carne de cañón, Delvarus. Personal capacitado, equipos de vital importancia desde el mando y cubiertas enginarium primarios. Hemos sufrido daños internos suficientes sobre varios sistemas como para que el *Conquistador* no funcione totalmente hasta que permanezca en dique seco durante un mes o más. ¿Estoy siendo clara, cerdo arrogantes? Tienes tus órdenes. Ahora, fuera de mi vista.

Por un momento, pareció que él se negaría. Al final, Delvarus inclinó la cabeza en un movimiento de cabeza, saludó con el puño sobre su corazón, y condujo a sus hombres lejos.

-Volveré al puente -dijo a Esca. -Gracias por hacer... lo que sea que hicistes. Con los proyectiles bólter, quiero decir.

El bibliotecario se inclinó con el rostro devastado y restringido a su habitual calma espantosa. –Bien visto, capitán.

Miró a su alrededor, a la multitud de Devoradores de Mundos maltrechos a su alrededor, con sus armas en la mano. ¿Cuántas personas han muerto con una escena como ésta como la última cosa que vieran?

-Gracias, a todos -cada uno de ellos asintieron, sólo dispersándose una vez ella se fue.

En uno de los pórticos con vistas a la cubierta del hangar, una figura tres veces la altura de un legionario permanecía en silencio contemplativo, como sólo las estatuas y cadáveres podían estar, porque era un poco de ambos. Él observó y aprendió, y al saber, comenzó a planear.

Tal vez detectando algo, el Codiciario Esca se volvió y miró a la plataforma de carga secundaria, donde Lhorke permanecía solo. Él levantó una mano en señal de saludo al antiguo Maestro de la Legión.

Lhorke lo devolvió, levantando su puño de hierro.

Durante un tiempo, el capellán yació en la penumbra, recuperándose del trauma del recuerdo. Su recuerdo imborrable era la muerte de un sol, gritando su radiación a través del vacío, pintando de veneno un mundo. A pesar del frío bañando su cuerpo, el pensamiento trajo una sensación de satisfacción. Era bueno servir. Era incluso mejor servir bien.

Se quedó allí, con su corazón a modo de metrónomo para el paso del tiempo. Cuando los latidos disminuyeron se levantó de un salto, lanzando miradas superficiales sobre la servoarmadura en buen estado. Incluso sus rollos de pergamino estaban intactos. ¿Un presagio?

Sí. Sin duda.

Un buen augurio.

La cubierta de parrilla *resonó* bajo sus botas mientras se abría camino a través de los pasillos arqueados de la *Fidelitas Lex*. Los primeros sirvientes que vio fueron dos esclavos con túnicas legionarias, susurrando en un hueco, intercambio de paquetes de energía de contrabando. Las trivialidades de la vida mortal y las comunidades humanas a bordo de la nave de guerra no significaban nada para él. Aun así, él fue educado y reservado. El uso de la violencia para alcanzar fines propios se debían utilizar como un bisturí, no como una porra.

Oyeron su servoarmadura, sus pisadas, y trataron de huir. Él los detuvo con su voz pausada, considerada. No tenía sentido hacerles daño. Todo lo que necesitaba era la fecha.

-Esperad -les preguntó. -¿Cuál es el recuento cronométrico de la nave insignia?

Se la dijeron, y sintió la presión de la tensión menguar. Calth no fue hace más que una semana. Bueno. Muy bueno.

Evidente era su turno para hablar a los dos esclavos acobardados humillarse a sí mismos, orándole como el mensajero de los dioses. Uno de ellos arriesgó una paliza al tocar la Palabra pintada sobre pergamino y unida a la armadura del Apóstol Oscuro.

Les dejó vivir sanos y salvos. Incluso los bendijo en el nombre de los cuatro y les deseó vidas largas y fieles.

-Gracias, gran señor -susurró el primero.

-Que los dioses te bendigan -gimoteó el segundo. -Mi Señor Erebus.

DOCE

Los líderes de una legión

Mi hermano, Mi enemigo

Esterilizad la Tierra

Los cuatro se reunieron en la Basílica Peregrinus, con tres viniendo directamente de Armatura para unirse al que había orado entre las estrellas. La flota se desvió por encima de ellos, extendida en la órbita alta ahora que la batalla había terminado. Los escombros llenaban el vacío, convertidos en un peligro para la navegación y los capitanes de la armada retiraron sus naves para evitar colisiones con el cementerio de cascos Ultramarines.

Lorgar no portaba armadura, vestido con una túnica roja con capucha. Una prenda simple, tejida con la seda de gusanos del desierto Colchisiano, sin lucir decoración o adornos. Los sacerdotes anteriores a las tempestuosas guerras religiosas del planeta natal de Lorgar habían vestido algo similar. La capucha estaba elevada, cubriendo su rostro con una suave sombra.

Angron, Khârn y Argel Tal aún llevaban sus servoarmaduras de batalla; cada traje emitiendo el malsano crepitar y suspiros de servos maltratados. La articulación de la rodilla del equipo de gladiadores del primarca se soltó cuando apoyó cierto peso. La servoarmadura blanca de Khârn estaba manchada de gris por el polvo y la suciedad, con manchas de sangre frecuentes que marcaban la ceramita con un patrón plácidamente hipnótico. La servoarmadura de Argel Tal sufría las mismas heridas, aunque el sagrado escarlata escondía el daño mucho mejor. Siguió moviendo el brazo, doblando el codo con una desagradable rutina de cableado fibroso apretado, evitando que la articulación se paralice.

La formalidad vista tan a menudo en otras legiones estaba ausente aquí. En una placa de oro sobre el altar de hierro negro de la cámara, runas colchisianas declaraba en escritura elegante: *"Aquí todos son iguales bajo la mirada de los dioses."*

Lorgar pasó entre las estanterías, dejando que sus dedos golpeasen sobre los lomos de los libros encuadernados en cuero en sus filas ordenadas.

Argel Tal y Khârn intercambiaron una mirada, pues la pálida mano de Lorgar se volvió dorada por los tatuajes rúnicos una vez más. No había señales de las quemaduras de plasma que marcaron su carne.

-Veinte y seis mundos han caído -dijo el Portador de la Palabra a su hermano, su hijo, su sobrino. -Armatura fue uno de los últimos. Los otros, al parecer, pueden ser considerados conforme la disformidad retrasase nuestras flotas. Sin embargo, los números empiezan a llegarnos ahora y aquí es donde estamos. Veinte y seis mundos muertos y su población masacradas, su dolor manifestándose como la oración en el Empíreo.

Angron le miró con los ojos inyectados en sangre no aliviada por la oscuridad, ni por la lenta danza de las naves de las dos legiones más arriba.

-¿Qué hay de Calth?

-Calth hace el número veintisiete –apostilló Lorgar.

-No -la lucha del Devorador de Mundos para concentrarse era como una guerra librándose en su rostro arruinado. Una guerra combatida en espasmos, tics y lentos y bajos gruñidos. -No, me refiero a la tormenta. Dijiste que había una tormenta de disformidad en Calth. No se está extendiendo como prometiste.

Lorgar continuó leyendo lomos de los libros mientras caminaba. -La canción aún no ha alcanzado su crescendo, pero es evidente que la analogía es innecesaria en ti. Imagínate toda esta masacre como un monumento. Una pirámide. No estará completa hasta que se coloque la piedra angular. Sólo entonces apuntará a las estrellas.

Angron gruñó con disgusto. Khârn suspiró.

-Bien, bien -rio Lorgar. -¿Con lenguaje de un niño lo entenderías? Todo lo que hacemos aquí reverbera a través de la disformidad, pero un velo sigue dividiendo a nuestras realidades. Una súplica ritualizada liberará las energías que estamos recolectando, abriendo el camino para que la disformidad se derrame en el reino material. En Calth, Erebus y Kor Phaeron mataron un sol para servir como piedra angular de su ritual. Cuando un número suficiente de los Quinientos Mundos ardan, haré mi piedra angular. Pero tiene que ser mucho, mucho más grande que la muerte lenta de Calth.

Levantó un dedo sanado, silenciando sus preguntas antes de que pudieran ser expresadas. -No preguntes qué, porque aún no lo sé. Una muerte de importancia simbólica monumental lo más probable.

Angron sonrió ante la idea. -Cómo de casual hablas de destrucción ahora. Horus estaría orgulloso.

La respuesta de Lorgar fue una sonrisa amable.

-¿Y ahora qué, señor? -preguntó Argel Tal. Su voz dual se comportaba extraña en la catedral. Era casi humana, resonante y baja, reverberando alrededor de la cámara. El silbido ronroneante del demonio no lo hacía.

-Dividiremos la flota de nuevo. Una vez recuperemos nuestras fuerzas y material de la superficie de Armatura, y una vez los restos de la población sean consagrados de acuerdo con los patrones del Panteón, pasaremos al siguiente mundo. Pero nosotros ya no necesitamos esta armada. La *Santísima Virgen* y la *Trisagion* son flotas en sí mismas y ningún mundo en todo Ultramar está defendido como Armatura. Con el planeta guerrero muerto, somos libres para movernos en flotas más pequeñas.

-¿Y entonces? -presionó Angron.

-Y entonces, hermano, simplemente lo haremos todo de nuevo.

El Devorador de Mundos chasqueó los dientes, mordiendo el aire. -Con tus colosales naves y nuestras dos legiones, simplemente podríamos exterminar Macragge.

-Cierto -concedió Lorgar. -Aunque preguntarme por qué apenas importa. La XIII recluta de todos los rincones de los Quinientos Mundos. La muerte de Macragge solo tendría un sentido simbólico. También está la cuestión del mismo Guilliman. Surca las estrellas en busca de nosotros, lo sabes. Mi coro astropático canta la retribución de Calth, montada en el viento de la disformidad.

Khârn finalmente habló. –Exterminar Macragge no servirá de nada. No es más que un mundo entre los Quinientos.

-Pero es un símbolo -dijo Argel Tal. -Estoy de acuerdo con Lord Angron. Aniquilar Macragge debe ser nuestro próximo objetivo.

-Es una pérdida de tiempo -respondió Khârn. -¿Un símbolo de qué? ¿Qué demostraría su muerte que Calth y Armatura no han hecho? Calth era un símbolo de esperanza para el futuro; Armatura era su mundo-bastión más fuertemente defendido para formación y reclutamiento. Hemos demostrado cualquier punto que necesitábamos, y roto cualquier símbolo que importase. Si tenemos que matar mundos poblados, entonces que así sea. Tenemos treinta flotas arrasando Ultramar, no exaltemos Macragge como algo más que un mundo rocoso distante y aburrido.

Angron miró a Lorgar, dejando entrever una astilla de baba remarcando el borde de su boca. –Limítate a conjurar tu maldito hechizo -le dijo a su hermano. -Envuelve Ultramar en el caos que había prometido. Extiende la tormenta y acaba con esta magia tonta.

Lorgar se estremeció. -Si vuelves a decir las palabras *hechizo o magia* en mi presencia, Angron, tendré que matarte por ignorancia imperdonable. Tratamos de la metafísica en la que se basa la realidad, los cimientos mismos de la creación, no cabriolas de magos necios con monedas detrás de las orejas de los niños.

El primarca de los Devoradores de Mundos sacó un libro de la estantería más cercana y ojeó las páginas sin leer una palabra. –Estamos tratando -dijo secamente, -con tonto misticismo.

La sonrisa irritada de Lorgar fue visible debajo de su capucha. -Escucha y aprende.

Pronunció una sola palabra, poco más que un susurro, pero lanzó a Angron y a los demás con un huracán de viento. Tres estantes explotaron, literalmente volando en pedazos de madera astillada y pergaminos pulverizados. Khârn logró detener su caída insertando los dedos entre dos losas de mármol. Argel Tal y Angron se estrellaron tras él, sus armaduras derramando chispas a medida que rasparon la piedra de color crema.

El viento surgido de la nada desapareció tan repentinamente como llegó. Khârn fue el primero en ponerse en pie.

-Yo… Yo conozco esa lengua -le dijo a Lorgar.

-Lo dudo, Khârn -respondió el primarca con sorprendente delicadeza.

-Argel Tal la usó en Armatura –dijo.

-Ah. Entonces, sabes algo de su poder -Lorgar esperó hasta que su hermano y su hijo se unieran a ellos desde el otro lado de la cámara. -Eso, hermano, es lo que quiero decir. La realidad obedece a ciertas leyes. Gravedad. Electromagnetismo. Las fuerzas nucleares. Causa y efecto. Si yo respiro, mi cuerpo convierte el aire en vida, a menos que esté muy débil o enfermo para que el proceso continúe. Hay millones de leyes que son desconocidas para todos excepto los más iluminados.

Magnus sabe mucho más que yo, pero he aprendido lo suficiente. No es *magia* –dijo con evidente desprecio la palabra. -Es la manipulación del potencial infinito que es la fuente de todas las realidades. Una mezcla de los componentes del universo de la carne y la sangre y el reino divino de éter y emoción puros.

Angron estuvo en silencio unos instantes, su brutal rostro preocupado.

-Ese ruido que hiciste -dijo finalmente. -Esa "palabra"… ¿Qué era?

-Es mejor que no hable de nuevo -dijo Lorgar, sonriendo con sarcasmo. -Los libros que destruí eran muy valiosos y prefiero no perder más de ellos.

Al ver la expresión de su hermano, la sonrisa de Lorgar se hizo más sincera. -Algunas palabras y sonidos sacuden los cimientos de la realidad. Por ejemplo, el concepto y el sonido de 101 ciegos asfixiándose y jadeando mientras todos se ahogan al mismo tiempo sirve como nombre de un determinado principito demoníaco. La compresión del ruido y su significado en un solo sonido puede ser suficiente para llamar la atención de la entidad y hacer que sea más fácil convocarla. La palabra que acabo de decir era... similar. Veo la pregunta en tus ojos y sí, te puedo enseñar esta lengua.

Khârn habló sin querer. -Así es como te has curado a ti mismo.

Lorgar asintió con la cabeza, aunque no tiró de la capucha. -Así es. El dolor, sin embargo, fue indescriptible. Si yo fuera mortal en el sentido habitual estaría muerto solo por intentarlo. Reconstruir la piel y la carne del músculo es bastante fácil en principio, pero todo tiene un precio.

Lorgar tomó el tomo de Angron y lo puso de nuevo en una de las estanterías supervivientes.

-Estamos a punto de ser interrumpidos.

Todos se volvieron cuando las grandes puertas dobles se abrieron. La figura que entró llevaba el negro ceniza de los capellanes de la XVII Legión y portaba un crozius plateado en una mano. Su casco estaba atrapado en el hueco de su otro brazo, dejando sus funciones académicas y solemnes desnudas. Sin casco, no podía ocultar del todo su sorpresa cuando vio quién estaba con su primarca.

-Mi señor -dijo el recién llegado, haciendo una profunda reverencia a Lorgar.

-Erebus -Lorgar le hizo señas de acercarse. -El sufrimiento de sol de Calth y los millones que murieron en el mismo resuenan en la disformidad. La canción secreta anunció tus obras.

-Estoy complacido, señor -Erebus ofreció a Angron una respetuosa reverencia; Khârn y Argel Tal recibieron miradas y movimientos de cabeza. –El éxito en Calth va más allá de todas las expectativas.

Lorgar mostró un filo creciente de sus dientes de porcelana blanca en una sutil sonrisa. -¿Un éxito *más allá* de lo esperado? ¿De verdad? Entonces me pregunto, si este es el caso, ¿Por qué la melodía de la disformidad no canta ese resultado?

Los ojos severos del Erebus parpadearon ante los demás reunidos junto a su primarca. -Deberíamos hablar, mi señor.

-*Estamos* hablando, Erebus.

Una vez más, la mirada parpadeante. -Solos, señor. Lo que hablaremos no es apto para... los no iniciados.

Lorgar sonrió; una expresión tan paternal y paciente como cualquier ser viviente nunca había sido y nunca podría ser. –Solo habla, Primer Capellán.

Todos ellos lo vieron. El momento en que Erebus se irguió, protegiéndose, sintiendo que algo andaba mal. Angron sonrió ante la incomodidad del sacerdote guerrero. Khârn y Argel Tal permanecieron en un silencio resuelto.

-La Tormenta de Perdición ha nacido -declaró Erebus.

-Sí -respondió Lorgar. -Pero cuéntame sobre ese gran éxito del que hablabas. ¿Y dónde está tu nave, Erebus? ¿Dónde está la *Mano del Destino*? -Lorgar miró al cielo, donde la flota estaba en reposo en el cielo negro. -Es extraño que no pueda verla.

Erebus sonrió, sus labios delgados palideciendo a medida que eran estrados. -Creo que navega con Kor Phaeron y la *Infidus Imperator*.

-Por supuesto. Y Kor Phaeron sin duda orbita Calth en victorioso, ¿no? Ha mandado a mi hermano Guilliman al Panteón, ¿no es así?

-Señor…

-Calma, Erebus. Sólo quiero compartir este momento de triunfo contigo. Por tanto. Calth ha caído, los Ultramarines están acabados y Guilliman está muerto. Esas son, después de todo, la expectativas de éxito que tú reclamas haber superado. Por tanto eres digno de elogio. He estado preocupado de que hubieras fallado al matar a mi hermano, perdió la mitad de la flota concedida por un contraataque Ultramarine y abandonado a decenas de miles mis hijos y sirvientes mortales en la superficie irradiada de Calth mientras huiste a la Tormenta de Perdición.

Erebus tragó saliva y no dijo nada.

-Pero eso sería dejarlos morir -continuó Lorgar. -Nunca serían reforzados. Nunca serían recuperados. Todos los Vorbak Gal que pasaron meses de su vida en ayuno, oración, dibujando cicatrices de su cuerpo en preparación para la oportunidad de probar la sangre divina... Estarían perdidos, ¿no?

Angron se reía ahora, disfrutando de una diversión maliciosa en toda la escena.

-Señor...- comenzó Erebus.

Lorgar levantó una mano. -No te culpo, Erebus. No tengas miedo. Lograsteis el nivel básico de éxito que se esperaba de vosotros.

-Mi señor, Kor Phaeron solicita refuerzos.

El primarca volvió la cabeza, ondulando la tela de seda de la capucha suavemente. Pasaron varios instantes ante de que Khârn se diese cuenta de que Lorgar reía.

-Refuerzos -se rio entre dientes. -Qué idea.

-Los Ultramarines están persiguiendo a nuestros supervivientes.

Lorgar le devolvió la mirada a la cara rígida de su hijo.

-Estoy seguro de que lo están. Eso es lo que pasa cuando te escapas; tus enemigos te persiguen. Él sueña si cree que voy a dilapidar naves y vidas para salvarlo de un

destino que tan duro trabajó por conseguir. La próxima vez que hables con él, transmítele mi saludo y comunícale que mi falta de compasión es el precio de su fracaso. Puedes retirarte ahora, Erebus.

-Señor -dijo Erebus, por tercera vez, fortalecido en su resolución. -Todavía tenemos mucho que discutir. ¿Qué hay de Signus Prime?

-Ese nombre de nuevo -los ojos con motas doradas de Lorgar se entrecerraron. -No me importa nada Signus Prime. Es una tontería.

Solemne confianza de Erebus se reafirmó en su media sonrisa. -El Señor de la Guerra y yo estamos seguros…

-Erebus -Lorgar le interrumpió con un suspiro. -No vas a matar al Ángel. No vas a iluminar su Legión. ¿Crees que conoces a mi hermano mejor que yo?

El capellán no mostró emoción alguna, su máscara austera firme en su lugar. -Señor, he caminado por las sendas de los Diez Mil Futuros. He visto los destinos que se desarrollan cuando el Ángel cae, y otros donde él lucha a nuestro lado. Si somos capaces de diseñar eventos que jueguen de acuerdo con los caminos...

La capucha de Lorgar cambió mientras negaba con la cabeza. -No estás escuchando, Erebus.

-No hago *sino* escuchar. Oigo a los dioses con tanta claridad como lo haces, Aureliano. ¿O lo has olvidado? -pronunció las palabras en voz baja, aunque con amabilidad, pero sonó a través de la basílica con la fuerza de un martillazo.

Argel Tal se tensó, sintiendo sus labios retirarse de sus dientes alargados. La ceramita se retorció y chilló cuando huesos tallados con runas comenzaron a empujar a través de la superficie de su servoarmadura. Grandes alas de murciélago de metal mate veteado de azul surgieron de sus omóplatos, chorreando sudor sangriento en el suelo de piedra blanca.

-Tú -gruñó a dos voces, mas los silbidos del demonio en claro dominio. -¿Te *atreves*?

Lorgar suspiró y levantó una mano.

-No. Argel Tal, Raum, ambos, contened vuestra cólera. Por favor.

Las alas se flexionaron en silencio, mirando el señor de la Gal Vorbak a Erebus durante varios latidos. Otra fea risa de Angron rompió la tensión.

-Como ordenes, señor –respondió Argel Tal al fin, sus voces en equilibrio inestable. El cambio retrocedió con la misma protesta de metal frío reformado en contra de su voluntad.

-No voy a discutir contigo, Erebus. Te conozco, Kor Phaeron y vuestro viejo amigo Calas Tifón os aferráis a vuestra creencia de que habéis sido iluminados antes de todos las demás, y por lo tanto estáis en una posición única para dirigir el destino mismo. Pero te daré esta última moneda de consejo, para tomarla o dejarla a tu gusto. *No iluminarás a Sanguinius*.

Lorgar pasó una mano por el aire delante de él. La imagen de un guerrero, vestido con una armadura de sangre brillante y enmarcada con magníficas alas del blanco más puro, cobró vida.

-Miro y ¿Qué veo? Un ángel. *El* Ángel. En un universo que el Emperador afirma no tiene dioses, en un Imperio en el que nuestra civilización más y mejor inteligente ha desmantelado toda la parafernalia de la religión Sanguinius es un icono de algo que no debería existir, algo glorioso y sobrenatural. Mi hermano lo sabe. Lo siente. Es demasiado inteligente, demasiado *sentimental*, no.

Lorgar bajó la cabeza, la sombra de la capucha oscureciendo sus rasgos hasta la barbilla.

-El emperador, a pesar de sus muchos *defectos*, conoce a sus hijos muy bien. Horus fue elegido Señor de la Guerra porque es lo mejor de nosotros. En Horus, todas las cosas se encuentran en equilibrio y sin embargo todas las facetas se elevan a la excelencia. Sanguinius es similar. Sus virtudes eclipsan al resto de nosotros, ¿Pues quién de nosotros podría igualar su gracia, su compasión o su comprensión de la condición humana? Y sin embargo, nuestro hermano no está equilibrado. Profundamente. Él representa a la vez lo mejor y lo peor de lo que es ser un primarca. Él es el más noble de nosotros, pero también el más temible, una criatura gloriosa esclavizada por la inseguridad.

Lorgar gesticuló de nuevo y la imagen brillante de Sanguinius desapareció.

-Oh, sí, el Ángel es justo, y es fuerte y es bello en prácticamente todos los sentidos. Pero tiene una debilidad cancerosa en su corazón; una debilidad conocida por sólo unos pocos de nosotros. Sanguinius es leal a nuestro padre por amor perfecto y la perfecta nobleza, y si eso fuera todo todavía podría convertirse o morir como tú lo desea, mi hijo. Pero lo que no puedes tener en cuenta es que él también es leal más allá del miedo. Teme la razón por la que tiene alas. Teme lo que podrían representar. Teme que algo salió terriblemente mal durante su creación y teme los efectos que pueden tener sobre sus propios hijos genéticos.

Angron observaba a Lorgar con fascinación indisimulada, olvidando momentáneamente el fuego inducido en su cráneo por los clavos. Erebus mantuvo un silencio resuelto.

-La inseguridad que une Sanguinius al emperador, tal vez más que cualquier otro de los hijos de nuestro padre, es que él cree que tiene que demostrar más.

Lorgar miró hacia la piel suave tintada de oro de sus manos y exhaló suavemente. -Y sin embargo, en comparación con el resto de nosotros, simplemente no es necesario.

Con ojos que brillaban bajo su capucha, el señor de los Portadores de la Palabra volvió su mirada hacia Erebus. -Escúchame ahora, si nunca antes lo hiciste. Tú y Kor Phaeron estáis invirtiendo demasiado en tácticas idiotas. Sé que Kor Phaeron trató de iluminar a Guilliman en lugar de matarle como ordené. Su fracaso hizo eco a través de la disformidad: una nota discordante en una actuación no menos que perfecta. Y sé que en su torpe intento de conversión perdió su oportunidad de asestar el golpe mortal. La historia se repetirá. Comprometer todo a Signus Prime te dejará no más victorioso que Kor Phaeron en Calth. Es demasiado tarde para cambiar eso ahora, pero en su momento te advertí de esto. Ahora vete.

El capellán se quedó atónito, con la cara petrificada en un digno shock. Hizo una profunda reverencia al final y le pidió permiso para salir.

-Por supuesto -dijo Lorgar suavemente.

Erebus se volvió para irse, pero fue detenido por la burla estruendosa de la voz de Angron.

-El momento de su llegada fue fortuito, *sacerdote* -el Devorador de Mundos casi escupió la palabra. -Justo a tiempo para perder la lucha. Dime, ¿Están todos tus oradores y pequeños traicioneros haciéndote más predicador que guerrero?

Erebus salió de la habitación sin hacer más comentarios. Angron le vio salir, sus dientes de metal brillando en una sonrisa feroz. Cuando las puertas se cerraron, Lorgar se volvió hacia Argel Tal, mirándole a los ojos.

-Mi hijo. Mi hijo más fiel.

-¿Padre?

-Erebus le hará una oferta en breve. Lo veo en sus ojos y la he oído en su corazón, aunque los detalles están más allá de mi alcance. Recházala. No importa la tentación, no importa la redención que su oferta puede parecer llevar; debes rechazarla.

-Lo haré, señor.

Lorgar sonrió, dorado y benevolente. -Sé que lo harás. Ahora, volved a vuestros deberes, mis amigos. Debemos estar listos para carbonizar este mundo y pasar al siguiente.

Khârn se abrió paso entre el caos del puente del *Conquistador*. Los cuerpos habían sido retirados y lavadas las manchas, pero todavía podía oler la carne desparramada, la sangre derramada y el hedor de sus tripas evisceradas. La muerte permanecía a bordo de una nave a pesar de los mejores esfuerzos de los orificios de ventilación con aire filtrado. Los cables colgaban y se balanceaban desde el techo. Bancos enteros de pantallas y consolas eran trozos humeantes de metal. Las quemaduras y agujeros de láser acribillaban el suelo y las paredes, marcadas por los cráteres más profundos de fuego bólter. Estos eran raros, pues los Ultramarines tuvieron mucho donde elegir cuando se trató de objetivos.

Lotara estaba en su trono, por encima de la locura, y Khârn nunca la había visto tan enojada. Había algo casi depredador en la forma en que proyectaba su

temperamento como fría furia. Ella no tuvo que decir nada. Ni siquiera tuvo necesidad de fruncir el ceño. Su estado de ánimo era evidente desde el hielo en los ojos y la forma en que se sentaba en su trono, mirando, mirando, mirando.

Khârn detuvo sus pasos cuidadosos cuando vio a Lhorke vigiliar de pie detrás de su trono. Subió las escaleras, presentando sus respetos al Dreadnought ante el capitán.

-Maestro de la Legión - dijo, y sintió la compulsión extraña a arrodillarse. *He pasado demasiado tiempo con los Portadores de la Palabra*, se dijo. -Caminas.

-La capitán me despertó.

-Me enteré de lo de Delvarus y los Triarii -miró a Lotara, que le observaba. -Las cosas han cambiado desde la última vez que caminaste entre nosotros, señor.

El Contemptor dio un resonante *clunk-clunk* de servos cerrándose herméticamente. Sonaba como una expresión de disgusto, aunque Khârn no sabía cómo.

-Ya lo veo. Has estado ocupado, Khârn.

Este no era el reencuentro de buen corazón entre hermanos oficiales que Khârn había esperado. Miró a Lotara.

-Angron está en camino. Pide que esté lista para bombardear el planeta en doce horas.

Ella se inclinó hacia delante en su trono, con los ojos muy abiertos. -¿Es una broma? Después de todo esto, ¿Quiere que haga lo que debería haber hecho desde el principio?

Él no tenía ganas de entrar en los detalles metafísicos de la resonancia del dolor y la reflexión espiritual del tormento emocional. No es que él no lo entendiera; no estaba seguro de creer nada de eso.

-Órdenes de Lorgar -estaba demasiado cansado para siquiera sonreír. –El planeta de desangra, y toda la vida restante ha sido aniquilada. Él quiere quemarlos por el pecado de la cobardía. *Y para exprimir los últimos hilos de sufrimiento*, pensó.

-Khârn... -ella le miró, con impotente furia en sus ojos. -¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué clase de guerra es esta?

No tenía una respuesta para ella. Nada tangible al menos.

-Una nueva clase -dijo.

Ella no se aplacó. –Una clase propia de maniacos. Todo ha salido mal desde Isstvan III. Cuando nos pusimos de parte de Horus.

Khârn miró entre la capitán y el Contemptor, pero no dijo nada.

Las puertas de babor del puente no se abrirían más mediante pesados engranajes, pues habían sido retiradas de la pared y llevadas a repararse. Angron entró con un tecnosacerdote cubierto de polvo detrás de él. El adepto tenía las manos entrelazadas en sus mangas mientras se arrastraba tras el primarca, casi servil tras la forma imponete del Devorador de Mundos.

-Khârn -Angron gruñó a través de la cámara de cubierta de escombros. -Este maniquí rojo te ha estado buscando.

El Primarca dejó al sacerdote inclinado ante las puertas ausentes y se abrió paso a través del desorden en el que su puente se había convertido. Soltó una breve ladrido gutural de risa ante la devastación.

-¿Cómo pudo ocurrir esto?

Lotara se levantó de su trono, mirando hacia Angron desde el estrado central. -Delvarus y Triarii bajaron al planeta sin autorización a unirse al ataque de superficie. Nos embarcaron en su ausencia.

Angron se acercó a donde Lehralla colgaba de sus cables, con destino a la consola auspex. Con una delicadeza que ninguno sus hermanos habría creído que poseyera, le puso una enorme mano en el hombro.

-¿No estás herida?

La joven lisiada, implantada quirúrgicamente en la mesa, se pasó el pelo sucio de la cara por la espalda.

-No sire -respondió ella, completamente impávida ante el semidiós ante ella.

Angron mostró una sonrisa fea y miró por encima del puente. -¿Y dónde está Delvarus ahora?

-Confinado a sus cuarteles.

Claramente divertido, el Primarca emitió una breve carcajada. -Me gusta eso –luego comenzó a subir al estrado, frente a Lhorke. El Contemptor se alzaba por encima incluso del primarca pero nada, vivo o muerto, jamás podría hacer parecer pequeño a Angron. -Lhorke de los Perros de la Guerra.

-Angron de los Devoradores de Mundos.

-Te ves bien, viejo guerrero. Aún en esos colores obsoletos sin embargo, ¿eh? -Angron golpeó con los nudillos contra el armazón del Dreadnought donde el lobo con collar permanecía orgulloso. En una reacción instintiva de malestar por haber sido tocado, el combi-bólter de Lhorke se cargó con cintas de munición gemelas.

-¿Debo darte las gracias por defender mi nave? –preguntó el primarca.

-Hice poco. Vuestra gratitud debe ir a los otros primeros Dreadnoughts, y las dos mil setenta y un almas que perdieron la vida en repeler el asalto.

Angron levantó una mano con los nudillos costrosos a la sien, sintiendo el regreso del dolor sordo. -*Hnnh*. Sigues siendo un cabrón miserable Lhorke.

-Morí. Demasiado tarde para cambiar ahora –el Dreadnought forzó su armazón en un arco demoledor dirigido a Lotara y se abrió camino por las escaleras de ancho. -Tengo que irme. Necesito mantenimiento.

Angron sintió la cubierta temblar bajo las pisadas del Contemptor. Recordó con punzante frustración lo que se sentía al combatir contra tales creaciones. La campaña de Isstvan había sido una experiencia educativa.

-Capitán. En doce horas, vamos a bombardear Armatura hasta borrarla. Esteriliza la tierra, Lotara.

Ella lo miró mientras se reclinaba en su trono, dando golpecitos sobre un reposabrazos con sus botas.

-Como desees.

LIBRO SEGUNDO

NUCERIA, EL HOGAR

Tres días después del asedio de Armatura

TRECE

Huesos

Argel Tal siempre iba solo cuando visitaba su tumba. Sus pisadas hicieron eco alrededor de la cámara arqueada, proyectadas por las paredes de piedra columnas góticas. Estatuas de tamaño natural de los caídos más distinguidos le vieron pasar, sus rostros de hierro forjado mirando hacia la penumbra que forjaban las velas. Conocía a cada uno de ellos por su nombre. Varios de ellos eran amigos y hermanos, perdidos por una desgracia o el martirio.

Pasó ante uno de estos monumentos, esculpido para recordar a "Xaphen del Gal Vorbak, capellán del Capítulo del Sol Rasgado". El sacerdote guerrero permanecía erguido con una bota apoyada en el pectoral agrietado de un Guardia del Cuervo esculpido, alzando su crozius al cielo. La cabeza del Capellán estaba decaída, no mirando al legionario que había matado sino girada a un lado con un aire de contemplación. En esta recreación de arte sobre metal oscuro, Xaphen parecía casi conmovido de pesar, lo que divertía a Argel Tal como nada cada vez que la veía. Su hermano había sido muchas cosas en la vida, pero arrepentido no era uno de ellos. Ninguna criatura más celosa había portado jamás el escarlata de la legión. Xaphen incluso disfrutó de Isstvan, considerándolo una prueba de fe. Una prueba de que había disfrutado y aprobado, de acuerdo con sus propias normas severas.

La placa debajo de su nombre decía, en un irregular Colchisiano cuneiforme: *Entró en el reino donde los dioses y los mortales se encuentran.*

Argel Tal se acercó a medida que pasó, tocando suavemente con los nudillos la coraza de su hermano muerto.

Repitió el gesto varias veces más al pasar por las estatuas de Gal Vorbak masacrados en Isstvan V. El *primer* Gal Vorbak: guerreros con demonios en sus corazones porque mutilaron sus almas en los primeros pasos traicioneros al Infierno. No como los anfitriones demoniacos de sangre diluida que habían sido criados para Lorgar en los años posteriores. Eran Gal Vorbak por nombre y sangre, pero no en espíritu. No habían hoyado la Peregrinación. Llegaron a su poder sin la comprensión de lo que cuesta ganarlo.

Cuando por fin llegó a su tumba, se agachó ante su imagen pétrea. Donde muchas otras estatuas ofrecían una pátina de verde cobrizo o el brillo limpio del hierro forjado, esta se plasmó en mármol puro. Sus ojos estaban ocultos detrás de una venda que sólo en raras ocasiones había llevado, prefiriendo simplemente mantener los ojos cerrados una vez ella se adaptó a la vida sin visión. Su postura carecía de la estridencia ardiente mostrada por cientos de Portadores de la Palabra caídos e inmortalizado en el gran salón. En cambio era mostrada como una delgada y frágil paloma blanca en la oscuridad, con una pequeña mano extendida para ofrecer consuelo sobre quien la descansase ante ella.

Cyrene Valantion, se leía en la placa*, Confesora de la Palabra. Martirizada por los propios guardianes del Emperador por el pecado de ver la verdad.*

Incluso en su pedestal, no era tan alta como Argel Tal. Sus dedos acariciaron su cabello de mármol con el roce suave de la ceramita sobre piedra. No era una caricia de amor, ni siquiera de nostalgia. En todo caso, de disculpa.

Como siempre hacía cuando la visitaba, desenfundó la espada que terminó con su vida; la espada que portaba ya como propia. Y como siempre sintió el pico de calurosa tentación de romperla por encima de la rodilla y dejarla atrás. Se resistió a tal impulso; el dolor de llevar esta hoja era una lección en sí misma.

El Salón de la Anamnesis, llamado el Salón de la Retrospección por esclavos desleales cuando ningún Portador de la Palabra estaba cerca para oírles, encerraba los huesos de casi mil héroes la legión en lo profundo del núcleo de la *Fidelitas Lex*. Sólo una estatua estaba erigida sobre un ataúd de piedra manchada, y pertenecía al único humano enterrado entre novecientos legionarios.

Le habían arrebatado los huesos. Los sectarios, fanáticos, se llamen como se llamen; habían profanado su lugar en la sala, tomando sus huesos y proclamándola un santo del panteón. “El primer mártir” la llamaban. Su nombre era un susurro sinónimo de santidad entre la gran población humana de la flota de los Portadores de la Palabra, y todo por el dudoso honor de ser el primer humano asesinado por los esbirros del Emperador por orar al Panteón.

Como si fuera tan simple. Él se puso de pie, sin dejar de mirar a la estatua de la niña asesinada.

Argel Tal Nunca olvidaría sus últimas palabras. Pensaba en ellas a menudo. No la carta inacabada que halló tres días después de morir, sino en las últimas palabras que escaparon de sus labios ensangrentados. *¿Qué te han hecho?*

Lo dijo con una sonrisa, la débil sonrisa de una chica que sabía se estaba muriendo. Sus manos habían caído de la placa frontal de su cabeza, dejando manchas de sangre en la máscara demoníaca en la que su rostro se había convertido.

¿Qué te han hecho?

¿A quién se refería? ¿Los dioses? ¿Los primarcas, en su guerra civil desesperada? ¿Sus propios hermanos?

¿Qué te han hecho?

Los pensamientos de Cirene agitaban a la bestia interior. Raum, la segunda alma dentro de su cuerpo, despertó con una sacudida bestial.

¿*Caza*?

Hablaba con la voz baja y pegajosa de una serpiente, con palabras que acariciaban la mente de Argel Tal.

No. Estoy en su tumba. Cazamos durante días en Armatura. ¿Es que tu hambre no se sacia?

La burla de Raum era más débil que su irritación. *Eres tan sensiblero, hermano. Despiértame cuando la sangre tenga que fluir.*

Sintió su presencia arremolinarse sobre sí misma, encogiéndose de nuevo. Pero no dormida, a pesar de lo que afirmaba el demonio. Raum se limitó a estar en silencio, mirando a través de los ojos de Argel Tal.

Los dos permanecieron asó por unos minutos. Cuando Argel Tal oyó pasos, Raum se desenrolló de nuevo con peligrosa velocidad, de repente en el borde de tomar el control.

Alguien viene. El portador de la Palabra sintió el demonio llegar más allá de los límites de su cráneo, como un perro olfateando un rastro. *Ah. Es el Impostor.*

-Hola, Erebus -dijo Argel Tal. No se dio vuelta.

-Hijo mío -dijo la voz desde atrás. -Es bueno verte.

Está mintiendo.

Lo sé.

Teme que lo repudies, como el Padre Lorgar hizo.

Lo sé, Raum. Lo sé.

Erebus estaba junto a él, uniéndose a su vigilia sobre la estatua de la niña mártir. -¿Qué ocurrió en Armatura? –la voz del Primer Capellán era sólida, de alguna manera fría sin ser hostil. -Los Devoradores de Mundos han reportado pérdidas devastadoras y he oído que muchos de ellos claman cobrarse deudas de sangre de nuestra Legión. ¿Qué salió mal?

Argel Tal se rascó sus ojos cansados. -¿Lo que siempre sale mal con los Devoradores de Mundos? Cargaron demasiado lejos, demasiado rápido. Los Ultramarines y las fuerzas de la Guardia Armaturana que buscaban flanquearnos se encontraron con la oportunidad dorada de introducirse en el hueco entre las dos

legiones, dividiendo y destruyendo. Los Devoradores de Mundos cargaron hacia un centenar de emboscadas mientras nosotros quedamos reducidos a un lento avance contra la otra mitad de los ejércitos de la ciudad. Para cuando pudimos abrir brecha, digamos que los ánimos de la Duodécima Legión habían prevalecido.

-El informe de Khârn habla mal de nuestra legión.

-Por supuesto que sí, pero no pudimos reforzar a nuestros aliados. Mi informe hablará mal de los Devoradores de Mundos por avanzar sin nosotros. Va a ser muy difícil que alabemos al otro por una cruzada perfecta -Argel Tal finalmente se volvió hacia Erebus, sus rasgos oscuros mostrando una leve sonrisa. -¿Qué pasó en Calth, señor? ¿Cómo pudiste fallar tan catastróficamente?

Erebus se volvió para mirar a la estatua de un capitán de los Portadores de la Palabra caído en Isstvan V. -Dimos a luz a la tormenta disforme que separará Ultramar del Imperio. Una hazaña de tal importancia etérea que había que asesinar un sol para encender el ritual. ¿Cómo puede llamarse a eso fracaso?

El demonio en el cuerpo de Argel Tal se arrastró a través de su torrente sanguíneo, incendiando sus venas.

Él sabe que falló. La vergüenza emana él, como la piel caliente emana vapor contra el aire frío.

-Guilliman vive –respondió Argel Tal a Erebus. -¿A cuántos miles abandonaste en Calth? Y tu flota fue diezmada. Puedes disculpar a lord Aurelian por ver los dos lados de la moneda.

Erebus, siempre solemne, caminó alrededor de la estatua de Cirene. -En casi todos los futuros mueres en Terra.

Ante eso, Argel Tal se limitó a sonreír. -Ya lo sé. Y no habrá lugar tan grandioso para gastar mi último día.

Erebus levantó una ceja delgada. -¿Aceptas tu destino?

-El primarca ha visto en las mareas de la disformidad. Dice que es sólo un resultado posible, pero coincide con lo que Raum me dice. Estoy destinado a morir a la sombra de grandes alas.

Es cierto, hermano. Morimos a la sombra de grandes alas.

Lo sé. Te creo.

Argel Tal hizo un gesto hacia la estatua. -¿Por qué has venido? ¿Para ver a la confesora?

-Para verte, muchacho -Erebus llevaba sus ropas monacales en lugar de su servoarmadura de batalla. Las sedas rojas caían en un flujo largo, real, al igual que la vestimenta de un cardenal de una de las muchas y falsas creencias de antiguas épocas en Terra.

-Basta ya de "*muchacho*", maestro. Esos días han terminado.

-Llevas servoarmadura incluso aquí –señaló Erebus.

El señor de los Gal Vorbak asintió. -Ya no puedo quitármela. Es parte de mí, como escamas o pellejo.

Sintió más que vio la sonrisa de Erebus. -Fascinante -dijo el capellán.

-Sucedió después de Armatura. No sé por qué.

-Fascinante .repitió Erebus.

Debemos matarle, exhaló Raum.

Qué triste es que en realidad sea tentador.

Una cadena de bronce guardaba un gran tomo encuadernado en piel humana a la cintura de Argel Tal. -Debes leer esto -Argel Tal desenganchó el libro, ofreciéndolo a su antiguo mentor.

-*El Libro de Lorgar* -Erebus no hizo ademán de tomarlo. -Lo he leído. Transcribí muchas de sus páginas yo mismo.

-No -Argel Tal lo mantuvo sostenido. -Esta es la versión que compartía con los demás primarcas. Esta es su prosa, su filosofía en tinta. No la tuya, ni la de Kor Phaeron, ni tampoco los meros dictados de los dioses. El verdadero *Libro de Lorgar*, las escrituras que adoctrinarán a la legión durante milenios por venir. Él lo llama el *Veritas Testamentum.*

Erebus tomó el libro con las dos manos, pero no lo abrió. -Tienes tanta fe en él.

-Hablas como si no la tuvieses.

-Tengo cada vez menos fe en los hijos del Emperador cada vez me cruzo con ellos. A pesar de sus pretensiones de ser encarnaciones la perfección son también los defectos de la humanidad exaltados. Mira Horus. La galaxia arde por su ambición, no porque yo pidiese herirle con una hoja envenenada. Esto último sólo aceleró lo primero. Y mira a Russ. La pureza y el salvajismo de un lobo pero lamiendo las botas del Emperador, pidiendo a gritos un alfa que le guíe.

Argel Tal no tenía paciencia para una discusión sobre los méritos y defectos de los Dieciocho lores, especialmente no en este lugar sagrado. Dejó que el silencio expresar su desaprobación por él.

-Muy bien -concedió Erebus. -Quería hablar contigo porque necesito tu ayuda.

Argel Tal no apartó los ojos de la estatua. -Entonces habla.

-Como he dicho antes con Lorgar, he caminado los Diez Mil Futuros. En muchos de ellos, si los acontecimientos juegan al margen de los caminos, perderemos en Terra. Horus caerá y sus leales legiones se romperán sobre el yunque Imperial. No seremos simplemente exiliados, Argel Tal. Seremos borrados de los anales del Imperio. Nuestros nombres se convertirán en leyenda, mito, para luego ser olvidado por completo.

El Gal Vorbak escuchó, como lo hizo el demonio dentro de él. Erebus hablaba, sus ojos de erudito mirando por encima del mármol limpio de la efigie de Cirene. -Desde el principio hemos guiado a Lorgar, Mortarion, Fulgrim, Horus y los demás. Un aquelarre de almas elocuentes e inteligentes dentro de las legiones a la diestra de los Primarcas, guiando sus movimientos y decisiones. Calas Typhon

representa la Guardia de la Muerte, aun sin su Librarius. La visión de la perfección de Fabius atrapó la imaginación de Fulgrim y atrapó a los Hijos del Emperador. Hemos jugado con su orgullo, así como sus temores. Pero ahora, cuando deberíamos estar empujando juntos, Lorgar juega con otra baraja.

Argel Tal negó con la cabeza. -¿Y quieres que le guie de nuevo? El primarca es su propio hombre, Erebus. Es más fuerte desde Isstvan. Termina tu cobarde necesidad de controlarlo y simplemente se orgulloso de lo que se ha convertido, para lo que había nacido.

Erebus sintió la reticencia de su antiguo alumno, y reformó su argumento.

-Nada tan crudo -dijo el capellán. -Pero tenemos que... guiarle. Eso es todo. En todos los futuros que perdemos, a Lorgar se le permitió manipular los acontecimientos conforme sus propios deseos. Es por eso que tenemos que postrar a Sanguinius en Signus Prime, sin importar lo que crea nuestro padre. Perdemos la guerra en muchos de los futuros donde el ángel llega a Terra.

Por toda primera vez que podía recordar, Argel Tal fue brutal y totalmente honesto con el hombre que lo había entrenado durante muchos años.

-No me importa. No soy un conspirador, y confío en la visión de Lorgar muy por encima de la tuya.

-Pero tenemos que forjar las circunstancias de acuerdo con…

-Dijimos que no nos importa -los ojos de Argel Tal brillaron de plata fundida. Los ojos de Raum. -Hemos venido aquí a rezar, Infame. Ensucias la santidad de este lugar con tu lengua bífida.

-¿Infame?

La plata se desvaneció. –Así es como te llama Raum -admitió Argel Tal.

-Ya veo. Entonces no te molesto más, muchacho -Erebus amagó con salir, pero dudó en el último momento. Se atrevió a tocar el hombro de Argel Tal; el guerrero y el demonio en el oficial lo permitieron. –Haré lo que deba para diseñar eventos como crea conveniente. No voy a perder la guerra por el alma de la humanidad

porque los demás están demasiado ciegos para ver la luz. Yo sólo quería que estuvieses a mi lado, Argel Tal.

Las lentes oculares de Argel Tal, del azul del cielo Colchisiano, se encontraron con su antiguo amo. -La muerte siempre va contigo. ¿Quién necesita morir esta vez? ¿La muerte de quién establecerá el destino a lo largo del camino que elijas?

-Muchas vidas tendrán que terminar antes de levantar la bandera de Horus sobre las almenas de Terra. Casi todos ellos luchan en el otro bando.

-Casi. No todos.

Erebus respiró, como si no quisiera cargar a su hermano legionario con una desagradable verdad. -No todos, no.

El labio de Argel Tal se curvó. -Es Khârn -las palabras no eran una pregunta. -Por eso vienes a mí. Khârn ensuciará tus planes en algún lugar de los caminos del destino y quieres verlo muerto.

Erebus no respondió, lo cual fue una respuesta en sí misma.

El silencio fue roto por los gritos de la ceramita chirriantes y los crujidos húmedos de hueso raspando a través de la carne. Dedos nudosos con nudillos excesivamente alargados desenvainaron garras largas y negras al abrirse. La placa frontal de Argel Tal se distorsionó en las fauces caninas que sus hombres habían llegado a conocer como la Cara de Raum, antes de fundirse en la propia máscara mortuoria plateada de Argel Tal, rememorando a los reyes-faraones enterrados en los mitos de los antiguos imperios.

Erebus se definía a sí mismo como uno de las almas más tranquilas y complejas de todas las Dieciocho Legiones. Creía conocer los secretos que nadie más sabía y que había presidido la iluminación de los semidioses genéticos. Pese a todo, incluso él se apartó de forma poseída de Argel Tal. De entre una niebla oscura saturada con el olor dulzón propio de la carne en descomposición, el legionario extendió las alas de gárgola veteadas de negro.

-Argel Tal -empezó Erebus.

-¡Calla! Tus profecías son veneno. Estamos hartos de que otros susurren sobre el futuro. Al menos Lorgar no exige que bailemos al son de destino.

-Pero le traigo una advertencia.

-¡Traes mentiras, complots y traiciones!

Argel Tal rugió, arremetiendo con su garra. Erebus apenas logró desviarlo con sus crozius, retirándose mientras desviaba el golpe. Las garras del poseído se estrellaron contra otra estatua de un Portador de la Palabra y la arrancó de su pedestal, estrellándose en el suelo de piedra.

Erebus agarró más fuerte su crozius. –Muchacho -dijo. -Basta ya de esto.

-¿Te parece que tenemos algún deseo de traicionar a Khârn? Él es el último hermano de carne y sangre en quien confiamos. Él es el último que nos fallará, y el último que nunca nos ha fallado. Xaphen yace muerto y tú eres una víbora; Aquillon cayó asesinado. Sólo Khârn perdura. Con nosotros, él tiene a las dos legiones unidas. Con nosotros, evita que los primarcas se maten entre sí.

Lo que había sido Argel Tal se acercó un paso más. -Apártate de nosotros. Tenemos hambre, y no hay vino más suave en la lengua que la sangre de un legionario; no es más fino que el salado de la carne legionaria.

Erebus dio otro paso atrás, pero ni un atisbo de miedo se dibujó en su rostro. Sólo había temor.

-Te has convertido en un monumento vivo de la divinidad del panteón. Hasta dónde has llegado desde el día en que te saqué de su familia.

-Nos hemos convertido en la Verdad. Te advertimos que te marchases. Ahora vete.

Erebus no levantó sus crozius de nuevo, sino que simplemente levantó una mano para advertir al poseído cada vez más cercano. -No te pediría arrojar la sangre de Khârn. Sé que nunca podrías; sois hermanos por mucho tiempo, durante demasiados sometimientos. No vine por eso.

Argel Tal detuvo su paso, con los hombros armados subiendo y bajando al ritmo de su respiración pesada, inhumana.

-Escuchamos.

-Khârn caerá antes del final de la guerra. He previsto muchas veces. Caerá a tu lado Argel Tal, luchando a tu lado. Eres el único que puede mantenerlo con vida.

La figura monstruosa gruñó, lanzando un esputo de saliva mezclada con icor en el suelo. -Nada puede matar a Khârn.

-Así habla la lealtad de un hermano -Erebus se arriesgó a enfundar sus crozius en su espalda, moviéndose lentamente para no atraer la ira de la criatura. -Te estoy diciendo la verdad, muchacho.

La máscara mortuoria de plata se retorció en una expresión de tormento mercurial ondulante. -*Ya no somos tu muchacho.*

-No. Perdóname, una vieja costumbre que siempre vuelve -Erebus levantó una mano. -Te estoy diciendo cómo salvar tu hermano. ¿Alguna vez he obrado mal contigo? ¿De dónde viene este enojo?

Provenía desde dentro y desde fuera. Venía del demonio en su corazón, enviado a través de su torrente sanguíneo. Venía de la rabia por la forma en que Kor Phaeron y Erebus trataban al primarca. Venía de la irritación por la forma en que los dos sonreían a sabiendas y proclamaban saber todo acerca de todo.

Argel Tal se tragó su rabia, no sin dificultad. Raum arañó el dolor en los huesos, con ganas de matar, matar, matar, pero eso no era nada nuevo. El demonio detestaba al primer capellán en algún nivel instintivo y sobrenatural. Erebus siempre le había sublevado, como las criaturas nocturnas despreciaban el sol.

-La ira es de Raum de -dijo Argel Tal, a pesar de que era suya. -Di lo que quieres decir.

-Puedes salvar a Khârn. La visión es difícil de interpretar, pues el futuro se extiende no como un camino sino como una telaraña, cada decisión enhebrada a un millón de otras posibilidades. Pero puedo decirte esto con certeza: Khârn muere al amanecer en un mundo de cielos grises. En cada futuro que he visto, muere cuando el amanecer ilumina los cielos. Y muere con una hoja en la espalda.

¿Quién lo maneja?

-Alguien que le odia. Todo lo que he sentido es la emoción del asesino, no el rostro.

Argel Tal tomo la iniciativa, retirando suavemente el agarre de Raum sobre el cuerpo que compartían. Era el equivalente mental de flexionar los músculos propios después de despertar de un largo letargo. Ya aburrido y sintiendo que ya no tenía presa con la que jugar, el demonio le permitió hacerlo con sólo murmuros de mal genio.

¿Esta es la oferta de la que tu padre semidivino te advirtió?

Eso parece. Todo lo que da tiene un precio.

Deberías haberme dejado matarle.

Argel Tal sonrió. *Probablemente.*

-¿Qué te divierte? -preguntó Erebus. -He oído esa risa suave propia de ti.

-Todo me divierte en los últimos tiempos. Tendré tu advertencia presente, maestro. Gracias.

-Todavía me llamas *Maestro*. Esos días han pasado tanto como los demás, sin duda.

-Un hábito, igual que el suyo -con el ardor en las venas cediendo, Argel Tal se volvió hacia la estatua de Cirene. Cogió su espada del suelo, sin saber cuándo había escapado de su control. Durante el cambio, probablemente.

-Déjame que te cuente sobre Calth -dijo Erebus. -Escucha mis palabras y juzga por ti mismo si no he logrado o no.

Argel Tal escuchó en silencio mientras Erebus contó toda la historia. La emboscada de los astilleros. La lluvia de restos ardientes de naves hacia el mundo bajo ellos. El envenenamiento del sol de Calth. El nacimiento de la caleidoscópica Tormenta de Perdición, un cáncer a la espera de difundirse a través del espacio saludable.

Argel Tal esperó hasta el final, aunque en realidad se enteró poco después de la primera mitad. Su mente estaba en llamas con una posibilidad funesta a la que no le importó llamar esperanza. Erebus se apagó por fin, hecha su explicación.

-¿Acaso fallamos? -se preguntó. La confianza en su voz sugería que él consideraba su actuación perfecta.

-Torgaddon -respondió Argel Tal. -Has utilizado su carne en ese ritual. Has convocado el alma de un hombre muerto.

Erebus asintió. -Kor Phaeron se enteró del rito a través de sus propios oradores. Nosotros…

-No importa cómo –las lentes oculares de Argel Tal ardían con su luz interior. -Tú lo trajiste de vuelta.

El capellán asintió, pareciendo saber, en su paciencia ilimitada, a donde llevaba esto.

-Lo hice.

Miente, Argel Tal. Nos miente a los dos.

No, no en esto.

¿Crees que un espíritu mortal puede regresar sin cicatrices del Mar de las Almas?

Lo que importa, Raum, es que puedan volver.

Argel Tal ignoró las protestas gruñidas de la bestia interior. Hizo un gesto hacia la estatua con la hoja que había matado a la niña.

-Tráela de vuelta.

Erebus respiró lentamente, sin hacer contacto visual. –Por ti, hijo mío. Lo haré.

CATORCE

Reasignación

Desautorizado

Fuegos en la Forja

Keeda no se avergonzó de llorar cuando vio por primera vez los restos de *Syrgalah*. El Warhound había sido sacado de su sarcófago de recuperación por las grúas de techo, roto y aun sangrando humo de sus heridas. Manco, incapaz de posarse sobre sus dos piernas lisiadas y con cada metro de blindaje corroído, la cabeza de *Syrgalah* colgaba laxa de un cuello demasiado arruinado para soportar el peso de la cabina.

No, eso no había sido fácil de ver. Era mejor ahora, pero no por mucho. Por lo menos estaba de pie.

La Reina de las Ascuas estaba sujeta por pórticos sólidos a cada lado de ella, recuperada su estatura a pesar de sus lesiones; todo partía de la creencia del Culto de la Máquina en que la restauración del espíritu guerrero del titán al tratarlo con tanta dignidad como a través de la ingeniería tecnológica. Así que permanecía en medio de sus hermanas, uno de los noventa Mastines supervivientes con los colores oscuros de los Lobos Ardientes. Sin embargo, ella estaba lejos, muy lejos de todo.

Ocho tecnosacerdotes trabajaban en sus articulaciones, con el apoyo de los equipos de servidores que acudían en manadas tras ellos. La piel de metal de *Syrgalah* estaba plagada de seres humanos, cyborgs y esclavos lobotomizados, así como una serie de servocráneos de exploración sobrevolando cualquier mecanismo al que se les ordenase escanear en un momento dado.

Toth estaba con ella, con su nuevo brazo aún no cubierto por la piel sintética, los huesos de acero al descubierto desde el codo hacia abajo. No se lo estaba tomando bien. Feas venas rojas se mostraban a lo largo de su bíceps, tal vez los primeros signos de infección. Siguió probando su nuevo miembro, haciendo que sus nuevos

dedos se enroscasen en un puño cada pocos segundos. Estaba claro que aún le dolía, si su mueca podía parecerse a cualquier.

Uno de los sacerdotes vestidos de rojo se acercó a ellos, sus rasgos enmascarados en su totalidad por la capucha. Sus brazos secundarios larguiruchos se plegaron cerca de sus hombros mientras se acercó.

-Moderati Bly. Moderati Kol -su voz era un zumbido emitido por vox, carente de emoción, que podría haber pertenecido fácilmente a cualquiera de los tecnosacerdotes que ambos hubiesen conocido.

-¿Noveno? -preguntó Keeda.

Él respondió tirando de la capucha hacia atrás, revelando la cabeza rapada, los implantes nodales en las sienes y la visera sobre los ojos.

-Afirmativo. Soy yo, Noveno.

-¿Cómo van las reparaciones? -preguntó Toth.

La garganta-altavoz de Noveno zumbó. -Proceden como ves. No se está produciendo ningún engaño visual.

Keeda sonrió por primera vez desde que habían sido derribados por el maldito Reaver y su tiro de suerte.

-Lo que quiere decir el Moderati Kol es cuándo estará Syrgalah listo para volver a caminar.

Noveno volvió sus ojos visera hacia Toth. -Entonces, ¿por qué no simplemente usa una frase con esas palabras exactas?

El nuevo brazo de Toth se tensó de nuevo. Cerró el puño. -Sólo tienes que responder a ella, Noveno. Me duele la cabeza lo suficiente como es. "

-Muy bien. L- ADX -cd- MARS- Quintessence -[Modificación Necare] -I-XII-002a-2/98: VS / CT / K estará listo para caminar en el próximo compromiso, proporcionando a los rumores de la flota ninguna incorrección. El descenso

planetario estimado dentro de veintisiete días provee a nuestros técnicos de tiempo significativo para ver las reparaciones realizadas.

Toth miró al titán. Chispas bailaban de sus articulaciones, herramientas de corte y soldadura haciendo su trabajo en manos servidores ataviados de monos. -¿Un mes?

-Ella es *Syrgalah* -dijo noveno. –Por supuesto que se le ha dado prioridad por encima de cualquier otra consideración. El mismísimo Archimagos Veneratus está trabajando en ella.

El señor del Mechanicum apareció ante su vista, como si convocado. Muchas extremidades articuladas delgadas brotaban de un generador circular implantado entre los omóplatos. No necesitaba pórtico o plataforma de apoyo; sus extremidades insectoides estaban selladas magnéticamente al blindaje de *Syrgalah* y le permitían subir al titán cuando desease. Estas clic-clanked, clic-clanked mientras Vel - Kheredar bajó por el lado izquierdo del Warhound. Incluso cuando él llegó a la cubierta se negó al uso de sus piernas, dejando que los miembros arácnidos tienen su peso demacrado mientras se dirigía hacia el pequeño grupo.

Tres lentes oculares verdes, ninguna de ellos de tamaño uniforme y ninguna de ellas exactamente donde los ojos de un ser humano debían estar miraron desde la oscuridad de su capucha.

-Moderati Bly y Moderati Kol.

Archimagos –dijeron ambos al tiempo que se inclinaron. Noveno prácticamente se postró, atrayendo la atención del Archimagos en un susurro de seda y zumbidos de las lentes oculares.

-Eralaskesian Thyle Maraldi, noveno de ese nombre.

Noveno se levantó. -¿Mi señor?

-Vuelve a tus funciones.

-De inmediato, mi señor -Noveno hizo una reverencia y, con una última mirada a sus compañeros de tripulación, se dirigió de nuevo a donde trabajaba, en las

articulaciones de las garras-pies destrozados de *Syrgalah*. Le oyeron proferir murmullos y redirigir los láseres de corte de sus servocráneos flotando.

Toth parecía incómodo ante el despido de su compañero. Keeda pareció molesta. -¿Noveno le ha disgustado, Archimagos?

El señor marciano perdió medio metro de altura cuando sus piernas arácnidas emanaron aire a presión de los respiraderos de sus múltiples rodillas llenas de engranajes. Todavía era más alto que cualquier legionario, pero carecía de su ancho volumen. Keeda sintió las tres lentes centradas en ella, girando y zumbando, clicando mientras capturaban pictografías para una referencia futura.

-A partir del contexto disponible, es evidente que se refieren a Eralaskesian Thyle Maraldi, noveno de ese nombre. Y usted se refiere a su despido como prueba supuesta de mi desagrado. Tal vez, razone, lo percibo como que requiere continuar el trabajo en vez de cumplir con una determinada cuota de esfuerzo o logro en la reparación del titán llamado Syrgalah.

Toth y Keeda compartieron una mirada. La de ella era acusatoria, significando que había empezado esto. La de él era de disculpa, por la misma razón.

-Olvida lo que he hablado, Archimagos.

-Una imposibilidad. Mi estructura neuronal evita la erosión de los datos registrados -sus lentes se reorientaron de nuevo. -Para responder y, de hecho, para disipar lo que yo percibo como sus miedos, declararé: no. Noveno no me ha disgustado. Se le ordenó regresar a su trabajo porque él comanda a su equipo de sirvientes más hábilmente que muchos otros en el equipo de reparación y se requiere su presencia para los procedimientos más complicados que están teniendo lugar.

El Archimagos emitió un gruñido de ruido por el vox, como una colmena pateada. -Me atrevería a decir que, además de su experiencia, él también trabaja con mayor destreza debido a una desafortunada inversión emocional en el propio Dios-Máquina. Usando su lenguaje, le importa.

Keeda frunció el ceño. -¿Es lamentable que le haga trabajar más?

-La emoción conduce inevitablemente al compromiso intelectual y, por lo tanto, a la debilidad. Pero ahora no es el momento apropiado para participar en un intercambio de las sutilezas de la filosofía positivista de Marte. Dígame: ahora que ha conversado con el Princeps Ultima Lyrac sobre su reasignación, ¿ha llegado a una decisión final? Los registros deben actualizarse y esperamos las elecciones que ambos tienen que hacer.

-*¿Qué?* -dijeron Keeda y Toth al mismo tiempo.

-¿Reasignación? –tartamudeó Toth. -Eso no puede ser.

-Ah –el tecnosacerdote se elevó sobre sus patas insectoides de nuevo. -Un acontecimiento repentino ha exigido mi atención inmediata en otro lugar. Cuídense, moderatis -se volvió para marcharse, deslizándose lejos.

-¡Espere, por favor! –llamó Keeda. Por un milagro, la figura con túnica esperó. -No hay acontecimiento repentino, señor. Es un mentiroso terrible -le dijo.

-Soy más hábil en la ofuscación de la jerga binaria -admitió el Archimagos. -Sin embargo, este es un asunto que el Princeps Ultima debe hablar con los dos. Supuse erróneamente y ofrezco disculpas por los errores cometidos en este intercambio dialéctico.

Toth no estaba escuchando. -¿Reasignación? Ese gordo hijo de puta.

-¿Dónde está el princeps? -preguntó Keeda.

-A bordo de *Syrgalah*. Puedo convocarle aquí.

Ella asintió con la cabeza. -Gracias, Archimagos Veneratus.

-Sus agradecimientos no son necesarios. Mi subrutina principal es facilitar los intercambios entre miles de elementos del Mechanicum. Un momento, por favor.

Toth y Keeda esperaron juntos, maldiciendo entre ellos. En menos de un minuto Audun Lyrac salió de las entrañas del titán, trepando por una escalera para llegar a la cubierta. Se pasó una mano aceitosa por su pelo aceitoso adelgazamiento.

-Un saludo a los dos -dijo, ofreciendo un saludo.

Keeda y Toth se lo devolvieron. En verdad, ella se sorprendió al ver que él había estado trabajando a bordo de *Syrgalah*. Su cara estaba perlada de sudor y las mangas estaban enrolladas revelando la suciedad marcando su piel.

-¿Reasignación? –gruñó Toth a su oficial superior. -Vamos a ir directamente al grano. ¿Nos está echando de la tripulación de mando?

Keeda sintió su ira disminuir un poco al ver a Audun parpadeando por la sorpresa. No parecía petulante o agresivo, simplemente sorprendido. El princeps se erizó, erecto y tirando de los pliegues de su uniforme.

-No voy a responderle, Moderati Kol.

-Esta vez lo hará –dijo Toth en un ruego por no sacar su pistola láser y acribillar al hombre con agujeros humeante. -He dado siete años de mi vida a *Syrgalah*, y dieciséis a la Audax. Soy el mejor timonel en la Legio y Keeda es lo mejor artillero. ¿Por qué nos haces esto? ¿Por mi brazo? ¿Porque está tratando de orinar sobre todo el legado del viejo y hacer su propio nombre?

-Suficiente -Audun entrecerró los ojos redondos, modulando la voz con toda la fría amenaza que pudo reunir. Keeda lo encontró sorprendentemente eficaz. -Si usted quería rechazar el honor -dijo Audun voz baja, -sólo tenía que decir que sí.

Keeda tuvo una repentina sensación de hundirse. Algo no estaba bien.

-¿El *honor*? -Toth escupió la palabra. -¿Estás borracho?

Audun bajó las mangas y las abotonó en las muñecas. -Muy bien. Ofreceré los puestos a otros oficiales -negó con la cabeza, no sólo por el nervioso de la confrontación sino por un poco de asco también. -¿Era esto necesario? Una simple negativa habría sido suficiente.

Keeda, silenciosa hasta el momento, sintió que su sensación de hundimiento daba una sacudida repentina. -¿Qué puestos? -preguntó.

Audun parpadeó de nuevo. -¿Habéis leído siquiera las ofertas? Las tranmití a sus terminales de comunicación en los cuarteles esta mañana, con la petición de que me buscarais tan pronto como se decidieran.

-Hemos oído... –la voz de Toth se fue apagando.

-Así que eso es un no entonces. No han leído las ofertas.

Keeda maldijo en voz baja. -No nos estaban degradando. Nos estaban dando nuestros propios titanes.

Audun Lyrac le miró como si estuviera en la casta más baja de los idiotas. -Por supuesto que no os estaba degradando. Vuestros registros están más allá de lo ejemplar y tenemos once titanes que carecen de comandantes después de los enfrentamientos en las ciudades de Armatura. Sus promociones ni siquiera necesitaban una consideración.

Toth se aclaró la garganta. –Pensamos…

-Sé lo que *pensó*, Moderati Kol. Puede que te sorprenda saber que pese a no tener el impresionante record de batallas de Solostine, no soy un tonto acicalado incapaz de tomar buenas decisiones. He estado manejando promociones y reasignaciones durante veinte años mientras el anciano dedicó toda su atención a la lucha. ¿Quién crees que os asignó a Syrgalah en el primer lugar? Cuando Venric pidió un nuevo timonel, le aconsejé que le eligiese, Toth. Cuando necesitó un nuevo artillero, le sugerí, Keeda.

Ambos oficiales quedaron en un silencio incómodo, aceptando la reprimenda cuando vino.

-¿Asumió que estaba lo suficientemente dolido como para lanzarle de nuevo a las filas humildes simplemente porque tuvimos una primera reunión desagradable?

-Uh -dijo Keeda.

-Bueno -dijo Toth.

Audun suspiró. -Vayan y lean las malditas ofertas, ambos. Si desean tomar el mando de *Darahma* y *Seddah*, los titanes son suyos. Si se niegan, a pesar de su evidente falta de fe en mí, me gustaría darles la bienvenida como tripulación de mando de Syrgalah cuando camine de nuevo. Y caminará de nuevo, se lo prometo. Su honor es el honor de la Audax.

Dicho esto, esperó sus saludos y se volvió hacia el Titán.

Keeda y Toth observaron a su princeps reincorporarse al hervidero de actividad sobre la piel de color rojo y negro de *Syrgalah*.

-No es nuestro momento de mayor orgullo -confesó Toth, cerrando el puño de su nueva manos otra vez.

Keeda asintió. -Ni el más inteligente.

La nave latía durante el tránsito, sus motores funcionando calientes. Se las arregló para mantenerse unida en la disformidad por ahora, pero los Ultramarines había hecho bien su trabajo. A intervalos aleatorios, casi sin previo aviso, la nave insignia gritaba su vuelta al espacio real, arrastrando fuego etéreo y risas locas. Cada vez, la *Fidelitas Lex* desgarraría su camino de regreso a la realidad un momento para cubrir al *Conquistador* mientras revivía sus motores disformes.

De sus respectivas flotas, no había ni rastro. Los primarcas habían dividido sus legiones y naves de guerra una vez más, enviando más fuerzas más profundamente en Ultramar para acosar a mundos imperiales mientras la XIII Legión estaba paralizada en Calth. Las dos naves insignia habían abandonado la necesidad de otra cosa que la marabunta de escuadrones de escoltas, a favor de navegar junto con la *Trisagio*.

Lotara se dirigió a la Audaxica, a través de la amplia avenida del corredor de la médula espinal del *Conquistador*. Una rata, de un tamaño enclenque y de pelaje negro, pululó a por sus botas antes de desaparecer a través del enrejado de la cubierta. Ella chasqueó la lengua.

-¿Por qué todos los buques imperiales son el hogar de colonias de ratas? El *Conquistador* fue construido en órbita, y nunca ha aterrizado en un solo mundo. ¿Introducimos cajas de sabandijas a bordo cuando atracamos por suministros?

Detrás de ella, Lhorke pisoteaba en un silencio ruidoso. Había estado despierto varios días, y aunque todavía no podía sentir el cansancio revelador de la actividad

ampliada, los dolores de cabeza que ya habían comenzado. Lo que quedara de su cáscara torturada en esa coraza estaba empezando a sufrir de la falta de descanso.

Llegaron a las densas puertas dobles enormes que conducían al Audaxica. Skitarii fuertemente aumentados montaban guardia en el portal cerrado, aunque el grupo se separó ante ella. ¿O es que se movían a un lado por Lhorke? Era difícil decirlo con seguridad; desde luego no podían ayudarse a sí mismos mirando al Contemptor.

Lotara se preparó cuando las puertas del Audaxica retumbaron al abrirse. Ella sabía lo que venía, pero el calor propio del aliento de un dragón todavía le golpeó con fuerza suficiente como para sacudirle la espalda hasta sus talones. El olor de metal fundido le empujó, grueso como la melaza en la garganta. El aire era prácticamente resinoso con el olor de la forja.

El Audaxica en sí era una cámara de escala monumental, lo suficientemente amplia como para que pudieran caminar una escuadra de Titanes y lo suficientemente alto como para que el techo abovedado de un azul oscuro, con sus millones de grabados y esculturas muy lejanos fuese imposibles de distinguir sin ayuda. Ascensores colosales transportaban a los titanes del Audaxica al hangar de desembarco de la Legio contigua.

Cada uno de los titanes de la Audax era una variante del modelo Warhound, más voluminoso por la armadura adicional y cada una con una cabeza estilizada de metal oscuro parecida a un chacal o lobo descubriendo sus dientes. Lotara observó a uno de ellos traquetear en su camino sin gracia amenazante, con sus garras-pies abiertas estrellándose en la cubierta.

A medida que el Titán aclaró su campo de visión, su mirada se posó sobre el cuerpo inmóvil de *Syrgalah*. Tomó nota de las lluvias de chispas que fluían de sus articulaciones. Las reparaciones estaban claramente en marcha. Incluso vio a Keeda y Toth enfrascados, sujetos en las escaleras del personal, trabajando en el interior de la cabina.

Vel - Kheredar descendió cuando se acercó, con los miembros secundarios clicando contra la armadura del Warhound y a continuación a través de la cubierta. Pasó por Lotara sin ni siquiera dejarle una mirada, deteniéndose ante Lhorke.

-Qué sarcófago -espetó por vox, acechando en un círculo alrededor del Dreadnought. -Oh, sí -sin pedir permiso, el tecnosacerdote apretó sus manos aumentadas sobre el pectoral del Contemptor, donde el símbolo de los Perros de la Guerra todavía seguía orgulloso. -Casi puedo sentir la vida dentro.

Lhorke lo toleró en silencio. Lotara no estaba segura de cómo era posible que una máquina de guerra pudiese mirar irritada, pero la evidencia estaba ante sus ojos.

Las manos pulidas de Vel - Kheredar pasaron sobre la cabeza del Dreadnought, acunando la cabeza de metal de gran tamaño con su preciosa carga de nodos sensores, auspex visuales y picto buscadores, vinculados al cadáver acurrucado en posición fetal en el interior.

-Los construimos con cabezas –decía Vel - Kheredar, -para centrar su conciencia hacia delante. Ayuda a crear una impresión dentro del cadáver neurológico de entrada / salida sensorial de que todavía está vivo, ya que ve como vio en vida: desde el punto de vista humano. Más alto, sin embargo. Oh, sí. Mucho más alto.

Sólo entonces miró en dirección a Lotara. ¿Cómo lo está haciendo el piloto resucitado, capitán Sarrin? Esta unidad está funcionando dentro de los parámetros aceptables, ¿sí?

Fue "la unidad" quien respondió. Lhorke dio un paso atrás, provocando sonoros chirridos de las articulaciones.

-Aléjate de mí, sacerdote.

Vel - Kheredar respondió con una risa monótona, sorprendentemente humana dada su amplia reconstrucción cibernética.

-Sigues teniendo el mismo carácter, Maestro de la Legión.

La respuesta de Lhorke fue recargar sus combi-bólter con golpes gemelos de manivelas. El trío de lentes de Vel - Kheredar giraron en una emoción sin nombre y sin duda mitigada. Se volvió hacia Lotara, ajustando su altura mediante la reducción de sí mismo reduciendo la presión de sus cinco piernas insectoides. Ahora tenía la altura de un legionario, en lugar de la del Contemptor imponente.

-Es mi suposición de que usted está aquí en respuesta a mi solicitud de un intercambio dialéctico.

Lotara, que estaba tratando de no sonreír ante la irritación de Lhorke, hizo una seña al Archimagos. El sudor ya perlaba su cara por la bruma de la industria del Audaxica.

-¿Tiene algún lugar donde podamos hablar lejos del calor?

-Por supuesto. Vengan.

Los condujo a una amplia sección de la planta marcada por rayas de peligro hechas con furia y abrió un compartimiento en la parte posterior de su brazo mecánico para revelar numerosos diales de mando. Vel - Kheredar empujó una runa de activación y giró uno de los cuadrantes tres muescas. La cubierta dio un inmediato temblor, retemblando cuando la plataforma se hundió a través del suelo y en la oscuridad del olor del acero entre las cubiertas.

Abajo.

Abajo, abajo. La liberación de los forjadores de calor fue lo suficientemente inmediata como para hacer suspirar a Lotara.

El reflector montado en el hombro de Lhorke se activó de inmediato, escudriñando a través de la oscuridad insoldable. Lotara hizo una mueca cuando iluminó su cara. Vel - Kheredar sólo reorientó sus lentes. La plataforma seguía estremeciéndose bajo sus pies.

-Mi nave -dijo, -por decirlo claro, recibió una paliza. ¿Qué reparaciones se pueden hacer mientras estamos en tránsito?

-Todo lo que se tenga que hacer, capitán Sarrin. También es *mi* nave.

Se sintió sonriendo. En Marte, este hombre, o lo que quedaba del hombre dentro de los augmentos, era un lord de la Máquina rico, dueño de una ciudad-forja subterránea de varios millones de almas atendiendo a su voluntad y trabajando por su visión experimental. Aquí, en la oscuridad más profunda del Segmentum

Ultima, él era un alma mucho más amable de lo que su elevada posición en el culto de la máquina podría sugerir.

¿Es eso parte del desafortunado afecto que siempre estas criticando sus subalternos?

Él la miró fijamente con sus triples lentes. -No lo sé. Les critico para tantas cosas.

-¿Acabas de hacer una broma, Archimagos?

-Hice el intento. El análisis auditivo registró la resonancia tonal de su voz indicando su disposición negativa desde que entró en la Audaxica. Traté de calmar su malestar a través de la aplicación de humor.

-Muy gracioso -mintió. -¿Algún mensaje de Marte?

-Ninguno - respondió. El miedo no estaba dentro de su gama de emociones, pero sí la sincera *preocupación* por la Sagrada Marte, seguramente asediada por Rogal Dorn como consecuencia de la rebelión de Horus. Su ciudad bajo las sacras arenas rojas podía soportar bombardeos orbitales, pero los disturbios intestinos serían un factor a considerar. Todo el planeta rojo estaría en guerra ahorma mismo. -No, en absoluto.

Salieron a la zona más luminosa vista en tiempo, cuya iluminación caía desde el techo del hangar principal hacia la cubierta bajo ella. Titanes en diversos estados de preparación ya se alineaban en las paredes, anclados magnéticamente, centinelas hasta que fueran llamados para ser cargados en las lanzaderas planetarias pintadas de óxido en el extremo más alejado del gran hangar. Las lanzaderas eran objetos redondos, bulbosos, todo blindaje práctico y sin arte.

Lotara se sintió afectada por un desinterés casual, sin importarle lo poco convincente que sonaba. -Oí que el primarca le ha encargado una nueva espada.

-Afirmativo.

La plataforma finalmente se instaló en el piso inferior, asegurándose mediante el bloqueo de sus frenos. -Y que Khârn ha solicitado sus servicios para un proyecto similar.

-La resurrección de Destripadora. Eso también es afirmativo.

Vel - Kheredar los condujo a lo largo de la cubierta, su tallo -piernas haciendo clic tres veces por cada golpe de los pies blindados de Lhorke.

-¿Su equipo de servidores encontró todos los dientes que faltaban?

Otro brote binario de diversión codificada. -No todos. Él delegó en uno de mis adeptos preferidos, pero las órdenes del lord Aureliano de retirada planetaria llegaron antes de la finalización de la excavación. Me dieron a entender que el Centurión Khârn improvisó.

Podía imaginar fácilmente como Khârn había improvisado; sin duda usando un martillo contra los cráneos de los dragones mica en el Museo de las Conquistas de la Legión y robando algunos dientes para usarse en la resurrección del arma. Estaba dispuesta a apostar el sueldo de un año a que era lo que había hecho.

Por supuesto, eso provocó un pensamiento más oscuro: ella y sus oficiales se habían lamentado de una cosa muchas veces con chupitos de cualquier bebida espirituosa en el comedor de oficiales. Su paga, tal como había sido siempre, venía de Terra. Las rebeliones tenían sus desventajas.

Vel - Kheredar iba por delante, volviéndose hacia ellos y caminando hacia atrás sin esfuerzo o preocupación.

-¿Querías hablar conmigo sobre asuntos de reparación de naves y nacimientos de armas? –el trío de ojos se cerraron y abrieron con un clic de nuevo, imitando a un raro parpadeo. -Esto es inusualmente aburrido para ti, capitán Sarrin.

Ella le dedicó su mejor sonrisa, lo cual era un arma en si. -Has estado con el primarca desde el principio.

-Afirmativo. En aras de una perfecta claridad, estaba decepcionado por mi asignación a la nave insignia de la XII Legión. Yo solicité el puesto en la séptima o décima, pero Kelbor – Hal, bendita sea su sabiduría sagrada, eligió lo contrario.

Lhorke gruñó algo mientras le seguía. Algún eco de la rivalidad entre legiones, tal vez. Lotara se mantuvo mirando Veneratus Archimagos andando de espaldas. El hangar de concentración estaba bajo un silencio sepulcral, salvo por el paso del trío.

-Tú estabas con el primer equipo quirúrgico que examinó los implantes de Angron, hace tantos años.

-Afirmativo.

-¿Qué encontrasteis?

Incluso sin mirar, Vel - Kheredar vadeó sin esfuerzo una pila de cajas. -Mis resultados son de fácil acceso en los archivos de la flota.

-Los he leído, pero no hay mención de los efectos degenerativos que los implantes puedan tener -asintió Lotara.

El tecno-señor le miró en silencio durante varios tics de la máquina augmentada que reemplazaba a su corazón humano. Cuando habló, lo hizo con renuencia.

-No están autorizados.

Ella contestó, como si abofeteada. -¿Estoy qué?

Vel - Kheredar no respondió. Desvió su atención hacia Lhorke. -Usted estuvo presente en el momento, Maestro de la Legión. Es consciente de lo que encontré.

El Contemptor paseó a lo largo de la cubierta, bamboleando los hombros de lado a lado. -Los archivos no dicen nada de la degeneración. Pero que yo sepa, Archimagos, es que cada vez que despierto el primarca está peor.

El sacerdote inclinó la cabeza, pero no parecía estar de acuerdo. -*Peor* es una medición de valor cargada de perspectiva emocional relativista.

Pasaron bajo los ojos fijos del ejército de Warhounds, cada uno con la cabeza gacha, como si quisieran captar su rastro a su paso, o borrarlos de la existencia de un movimiento de sus brazos artillados.

Lotara no soltaría el lazo sobre Vel - Kheredar. -Los Devoradores de Mundos lo susurran. Khârn lo ha dicho una docena de veces o más en estos últimos diez años.

Los registros de sometimiento en el último siglo muestran un aumento constante en nuestras propias víctimas, así como las pérdidas civiles. ¿Cuántas sesiones tácticas ha dejado Angron antes de terminar, atormentado por dolores de cabeza que nunca admite? ¿Cuántas veces no ha podido seguir los planes de batalla, sólo para acabar ordenando a la legión avanzar en un asalto frontal contra la resistencia más densa, haciendo caso omiso de nuestras propias pérdidas?

Casi compadeció al esbelto sacerdote. -Dime, en el contexto de los últimos veinte años, que no está empeorando. He estado con la flota de una fracción del tiempo que tú has estado y puedo verlo con claridad.

Vel - Kheredar dejó escapar un molesto recital de código. -Puedo confesar la observación de un grado de comportamiento indeseablemente errático en las acciones del lord Angron.

-Oh, deja de ser tan condenadamente esquivo -frunció el ceño. -¿Encontraste algo en los clavos que sugieran esta... degeneración?

-No están autorizados.

Su ceño se profundizó. -¿Le matarán los clavos?

-No están autorizados.

Lhorke emitió un gruñido de vox. -¿Angron se muere?

-No están autorizados.

-Soy la capitán de bandera de la flota de los Devoradores de Mundos, y Lhorke es el antiguo señor de la Legión. ¿Cómo podemos no estar autorizados? Contamos con la más alta aprobación.

-Con todo respeto, capitán, no lo la tiene. Ninguno de los dos.

Ella respiró entre dientes. -¿Cómo podemos conseguirla?

Él dudó entonces. –No están autorizados.

-¿Quién ordenó a mantener su silencio?

Él respondió inmediatamente. -El Omnissiah.

Lotara silbó un triunfante sí. Ahora estaban llegando a alguna parte. No se trataba de conseguir las respuestas correctas, se trataba de hacer las preguntas correctas. Las órdenes de Vel - Kheredar eran sin duda muy específicas y evasivas. Quería hablar, pero la fina línea de la obediencia directa tenía que ser... rodeada.

-El emperador - empezó ella.

-Corrección -declaró Vel - Kheredar. -El Omnissiah, avatar del Dios-Máquina.

-Bien, bien. Pero el Emp -lo siento, *Omnissiah*, ¿Exigió el secuestro de algunos de sus hallazgos?

-No están autorizados.

-Podemos suponerlo -retumbó Lhorke.

-Lo que no puedo adivinar es ¿Por qué? -reflexionó Lotara.

-Es bastante fácil. La moral en la duodécima. Éramos una legión rota en aquel entonces, una de las últimas en encontrar a nuestro señor. Ya era bastante malo que fuéramos comandados por el único primarca que falló en la conquista de su mundo natal. Si también descubríamos que estaba condenado a morir antes del final de la Cruzada, habría aniquilado la poca moral restante.

Lotara miró a Vel - Kheredar. -¿Es por eso?

-No están autorizados.

-¿Estaba absolutamente seguro de que los clavos podrían causar la degeneración?

-No están autorizados.

-Bueno... ¿Era sólo una hipótesis que no querías filtrar?

El trío de lentes de Vel - Kheredar zumbaron al reorientarse. -Lo que quise o no filtrar es irrelevante. Mis preferencias personales no juegan papel en la ecuación, capitán.

-El Emperador, entonces. Cuando le informaron, ¿Sabías que la degeneración era una certeza, o era sólo una posibilidad?

-No están autorizados.

-¿Y el Emperador ordenó silencio?

Otra duda. -Lo hizo. Me remito a la sabiduría del Dios-Máquina.

Lotara miró a Lhorke a su lado. -Ahora lo sabemos.

El Dreadnought le miró. -Nada que no podríamos haber adivinado.

Ella le miró. -No todos nosotros estábamos caminando y hablando hace cien años, Lhorke. El hecho de que existe el misterio es toda la prueba que necesito. Esta es la razón por la que Russ vino a por vosotros, la Noche de los Lobos.

-Una de las muchas razones.

Dejó escurrir el asunto. -Archimagos. ¿Los implantes en los legionarios les matarán de la misma manera? -ella se lamió los labios, sintiéndolos repentinamente secos. -¿Matarán a Khârn?

El sacerdote con túnica parecía distraído, sus lentes captando la panorámica de uno de los titanes inmóviles, dispuesto a volver a caminar.

-Sus implantes son copias primitivas del original maligno. Socavan la estabilidad y dañan la capacidad de razonar de los sujetos. Inciden sobre las funciones cerebrales superiores al reescribir las respuestas emocionales. Sin embargo, no son mortales, al menos en el sentido degenerativo. El aspecto más importante de su implantación que comparten con los clavos originales es que no se pueden eliminar sin matar al huésped, o en el mejor de los casos infligiendo un daño cerebral grave e irreparable. Pero no van a, como usted dice, matar a Khârn. O a cualquier Devorador de Mundos.

La capitán Lotara Sarrin apretó un puño. -Las cosas que uno aprende con un poco de curiosidad –sonrió.

Vel - Kheredar *chasqueó* con divertida desaprobación. -Hay un antiguo proverbio Terrano sobre la curiosidad, capitán de bandera. Se trata de felinos y asesinatos, por lo que confieso que no tiene mucho sentido para mí.

-Tengo uno mejor: *"Lo único bueno es el conocimiento y el único mal es la ignorancia".*

-Intrigante -el sacerdote asintió. -Un sentimiento cercano a mi corazón. ¿Quién dijo esas palabras?

-Uno de los Mil Hijos, al parecer. Khârn me lo citó una vez. Me gustó cómo sonaba.

Vel - Kheredar regresó a sus aposentos personales, deseando la tregua de la soledad. Gárgolas de hierro le miraron de reojo desde los altos muros y sus sirvientes esparcidos ante él, manteniendo el fuego de la forja listo en caso de que gustase trabajar.

Y lo hizo, por supuesto. Él siempre quería trabajar. Su cámara era más una fundición que cualquier otra cosa. Sus piernas arácnidas *chocaron* en la cubierta mientras se dirigía a la mesa de trabajo frente a la ventana panorámica.

-Eliminad los escudos -ordenó. Activado por la voz, el mamparo de tres metros de espesor bloqueando las ventanas comenzó su retirada laboriosa. Al principio no fue más que una rendija brillo ardiente, mientras el mamparo se retractó. Muy pronto, la bulliciosa luz de la disformidad jugueteó con las sombras de la cámara. Ángeles y demonios bailaban en las paredes, la mayoría emitidas por las gárgolas lascivas talladas en la arquitectura. La mayoría, no todas.

Vel - Kheredar miró a las profundidades caóticas del immaterium, a veces dejando que sus tres ojos captasen pictografías para su posterior consulta. A pesar de que una base humana probablemente habría sido conducida a la locura por tal visión, lo hacía a menudo, y encontrar los resultados inquietantemente pintorescos. En muchas de las imágenes fijas pensó que podía distinguir rostros humanos en la oscuridad. Gritando, siempre gritando.

Vel - Kheredar se puso a trabajar. Cogió a Destripadora con una mano, seleccionado sus herramientas más estrechas con la otra.

Pero la distracción reinó. Las preguntas de la capitán mortal flotaban en su mente, como un bucle de reproducción dañado.

De hecho nunca se había reunido con el Señor de la Humanidad, pero el Aquila Palatina marcaba el rollo sellado entregado a él por Malcador el Sigilita. Un mensaje de la propia mano del Emperador. Aún lo tenía todavía -¿Por qué nunca podría hacer caso omiso de esa reliquia? -almacenado en su caja fuerte cifrada.

Mantuvo la fe con los secretos que se le dijo portar, a pesar de que en realidad nunca vio el mal que podrían causar. Era sólo una suposición, de todos modos. En aquel entonces, cualquier indicio de degeneración del córtex no era más que una hipótesis no probada.

Había hecho una estimación somera, sin embargo. La había hecho que mientras el primarca todavía estaba somnoliento por el tacto de Malcador, y después de que tecnomarines y apotecarios de la XII fuesen despachados. Eso significaba el turno de Vel - Kheredar, el hizo sus pruebas en el transcurso de siete horas, todas bajo la atenta mirada del Sigilita.

-No puedo estar seguro -le había confesado finalmente al hombre que de alguna manera era antiguo y eterna a la vez. -Pero puedo hacer una estimación basada en los pocos datos disponibles.

Angron había gruñido, moviéndose en su sueño sobre la losa quirúrgica. Vel - Kheredar se estremeció de nuevo, en una expresión no deseada o accidental de inquietud.

Sin embargo, el tiempo estaba demostrando lo correcto. El primarca estaba, usando las palabras crudamente efectivas de Lotara Sarrin, *peor*. Menos humano -si alguna vez podría haber sido llamado tal- en sus respuestas y cada vez más esclavizado emocional y físicamente a los clavos. Una degeneración lenta, lo suficientemente lenta como para que la erosión pueda ser ignorada en las primeras décadas. Había sido fácil negarlo ante los Lobos, rechazarles y luchar contra ellos. Las cosas no eran tan notables entonces como se mostraron desde aquel instante. El deterioro se

aceleró en las siguientes décadas, pero la dispersión de las flotas de la Cruzada flotas provocó que la gestión de los recursos y el castigo a los díscolos fuera el sueño de un loco. Los informes no siempre llegaban a Terra. Con miles de flotas expedicionarias, poco importaba.

Y ahora todos estaban en guerra. La lenta erosión se había convertido en un deterioro catastrófico, significando arranques de ira en el primarca de mayor profundidad y más tiempo ahora que estaba verdaderamente libre de la correa del Emperador.

Vel - Kheredar no tenía ningún rencor al que él llama *Omnissiah*. En última instancia, si realmente era el avatar de la Máquina de Dios o simplemente un falso profeta extraordinariamente bien informado, poco importaba. Horus y Kelbor - Hal le habían declarado un falso mesías, y como siempre en los asuntos de la construcción del Imperio, la política y el poder militar llegaban antes que la verdad. No eran poderosos porque tuvieran razón, tenían razón porque eran poderosos. La historia sería, como siempre lo había sido, escrita por los vencedores. En este caso, no sólo la historia estaba en juego, sino la verdad metafísica: la victoria determinaría quién era divino y quien un dios falso.

El Archimagos desplegó su brazos secundarios bajo de su túnica, dejándoles desbloquearse y desenrollase desde donde habían formado sus costillas. Cada una de estas nuevas manos tenía filamentos delgados prensiles, mucho más hábiles en el trabajo con maquinaria de precisión que los dedos demasiado humanos.

Destripadora. Cada arma tiene un alma, y ésta era una de gritos; lo irascible atrapado en una hoja sin dientes.

No fue castigado por violar la tradición de la XII legión con respecto a la mala suerte de las armas abandonadas, por dos sencillas razones. En primer lugar, rompían sus propias leyes con demasiada frecuencia en el fragor de una batalla. La necesidad era siempre la pesadilla de la tradición.

En segundo lugar, él no creía que sus absurdas supersticiones ni por un momento. Le gustaba Khârn, sin embargo. El capitán de la Octava era un alma difícil de odiar.

Bañado por la luz infernal del Mar de las Almas, el Archimagos Veneratus, señor de una ciudad-forja en la sagrada y distante Marte trabajó solo en un hacha que había sido dejada de lado por un semidiós genético. Echó una mirada ocasional a donde los planos esbozados para una nueva arma estaban en el borde de la mesa. Una gran hoja negra, forjada para las manos de un primarca.

Alcanzarían Nuceria pronto. Que los dioses ciertos tuviesen misericordia de las almas que estuvieran allí cuando la flota llegase.

QUINCE

Advertencias

Hermandad

La novena vez que el *Conquistador* salió de la urdimbre sin previo aviso, Khârn recibió una noticia de Argel Tal a bordo de la *Lex*, un corto pulso de vox de nave a nave pidiendo que viniese a bordo de la nave insignia de los Portadores de la Palabra de inmediato.

Intrigado, había hecho exactamente eso. Kargos había querido venir, así como Skane, pero Khârn se negó. Tenían bastante dificultad para tratar a los Portadores de la Palabra en el mejor de los casos, y con las tensiones aún calientes después de que las ciudades de Armatura finalmente cayeran, no era el mejor de los momentos.

Lo que realmente había sorprendido a Khârn era que Esca, de todos sus guerreros, también había pedido acompañarle. El Codiciario parecía indeciso y preocupado, pero eso no era nada nuevo en lo que concernía a Esca.

-Tengo la sensación de algo vil a bordo de la *Lex* –había confesado.

-Esa no es forma de hablar de tu legión –había dicho Khârn con una sonrisa cansada. Los clavos dieron un impulso a medias, como castigo por intentar disfrutar de un momento sin un hacha en la mano. Él sabía, de manera objetiva, que

no funcionaban de esa manera, y era casi seguro que la presencia del Codiciario fuera el agravio a sus implantes. Aun así, era difícil negar la coincidencia.

-Sé que estamos lejos de ello, pero sigue siendo mi superior. Tenga cuidado, capitán.

Khârn no respondió. No supo qué decir.

Así que se fue solo. Se fue solo y escuchó a Argel Tal narrar un caso de locura.

Khârn permaneció a bordo de la *Lex* ya que ambas naves insignia prosiguieron su camino de regreso a la disformidad, pero con el mismo destino poco importaba.

Los hermanos hablaron juntos en la falsa serenidad de los corredores sinuosos del *Lex*, para siempre el hogar de voces cantarinas transmitidas a través de los huesos de metal de la nave. A veces Khârn escuchó llantos en una esquina por delante, sólo para encontrar el callejón vacío cuando llegaron a ella. A veces gritaban himnos fervientes, cantados en un idioma que no entendía. Argel Tal parecía no darse cuenta de nada de eso, y si lo hizo, no le molestaba.

Khârn utiliza el borde de la bota para empujar un rifle láser abandonado, dejado a la roya en la cubierta. La mitad de los corredores por los que viajaron estaban llenos de detritus y la suciedad de las criaturas más repugnantes. En varios habían dado paso a cadáveres. La mayoría mostró las marcas de heridas de cuchillo que habían terminado sus vidas, pero Khârn también habían visto señales de estrangulamiento y disparos.

-¿Por qué la *Lex* se ha convertido en una cueva de basura? -preguntó.

-La mayoría de nuestras naves parecen así ahora. Muchos fieles, almas nuevas, suben a bordo. Su suciedad y residuos se propagan, como lo hace la enfermedad en las cubiertas inferiores, donde los cultistas viven juntos como bestias.

Khârn oyó la burla en la voz de su hermano de batalla, a pesar de que las características de Argel Tal permanecieron ocultas detrás de su casco. Khârn negó con la cabeza.

-Es una vergüenza.

Argel Tal asintió. -Tal vez sea así, pero es difícil de manejar. Las bodegas de nuestra flota están rebosantes de mortales fieles. Una vez lleguemos Nuceria, trasladaremos a la tripulación sobrante y esclavos a la *Trisagion*. Lord Aureliano desea que sirva como su nueva nave insignia.

Khârn maldijo en Nagrakali. *Nuceria*. Esa fue una serie de nuevas dificultades a la espera de amanecer.

-¿Qué hay de la *Lex*? -se preguntó.

-Creo que Lorgar quiere hacer de ella un regalo, -respondió el Portador de la Palabra.

-¿Para quién?

-Para mí.

Caminaron en silencio un poco más, escuchando los sonidos de la nave. -Es bien una maldición o un embrujo -dijo Khârn, tratando de sonreír.

-Ambas -confirmó Argel Tal con adusta seriedad. -Gracias por estar a bordo. Necesito tu espada a mi lado para esto.

El Devorador de Mundos luchó por mantener el interés de su rostro. Lo único que Argel Tal detestaba sobre todo era la lástima.

-No estarás pensando en hacerlo -dijo Khârn. -No se puede hacer, te importe lo que te importe. La intención en sí bordea la depravación.

El portador de la Palabra dio un gruñido que podía significar todo a la vez o nada en absoluto.

Khârn pateó cuidadosamente otro cadáver fuera del camino. Vestido con harapos, se dejó caer contra la pared con un ruido sordo. Toda la nave apestaba a muertos recientes y los vivos enfermos; no eran los aromas maduros de caries o enfermedad, pero llevaban elementos de ambos.

Corrupción. La palabra le vino espontáneamente. Eso es lo que podía oler Khârn. Corrupción.

-Unas cubiertas más -dijo Argel Tal con los dientes bien apretados.

-Ni siquiera tienes los huesos -dijo Khârn. -Me dijiste que los devotos las robaron.

Argel Tal gruñó de nuevo, esta vez condimentando el sonido con el habla. -¿A dónde crees que vamos, hermano? ¿Qué crees que vamos a hacer?

Habían descendido por las entrañas inmundas de la nave durante más de una hora. El olor sólo se hizo más fuerte, haciendo perfilar los dientes de Khârn.

-Argel Tal -dijo suavemente mientras atravesaban la oscuridad cantarina. -Estoy preocupado por ti. Por tu legión.

-Ahórratelo -respondió el Portador de la Palabra. Como si hubiera leído los pensamientos de Khârn, posibilidad que el Devorador de Mundos no ignoró, Argel Tal giró el casco hacia su hermano. -No necesito compasión. Yo elegí este camino y camino voluntario.

Khârn respiró el aire estancado de la nave. -¿Alguna vez he argumentado en contra de tu sabiduría al permitir que un xenos parásito comparta tu cuerpo?

-*Demonio*, Khârn. No un simple extranjero.

-Llámalo como quieras. Lo he permitido que hasta el momento, ¿no?

Las lentes oculares de Argel Tal eran de un hielo azul en la oscuridad de los pasillos- intestinos. -¿*Permitido*? Qué curiosa elección de palabras.

-Podría haberte matado. Podría haber matado para liberarte de lo que llamas Raum, pero yo no. Para bien o para mal. He confiado en ti. Os he dejado manteneros fieles a vuestra fe.

Un breve grito desgarrador de ceramita hendió el aire y Argel Tal dio un traspié. Una luz plateada brilló por lapso de un latido del corazón en sus lentes.

-No nos amenaces.

-¿Nosotros? -preguntó Khârn.

-Yo -corrigió Argel Tal. -No me amenaces.

-No te estoy amenazando. Detente un momento. *Para* -Khârn agarró el hombro de su hermano. -Quítate tu casco.

Oyó a Argel Tal gruñir de nuevo. -No puedo. Ha sido así desde Armatura. El cambio no es... reversible, como lo hacía antes.

Khârn era implacable e inmóvil. -¿Lo sabe Lorgar?

-¿Importa? –argumentó Argel Tal. -Ven. Tenemos que recuperar los huesos de la Bendita Señora.

Khârn observó a su compañero continuar por un momento antes de volver a caminar junto a él.

-¿Cómo sabes dónde encontrar sus restos? ¿No los has estado buscando durante meses?

Argel Tal murmuró algo.

-¿Qué? -preguntó Khârn.

-Dije que Erebus me dijo dónde encontrar sus huesos.

La boca del Devorador de Mundos se abrió.-¿Qué te pasa? ¿Cómo no puede ser esto más que burda manipulación?

-*Sabemos que es una trampa* –gruñó Argel Tal, deteniéndose repentinamente. –Eso no cambia nada. Tenemos que traerla de vuelta -el Portador de la Palabra respiraba lentamente, calmándose. -Tengo que traerla de vuelta.

Se volvió para caminar, pero Khârn apretó con más fuerza, deteniéndolo en su lugar.

-Todas estas acusaciones de los clavos matando a Angron y los implantes arruinando nuestra legión -dijo el Devorador de Mundos, -y sin embargo te deformas ante mis ojos. Estoy *preocupado* por ti, por toda la XVII. Tu nave huele a algún malestar innombrable. Estás pensando en levantar a los muertos, dando el cadáver de tu amiga a un hombre que desprecias simplemente porque puede

cometer un acto imposible de superstición nigromante y pagar su deuda. Dime, hermano, ¿Estoy haciendo mi deber si te permito esto? ¿Si te ayudo con eso?

Argel Tal se encogió de hombros al retirar el agarre del otro guerrero. -Los tiempos cambian, Khârn. Todos caminamos por el Camino Óctuple, tanto si mantenemos nuestros ojos abiertos o se mueven en la ignorancia, tanto si deseamos este camino o no.

El Camino Óctuple. Más locura religiosa.

Khârn vaciló en su interior. Si era una tontería supersticiosa, ¿Por qué entonces las palabras le parecían tan familiares, igual a cuando uno recuerda un sueño unos preciosos momentos después de despertarse? Por un instante tentador, el hedor repulsivo del pasillo se sintió más fuerte. Oyó un grito de mujer en la distancia. Parecía joven.

-No me gusta esta nave -dijo Khârn, añadiendo una maldición en Nagrakali. -Iré contigo para esto, pero no me fío de Erebus. No puedo imaginar por qué de repente lo haces.

Argel Tal estaba libre, pero no siguió caminando. Su necesidad febril de avanzar parecía haber disminuido.

-No confío en él -dijo el Portador de la Palabra con su voz dual, -pero tendrás que perdonarme la desesperación de un poco de esperanza. Si es capaz de traerla de vuelta...

-Pero ¿A qué precio? -suspiró Khârn. -¿Qué precio vas a tener que pagar?

Argel Tal comenzó a caminar de nuevo, esta vez más despacio. Después de un largo momento, Khârn le siguió.

-No voy a meterme en esto ciego -dijo el Portador de la Palabra con el tiempo. -Erebus no carece de debilidades. Él puede ser omnisciente e invencible. Vale la pena el riesgo, hermano.

Khârn calló. Dejó que el silencio fuer el avatar de su descontento.

-Y hay algo más que necesito decirte -continuó Argel Tal. -Erebus estuvo con su habitual serpentina al respecto, insinuando y sugiriendo en lugar de hablar frontalmente, pero él te quiere muerto.

Khârn ladeó la cabeza, sin saber que había oído correctamente. -¿A mí? Nos hemos cruzado una o dos veces en la última década. ¿Por qué me considera una amenaza?

Argel Tal pensó cuidadosamente antes de volver a hablar. -Lo detesto, pero no puedo negar su genio. Su mente trabaja en un centenar de niveles a la vez y ve los mil futuros diferentes a cada acción que toma. De alguna manera, en algún momento uno de esos muchos futuros posibles, tus acciones nos harán perder la guerra. Si mueres ahora, no estarás allí para influir en el sitio de Terra.

Khârn sintió la repentina necesidad de revisar sus armas: la pistola de plasma y la espada-sierra de reemplazo que había sacado de su arsenal personal.

-¿Eso es lo que te dijo?

-Eso es lo que me dijo -Argel Tal le condujo por una escalera de caracol, demasiado recargada y gótica para pertenecer a las infracubiertas malolientes de una nave capital de los Portadores de la Palabra. -Creo que esperaba yo te liquidase, por afecto a ti y respeto a su visión. Pero Calth consumió la poca admiración que sentía por mi antiguo maestro -Argel Tal miró a Khârn mientras sus pisadas resonaron en la oscuridad. -Ten cuidado.

-Eres es el segundo hermano en advertirme con esas palabras esta noche -dijo Khârn. -Esca fue el otro.

Argel Tal asintió.

-Tratáis a vuestros bibliotecarios vergonzosamente, los sabes. Esca se merece algo mejor.

Khârn rio por primera vez en días. -Lecciones de moralidad de…

-De un hombre con un demonio en su corazón -terminó Argel Tal, sonriendo detrás de la placa frontal. -Lo sé, lo sé.

Los dos guerreros llegaron a un conjunto de cierre hermético contra la pared izquierda. El portador de la Palabra acarició la mano a través de su superficie.

-Espera aquí. Mata a cualquier persona que intente escapar.

Khârn le miró como si quisiera comprobar que hablaba en serio, y luego asintió. -Me debes una.

-Me la debes por salvar su vida en Therakan. Esto nos deja en paz.

-Therakan fue hace tres décadas. Y todavía me debes Jurade.

Argel Tal sonrió y giró el anillo de bloqueo de la puerta con una sola mano.

-Esto no llevará mucho tiempo.

Estaba en lo cierto. Menos de siete minutos.

Khârn quedó fuera de la cámara, escuchando como la gente era, a falta de una palabra mejor, sacrificados. Trozos grandes de carne golpeando paredes o suelo y lágrimas de tela rasga anunciaban cada golpe Argel Tal aterrizó en los fieles en su interior. Ni una sola vez se oyó al Portador de la Palabra exigir respuesta o explicación. Ni una sola vez les oyó resistirse tampoco. En el ojo de su mente, imaginaba filas de seres humanos irregulares arrodillados en círculos concéntricos alrededor de un púlpito o altar central, gritando y rezando y jadeando y llorando mientras eran sacrificados.

Tal vez ellos aceptaban su suerte y abrazaban su paso a la otra vida. Tal vez el terror les tenía paralizados.

Luces de candiles sangraban ligeramente a través de la porción abierta del mamparo que Argel Tal mantuvo entreabierto. Entre los gritos y murmullos colchisianos, distinguió varias repeticiones de *Gran Señor, Gran Señor*. Los olores gemelos de sangre y orina agriaron el aire.

Al paso de seis minutos todo quedó en silencio.

Antes de los siete minutos, Argel Tal salió de la cámara, inundado de sangre y con un cuerpo. Lo que quedaba de la mujer después de un año de decadencia y muchos

meses bajo el cuidado reverente de los miembros del culto se habían envuelto en un sudario de seda negra. El olor a tumba era fuerte y lo suficientemente grueso al gusto. Khârn se inclinó hacia atrás conforme se apoderó de sus sentidos, y cogió el casco anclado en su cinturón. Una vez estuvo de vuelta en el aura familiar de selectores de objetivos e inhaló el aire filtrado de su servoarmadura, volvió a hablar.

-¿Cuántos estaban allí?

-Ciento tres -Argel Tal ya estaba en movimiento, sosteniendo el cadáver amortajado como un niño dormido. -Vamos.

Vorias y Esca esperaban donde no eran bienvenidos, pero mantuvieron una distancia respetuosa. Debajo de ellos, el hangar de vehículos rodeado por varios círculos de Devoradores de Mundos animando a sus parientes, que luchaban con el torso desnudo o en túnicas. Una procesión inactiva de Fellblades y Land Raiders forraba las paredes, sus torres apuntando con la boca abierta a los guerreros cuyos colores compartían.

Los dos bibliotecarios se mantuvieron aparte, observando desde la terraza sobre el hangar. La suficiente distancia como para que ninguno de los guerreros debajo pudiera sentir su presencia a través de un mal funcionamiento del implante accidental.

Vorias, el más veterano de los Bibliotecario, había trabajado con Kargos, Vel - Kheredar y los demás para tratar de determinar por qué las uñas reaccionaban tan mal en presencia de una mente psíquica, pero la línea de investigación fue abandonada cuando llegaron a cuenta del contexto de su trabajo: a nadie le importaba. A nadie salvo los malditos con un sexto sentido. Además, sus esfuerzos siempre terminaron en vano y mataron a muchos Devoradores de Mundos “leales” que tuvieron la mala suerte de estar cerca de los bibliotecarios inestables.

El primarca trajo pocas tradiciones de su mundo a la Legión, pero la desconfianza ante todo lo "antinatural" era una de ellas. Muy pronto, todos los legionarios que portaban los clavos escupían en la cubierta antes de sobre sus propios bibliotecarios, para evitar la "mala suerte" de estar cerca de ellos.

Cuan rápido las supersticiones fueron adoptadas en un hecho. *Primitivo*, pensó Vorias, *primitivo y muy triste.*

Nada había cambiado su punto de vista en las décadas posteriores. Muy por el contrario, de hecho. Lo que siguió fue el deterioro gradual de cualquier sentido de la hermandad. Con la muerte del parentesco a menudo le seguía la muerte de la lealtad, pero Vorias era un hijo genético de la XII legión y lo sería hasta que muriera. No les odiaba por la forma en que le despreciaban, ni se resentía por la forma en que despreciaban su talento como algo peligrosamente sin valor. Les entendía perfectamente. Su presencia les causa dolor, y la legión no tenía necesidad de sus dones psíquicos. Incluso antes de Nikaea, tales poderes no se consideraban en los planes de batalla de Angron, tal contundentes y sencillos eran sus planes.

Vorias era optimista, aceptando la verdad subyacente: él no era uno de ellos. Eran Devoradores de Mundos. Era un Perro de guerra. La Legión había cambiado y lo dejó atrás con su camarilla cada vez menor de hermanos dotados.

Observó a Esca viendo los tumultos de abajo y sintió el despertar de una sonrisa melancólica. El Codiciario se estremeció ante los golpes más duros y se retorció ante los mejores golpes, como si aterrizasen sobre sí mismo.

-¿Deseas unirte a ellos? –preguntó el viejo guerrero.

La respuesta de Esca fue otra pregunta. -¿Tú no?

Vorias tenía una cara aguileña delgada, con ojos del mismo verde de los bosques extintos de Terra. Era la cara de un erudito en todos los sentidos, el rostro de un hombre difícil de caer en arranques de ira, fiel a su temperamento. Era una de las pocas almas humanas, legionarias o como se llame sin ningún deseo de dejar que su rostro reflejara nada más que la verdad absoluta de sus sentimientos y pensamientos. Aquellos que tenían su compañía admiraban eso. Sus detractores lo consideraban uno de sus muchos defectos.

-Solía -admitió, apoyado en la barandilla mientras observaba a los guerreros de abajo. -Solía desear la comunión, el torrente de sangre caliente de correr con la manada. Pero tú y los demás sois suficientes para mí, Esca. Tenemos que apreciar

lo que tenemos y esforzarnos por lo que podemos lograr, en lugar de buscar lo que se nos niega.

Esca sonrió, aunque su devastada cara plagada de suturas la transformó en una mueca. -Suena muy pasivo, Lectio Primus.

-La pasividad implica la apatía o la cobardía -corrigió el guerrero delgado. -Soy simplemente un realista.

Observaron los combates abajo durante unos minutos. Uno de ellos terminó con la primera sangre y desenfrenados vítores. En la secuela, Delvarus entró en el círculo, llevando su martillo meteoro, girando la estrella de la mañana desactivada en preparación.

Esca asintió con la cabeza hacia abajo para indicar al capitán Triarii. -Evidentemente, Lotara lo liberó de sus aposentos.

Vorias mostró una sonrisa de labios finos. La capitán de bandera sabe su oficio. Ella le avergonzó de la mejor manera: le mostró como un guerrero en quien sus hermanos no podían confiar. Hecho muy ingeniosamente. Ahora tenemos el dudoso placer de verlo probarse a sí mismo una vez más, de la única manera que sabe.

Debajo de ellos, Delvarus rugía a la multitud, aullándoles, buscando los vítores de la lucha por venir. Como muchos Devoradores de Mundos, Delvarus fue reclutado en un planeta sometido durante los primeros decenios de la legión y no de un planeta natal específico. Ninguna otra legión excepto los Ultramarines era tan diversa, coloreada por tantos tonos de piel de tantos mundos diferentes. Mientras los Portadores de la Palabra tenían la uniforme piel oscura del desértico mundo de Colchis y los Amos de la Noche eran pálidos de sus años en un Nostramo sin sol, los Devoradores de Mundos reflejaban una diversidad de carne superada por los lazos de hermandad.

Delvarus se quitó el casco blindado para así ver mejor la pelea. Su piel oscura marcaba su génesis en las selvas de cualquier planeta que hubiera llamado un día hogar, y mostró los dientes de hierro a su parentela, exigiendo a uno de ellos dar un paso hacia delante y mirarle.

-Su popularidad no parece afectada –señaló Esca.

-Ya verás -respondió Vorias.

Skane fue el primero en dar un paso hacia delante. La piel pálida del Destructor mostraba insalubres relámpagos de venas y magulladuras manchando su carne, debido a su proximidad a su propio armamento tóxico. Tenía el cuello rodeado de metal oscuro, proporcionando blindaje alrededor de su garganta augmentada. Un cáncer agresivo le había robado sus cuerdas vocales, pero Kargos le había dado otros nuevos.

-¿Primera sangre? –gruñó Delvarus a su hermano. Durante años, salvo raras ocasiones, la primera sangre era todo lo que se pedía.

-Tercera sangre –respondió Skane y levantó una espada sierra inactiva.

La pelea fue dolorosamente, aunque no vergonzosamente breve. Skane cayó a la tercera sangre en dos minutos, perdiendo ante un Delvarus que siquiera rompió a sudar.

Antes incluso de que Skane se retirase, otro Devorador de Mundos dio un paso hacia adelante para tomar su lugar. Delvarus seguía riendo.

-¿Primera sangre? -preguntó de nuevo.

-Tercera sangre.

La lucha transcurrió de la misma manera. Al igual que el siguiente, y el siguiente, y el siguiente. Al igual que quien le sucedió.

Para cuando comenzó la séptima pelea, Delvarus respiraba con dificultad, su piel perlada por el esfuerzo. -¿Quién es el siguiente? -exclamó ante el hermano paralizado a sus pies. -¿Quién es el siguiente?

-Tercera sangre -dijo otro Devorador de Mundos, levantando una espada-sierra inmóvil.

Esta pelea duró cuatro minutos, terminando con Delvarus sonriente entre los aplausos. La tradición indicaba que ningún guerrero debe luchar más de ocho

peleas en una sola noche, cosa que atrajo acusaciones de arrogancia y vanagloria, poniéndose por encima de sus hermanos. El Triarii lanzó su martillo meteoro a la cubierta, levantando sus puños en señal de triunfo. Los vítores, sin embargo, pararon en seco.

Delvarus volvió a salir del círculo y se reunió con la multitud, pero los Devoradores de Mundos se apartaron para darle paso. Uno de ellos, un guerrero con una cara casi tan suturada de Esca, chocó pecho a pecho con el Triarii.

-Tercera sangre -le dijo a Delvarus. Había una espada sierra en la mano.

-He hecho mis ocho -sonrió el guerrero.

-Tercera sangre -repitió el Devorador Mundial, y empujó a Delvarus de nuevo al círculo.

El Triarii reclamó su látigo, dudando un momento antes de soltarlo. Sus ojos estaban completamente inmersos por la diversión estampada en sus rasgos oscuros.

Por encima de todo esto, Esca empezó a sonreír.

Tres peleas más acabaron al igual que las otras ocho anteriores. Delvarus ya no era divertido, y ya no trataba de salir del círculo. Sabía a dónde iba.

Otra pelea. Y otra. Y otra; en el decimocuarto, el oponente de Delvarus barrió con los dientes inmóviles de su espada-sierra a través del bíceps del Triarii, aprovechando la primera sangre. Movido por la rabia, Delvarus respondió con primera, segunda y tercera sangre en igual número de oscilaciones.

-Siguiente -susurró entre dientes, mirando el anillo de sus hermanos que le contemplaban en silencio. Estaba jadeante ahora, indistinto de la falta de aire de las líneas del frente. Los legionarios estaban diseñados genéticamente para luchar durante días contra enemigos humanos e inhumanos por igual, pero en terreno llano...

Cuando el hermano luchaba contra hermano en un lugar tan brutal como las arenas de combate de la XII legión, las reglas cambiaban con el juego.

Venció al próximo rival, y al siguiente, y a los nueve que siguió a esos. Con los músculos acalambrados, derribó a su vigésimo quinto oponente en la cubierta y contuvo la respiración jadeante.

El vigésimo sexto quedó empatado en la segunda sangre durante un período peligrosamente largo. Su oponente consiguió un tiro de suerte en el pecho después de casi media hora del duelo y Delvarus se tambaleó hacia atrás, contra la pared de Devoradores de Mundos. Mientras otros duelistas solían volver a la pelea con vítores y abucheos de buen carácter, él que fue empujado bruscamente hacia delante en un silencio feroz, casi tropezando sobre sus manos y rodillas. Se recuperó a tiempo para bloquear el golpe descendente, envolviendo con la cadena de su látigo la espada-sierra entrante y arrancarlo de los dedos de su enemigo. Delvarus conectó el puño en el rostro del guerrero, rompiéndole la nariz y ganando al fin la tercera sangre.

Arrastró las palabras en otro aliento. -Siguiente -el reto era casi un silbido.

Kargos avanzó. -*Sanguis extremis*. Hasta la muerte.

Delvarus entrecerró los ojos, dando un gruñido que no habría estado fuera de lugar en la garganta de un antiguo tigre terrano o lobo fenrisiano.

-¿Estas tan ansioso -susurró, -por morir, apotecario?

Kargos le recompensó con una sonrisa desagradable y tendió la mano hacia Skane. El sargento le entregó una espada de energía sin decir nada.

Sus armas se activaron en el mismo momento: la hoja de préstamo de Kargos y el crepitar flagelante de la maza erizada con los campos de energía de oposición. Ninguno se detuvo. Tampoco hicieron nada más allá de intentar dar golpes letales sucesivos, destrabándose cuando la muerte se acercaba demasiado, reajustando la situación.

La desesperación le dio fuerzas a los músculos doloridos de Delvarus, pero no podía darle la agilidad que poseía mientras estaba fresco. El primer golpe de Kargos se produjo después de la primera hora, cortando una línea superficial de carne

chisporroteante por la mejilla del Triarii. El rostro de Delvarus tembló cuando sus clavos presionaron y le lanzaron de vuelta con el apotecario.

Logró el siguiente golpe, capturando la cabeza de Kargos a la altura de la mandíbula. El rasguño limpio, demasiado débil para siquiera tocar el campo de la energía, bastó para pintar de sangre la piel pálida y encías de Kargos. Eso fue suficiente para traer de vuelta la sonrisa de Delvarus.

Le divertían los juegos de Kargos. Él se apartó cuando el apotecario escupió saliva con sangre en respuesta, listo para el mayor de los trucos que le valieron a Kargos su sobrenombre de la arena.

-Un truco sucio -sonrió Delvarus. Su golpe de regreso arremetió por el aire con un silbido de metal bañado en energía, retirándose antes de que pudiera chocar con la cubierta y clavarse en el hierro.

La respuesta de Kargos vino con otra sonrisa, esta vez con los dientes enrojecidos por la sangre. -Estás cansado.

Delvarus roció saliva cuando rugió en respuesta.

Por encima de ellos, Vorias entrecerró los ojos en sus pensamientos. -¿Sentiste eso? -le preguntó en voz baja.

Esca asintió. Había sentido el cambio sutil en el aire, un *endurecimiento* de la atmósfera alrededor del círculo mientras los implantes de Delvarus lo registraban. Los golpes del Triarii eran más salvajes, más pesados, acompañados de gruñidos y aullidos.

-Seis segundos -dijo Vorias con la misma voz tranquila. -Tal vez ocho.

Fueron seis. Kargos le repelió por primera vez, escindiendo la cadena del martillo meteoro en una pasada. La cabeza desactivada se estrelló en el Devorador de Mundos más cercanos, barriéndole a través de su pecho desnudo.

A merced de sus implantes, Delvarus atacó a Kargos con sus propias manos, sólo para encontrar el punto de la hoja del apotecario en su garganta. Incluso con los clavos robándole hasta el atibo más vago de razón, la amenaza de muerte inminente

penetró en sus instintos básicos del cerebro, lo que le obligó a dudar. El silencio era más fuerte que los aplausos en cualquier momento.

-Termina con esto, Escupesangre –la saliva se arrastraba en una cuerda gruesa por la barbilla del Triarii. –Lo has demostrado. Todos vosotros. Así que termina.

Kargos mantuvo la hoja contra la garganta de Delvarus. -Las otras legiones tienen primarcas que los llevan a la gloria. Tienen mundos natales que honrar y legados culturales por los que vivir. Nosotros tenemos restos de una tradición robada y la confianza entre los hermanos. Eso es todo. *Hermandad*, capitán. Una hermandad que se rompió cuando abandonaste su puesto y traicionaste tus juramentos.

Delvarus luchaba claramente contra los clavos, lo que obligó a crispar sus manos en puños para mantener una apariencia de control. La punta de la espada ennegreció su garganta allí donde tocó y quemó la carne.

-Reconozco mi error -gruñó las palabras -y nos aseguraremos de corregirlo.

Citando la disculpa tradicional de la VI Legión se ganó una ola de risas guturales. Incluso Kargos sonrió, y esta vez sin la sombra de malicia que había iluminado cada una de sus expresiones hasta ahora. El apotecario se quedó mirando fijamente a los ojos del Triarii.

-¿Eres mi hermano, Delvarus?

El Triarii exhaló, inclinando la cabeza hacia atrás para desnudar su garganta para el empuje final. -Lo soy. Y moriré como tu hermano. Termina.

Kargos apagó la hoja. La bajó y la arrojó de nuevo a Skane en el borde del círculo.

Delvarus le miró con los ojos abiertos, los clavos provocando en su cerebro. -*Sanguis extremis*. Hasta la muerte. Hasta la *muerte*.

-Todos hemos roto tradiciones en estos tiempos -dijo Kargos. -Eres uno de nuestros mejores, Delvarus. Recuérdalo. Recuérdanos por qué hemos pasado tantos años pensando en ello.

El guerrero de piel oscura cruzó los ojos de sus hermanos alrededor. -¿Todos aceptáis sus palabras? Todo el considere un mentiroso a Kargos que dé un paso

adelante ahora. -él abrió los brazos. –Que hunda una hoja a través de mi pecho. Me quedaré aquí y le dejaré ir.

Nadie dio el paso. Unos sonrieron, otros asintieron en un asomo de perdón.

-Tengo la sensación de la mano de Khârn en esto -dijo Delvarus a Kargos. -Huele a su sabiduría, llevada a cabo por otras manos –aquello le ganó una risa más tranquila, no de burla.

-No podría aseverarlos -respondió el apotecario.

Por encima de la confrontación dispersándose, Esca, finalmente se volvió a Vorias. -Todavía tienen nobleza en ellos. Los clavos no les han sangrado hasta secarles.

El Lectio Primus asintió. -Todavía.

Cuando ambos bibliotecarios se apartaron y dejaron a sus hermanos con la comodidad de la camaradería, Vorias habló sin mirar a los ojos a su protegido.

-El Maestro de la Legión Lhorke vino a mí hoy. Él cree que el primarca se encuentra en el precipicio, y un ajuste de cuentas es necesario desde hace mucho tiempo.

Esca no respondió de inmediato. -Eso casi suena como una amenaza -dijo finalmente.

-Sí -convino Vorias. Su rostro académico era cadavérico fuera de la cubierta de iluminación del hangar, una máscara de ángulos claros y líneas desgastadas. –Lo es, ¿no es cierto?

DIECISÉIS

Regenesis

Bendita Señora

Vakrah Jal

Khârn esperó cánticos, velas y toda la parafernalia embarazosa de la superstición. En esto, no quedó decepcionado.

Erebus mantenía su cuarto personal a bordo de la *Fidelitas Lex*, a pesar de comandar su propia nave de guerra, la *Mano de del Destino*. Fue aquí donde convocó a Argel Tal y Khârn, y fue aquí donde se preparaba para cometer blasfemia contra el orden natural.

Khârn sabía de Erebus poco más allá de lo narrado por Argel Tal, y su hermano de los Portadores de la Palabra era del tipo de alma que no le gustaba hablar mal de nadie sin motivos sinceros e inviolables para hacerlo. Argel Tal acabaría con cualquiera que le despreciase y amenazara con separarles, pero se negó sistemáticamente a difundir una mala palabra cualquier otro guerrero una vez que se dieran la espalda. –La difamación – decía él siempre, -es para los cobardes y los niños inseguros.

Sin embargo, la aversión de Argel Tal hacia Erebus apareció más de una vez en las conversaciones durante el último año desde Isstvan V, cuando Khârn y el guerrero del renovaron su amistad como respectivos subcomandantes de las fuerzas de sus legiones, en preparación para la Cruzada Sombría.

Según el razonamiento de Khârn, el nombre que Erebus eligió para su barcaza de batalla resumía perfectamente la actitud del Primer Capellán hacia el destino y su lugar en la formación de él. *La Mano del Destino*. Tal arrogancia. Tal ardiente, bulliciosa arrogancia.

Esta actitud llevaba a... Bueno, a esto.

Erebus había reunido un aquelarre de esclavos en sus habitaciones, diecisiete de ellos en total, cada uno encadenado por el cuello desde el altar central. El mayor era una vieja que nunca vería los ochenta de nuevo. El más joven era un chico que no podía estar mucho tiempo en dobles figuras. Cómo se las arreglaron para cantar de sus pergaminos mientras respiraban el hedor de los huesos de la Bendita Señora estaba más allá de la comprensión de Khârn. Había visto a seres humanos no aumentada vomitar a la menor provocación; sin embargo, estos ilustres murmurando miraban con ojos muertos los pergaminos agarrados con holgura en

sus manos manchadas de tierra. Cantaban, pero no estaba seguro de que leyeran acaso.

Velas llenaban las paredes de hierro de la cámara, cada una marcada con una runa colchisiana meticulosamente grabada en su cera roja. Ángeles exterminadores y gárgolas serenas formadas del mismo metal que las paredes miraban desde sus perchas esculpidas en el techo. Varias de las estatuas acechaban con necesidad inhumana, con las manos retorcidas tratando de tocar a los habitantes de la sala; tal vez otorgando una bendición, tal vez intentando mutilarles en un capricho de maldad.

La mayoría de los legionarios mantuvieron sus armerías como lugares de meditación y entrenamiento, llenos de recuerdos de victorias almacenados junto con sus arsenales personales. Erebus había hecho de su refugio un templo pagano. El altar era una mesa central de acero negro con filigranas, con esposas por razones que Khârn no quiso saber pero no tuvo problemas en imaginar. Canales de sangre fueron horadados en la superficie de la mesa: surcos profundos que drenarían la sangre y lo que fuese en un recipiente de bronce poco profunda bajo el altar.

-¿Para qué es el plato? -le había preguntado al entrar.

-Adivinación -contestó Erebus. -Ahora permanece en silencio y muestra un poco de respeto.

Khârn había cumplido con la primera. No estaba seguro de que pudiera fingir convincentemente esta última.

Argel Tal permaneció al lado de Khârn con los brazos cruzados sobre el pectoral. Si sus rasgos se iluminaban de esperanza u oscurecieron por la desconfianza, el casco bloqueaba toda comprensión. Las lentes de cristal azulado estaban fijos en Erebus y los huesos mohosos inconexos apoyados en el sudario. El Portador de la Palabra observaba todo y no reveló nada.

-Hermano –dijo Khârn en voz baja para no interrumpir la vileza que tenía lugar ante él. Podía oír tambores en la cubierta superior, y llantos en otra cámara cercana. Una plaga en este barco miserable, la nave de los fieles condenados.

Argel Tal se giró con el mínimo repiqueteo de las articulaciones activas de la servoarmadura. Sus voces gemelas fueron lanzadas bajas, dejando la voz humana casi tan suave como el susurro del demonio.

-¿Qué?

Khârn inclinó la frente con cresta hacia los mendigos cantando. -¿Van a sobrevivir a este ritual? -preguntó con un tono afilado.

El Portador de la Palabra se volvió hasta el coro murmurando. -No lo sé.

-¿No lo sabes o no te importa?

-No me importa -admitió Argel Tal.

-¿Los matarías para salvar su alma? -incluso sabiendo que era demasiado tarde, Khârn no se echaría atrás. -¿Es eso lo que eres?

Argel Tal exhaló un triste suspiro. -Podría ser. Todavía no lo sé. Estoy dispuesto a hacerlo para traerla de vuelta.

El Devorador de Mundos hizo un gesto a los mortales cantando. Las cadenas se sacudieron en sus brazales mientras barría el brazo para abarcarlos.

-Así es como empieza -dijo Khârn. -Así es como la frialdad que tanto desprecias en Erebus arraiga en ti.

Argel Tal negó con la cabeza. -No actúes como si esto fuera nuevo para ninguno de nosotros, como si ninguno de nosotros hubiera masacrados a cientos de inocentes, jóvenes y viejos, con nuestras propias manos. Esto no es un ejercicio de moralidad selectiva, Khârn. Masacramos a inocentes y culpables por igual si poseen rifles láser, bólter, o se encogen en sus hogares únicamente teniéndose los unos a otros.

-Yo estaba perdido cada vez que maté a civiles -Khârn apretó los dientes. -Perdidos por los clavos.

-Puedes mentirte a ti mismo y a tu legión, pero no a mí, hermano. Incluso si te "pierdes", ¿eso justifica lo que has hecho? ¿Lo hace todo mejor? Cuando desmembrabas a hombres, mujeres y niños, ¿Alguno de sus gritos ni una sola vez

se *volvió* en una sonrisa de comprensión? ¿Vinieron hacia ti en sus matanzas para darte sus bendiciones, perdonándote el hecho de que no puedes controlar tu ira?

Argel Tal miró a los preparativos mientras continuaba. -Somos las Legiones Astartes. Elegimos quién vive y quién muere en esta galaxia. Así funcionan las cosas.

-Esto es un asesinato -dijo Khârn. -No es una guerra. *Asesinato*.

-El hecho de que somos soldados en una zona de guerra no lo hace menos asesino si alguien mata a civiles desarmados. El contexto es irrelevante. Pero no voy a discutir contigo -él asintió con la cabeza hacia los restos del altar. -Su vida vale más que mil otras. Estos son... escoria de la humanidad, pero no están aquí completamente sojuzgados. Míralos. No te lo pensarías dos veces antes de romperles el cráneo si se encontraran en tu camino. La única razón por la que estás a disgusto ahora es porque este ritual pagano pone tu piel de gallina.

Khârn no tenía respuesta. Su hermano le conocía demasiado bien.

-Me empequeñece -confesó Argel Tal. -¿Cuántas veces te he dicho que me hubiera gustado que esta verdad fuese *falsa*? Pero no lo es, Khârn. Es verdad. *La* verdad. Y tienes que enfrentarte a ella. No viviremos una mentira.

A pesar de su entorno, Khârn sintió la tentación de sonreír. –Sermoneas bien, hermano. Deberías dar más discursos de la XVII.

Argel Tal se estremeció, sin dejar de mirar los huesos mohosos. -No soy un predicador.

Khârn quedó en silencio. Hace un momento se hubiera dicho a sí mismo que interrumpiría el rito activando su espada-sierra y amenazando la vida de Erebus. Al siguiente habría confiesan una curiosidad propia, feroz, incluso ante unos tambores lejanos y el canto presionando contra sus sentidos como un olor desagradable.

En cuanto a la Bendita Señora propiamente dicha, estuvo un año en el lado equivocado de la tumba. Sin experiencia real en cómo las culturas religiosas conservan los restos de sus "santos” como reliquias, Khârn había esperado que sus

huesos se blanquearan y pulieran, o su cuerpo herido conservado en estasis desde el momento de su muerte.

La realidad era totalmente más macabra. La descomposición completa aún no la había dejado totalmente sin carne, pues su sepultura inicial en el mausoleo sellado herméticamente había protegido al menos un poco, pero estaba claro que los fieles que le robaron su cuerpo habían estado orando a un cadáver en descomposición durante casi un año. Todo lo que quedaba de la Confesora de la Palabra de la XVII legión era un esqueleto harapiento con un toque de piel desgarrada, apergaminada y cuerdas podridas de color gris verdoso de los tendones que se aferraban a sus articulaciones. Su sin ojos, el cráneo sin mandíbula miraba sin ver las gárgolas talladas en la pared izquierda. Sus manos sin piel no eran más que fragmentos de huesos esparcidos por el manto negro. Los últimos restos de materia orgánica que poseía despedían un empalagoso olor a humedad a medida que se rompieron a través del lento, paciente proceso de la inevitabilidad. El sudario podrido desprendía más olor que los restos patéticos de su cadáver.

Khârn conocía a Argel Tal tanto como el portador de la Palabra le conocía. Varios sometimientos largos y campañas conjuntas durante la Gran Cruzada se habían ocupado de ello, y el respeto creció rápidamente entre ellos. Khârn sabía muy bien la naturaleza del simbolismo arrepentido del que su hermano se sentía tan a menudo falto y podía ver muy fácilmente a Argel Tal usando ese sudario como un manto ceremonial tanto si esta locura funcionaba o no. Khârn decidió poner fin a esto, de una manera u otra. Estaba el simbolismo, y luego estaba la obsesión morbosa. Los Portadores de la Palabra, incluso los más cuerdos, a menudo parecían luchar para separarlos.

-¿Y el campo Geller? -se preguntó. Con la *Lex* en la disformidad, su escudo de protección salvaguardaba el casco contra el toque de los nonatos en su travesía por el Mar de las Almas.

-El campo Geller protege metal y carne -replicó Argel Tal. -Nada puede evitar totalmente el alma humana.

La brisa salió de la nada. Sólo suavemente al principio, meciendo los pergaminos unidos a Erebus y la servoarmadura de Argel Tal, rizado los bordes de los rollos

sujetos en las manos de los esclavos. El medidor de temperatura en la pantalla retinal de Khârn parpadeó, diciéndole que había demasiado frío en la cámara para mantener la vida humana, cambiando a estática a continuación y finalmente presentando informes de que estaba más caliente que la superficie de un sol débil.

-¿Qué están cantando? -preguntó Khârn. Habló en un colchisiano casi fluido, sin embargo tuvo dificultades para distinguir una sola palabra salida los labios de los esclavos.

La respuesta de Argel Tal tardó varios segundos en llegar. -Nombres -dijo con la voz deslizante de Raum. -Miles de nombres.

Las uñas de Khârn dieron un impulsivo *tic-tic* irritado, enviando dolor por su columna vertebral. -¿Qué nombres?

-Los nombres de los nonatos –respondió Raum, su tono de terciopelo entre la cautela y el malestar. –Nombres de demonios, emitidos con la crudeza de las lenguas humanas. Erebus está atrayendo sus ojos a él, pidiendo a los habitantes de la disformidad si han visto el alma de Cirene.

-¿*Verla*?

-Capturada. Inmolada. Desollada. Curtida. Devorada.

Khârn gruñó, mirando como el viento de la nada se agarraba los trapos de los esclavos. Las velas parieron sombras de cosas de piernas largas que no estaban presentes en la cámara. Los tambores se hicieron más fuertes, los propios latidos de la nave golpeando contra las paredes.

Él iba a sacar su arma, tanto si el gesto era inútil o no, cuando el primero del coro de murmullos murió.

La mujer, vestida con ropas de mendigo, se deshizo del pergamino en sus manos, gritando mientras corría hacia Khârn. La revelación era un amanecer enfermo detrás de sus ojos.

-¡Traidor! -gritó. *-¡Khârn el traidor! Khârn el traidor!* -la correa de cadenas alrededor de su cuello se tensó cuando llegó al final de su longitud con el sonido de

un tronco de árbol entrecortado por el tamborileo y la mujer cayó al suelo, con el cuello roto.

La piel de Khârn se erizó bajo su servoarmadura. Argel Tal, ¿o era Raum?, se volvió para mirarle. El mercurio líquido se fundió y se enfrentó a las lentes oculares del Portador de la Palabra. Ningún guerrero dijo una palabra. Los tambores se intensificaron, furiosos ahora, imitando a una docena de corazones latiendo en oposición.

Al otro lado de la cámara, Erebus veía los huesos y sólo los huesos. Khârn vio la boca en movimiento del capellán, pero no leía pergamino o tomo. Lo que él susurraba era fruto de la inspiración o de la memoria.

Un hombre desaliñado estaba al lado. Profirió gritos feos, entrecortados mientras estrelló su cara varias veces en el altar, salpicando los huesos del muslo de la Santísima de sangre craneal oscura y materia cerebral. Tardó once impactos de suicidarse, pasado el cual se dejó caer a la cubierta retorciéndose.

Khârn sintió los dedos raspando y arañando ligeramente su armadura. Los selectores de objetivos siguieron tratando de localizar figuras a medio formar de cosas que no estaban realmente allí.

Sacó su espada y apoyó una mano en la guardia del hombro de Argel Tal. -Hermano, *nadie* merece esta inmundicia.

Argel Tal nunca tuvo la oportunidad de responder. En el momento que Khârn terminó de hablar, Erebus expresó una sola palabra: un comando desconocido en esa irregular lengua extranjera. El esqueleto en el altar se sacudió, se estremeció.

Y entonces, sin pulmones o cuerdas vocales, comenzó a gritar.

En los atormentados años por venir, en los raros días en los que Khârn poseía el suficiente autocontrol para hablar, y mucho menos contar la historia de los acontecimientos de esa noche, una de las pocas cosas que recordaría con claridad era la forma en que el coro murió.

Quince hombres y mujeres, rastrillando en sus propias carnes con uñas sucias y cuchillos rituales, fueron desmembrados donde se encontraban. Se deshicieron

como destrozada por las manos invisibles de los dioses. Algunas de las carnes de ellos en ruinas fueron contenidas por la ropa, derramándose el resto a través de la cámara. El sonido de su desaparición santificada era de alguna manera porcina; un grito de pánico cerdo junto con el chapoteo graso de la carne húmeda cayendo al suelo. Sus entrañas llovieron sobre el altar, bañando el esqueleto retorciéndose con las vísceras que le eran totalmente carentes.

Como en empatía, los tambores de hierro desaceleraron a un latido de corazón gigante, en lugar de golpes sin piedad para representar a muchos.

Moteados en sangre, tanto Khârn como Argel Tal dieron un paso atrás de lo grotesco de la representación; el Devorador de Mundos limpiándose con los dedos enfundados su placa frontal y en especial sus lentes; el último mirando el cadáver en vías de resurrección con la visión estriada en sangre.

Erebus ignoró el aullante viento etérico y el lamento de las almas atrapadas en sus garras. Alzó la voz, su crozius apuntado al retornado en el altar, ordenándole reclamar su lugar en el mundo de la carne, la sangre, el hueso y el acero.

Khârn vio el cadáver aun gritando levantar una mano, una garra de hueso ahora articulada por la sangrienta carne fresca, ante la sala sumida en la oscuridad absoluta. La oscuridad era una entidad en sí, insoldable y más verdadera que la mera ausencia de luz. Su visión térmica e activó en respuesta, mostrando nada. Luego seleccionó su visión por ecolocalización, mostrando lo mismo. No importaron los esfuerzos de su pantalla retinal para compensar la pérdida brusca de visión, se quedó a oscuras.

Su espada se elevó *en garde*, acelerada y masticando aire. Algo se estrelló contra sus puños; esperaba que fuera Argel Tal.

Los gritos se hicieron más humano, haciendo eco alrededor de la cámara en lugar de a través de la mente de Khârn. Como una bendición, cesó al tiempo que los clavos en su cabeza.

Oyó los pies descalzos en la cubierta dura y el grito ronco de una mujer joven cayendo finalmente por la falta de aire fresco. Oyó, por debajo de todo, un legañoso goteo que conjuró pensamientos de cadáveres colgando en un matadero.

Cuando su visión regresó lo hizo casi de mala gana, más como emergiendo de una nube de tinta que simplemente abrir los ojos. Las sombras retrocedieron de cada uno de ellos, disolviéndose ante la luz de las velas y dejando ondas a través de los charcos de sangre. Ni una sola vela se había apagado por el viento, o por la oscuridad que le siguió.

Erebus estaba junto al altar, con una expresión de paciencia inmortal. Indulgencia, incluso.

Agazapado en la esquina, desnuda salvo por su sudario y la protección de su pelo color avellana desaliñado ahora oscurecido a negro, Cyrene Valantion se estremeció y miró a Khârn y Argel Tal con grandes ojos del color de la caoba quemada.

Ella les miró. Ella les *vio*.

-Tú no estás ciega -dijo Argel Tal en un susurro asombrado. No "Estás viva", o "¿Estás bien?" –el shock le había golpeado, y golpeado duro. -No está ciega -dijo de nuevo.

Cyrene siguió temblando, mirándoles, y guardó silencio.

Palabra de su regreso se extendió como los incendios en la sabana por la nave insignia de los Portadores de la Palabra. A pocos minutos de salir de los aposentos de Erebus, la tripulación mortal se desplazó por los pasillos, gritando su nombre, desesperados por tocar su piel buscando suerte, o robar un trozo de su sudario como alguna muestra fúnebre de gracia del Panteón.

Cyrene se quedó mirando todo esto con creciente horror. Antes de su asesinato en los cielos sobre Isstvan V, había navegado a bordo de la nave de los Portadores de la Palabra *De Profundis* durante más de cuarenta años. Al mismo tiempo, había sido aclamada como un icono viviente del pasado de la Legión, uno de los últimos supervivientes de la ciudad perfecta, aniquilada por orden del Emperador para castigar a la XVII Legión por su fe fuera de lugar. El primarca mismo había llorado al conocerla, una única, larga y lenta lágrima de pena de un semidiós, y le pidió perdón. Esa historia, también, se había extendido con la tenacidad de las llamas sin control. Tanto más fervientemente por el hecho de que era verdad.

Su vida era una lección para recordar a la legión, y un reconocimiento de su culpabilidad. También era un tesoro que proteger, encontrar un lugar dentro de la XVII legión como los hombres y mujeres de fe y coraje habían estado encontrando lugares entre ejércitos santos desde tiempo inmemorial.

Ella había escuchado durante cuatro décadas, oyendo las confesiones de los Portadores de la Palabra, los soldados del ejército imperial y los miles de miembros del equipo humano de la nave de guerra de Argel Tal. Cuando la 301ª Flota Expedicionaria se unía a otras flotas durante la Gran Cruzada, los funcionarios de otras flotas siempre buscaron tiempo en su presencia, desahogando sus corazones y las conciencias con pecados del pasado y traiciones que estaban por venir. Escuchó durante casi medio siglo, oyendo y perdonar las ofensas de la única legión que nunca fallaría al Señor de la Humanidad, y la primera legión en aprender la verdad detrás de la realidad.

Había aprendido la verdad con ellos. Era tan fiel como cualquier Portador de la Palabra, y claramente más piadosa que la mayoría.

Cirugía juvenat la mantenía joven, fuerte y una figura frecuente para ser inmortalizada en las estatuas y vidrieras que adornan las catedrales y monasterios de tantas naves de guerra de los Portadores de la Palabra.

Pero ella había vivido todos esos años sin ver una sola vez a guerrero o trabajador viniendo por su bendición. Las ojivas incendiarias de los Ultramarines se cobraron su vista cuando borraron la ciudad perfecta de la existencia. Cyrene vio morir su ciudad en un bombardeo orbital muchas veces más brillante que el sol de su mundo, y el flash que dejó fritas sus córneas y nervios ópticos nunca había sanado. Ella se había negado a usar reemplazos por razones de fe y la esperanza de que sus propios ojos cursen.

Ni una sola vez había visto alguna vez el interior de las naves donde impartió sermones y recibió innumerables confesiones. Nunca había visto a Argel Tal, ni Khârn, ni siquiera a Lorgar. Su única experiencia de ver a cualquier marine espacial en carne fue viendo a los hijos de Guilliman ejecutando desalojos y evacuando a la población de la ciudad perfecta de sus hogares para minimizar las bajas antes de que comenzara el fuego celeste.

Ahora, en los corredores a bordo de la *Lex*, Khârn se alegró de permanecer durante el ritual y sus consecuencias. Lideró el camino de regreso a la cámara de armas de Argel Tal, luchando contra las multitudes entusiastas que atestaban los pasillos. Argel Tal la mantenía cerca, protegiéndola con una hoja desenvainada en cruz delante de ella. Permitió que el Cambio tomase el control y la protegió con sus grandes alas, los apéndices mezcla de rojo y negro que fueron formándose a lo largo del año desde Isstvan. Horrorizaron a Cyrene, obviamente; estaba superada por la inmensidad de todo lo que la rodeaba.

-Retiraos –advirtió Khârn a la marea de humanidad en sí aplastándoles. Manos sucias intentaron empujarle a un lado en su fervor. Había incluso Portadores de la Palabra en la multitud, cantando el nombre de la Bendita Señora, anunciándola como la Santa Renacida.

-*Retiraos* -gruñó las palabras, respaldadas con una patada en el esternón de un hombre. Los huesos en el pecho del hombre se quebraron como palillos y cayó al suelo, sin duda condenado a ser aplastado y asfixiado por sus compañeros. Khârn sintió una sonrisita desagradable instalarse; Argel Tal tenía razón. Esto no era un juego de moralidad selectiva.

Entre las llamadas de *¡Cirene! ¡Cyrene!* Y *¡Bendita Señora!* oyó una voz más suave por detrás, el susurro trémulo de una chica.

-¿Quién eres tú?

Se arriesgó a mirar hacia atrás, al tiempo que lanzó un codazo al casco de un Portador de la Palabra, retirando al asombrado guerrero. Cyrene estaba pálida, casi anémica; ya fuese por el olor potente de su túnica fúnebre o la locura de su terrible experiencia, Khârn no podía dilucidar vencedor.

-Soy yo -le dijo. -¿Cuántas veces se habían conocido? ¿Cuántas veces le había escuchado a él y Argel Tal debatir de filosofía o la naturaleza del alma? Nunca creyó una palabra de eso en aquel entonces, pero los acontecimientos de esta noche le instaron a una reevaluación desagradable sobre su escepticismo. Él no solo dejó que le tocara su cara para sentir sus rasgos, sino que incluso dejó correr los dedos por la cicatriz en la parte posterior de su cabeza, la única herida que no se

desvanecería, donde sus clavo fueron insertados tantos años antes. Él le había hablado de los clavos y lo que le hicieron a su cerebro.

Pero aquí, ahora, que no sabía quién era. Ella le estaba mirando, viéndole y no reconociéndole, en lugar de sentir su cara y recordarle al escuchar su voz.

-Khârn -le dijo. -Soy Khârn.

Ella le miró fijamente, pese al casco sobre su rostro. -¿*Tú* eres Khârn?

No tuvo oportunidad de responder. La multitud empujó contra él con fuerza suficiente para casi aplastarla. Khârn contraatacó con su espada sierra, partiendo al ser humano más cercano por la mitad. Se sintió enfermo, luchando tan fríamente. Los clavos pulsaron no con dolor, sino con un golpe de calor que aceleró su corazón, ofreciendo placer por goteo en el núcleo emocional de su cerebro si sólo se dejaba ir y masacraba con impunidad.

-Alejaos -gruñó. -*Alejaos*.

Se tragó el impulso, desmadejando a otras dos personas, incapacitando el cerebro de una tercera con la empuñadura de su espada sierra y estrellando su puño en la cara de otro adorador, arrancándole la cabeza y enviándolo al suelo.

No fue suficiente. El empuje de la marea creció, exprimiendo a los seres humanos más allá de él, incluso deslizándose entre sus piernas. La mera concentración lo abrumaba, forzándole a ponerse en la mente de los campesinos con horcas arrastrando a un caballero armado de la silla. Lo había visto una vez, en un proyector hololítico granulado, y su risa fue tan sonora como para traer lágrimas a sus ojos. Parecía un poco menos divertido ahora. Khârn desterró la distracción con un parpadeo y cedió a la tentación. Cedió a los clavos, indistinto a la forma en que un viajero agotado se entrega a dormir. Simplemente dejó de luchar contra ella.

El placer llegó en un goteo inmediato, acelerando con tanta seguridad como la espada-sierra en sus manos. Matar era estimulante como no podía se otra cosa, y los clavos jugaron su juego neuroquímico para que así fuese. Sabía que, en sus momentos de aburrida y gris paz, que cuando los clavos cantaban atrofiaban la serotonina en el cerebro para estimular la agresión instintiva, al igual que sabía que

amortiguaban la respuesta emocional y actividad eléctrica de otra cosa que no fuese el flujo de adrenalina. Entre los caprichos arqueotecnológicos de los clavos del carnicero, estos eran los efectos que la legión había estudiado con el máximo detalle en sus estudios abandonados tiempo ha.

Todo ese conocimiento frío y considerado significaba poco. El motor de dolor en su cráneo le obligó a disfrutar de la muerte por encima de todo, y toda voz calma de hipótesis sobre los porqués y sus consecuencias se volvieron papel mojado. Incluso la comodidad de la hermandad palideció, uno de los pocos placeres restantes de la vida fuera de la batalla. Por ello Khârn mató, al igual que sus hermanos siempre, porque matar significaba la sensación de algo más allá del lento y desenfocado pesar.

Y como siempre, con la promesa de placer vino el fuego de los músculos por el exceso de trabajo. Entre los clavos y los estimulantes de combate inundando su torrente sanguíneo luchó con más fuerza, se movió más rápido, golpeó con más saña. El placer era la recompensa por cada golpe de la espada-sierra.

Los Portadores de la Palabra se unían a los adoradores ahora, su decoro superado por su fe ferviente. Uno de ellos vino a él con una espada-sierra; Khârn golpeó con su hoja en la garganta del guerrero, para luego colarla a través de los cables de alimentación expuestos en el muslo de su enemigo, agarrando a continuación a una mujer humana tratando de evitarle. Cerró el puño, rompiendo su cuello con un solo tirón fuerte.

Sin embargo, nada de lo que hizo pudo detener la marea. Por cada uno de ellos a los que rompía la espalda o apaleaba hasta la muerte, más de ellos se arrastraban o abrían paso entre la prensa de cuerpos. La gran cantidad de la humanidad frenética le robó la mayor parte de la movilidad que tenía para golpear con la espada-sierra o lanzar un puño en la cubierta.

La primera señal de alivio provino de las filas traseras, con lúgubre aullido que precedió al olor horrible de la carne humana quemada. Uno humo tan fuerte como para ennegrecer el aliento empañó su visión a través de los pasillos, acompañado por el *fssshhh* del aliento tormentoso de los lanzallamas desatados en los pasillos cercanos.

Lo poco que Khârn pudo distinguir entre las llamaradas le hizo apretar los labios en un gruñido, debido tanto a la risa como a la rabia. Las llamas eran verdes: lenguas lascivas de vital, fósforo jade. Él conocía la naturaleza de ese fuego, al igual que cualquier alma que hubiera luchado junto o en contra del capítulo de Argel Tal del Hierro Consagrado en el año transcurrido desde su fundación sancionada.

Espuma requemada en los bordes de la boca de Khârn. La saliva le corría por la barbilla, tan ácida que hería. Arrancó el brazo de un hombre por el hombro, matando a los pobres humanos con una bofetada en la cara antes de que el hombre ni siquiera pudiera gritar. Detrás de él oyó la espada de energía de Argel Tal zumbando de izquierda a derecha, segando, al tiempo que la sangre cocida trataba de pegarse a su acero sagrado. Argel Tal asesinaba mientras mantenía a Cyrene en un abrazo posesivo, protector, con el arma que no necesita sierras de dientes para masticar. La fuerza del campo de energía de la lanza custodes convertía a los humanos en mantequilla, separando carne y huesos con una facilidad cómica.

Los dos guerreros se volvieron con un entendimiento tácito carente de palabras, protegiendo a la aterrorizada mujer entre ellos, espalda contra espalda contra la horda. Ambos arremetieron con cuchillas, botas y puños. Argel Tal tenía la ventaja de sus alas, golpeando contra los mortales desde alto, separándoles del suelo.

-Veo el fuego de jade –dijo Khârn por encima del hombro. *Ya era hora*, añadió en silencio.

-Ahora sigamos con vida hasta que nos alcancen – gruñó el portador de la Palabra en respuesta.

La espada-sierra de Khârn se atascó a mitad del torso de un hombre, escapando a su control donde la sangre hizo su embrague traicionero. Los dientes de la hoja hacían clics, atrapados contra el hueso. Khârn la dejó sobre la cubierta, revestida de la carne a quien ahora pertenecía y recurrió a matar con sus manos blindadas.

No era la primera vez, y no sería la última.

Es justo decir que pocos Portadores de la Palabra habían impresionado a Khârn. Ellos hacían la guerra con celo, un primo malsano de la pasión, y sus avances eran cubiertos de cantos bajo banderas mórbidas y sellos divinos difíciles de apreciar. En

algunas batallas, una fuerza de Portadores de la Palabra podía ser invocada para limpiar y purgar toda alma enemiga y esparcir sal en la tierra misma en que había vivido. En otros se postraban en oración, murmurando a regimientos, perdidos en la tortura o cualquier otra degradación ritualista para apaciguar a los dioses que ellos creían ver. Si había una manera de predecir sus inclinaciones antes de que se unieran a la batalla, Khârn aún no la había descubierto.

Incluso el Gal Vorbak, hermanos-demonio de sangre de Argel Tal, eran animales tanto como los hombres. Pocos de los llamados "Hijos Benditos" se refrenaban en la medida demostrada por su ex comandante, y la mayoría eran pequeños señores de la guerra sobre sus propios escuadrones y súbditos, comandando en su forma demoníaca la mayoría de las veces, emitiendo órdenes no de la legión sino desde el Panteón.

La excepción al disgusto vacilante de Khârn en la XVII legión era el Vakrah Jal. El Capítulo del Hierro Consagrado se levantó de las cenizas de las compañías devastadas en los campos de la muerte de Isstvan V. Argel Tal reunió a cientos de guerreros sin líderes y les dio unidad desde las ruinas. Abandonando sus juramentos al Capítulo aniquilado del Sol Serrado, obtuvo el permiso de lord Aureliano para levantar un nuevo capítulo en su lugar.

Muchos de ellos fueron atracados a bordo del *Conquistador*, dado el honor de los duelos en las arenas de combate. Sólo unos pocos cientos permanecían a bordo de la *Fidelitas Lex*, pero se daban a conocer al fin.

Ellos eran los portadores del fuego de jade, e iban a la guerra detrás de cascos de plata bruñida.

Estos eran los guerreros incinerando su camino por los pasillos llenos de gente.

Sus botas chapotearon a través de los grupos de restos pegajosos que quedaban. Donde el suelo era un enrejado, la carne y el metal fundido de hierro goteaban a través de los agujeros, cayendo en la oscuridad sin nombre entre las cubiertas. Khârn luchaba contra la desorientación familiar cuando los clavos trabajaban, pero fue lo suficientemente consciente de tener en cuenta la precaución en los movimientos del Vakrah Jal a medida que se le acercaron. Varios le vadearon por su

derecha para llegar a Argel Tal y Cyrene, pero unos pocos se demoraron, no del todo seguros de su temperamento.

Uno de ellos se arriesgó a tocarlo, apoyando una mano en el generador de energía trasero de Khârn.

-Capitán -preguntó el guerrero. -¿Necesita un apotecario?

Khârn se alejó del contacto del guerrero. -No. Gracias, de todos modos -sus ojos eran cálidos y pesados, amenazando con cerrarse. Se sentía como si pudiera dormir durante una semana. Maldijo a esta maldita nave; incluso los clavos empujaban más pesados en su mente aquí, dejándolo débil en las postrimerías de su crescendo.

El guerrero dio un paso atrás, haciendo un ruido sordo con sus botas en el fango orgánico mientras desactivó y envainó su espada curva colchisiana. Un momento después, Khârn oyó el silbido de los indicadoras de los puertos del lanzallamas montado en la muñeca del Vakrah Jal apagarse. Las luces piloto se desvanecieron con chispas gemelas. El espectáculo estuvo a punto de hacer sonreír al Devorador de Mundos. Solo lo mejor del Mechanicum para la élite de la XVII.

-Eshramar -le dijo al sargento Vakrah Jal.

-¿Señor? -el guerrero volvió la placa frontal plateada a Khârn.

-Derritió medio pasillo –señaló el centurión, y no fue una exageración. La mezcla alquímica del fuego del Vakrah Jal había disuelto largas franjas de la cubierta y convertido las paredes en olas de lodo metálico en enfriamiento. Aunque los ventiladores combatían el hedor a cerdo carbonizado y las nubes de humo, simplemente había demasiado aire contaminado como para necesitar horas de trabajo en este lío.

-También os he salvado la vida –señaló Eshramar. Su voz era un una versión vox, pero no podía esconder su diversión. -Bastardo desagradecido de la Duodécima Legión.

La mordedura de los clavos fue lo suficientemente refrescante para Khârn como para encontrarlo divertido. Sus implantes le permitieron corresponder con una sonrisa, cantando gratamente por detrás de la adrenalina en el torrente sanguíneo.

-Hermano -se volvió hacia Argel Tal. -Tenemos que movernos. Vendrán más.

DIECISIETE

Voces en la noche

Lección de Russ

Disformidad

Lorgar estaba escuchando los mundos muriendo. Por encima y alrededor de él, se mantuvo en calma en la cúpula de cristal blindada, recibiendo la basura y danza de colores disformes que no podrían existir. Veía cosas en las mareas en ebullición, como todo el mundo hacía, pero los rostros atormentados y manos indefensas eran fáciles de ignorar. Lo único que importaba era la melodía.

El resto de la canción seguía su flujo arcano, cada vez más y más cerca del crescendo que necesitaba. No faltaba mucho. Pronto, la canción alcanzaría tal arte etérico que estaría libre de canalizarla para que el reino material la escuchase. Cada mundo esclavo de sus soles tenía un papel que desempeñar, por lo que tenían que morir en perfecta armonía unos con otros. Todo lo que Lorgar necesitaba era un conducto para liberar el poder acumulado, y llegaría a tiempo.

Servir como director de una orquesta astrológica era más exigente de lo que había soñado, a pesar de que su contundente y más militante hermano tendría problemas para captar las sutilezas de sus esfuerzos. El agotamiento le dejó preguntándose, aunque fuera brevemente, si la paz absoluta crearía una canción estelar tan divina como la inspirada por la guerra absoluta. El destino había jugado su mano y el Caos estaba destinado a tragarse toda la creación tanto si Horus y Lorgar se rebelaran contra la maquinaria de guerra imperial pero, ¿Y si se hubieran mantenido fieles al Emperador? ¿Qué hubiera pasado entonces? ¿Hubiera dado la Gran Cruzada a un canto fúnebre sereno, cantado tras el velo mientras la humanidad moría bajo la terrible indefensión?

Ahí estaba el defecto fatal. El camino del Emperador era el *sometimiento*, no la paz. Él y Horus eran polos magnéticos iguales. No importaba que luz estampara el Imperio en su cruzada de conquista cuando la obediencia era lo único que sus señores deseaban. No importaba que guerras se libraran a partir de ahora a la eternidad. Las Legiones Astartes siempre marcharían, porque nacieron para hacerlo. Siempre habría guerra; aunque la Gran Cruzada llegara al borde galáctico, nunca habría paz. El descontento crecería. Las poblaciones se rebelarían. Mundos se rebelarían. La naturaleza humana finalmente enviaría a hombres y mujeres inquisitivos a cuestionarse la verdad, y los tiranos siempre caerían ante la verdad.

No habrá paz. Sólo guerra.

Lorgar sintió que se le helaba la sangre. *Sólo guerra.* Esas eran palabras que hacían eco en la eternidad.

No se fiaba de los Diez Mil Futuros que Erebus afirmó ver. Demasiadas posibilidades se forjaban de cada decisión tomada por todos los seres vivos. ¿De qué servía la profecía cuando lo único que ofrecía era lo que podría pasar? Lorgar no era tan simple como para necesitar conjeturas retorcidas de la disformidad para mostrarle eso. Cualquier persona con una pizca de visión podría imaginar lo que podría suceder. El genio radicaba en diseñar los eventos de acuerdo a los propios objetivos, no atendiendo a ciegas la risa de dioses locos.

Más que eso, Lorgar trató de mantener una cosa en mente por encima de todo. Los dioses eran poderosos, sin duda, pero eran seres volubles. Cada uno maquinaba en contra de su propia familia la mayoría de las ocasiones, derramando profecías contradictorias en la mente de sus profetas. Tal vez ni siquiera fuesen conscientes de la forma en que una mente humana podría comprender. Parecían tanto manifestaciones de emoción primaria como de esencias individuales.

Pero no, había un abismo entre escucharles y prestarles atención. Los dioses mentían, igual que los hombres. Los dioses engañaban y combatían y trataba de ampliar sus propios dominios sobre sus rivales. Lorgar despreciaba todas y cada una de sus profecías.

Incluso había visto destellos de futuros posibles donde el Imperio llegaba a adorar al emperador como un dios. ¿Qué tendría que acontecer en incontables miles de

millones de corazones humanos para que dicha fe arraigase? Lorgar mismo fue castigado por predicar, censurado por creer. ¿Cómo podría el Imperio de la humanidad abrazar a su señor como una deidad, después de que la XVII legión fuese humillada por atreverse a reclamar tal verdad?

Negó con la cabeza ante tal pensamiento y suspiró suavemente.

-¿Señor? –preguntó uno del coro, interpretando el suspiro como de desagrado.

Lorgar suavizó la interrupción con una sonrisa dorada. -Perdóname un momento de distracción. Por favor, continúa.

El coro contaba cincuenta y un almas, y todos pisaban la voz de su prójimo. Cada uno de ellos llevaba las vestiduras blancas de su orden, casi sacerdotal en sus galas sombrías. Permanecían en un desorden laxo, sin disciplina de formación más allá del arte accidental que cada uno de ellos se enfrentó a Lorgar, compartiendo sus palabras como si verdaderamente le hablaran.

Varios murmuraban. Otros gritaban. La mayoría hablaba con voz monótona y plácida, limpiando sus palabras de toda emoción.

-Mis piernas –dijo uno del coro sin expresión alguna, perfectamente recto. –*Mikayas, ayúdame, no puedo sentir mis piernas.*

-El Distrito Adelfia occidental ya está perdido -zumbó otra, mirando con ojos abiertos de par en par y muertos. *-¿No me estás escuchando? Los Devoradores de Mundos lo tomaron hace una hora. Necesito más hombres, gobernador. Necesito más hombres.*

Un tercero se balanceaba sobre sus pies, su cara anodina surcada por un sangrado por la nariz sin vigilancia.

-Mi hijo –susurró. *-Mi hijo está atrapado ahí abajo. No dispares. Por favor. No dis…*

Su repentino silencio hizo que Lorgar expresase una mueca de disgusto.

En los bordes del coro, varios de sus escribas-servidores registraban cada palabra, sin duda para ser estudiadas minuciosamente después, buscando cualquier

significado perdido. Lorgar se paseó por el piso de la catedral, zigzagueando entre los astrópatas, cuidando de no rozar a ninguno de ellos.

Angron entró en la basílica, armado con su habitual bronce y ceramita estilizados y con dos espadas-sierra de gran tamaño atadas a su espalda. Incluso perdió el tiempo con un saludo, levantando la mano en el primer gesto similar que Lorgar pudiera recordar de su hermano roto. El Portador de la Palabra trató de no dejar que su asombro fuese descubierto ante el escrutinio de su hermano.

-Lotara dice que le robaste su coro astropático –la sonrisa sin labios de Angron era una cosa ciertamente espantosa. -Ya veo que puede haber sido sincera.

-Robar es una palabra fuerte. "Apropiar" parece mucho menos innoble -Lorgar lanzó una mirada al cielo de la catedral, a medida que la *Lex* lo rasgaba en dirección a Nuceria.

-¿Para qué les necesitas? -preguntó Angron. Sus heridas de ser enterrado vivo ya se habían desvanecido, reemplazadas por cicatrices arrugadas moteando su carne, más cantidad de cicatrices para superponerse a las últimas.

Los Devoradores acechaban detrás de él, pisando fuerte en la catedral sin que el primarca les dirigiese un gesto. Ser uno de los guardaespaldas de Angron no era un honor, a pesar de la ferocidad con la que los campeones de los Devoradores de Mundos habían luchado por ello en los primeros años, los optimistas. Angron les despreciaba no importa dónde fueran; ni una sola vez luchó junto a ellos en la batalla. Equipados con servoarmaduras Exterminador, nunca habían conseguido seguir el ritmo de su señor, y eran tan propensos a perder el control como cualquier otro Devorador de Mundos; es decir, la esperanza de que luchasen coordinados era desmoralizante cuanto menos.

Lorgar observó a los Devoradores, los guerreros que habían superado un aprendizaje centenario para tragarse su orgullo y fingir que no eran ignorados, hablando entre ellos en la entrada de la basílica.

-¡Salve! -los saludó. Parecían incómodos al ser abordados, ofreciendo arcos vacilantes y sin palabras.

Angron resopló ante el reconocimiento de su hermano. -Guardaespaldas. Incluso su nombre me molesta. "*Devoradores*", como si los hubiera nombrado yo mismo. Como si fueran los mejores de la legión.

-Sus intenciones son puras -señaló Lorgar. -Tratan de honrarte. No es culpa suya que los dejes atrás en todas las batallas.

-Ni siquiera son los más feroces combatientes de la legión, nunca más. Ese canalla de Delvarus se niega a luchar por un lugar en sus filas. Khârn rio cuando le pregunté si alguna vez lo consideraría. ¿Y conoces a Escupesangre?

-Le conozco -respondió Lorgar. Todo el mundo le conocía.

-Venció a uno de ellos en la arena y grabó su nombre en la servoarmadura del pobre diablo con un cuchillo de combate.

Lorgar forzó una sonrisa. -Sí. Una delicia.

El rostro de Angron se crispó de nuevo, merced de los fallos musculares. -¿Qué primarca necesitaría protección de hombres menores?

-Ferrus -dijo Lorgar suavemente. -Vulkan.

Angron rio, un sonido rico y verdadero y sin embargo duro como un viento helado. -Es bueno saber que bromeas sobre los débiles. Me estaba aburriendo de tu luto por ellos.

No era una broma, pero Lorgar no tenía ningún deseo de romper el frágil buen humor de su hermano. -Yo sólo lloro a los muertos -admitió Lorgar. -No lloro a Vulkan.

-Es como si estuviera muerto –el Devorador de Mundos volvió a sonreír. -Estoy seguro de que lo desearía. Ahora, ¿Qué estás haciendo con el coro de Lotara?

-Escucharles cantar de otros mundos y otras guerras.

Angron le miró, impresionado. –Explícate, mientras tenga la paciencia para escuchar esos detalles.

-Sólo escucha -respondió Lorgar.

Angron hizo como prometió. Transcurrido un minuto o más, él asintió con la cabeza. -Estás escuchando los Quinientos mundos ardiendo.

-Algo así. Estas son las voces de los recién muertos, y los que pronto se unirán a ellos. Los últimos suspiros de almas aleatorias en Ultramar, en otros lugares, mientras nuestras flotas devastan sus mundos.

-Morboso, sacerdote. Incluso para ti.

-Estamos infligiendo esta destrucción sobre ellos. No debemos considerarnos distantes de ella. Puede que no sea nuestras manos las que sostienen los bólters y espadas, pero seguimos siendo los artífices de esta aniquilación. Es nuestro deber escuchar, recordar a los muertos martirizados, y meditar en todo lo que hemos forjado.

-Te deseo lo mejor en ello -dijo Angron. –Pero, ¿Por qué robar el coro de Lotara? ¿Qué le pasó al tuyo?

-Murieron.

Era el turno de Angron de sorprenderse. -¿Cómo murieron?

-Gritando -Lorgar no mostró emoción en absoluto. -¿Qué te trae por aquí, hermano?

-Curiosidad. Te he seguido hasta ahora. Hemos exterminado los mundos que deseabas y ahora me debes una respuesta o dos.

Lorgar se echó a reír. –Tú has exterminado varios mundos durante el año pasado que deseaba dejar de lado. No finjas que has sido un perro de guerra obediente, hermano. Armatura era el primer compromiso que en realidad deseaba cumplieses por mí.

La respuesta no desterró por completo el estado de ánimo estable de Angron. -Tengo una pregunta que responderás, Lorgar –el Devorador de Mundos finalmente se volvió a reconocer a su elite de Exterminadores. –Marchaos a otro lugar -les dijo.

Le saludaron e hicieron exactamente eso. Varios de los Vakrah Jal se situaron en las inmensas puertas de la basílica, viendo a los Devoradores marcharse. Se giraron

hacia Lorgar, esperando su orden antes de seguir a sus primos de la XII Legión. El primarca asintió, permitiéndoles irse. Luego miró al coro astropático, recuperando poco a poco la consciencia.

-Pueden volver al *Conquistador* cuando las naves salgan de nuevo al espacio real. Déjennos, por favor.

Se inclinaron y evacuaron la cámara en una procesión lenta, aturdida.

Una los dos hermanos quedaron solos, Lorgar levantó una mano como para detener las palabras de Angron. Luz efímera fantasmeó en el espacio entre ellos, girando en esferas, reflejando la formación del universo muchos millones de años atrás. Soles nacieron en vanguardia, para luego los planetas que dependían de ellos. Todo ello giraba en un baile lento y estelar: el ballet gravitatorio de la creación. Un centenar de estrellas rotaban en el aire, cada una con mundos girando alrededor de ellos.

Angron enseñó los dientes ante el truco de magia de su hermano. -¿Ultramar?

-Ultramar -confirmó Lorgar. -Un esquema simple de una quinta parte de la poderosa Ultramar -se acercó a una estrella, sosteniéndola entre sus dedos curvados. El sol palideció a un gris oscuro, extendiendo niebla blanca de su núcleo pulsante. -El sol de Calth. La estrella Veridian.

La boca de Angron se congeló en otra mueca. -No soy idiota, Lorgar.

La sonrisa del Portador de la Palabra fue lo suficientemente sincera. -Disfruta de mí un momento más. Mira.

Varias estrellas palidecieron de la misma manera, mientras que otras eran los anfitriones de mundos que oscurecieron y murieron en un torbellino de nubes de fuego sutil. Efectivamente, zarcillos de la niebla blanca alargada desde su génesis en Calth llegaban a través de los cielos con celo sinuosos. Comenzaron a extenderse, pero se comportaban como atrofiadas, sin rumbo, sin llegar nunca a ninguna de las otras esferas.

-Una vez navegué hasta el borde de la realidad -dijo Lorgar suavemente, -y en lugar del ateo infinito sin esperanza encontré los restos de un imperio destruido cuando

nació un dios. Los eldar dieron a luz a una deidad que los mató debido a su ignorancia, Angron. El Gran Ojo es la placenta de Slaa Neth, uniéndose a realidad e irrealidad como un reino santo. El Imperio ha archivado este tipo de eventos como tormentas de disformidad, pero a mi pesar las conozco mejor.

Por fin, la niebla llegó a una estrella mediocre en el borde de la proyección ilusoria. Un mundo solitario giraba alrededor de este sol: no más notable que cualquier otro planeta, y menos notable que muchos. Azul marcaba sus océanos y grandes lagos. Verde, gris y amarillo marcan sus diferentes masas de tierra, con el blanco del hielo en ambos polos.

-Aquí -dijo Lorgar. -La respuesta a tu pregunta no formulada.

Angron no era una criatura dada a vacilar, ni a la paciencia. Aun así, en ese momento parecía reacio a hablar, por una vez sin mostrar enojo por las intrigas poéticas de su hermano. Incluso los clavos callaban, no forzando su rostro a temblar.

-Nuceria -dijo al fin, y su voz se quebró por la palabra. Sus dientes de hierro se juntaron lo suficiente para emitir un quejido metálico. -No tengo ningún deseo de volver allí, Lorgar. No lo deseo, y no hay necesidad.

Lorgar asintió con la cabeza, sintiendo simpatía de parentesco en los ojos. -Ya lo sé. Ninguno de nosotros es el alma que una vez fuimos cuando el Emperador nos hizo subir a las estrellas. Cada uno de sus hijos ha crecido, ya sea aprendiendo del pasado o lanzando sus cadenas a un lado. Pero mira.

A medida que el mundo seguía su curso Lorgar alcanzó a tocarlo, la caricia más suave de sus dedos. El globo fue tragado por gusanos de fuego, cubriendo todos los detalles debajo de la cubierta de nubes en llamas.

El conducto -dijo Lorgar. -Sella el esquema y lo completa. Mira.

Los zarcillos de luz que surgían de Calth de repente saltaron de un mundo a otro, serpenteando y envolviendo en los confines del espacio. A medida que se propagaban a través de las fronteras de Ultramar se veían sin duda deseosos, incluso hambrientos, arañando hacia el orbe en llamas de Nuceria. Cuando

llegaron, se formó una frontera brumosa entre los quinientos Mundos y el resto del Imperio.

Angron oyó la suave exhalación de Lorgar, incluso de casi veinte metros de distancia.

-Nada desde Terra podrá entrar -dijo el Portador de la Palabra, caminando entre la línea de niebla, -y nada podrá salir. Ni siquiera un susurro astropático atravesará esta tormenta. Carbonizaremos la esquina de la galaxia de Guilliman, y sólo tú y yo conoceremos el camino de vuelta a través de las llamas.

La voz de Angron era de metal oxidado, masticada y escupida en un gruñido. -¿Por qué Nuceria? Puedes elegir cualquier mundo cerca de las fronteras de Ultramar para formar el otro extremo de esta... barricada. Pero elegiste Nuceria –el parpadeo del Devorador de Mundos fue perezosamente depredador, casi de cocodrilo. -Me responderás ahora, sacerdote. ¿Por qué Nuceria? ¿Qué nos espera en ese mundo que lo convierte en un blanco tan tentador?

El Portador de la Palabra bajó la mano y la cartografía estelar se apagó. -Debe ser Nuceria.

-No es suficiente.

-¿Por qué estás tan reacio a volver? –preguntó Lorgar en voz baja. La renuencia. Esto era algo que simplemente no había esperado de su hermano guerrero, incluso en la más difícil de las decisiones.

-¿Cuántas veces te lo he dicho? –gruñó el Devorador de Mundos, con la garganta formando un ' *Hnnngh* ' persistente. -Morí allí. Todo lo que ha pasado después no tiene sentido. No me reduzcas en tu mente a un inhumano gruñendo siempre, cegado por su propia ira. Todavía soy un hombre, sin importar lo que me hicieron. Decidí dejar el mundo vivo. No hay nada allí para mí.

Lorgar asintió con la cabeza, sintiendo que tenía que hacer algunas pequeñas apelaciones a la cadena temperamental de su hermano.

La venganza está allí, Angron. ¿Es eso un sin sentido?

-*Hnh.* ¿Venganza para qué? ¿Traerá a mis hermanos y hermanas de vuelta de sus tumbas injustas? Los huesos de mi pasado se enfriaron tiempo ha, Lorgar.

El Portador de la Palabra presionó más fuerte, entrecerrando los ojos. -Se hablaba de que el Emperador te vetó ese mundo. Siempre había pensado…

-Pensaste mal -Angron escupió en el suelo de mosaicos. La saliva era de color rojo. Algo en su cráneo estaba sangrando.

-Has jugado al juego de Emperador -reconoció Lorgar. -Llevabas el collar antes de la rebelión. Has tratado de ser el hijo que necesita ser. Eres exactamente eso, más allá de los momentos en los que pierdes el control. Pero ahora, tanto si lo deseas o no, necesito Nuceria muerto. Y tú eres el arquitecto perfecto de su desaparición, hermano mío.

Angron vaciló. A pesar de sus palabras, no pudo ocultar la lenta propagación del fuego en sus ojos.

-¿Por qué Nuceria?

Lorgar se veía triste. El portador de la Palabra solía llevar sus sentimientos en su rostro, pero podría ser difícil de leer cuando lo deseaba, y Angron había aprendido las sutilezas de la expresión humana.

-La metafísica es complicada -dijo Lorgar.

Eso hizo a Angron gruñir. -Puede que no haya malgastado días de debate contigo y Magnus dentro del palacio de nuestro padre, pero los clavos no me han dejado incapacitado. Hice la pregunta, Lorgar. Contéstala. Y hazlo sin mentir, si puedes conseguir tal hazaña.

El Portador de la Palabra cruzó sus ojos con su hermano, y la paleta rara vez vista de las emociones dentro de sus profundidades. El dolor estaba allí en abundancia, pero también lo eran la frustración de vivir con una mente cortocircuitada y el salvajismo que trascendía la propia ira. Angron era una criatura que había hecho de su odio una hoja para ser utilizada en la batalla. Había convertido en armas a sus emociones, cuando la mayoría de seres vivos eran esclavos de los suyos. Lorgar no podía dejar de admirar la fuerza en eso.

-Vamos a Nuceria, gracias a ti. Debido a los clavos.

Angron le miró, y su silencio le hizo señas a su hermano para continuar.

-Te están matando -admitió Lorgar. -Más rápido de lo que pensaba. Más rápido de lo que nadie se dio cuenta. La tasa de degeneración se ha acelerado incluso en los últimos meses. Tus implantes nunca fueron diseñados para el encéfalo de un primarca. Tu fisiología es tratar de reparar el daño que los clavos provocan al penetrar, pero es un juego de tira y afloja, con ambos lados parejos.

Angron tomó esto con un gesto impasible. .Conjeturas.

-Puedo ver las almas y escuchar la música de la creación -sonrió Lorgar. -En comparación, esto no es nada. Los archivos de la XII legión son lo suficientemente amplios, y lo sabes. Tu comportamiento dice el resto de la historia, junto con el dolor que sentido irradias que cada vez que nos reunimos. Todo su cerebro se reorganiza y reconecta, esclavizado a los impulsos de los implantes. Dime, ¿Cuándo fue la última vez que soñaste?

-No sueño -la respuesta no se hizo esperar, casi con ferocidad. -Nunca he soñado.

Los ojos dulces de Lorgar atraparon la luz caleidoscópica de la disformidad mientras inclinaba la cabeza. -Ahora estás mintiendo, hermano.

-No es ninguna mentira –los gruesos dedos de Angron temblaron, se acurrucaron y cerró en torno a los fantasmas de sus armas. -Los clavos apenas me dejan dormir. ¿Cómo voy a soñar?

Lorgar no omitió la tensión creciente en el lenguaje corporal de su hermano, las venas de las sienes perfiladas en su piel con cicatrices, la elevación feral de los hombros, igual que un dibujo de un gato en cuclillas antes de cazar.

-Una vez me dijiste que los clavos te privaban de descanso -concedió Lorgar, -pero también dijiste que te permitían soñar.

Angron dio un paso más. Empezó a decir “Quise decir...", pero el resplandor muy terrenal de Lorgar lo detuvo en seco.

-Te dan una serenidad y paz que no se puede encontrar en ninguna otra parte. Los seres humanos, legionarios, primarcas... todo lo que vive debe dormir, debe descansar, debe permitir al cerebro de un período de descanso. La reorganización de tu mente te niega esto. No sueñas con los ojos cerrados. Sueñas con los ojos abiertos, persiguiendo desesperado la paz que los clavos pueden darte -Lorgar cruzó sus ojos con los de Angron nuevo. -No nos insultes a los dos por negarlo. Babeas y el murmuras cuando matas, murmurando en busca de la serenidad y lo cerca que se siente. Te he oído. He mirado en tu corazón y tu alma cuando estás perdido por los clavos. Tus hijos, con sus copias de crudo de sus implantes, tienen sus mentes reescritos para sentir alegría sólo con el beso de adrenalina. Los implantes causan menos dolor porque raspan los nervios superficialmente, por lo tanto tus Devoradores de Mundos matan porque alegra sus corazones reforjados y cesa el dolor paralizante en sus músculos. Tus clavos del carnicero son un diseño más siniestro y depredador, arruinando todo conocimiento, robándote todo atisbo de paz. *Te están matando*, gladiador. ¿Y te preguntas por qué te voy a llevar de nuevo a Nuceria? ¿No es obvio?

Angron retrocedió, sus ojos novas donde su hermano frío estelar. -Ellos no se pueden quitármelos. Y me gustaría pelear con quien lo intentó. Si me están matando, es una muerte bastante lenta que ni temo ni rechazo.

La mirada de Lorgar estaba ardiendo ahora. -Voy a salvarte, Angron. Enfréntate a mí, ódiame, o confiar en mí; me da igual. Te arrastraré hacia la inmortalidad que mereces.

-¡No se pueden quitar! -Angron buscó sus espadas-sierra, deteniéndose justo antes de empuñarlas. Ansiaba dominar sus emociones, como si sucumbir aquí y ahora a la ira de alguna manera demostrara que Lorgar tenía razón.

-No voy a eliminarlos -Lorgar se acercó a su hermano con las manos extendidas en aplacamiento. -Pero los señores que les clavaron en tu cráneo sabrán más de su función. Aprenderé todo lo que saben de sus diseños insidiosos y luego quemaré su mundo repugnante hasta que su superficie no sea sino vidrio. Y estarás conmigo, tomando la venganza que pretendes no desear. Si hay una forma de salvarte, como sea, de alguna manera, lo haré. Lo juro.

Angron tragó. No nervioso, porque no sabía nada de esa variante particular de inquietud, pero algo en los susurros húmedos e intensos de Lorgar dejaron al Devorador de Mundos rechinando los dientes una vez más.

-Si lo que dices es cierto, ¿Por qué salvarme?

La decepción estaba claramente grabado en características tranquilas de Lorgar. -¿Por qué esa es una pregunta que cada uno de nuestra línea de sangre tiene que pedir con una mueca de incredulidad? -suspiró. -Eres mi hermano. Curaré cualquier dolor que sufras y te protegeré de los daños si soy capaz.

Angron no dijo nada durante varios golpeteos de su corazón osuno. -La sangre no siempre es más espesa que el agua, Lorgar. Hay muchas almas que honro por encima de mis propios hermanos -empezó a caminar como un un animal enjaulado, frustrado por el hecho mismo de que su hermano tratara de mostrarle respecto. El desconocimiento del momento era venenoso. -Eres débil -dijo Angron al fin.

Los ojos dorados del primarca quedaron desenfocados, pero no mostraron ninguna ofensa más allá de su leve distracción.

-¿*Soy* débil? -le preguntó en voz baja. -¿Te he oído bien?

-Ya me has oído -respondió Angron. -Deja que la historia recuerde mis palabras bien, porque me importa una mierda quién estará sentado orgulloso en el Trono de Terra cuando el último día amanezca. Horus es un jefe muy bueno, pero ese es el límite de mi admiración por tan arrogante y presumido bastardo. Me uní a su rebelión porque puedo tolerarlo más fácilmente que la abominación que hace llamar Señor de la Humanidad. ¿Quieres la verdad de mi vida y muerte? Soy Angron, el Devorador de Mundos, y ya estoy muerto. Morí hace más de cien años, en las montañas al norte de la ciudad que me esclavizó. Morí después Desh'ea.

Lorgar juntó las manos y la sonrisa que curvó sus labios no decía más que comprensión divertida.

-*Soy* débil -dijo Lorgar de nuevo. -*Yo*. ¿Es eso cierto, hermano? ¿Soy *yo* el único primarca que nunca conquistó su planeta natal? ¿O es el gran y poderoso Angron? ¿Soy *yo* el primer primarca en sentir el aliento de los lobos en la garganta, o fueron

Angron y sus poderosos hijos los que sufrieron en la Noche del Lobo, desangrado por Russ bajo la lluvia?

Angron rugió mientras avanzó, a pesar de que no empuñaba ninguna hoja y preparaba ningún golpe. ¡Yo le tenía! *¡Tuve a Russ a mi merced!* ¿Te atreves a decir otra cosa, cuando fue él quien tuvo que huir de vuelta a su cañonera?

Lorgar no se acobardó. -¿Eso fue lo que pasó, hermano? ¿De verdad?

-Yo... Sí -Angron ralentizó su avance, de repente en el borde. -Luchamos. Nuestras legiones lucharon. Los lobos se retiraron. Nosotros... nosotros les perseguimos.

-Si dices la verdad -Lorgar le observaba atentamente, -entonces... cuéntamelo. -casi pudo ver, tocar las mentes y percibir la memoria a través de los recuerdos sensoriales de Angron, pero dudó en el último momento. A pesar de su falta de humanidad, los clavos sentían cualquier intrusión psíquica y tendían a morder de nuevo. Lorgar le había sondeado y explorado suficiente para saberlo. Era mejor escuchar el cuento de su hermano que a agitar a Angron más.

-Te equivocas -Angron habló en un gruñido ronco, ronco no de ira sino por el peso de la emoción. -Te equivocas; no era bajo la lluvia, era al atardecer en un día ya oscurecido por la ciudad en llamas detrás de nosotros. Mi hoja se rompió, pero no importaba. Le quité la espada sierra de los puños y la rompí en mis manos. Caímos en el barro, gritos. Nos conocíamos tanto que la pelea iba a terminar en el suelo. Lo tenía, Lorgar . Mi bota en la garganta, en el final. Me impuse al final y Russ...

Russ... tuvo que arrastrarse, sus colmillos apretados, respirando saliva tanto como aire. Reguero cayeron de sus labios agrietados con cada exhalación ronca. Angron le cazó cuando el Rey Lobo se puso en pie, pero Russ abrió los brazos de par en par, sin ofrecer resistencia.

-¿Lo Ves? -dijo. No, le gritó. Él ladró no como una bestia simple, pero con la pasión humana respaldada por la ferocidad canina. La convicción ardía en sus ojos, la misma ferocidad instintiva de un perro que defiende su familia. -Mira, maldita sea. Mira a tu alrededor. ¿Ves lo que has hecho a tus hijos?

En el núcleo de la batalla, el significado perforó dolorosamente los ojos de Angron el tiempo suficiente para dejarle sin habla. El hacha en la mano bajó, y miró hacia las filas de lobos frente a él con sus bólters alzados. Venían en grupos irregulares, abandonando la lucha para formar un anillo alrededor de los primarcas. Lobo tras lobo, lo suficientemente cerca para que Angron distinguiera los tótems individuales y talismanes golpeando sus armaduras de gris tormenta, moviéndose para estar en filas irregulares con sus hermanos.

Uno de ellos, un líder tribal de algún tipo, destacaba por las marcas de manada azuladas elaboradas sobre el casco.

-Se acabó, lord Angron -dijo.

-Russ -Angron se volvió hacia su hermano y señaló con una mano ensangrentada a las manadas de lobos que les rodeaban, mientras las legiones seguían luchando en el resto del campo de batalla. -Tu legión se está desangrando.

Russ no lo negó, porque era cierto. Más allá de los primarcas cercados, los Devoradores de Mundos estaban penetrando a través de los regimientos grises sus primos, luchando carentes de táctica, así como sin ninguna consideración por su primarca. Incluso desde los primeros días estaban acostumbrados a que Angron luchase solo, y sus frescos implantes les robaron alguna esperanza de planificación campal coherente. Sus cerebros atrofiados no les dejaban poner orden en el caos.

Los pocos Devoradores de Mundos en posesión de sus sentidos, como el imponente Lhorke, a quien Angron observó con los ojos entrecerrados, se lanzaban a los Lobos atrincherados alrededor de los primarcas en duelo, pero carecían de los números para abrir brecha en el dispositivo de manadas defensivo de Russ.

-Mis hombres están muriendo -admitió Russ. -Sin embargo aquí nos encontramos, en el corazón de la batalla y sólo una legión está a punto de perder su primarca. ¿Ves por qué he venido? ¿Ves cómo has roto a tus hijos? –barrió con un brazo para abarcar una gran pase el campo de batalla. -Los lobos son soldados que toman un objetivo. Pelean para ganarlo, mientras que tus Devoradores de Mundos luchar sólo por matar.

-Alcanzarán la victoria -sonrió Angron, mostrando una media luna de dientes ensangrentados, -hasta el último hombre en pie.

Russ lanzó una mirada a la batalla más amplia, haciendo una mueca por la devastación infligida sobre ambas legiones.

-Eso es cierto en las arenas de gladiadores, Angron. Pero nuestro Padre desea soldados y generales. No gladiadores. La muerte es una necesidad; se trata de matar a nuestros enemigos y nuestros propios soldados cuando no podemos prescindir de ellos. Malgastas la vida de una legión como un señor en juegos. No puedes seguir así.

Angron había seguido la mirada de Russ, pero mientras el Rey Lobo daba a la batalla un mero atisbo de atención, Angron estaba prestándole una atención plena y divertida.

-La guerra sólo se gana cuando todos los enemigos están muertos. Un enemigo pacificado sigue siendo un enemigo.

-Más sabiduría de gladiador, Angron. Mire a mis hombres rodeándote. ¿No has aprendido nada, honestamente?

-Tus hombres están perdiendo, Leman -sonrió a su hermano. -Llevaremos esto hasta el último aliento, ¿eh? Deja que el derramamiento de sangre juega con la danza de las cuchillas cortando. Veamos que la Legión sigue en pie.

-Ninguna sobrevivirá. Pero morirás en el momento en que mis hombres abran fuego.

-La muerte no tiene ningún misterio sagrado para mí, Russ. La abrazo sin terror -se echó a reír, pese al dolor de los clavos, con tanta fuerza que sus ojos se humedecieron. -¡Puede que incluso le dé la bienvenida! ¿Estás facultado por nuestro "amado" Padre, perro? ¿Puedes darme muerte realmente, o tu impostura ya ha ido demasiado lejos? ¿Correrás de nuevo a Terra e informarás que has perdido el control de tus mestizos de sangre de la misma manera con la que me calumnias?

Los ojos rasgados dolor de Angron se fijaron en su hermano y rio aún más fuerte. -¡Esto nunca tuvo la intención de llegar a las manos! Lo veo en tus ojos; has ido demasiado lejos, pequeño verdugo, y ahora tienes miedo de cómo va a terminar todo -él se acercó más, su diversión volviéndose enferma y salvaje. -Las ejecuciones son el asesinato de presas indefensas, Russ. Lo que se ha cometido aquí, "hermano", es una lucha justa.

Él asintió con la cabeza sobre el campo de batalla de nuevo. -Y lo digo una vez más; tus hombres están perdiendo. ¿Sabes por qué? Porque tienen algo por lo que vivir. Les importa. Los míos luchan por placer, sabiendo que cualquier tipo de vida fuera de la guerra le es negada. Sus vidas tienen tan poco sentido para ellos como para mí, y ese es el don dado por los clavos del carnicero. Son guerreros, no soldados. Guerreros sin miedo a la muerte, y desdeñosos de protegerse contra ella. No se protegen, matan. Reemplazan todos los pensamientos de su propia vida por el hambre para acabar con los demás. Recuérdalo, Russ. Recuérdalo bien.

-Esto no ha terminado -prometió Russ.

-Lo que alivia tu orgullo herido, perro.

Leman Russ, Primarca del Vlka Fenryka, tomó una respiración larga y profunda, y lanzó su aullido al cielo.

-¿Aulló? -preguntó Lorgar. Sus ojos estaban muy abiertos, perlados de suave asombro.

-La llamada a retirarse -replicó Angron. -Una retirada combatida; los Devoradores de Mundos necesitaron varios instantes para comprender que la batalla había terminado. Había compañías enteras tratando de luchar contra los lobos mientras la legión de Russ corrió hacia sus naves –Angron se rio entre dientes. -Se llevaron una gran cantidad de trofeos de sus víctimas. Muchos los llevan todavía.

Durante unos momentos, Lorgar tuvo que ver la cara de su hermano deficiente para asegurarse de que esto no era una broma elaborada.

-No has respondido a la pregunta de Russ -dijo. -¿Realmente no aprendiste nada de esa pelea?

Angron parpadeó, con el borde romo de la sorpresa entrando en sus ojos. -¿Qué revelación debí haber alcanzados? Me enteré de que no tenía autoridad para matarme. Aprendí que fingió con la esperanza de llevarme de vuelta a Terra, atado y sumiso a sus caprichos.

-No –dijo Lorgar casi sin aliento e incredulidad. -No, no, no. Angron, idiota testarudo. Nada de eso importaba.

-Había más lobos muertos en ese campo que Devoradores de Mundos. Eso es importante.

Eso, pensó Lorgar, también era discutible, pero lo dejó pasar. -Russ estaba acabado. Dijiste que le tenías a su merced, pero le dejaste ir.

-*Arrastrarse* -Angron rio de nuevo, haciendo una papilla de la palabra.

-Y cuando se levantó te tenía rodeado. Pudo haberte matado.

-Él lo intentó y fracasó.

-Sus *hombres*, Angron. Su legión pudo haberte matado. Ordenado o no por el Emperador, Russ salvó tu vida. Él no se retiró en la vergüenza, arrogante... -Lorgar suspiró. -Probablemente estaría lamentándose de tu dura cabeza todo el camino de vuelta a Terra, con la esperanza de que hubieses prestado atención a una lección en vez de dilapidar la fraternidad y la lealtad. Mira lo que pasó. Sí, lo derrotaron en un duelo. Sí, sus hombres murieron más que los tuyos. Y sin embargo, ¿Quién ganó la batalla?

-Los Devoradores de Mundos -dijo Angron sin dudarlo.

Lorgar se lo quedó mirando durante unos segundos. -Soy consciente de que todo ser vivo tiene, por la naturaleza de la percepción, comprensiones y sentidos de la vida diferentes. Pero incluso para ti, hermano, esto es dolorosamente obtuso.

-¿Estás diciendo que los Lobos ganaron? -Angron parecía más divertido que confundido.

-¿Cómo no puedes verlo? -Lorgar juntó los dedos, tratando de controlar a su propio temperamento. -Ganaron una victoria digna de grabarse en su armadura por todos los tiempos. Mientras estabas haciendo gala de tu fuerza, los hijos de Russ fueron lo suficientemente leales como para venir a él, rodearos, poner en peligro su vida, mientras estuviste en la vanguardia de tu legión. Ese puede ser el momento más amplio de superación táctica en la historia de las Legiones Astartes. Es casi poético en su elegancia y resonancia emocional. Demostró la lealtad de sus hijos, mientras que tú los dejaste morir. Demostró el daño que los clavos están haciendo a tu Legión. Demostró la fuerza táctica de tomar un objetivo en lugar de luchar simplemente para matar. *Perdonó tu vida* con la esperanza de que vieras todo esto, en una lección que le costó mucho enseñarte, y tu reacción es sonreír y autoproclamarte vencedor.

Angron no reía ese momento. Lorgar podía ver los músculos tensos de su hermano; alguna interrupción cognitiva en algún lugar de su conciencia, y la furia de Angron aumentó de nuevo.

-Sólo uno de nosotros se escapó aquella noche. Él es débil.

-Por la sangre de los dioses -Lorgar seguía intentando, apenas, hablar con calma. -Los primarcas son el puente entre el Emperador y la especie que dirige. Todos somos débiles, porque todos somos iguales. *Todos nosotros.* Somos la humanidad magnificada: sus virtudes y sus defectos.

-No soy débil. Nunca he sido débil.

-No solo eres débil si no puedes entender la lección de Russ, sino también idiota.

Lorgar podía ver en los ojos de Angron lo mucho que el Devorador de Mundos invertía en resistirse a estrangular a su hermano. Estaba capturando aliento para comentar el autocontrol de Angron cuando la nave se movió bajo sus pies y salió de la disformidad una vez más. El metal gimió bajo sus botas mientras la nave se retorcía en el tormento de regresar a las frías mareas del espacio real. El espíritu-máquina de la *Lex* estaba llegando a amar sus viajes por el Mar de las Almas.

Angron exhaló un lento, bajista resoplido. Tenía los ojos inyectados en sangre perdiendo su brillo saludable y los temblores disminuyeron en sus manos.

-Olvídate de la Noche de los lobos. Vine por Nuceria.

-Y yo he contestado por qué -respondió Lorgar, sin dejar de observar la figura irascible de su hermano desvanecerse cuando la nave salió de la disformidad.

El primarca cicatrices volvió la mirada a su hermano dorado. Por primera vez, Angron se dio cuenta de que las únicas lesiones en las que Lorgar había fracasado, o tal vez se negó en sanar fueron los cortes de garras en la mejilla, infligidas por Corax en los campos de la muerte.

Ya estaba cansado de caer en tácticas de conversación suave de Lorgar, y sólo por esta vez, no habría lugar a palabras cebo de su hermano.

-Te respeto -admitió. -Pero nunca me gustarás -con una rara preocupación y consideración, Angron cruzó sus ojos con su hermano. -Me *debes* una, sin embargo. Te he salvado la vida. Así que te dejaré salvar la mía.

Lorgar se inclinó como un sacerdote mientras sonreía. -Prepárate, entonces. Llegaremos a Nuceria en un mes. Vuelves a casa, Angron.

Angron emitió un bajo y gutural *'Hnngh'*. Una lenta sonrisa, descubriendo sus colmillos de hierro amaneció sobre sus rasgos devastados. -Me pregunto si aún me recuerdan.

El tiempo en la disformidad transcurría como en ningún otro lugar. Incluso en las naves protegidas, la caricia de la irrealidad de filtraba retorciendo las horas en los músculos y las mentes de los mortales a bordo. Las tareas que necesitaban minutos pueden dejar a alguien exhausto como si se hubieran empeñado horas de trabajo; el sueño llegaba con dificultad a todos, y sueños oscuros acaparaban a la mayoría. Cuando llegaba el ciclo de descanso de un miembro de la tripulación no era infrecuente que el siguiente turno salieran de sus cuartos irritables y apenas descansados.

Lotara Sarrin soñaba con su hermano muerto en su juventud, cuando enfermó y murió ignorando los recursos financieros infinitos de su padre. Fue la primera vez en su corta vida de darse cuenta de que no se podía curar todos los problemas simplemente poniendo dinero. Hacia el final, ella odiaba ver a su hermano, y los

años no hicieron nada para suavizar la picadura de esa vergüenza. Deliró y gritó, ya moribundo, mirándoles con ojos amarillos hundidos y temblando por el fallo multiorgánico.

Muchas noches de ese mes ella soñó con ese chico retorcido, y cuando su insomnio estaba en su mínimo misericordioso, manteniéndola despierta durante días y días, lo oyó llorar en los conductos de aire.

Angron desatendía la tripulación de mando del *Conquistador*, confiando en los oficiales entrenados para la tarea; igual en la formación de sus guerreros, confiando en los centuriones para manejar los aspectos mundanos de la vida legionaria. En varias ocasiones, se le vio en compañía de Vel - Kheredar, entrando o saliendo de las cámaras-forja del Archimagos. Otras veces, se dirigía a los amplios salones del Museo de la Guerra del *Conquistador*, haciendo una pausa para largas conversaciones con los archiveros cuando los dolores de su cráneo le permitieron la paciencia para hacerlo. Cuando pasó algún tiempo entre sus hombres, nunca fue con cualquier capítulo o la compañía preferida, siempre con su atención dividida entre ellas. El *Conquistador* hospedaba a muy pocos de su Legión, mientras que el resto se dedicaba a la pacificación de Ultramar. Los presentes vieron más a su primarca en un mes que en los años anteriores. Bebió con ellos, observó sus duelos de gladiadores, riendo mientras reían y compartiendo la calidez de la hermandad de una manera que pocos primarcas disfrutaban con sus hombres.

El aislamiento de Lorgar era por esfuerzo y concentración, en lugar de disgusto ante la cercanía de los demás. Se había apartado para transcribir la melodía detrás del velo, escrito con tinta y pluma en las paredes y el suelo de la basílica en un idioma que era y no era el irregular colchisiano rúnico. Magnus vino a él una vez más, hablando de las estrellas y la naturaleza de la realidad en el reino donde los dioses y los mortales se encontraban. Lorgar nunca levantó la vista de sus transcripciones, ni siquiera al notar la manifestación de su hermano. Lo único que importaba era la canción. La sentía tanto como oía, un viento rozando su piel y una batería en sus huesos. Podría tocar un millar de orquestas en mil mundos separados, utilizando instrumentos y melodías conocidas sólo por esas culturas, y a pesar de ello nunca se acercaría a la escala de la empresa tocando en la mente de Lorgar. No era una canción. Eran mil millones de canciones superpuestas, y era su

deber escuchar y asegurarse de que cada nota se tocaba a su ritmo. Oyó miles de millones de hombres, mujeres y niños morir de todas las formas posibles de morir. Oyó el grito de muerte de mundos enteros a medida que sus superficies ardían y sus núcleos gritaban bajo la tensión. Los oyó, sintió y escribió y escribió y escribió.

Para cuando la *Lex* salió finalmente de la disformidad en el sistema de Nuceria, se quedó pensando si esto era lo que se sentía al estar loco. ¿Era esto una locura? ¿Lo sabría? ¿Sabría el loco cuan bajo ha caído hasta el momento?

No dejó de escribir, sin embargo. La catedral era un lienzo de texto rúnico, sin sentido por la frecuencia con que la sobrescribió, y aunque desaceleró en el trazo de los garabatos no se detuvo.

Todavía no.

Skane soñó con casa, y pasó muchas horas viendo hololitos de diagnóstico médico representando la degeneración por radiación exacta de su cuerpo a través de los años. Se le ofreció la oportunidad de salir de los Destructores. Se negó.

Delvarus soñó con una redención negada, y pelearía con el doble de ferocidad en los entrenamientos para desafiar a las posibilidades.

Kargos inspeccionó las bóvedas de semillas genéticas, disfrutar de una melancolía momentánea con los nombres grabados en las unidades de almacenamiento criogénico. Cuando soñó, soñó con victorias pasadas. El toque de la disformidad nunca parecía jugar con él como lo hacía en otros.

Cyrene Valantion, la Dos Veces Viva, soñó con nadar a través del fuego, perseguida por demonios pisándole los talones. Sus propios gritos la despertaron cada noche, sentada muy erguida en sus nuevos aposentos, perlada por el sudor frío. Algunas noches, podía oír a los guardianes Vakrah Jal al otro lado de la puerta ordenando a los adoradores limpiar la zona. Otras noches, se despertó para ver Argel Tal sentando encorvado de espaldas a la puerta con la espada con la que ella murió en sus manos. Sus lentes oculares de frío azul resaltaban en la penumbra mientras le miraba. Ambos pasaban las siguientes horas en conversación tranquila, con él la narrando los viajes disformes del año pasado tras Isstvan y ella asegurando que no recordaba nada del año que pasó muerta.

Por su bien, él dijo que le creía.

El mismo Argel Tal pasó gran parte de su tiempo entrenando con el Vakrah Jal, o siendo ignorado en sus intentos diarios de hablar con su primarca. Con el *Conquistador* reparado, había menos posibilidades de reunirse con Khârn.

En cuanto a Khârn, él nunca habló a nadie de sus sueños, si es que tuvo alguno. Empujó a sus hombres más que nunca, fusionando varias compañías maltrechas para reforzar la suyo. Su atención se centró en Nuceria. En concreto, en *sobrevivir* a Nuceria. A pesar de las defensas innegablemente permeable del mundo, no podía evitar la amenaza de una molestia tan grave que se sentía como una premonición.

La advertencia de Argel Tal se instaló con él, hasta el punto que consideró matar a Erebus y simplemente acabar con todo pensamiento de él. Kargos lo consideró absurdo *-No me puedo creer que aún lo esté considerando, capitán* -y Skane hilarante. Su garganta potenciada rio como un tanque Rhino cambiando de marcha.

Veintisiete días después de que el *Conquistador* y la *Fidelitas Lex* dejaran Armatura en cenizas salieron de la disformidad en el borde del sistema de Nuceria. La *Trisagion* les esperaba.

Lorgar levantó la vista de sus garabatos, vio el distante mundo caer en la noche y se estremeció. Aquí estaba su conducto para liberar las energías de un centenar de mundos masacrados y bañar Ultramar con fuego sagrado. Aquí, en el planeta donde se crio Angron, el hermano de Lorgar se enfrentaría a la elección más importante de su vida.

Y como siempre, acabaría en sangre.

DIECIOCHO

Campo de Huesos

Traidor

Una simple Orden

Oshamay Evrel'Korshay de la Guardia Thal'kr Kin estaba haciendo su ronda cuando el cielo se incendió. Ella caminaba por las murallas de la ciudad al atardecer, hablando con sus dotaciones y capitanes de artillería de línea de forma no amable, pero nunca desleal, prefiriendo siempre la distancia profesional a cualquier calidez compartida. Es mejor ser admirado que amado. Su brazo artificial zumbaba y ronroneaba suavemente, obedeciendo a su antojo. Había perdido su miembro de carne y hueso hace nueve años, durante los combates de trincheras de la Última Guerra. Desde entonces, ese nombre se había convertido en una especie de broma de sabor agrio. La Guerra que Acabaría Todas las Guerras no había sido la última, después de todo. Con las ciudades-estado cambiaban lealtades tan a menudo que, sinceramente, no estaba seguro si todos estaban peleando un conflicto diferente, o si la Última Guerra sólo se extendió durante años, cambiando sus bondades y crudeza con las estaciones.

Cuando la lluvia de fuego apareció por primera vez en el cielo, cayendo entre las primeras estrellas de la noche, su primer pensamiento fue que sus enemigos estaban haciendo lo imposible. De alguna manera la Gran Unión Litoral estaba atacando Desh'ea desde el aire, a pesar de carecer todos los recursos y municiones para hacerlo. ¿Qué voluble política les había permitido llevarlo a cabo? ¿Habían descubierto una de las criptas-arsenal del Primer Reino bajo las olas costeras, o enterrados bajo las montañas? Imposible. No podía quedar ninguna, pues cada sitio fue excavado o dragado hace siglos.

Aun así, la primera cosa que hizo fue activar la unidad de telemetría incorporada en hombrera de su uniforme de metal. Su luz empezó a parpadear con urgencia, intercambiando pánico electrónico con el cogitador principal de la ciudad en otro lugar.

-General -dijo uno de los artilleros de la muralla a su lado. -¿Son los imperiales?

Los imperiales -dijo. Como una maldición.

-*Somos* Imperiales -señaló, sin dejar de mirar los cometas de fuego en descenso.

Él se encogió de hombros. El sometimiento había llegado a Nuceria en tiempos de sus abuelos, pero el Imperio era un maestro distante en el mejor de los casos. No habían aterrizado naves desde que el Emperador, bendito sea, ¡Oh Señor de la Vieja

Tierra! acabara la rebelión del Rey Gladiador hace más de cien años. Como muchos mundos en el Imperio naciente, Nuceria estaría sola siempre y cuando pagara sus diezmos en lealtad, moneda, hierro y carne.

-Tal vez han regresado -dijo él, y ella le compadecía por la esperanza en sus ojos. -Han vuelto a poner fin a la Última Guerra.

-No necesitamos su ayuda para poner fin a la Última Guerra -ella sacó a relucir el viejo tropo sin pensar, hablando por instinto. ¿Cuántas veces la Praxury, y su padre antes que ella, dijo a su consejo de guerra que nunca enviarían al Imperio solicitudes de ayuda? Ni siquiera las fuerzas de Ultramar, que los rumores colocaban *muy* cerca, serían convocadas en busca de ayuda.

-Deben de ser los imperiales. La Alianza no tiene armas capaces de... sea lo que sea.

Las sirenas comenzaron a lamentarse por la ciudad, advirtiendo de un ataque aéreo entrante. El sonido era tan extraño que casi la hizo reír, aunque su sonrisa era algo desnudo, desagradablemente sombría.

-Dame tus magnoculares -le ordenó. Así lo hizo, y ella se dirige a un punto alto, mirando las cápsulas en forma de lágrima de dejar estelas de fuego a través de los cielos.

-¿Son ellos? -preguntó el hombre. -¿Los imperiales?

-Ojalá en una mano -le dijo el soldado, devolviéndole su visor, -y mierda en la otra. Averigua cual se llena primero.

La general se dirigió a la sala de guerra, desplegando generosamente su ceño para apartar a los oficiales jóvenes de su camino. El Palacio Praxica era un monumento al exceso, con metal reskium y mármol negro usado en tales cantidades que cruzó la frontera hacia lo chillón desde el momento que uno entraba en la primera cámara de recepción. Oshamay no tenía paciencia para aún más estatuas de bailarinas ágiles u otro mural de Praxuries pretéritos de pie, triunfantes sobre los campos de batalla donde ni siquiera empuñaron una pistola o una espada.

Cuando entró en la sala de guerra después de hacer su camino a través de pasillos llenos de gente del palacio y un mar de saludos decenas de ojos muy abiertos le

esperaba. Ella les devolvió el único saludo que importaba con su propio brazo robótico.

-Nuestro Único señor -saludó Thal'kr Praxury a Tybaral de la Primera Casa, Protector de Desh'ea, Magnate Imperial de Nuceria.

Él le saludó acercándose, sus ojos tan anchos como los de sus siervos y soldados. Los ojos azules, como su padre. Cabello oscuro, igual que su madre. De alguna forma ahogado en su túnica de color púrpura de oficina, y agarrando el cetro de reskium con el aquila en el pináculo como si fuera un arma de defensa. Tal vez lo usaría como tal, si esto realmente era el regreso de los imperiales.

Serían trece años el mes que viene. Suponiendo, pensó Oshamay, *que todos sobrevivieran hasta el próximo mes. O a la próxima hora.*

-General Evrel'Korshay –saludó la Praxury. -El cielo está llorando fuego. Es una señal.

-Sí, nuestro Único Señor. Un signo, como usted dice -su corazón se hundió al verlo. Lo que realmente no necesitan, en el inicio de esta crisis, era que su pequeña cucaracha loca de rey les ralentizara con su idiotez. -Con su permiso, he movilizado a la Guardia Familiar y…

-No -el niño asustado controló su voz a la perfección, nada de extrañar dada su formación retórica sin fin. Si no viera el miedo en sus ojos, ella nunca sabría que su voz firme ocultaba que estaba al borde de terror.

-Nuestro Único Señor -dijo, con cuidado de no mirar a ninguno de sus cortesanos y demás funcionarios de apoyo. -La ciudad está a punto de ser atacada.

-No puede saber eso -señaló. Él se acercó cojeando a la mesa de mapas, repleta de papeles desordenados como poco, haciendo una mueca por la gota que había desarrollado años antes y nunca logró repeler. -Creo que los imperiales vuelven a poner fin a la Última Guerra.

Oshamay no sabía que las cápsulas de fuego que llovían desde la órbita en realidad eran tal maravilla tecnológica fue iban más allá de su marco de referencia, y no tenía

ninguna referencia en los archivos de la ciudad-estado. Aun así, cuando empezaron a iluminar el cielo, no necesitó ayuda para adivinar lo que estaba pasando.

-El uso de cápsulas de transporte ya sea para hombres o material sugiere un asalto, nuestro Único Señor. Si vinieron en son de paz, con seguridad habrían aterrizar con un poco menos de fuerza.

Vio la duda en sus ojos. Duró un instante, reemplazado casi inmediatamente por una calcificación de confianza. Dios quisiera que el loco señor jamás dudara de sí mismo.

-No. No. No es más que su llegada con tanta grandeza como era de esperar.

-Entonces voy a movilizar a la Guardia Familiar como un esfuerzo ceremonial para darles la bienvenida, nuestro Único Señor.

Él asintió con la cabeza, sin darse cuenta de que los soldados de Desh'ea ya se habían movilizado hace diez minutos.

-Muy bien.

-Tenemos reportes de varias naves que bajan de las montañas Desh'elika, lejos del ejército principal. Con su permiso, voy a enviar exploradores skimmers para investigar.

El muchacho hizo un gesto aquiescencia. -Como diga. Recibiré a los emisarios imperiales en la sala del trono. Venga conmigo, general.

Oshamay se inclinó y obedeció.

Khârn cruzó el campo de los huesos, escuchando a los fantasmas en el viento. A esta altura de las montañas, el viento tenía un fondo de gritos. Era demasiado fácil escuchar las voces de los muertos y perdidos hace mucho tiempo en su aliento. No eran lo suficientemente altos como para que las nevadas durasen años, pero Khârn miró a los cielos y por un momento se sintió un niño otra vez, subiendo los picos dentados donde nació, sintiéndose lo suficientemente cerca de las estrellas como para tocarlas. El mundo que había sido su cuna estaba a mitad de camino de una

galaxia en guerra, pero ni siquiera los clavos podrían robarle la sonrisa de corta duración al tener un recuerdo limpio.

Los primarcas caminaban por delante de la manada compartida, sin prestar atención a la agrupación mixta de la Octava Compañía de Khârn e inmoladores de Argel Tal. Detrás de las escuadra, dos Thunderhawks todavía brillaban con los motores a plena potencia, emitiendo vapor al aire frío de la montaña.

Los huesos decoraban la tundra alpina. Huesos sin cohesión o sugerencia de forma o función. Un siglo de intemperie los había erosionado a protuberancias y astillas, pero aquí y allá entre las sepulturas abiertas, el ojo fue dibujado algo esquelético reconocible.

Khârn se agachó para recoger lo que quedaba de un cráneo. Sus dedos blindados arañaron su superficie desgastada por el tiempo con un suave susurro. De lo que quedaba de su estructura, las partes no cepilladas suavemente por el viento y la lluvia, habían pertenecido a un hombre.

-No lo hagas -le advirtió Argel Tal, andando hasta estar a su lado.

-¿No haga qué?

-No toques nada. El cráneo. Estos huesos –el casco de su hermano asintió con la cabeza hacia Angron, para luego volver a mirar la calavera en la mano de Khârn. -Este cementerio es el corazón de tu primarca, abierto y dejado al descubierto. Mírale.

Khârn lo hizo. Angron le daba a espalda a todos. Él se balanceaba sobre sus pies, sufriendo espasmos en sus dedos gruesos. Un lamento, un gemido lastimero dejó sus dientes; un sonido de vulnerabilidad sin debilidad, el sonido de un dolor indescriptible vocalizado con sencillez bestial.

-Hilo muy fino -agregó Argel Tal, -y no toques nada.

Khârn se agachó, depositando el cráneo donde lo encontró. Este permaneció mirándole, acusándole con su única cuenca. Con el borde de la bota, Khârn la enterró, dejándola exactamente como había estado antes de su intervención.

Cuando volvió a hablar, su voz tenía un tono bajo, a pesar de hablar por un canal personal.

-Angron debería haber muerto aquí. Esto es como caminar a través de un recuerdo que nunca sucedió.

Argel Tal caminó alrededor de una roca con un montón de huesos en su base. -Todavía puedo oler la sangre que regó esta tierra sin valor.

-Eso es tu imaginación –le dijo Khârn.

Argel Tal no respondió.

Angron había llorado una vez, y sólo una vez, en todos los años de su vida. Lo recordaba muy bien, ya que era su primer recuerdo fuera de los límites asfixiantes de su tubo de gestación. Logró escapar de la calidez de cápsula gestante y abrazó el aire helado de montaña. Todo lo que podía ver era rojo, y todo lo que podía saborear era su propia sangre. Las heridas en todo su cuerpo se congelaron en cuanto salió al exterior, quemadas y cauterizadas por el hielo en cierto modo. Él era un niño, sólo un niño, y estaba sangrando por todas partes.

Llegaron a él entonces. Delgadas sombras, rápidas como el viento, aullando y riendo y maldiciendo en un idioma que no podía entender.

Él los había matado. Por supuesto que los había matado. En el momento en que los sintió aproximarse, olió el metal de sus armas se lanzó a ellos, sin saber nada más que el aroma metálico significaba peligro y muerte.

Golpeó a varios de ellos hasta la muerte con una roca del tamaño de su puño. Otros intentaron huir, pero el chico sangrado les había perseguido por la tundra, derribándolos y desgarrando sus gargantas con los dedos y los dientes.

Pero lloró ese día. No a causa de sus atacantes, quienes quiera que fueran. No por el dolor de sus heridas, aunque no era más que un niño, y nadie le juzgaría con dureza por llorar lágrimas de un niño debido a las heridas que había sufrido.

No. Él había llorado en su primera salida de la cápsula por el viento contra su piel. A pesar de que el vendaval mordía sus heridas con dientes fríos, la sensación de

libertad le trajo lágrimas a sus ojos. En todas las décadas posteriores nunca había derramado una lágrima; hasta ahora. Dos gotas de agua salada se congelaron en su rostro destrozado al momento de descender por el mismo.



Angron de luto por sus hermanos y hermanas caídos.

-Todos muertos -dijo en voz baja. -Mis hermanos. Mis hermanas.

Lorgar se acercó, con cuidado de donde pisaba, haciendo todo lo que podía para no perturbar la tierra sagrada.

-¿Cómo llamaste a tus enemigos? -se preguntó.

-Los Altos Caballeros -respondió Angron. –Les llamamos altos caballeros por la forma en que estaban por encima de nosotros, viéndonos morir en la tierra de la arena.

-Los caballeros altos se llevaron a sus muertos con ellos -dijo el Portador de la Palabra. -No hay suficientes huesos para ser los restos de los dos ejércitos.

-Mis hermanos y hermanas -dijo Angron de nuevo. -Juré que permanecería con ellos. Moriríamos juntos. La vida nunca había visto tales luchadores, Lorgar. Klester, montando su (shriekspear). Jochura con sus cadenas asfixiantes. Asti, la Pequeña Asti, robando cuchillos para lanzar y cortar y apuñalar. Su sonrisa calentaba las frías noches. Larbedon, que perdió su brazo por la gangrena, llamando a gritos a los altos caballeros para que le desafiasen si se atrevían. Yo le cubría su espalda, como él cubría la mía. Nos bañamos en sangre juntos, aplastando a los caídos bajo nuestras botas.

Angron negó con la cabeza mientras continuaba. -Las palabras no les hacen justicia. Vinimos de las arenas rojas, creciendo en la suciedad, comiendo la mierda que los altos caballeros nos lanzaban. Pero no liberamos. Miles, Lorgar. *Miles de nosotros*. Éramos libres y vivimos y reímos e hicimos pagar a esos bastardos. Los clavos dolían… ah, cómo dolían, incluso entonces. Pero hicimos pagar a los altos caballeros y su Guardia Familiar de mantequilla.

Lorgar escuchó en silencio mientras Angron bajó la cabeza. -Debería haber muerto aquí. *Morí* aquí. El primarca de los Devoradores de Mundos no es más que una sombra. Un eco. Aquí es a donde pertenezco. La batalla más grande de mi vida, y me la robaron.

En ese momento Lorgar habló, no sin una sonrisa leve. -Habrá una batalla mayor, hermano. Terra. Y te prometo que nadie te la negará.

-Terra. ¡Terra! -Angron rio, corrompido con amargura. -Me orino en Terra. Me importa una mierda Terra, Horus, o... o él. *Él.* El Emperador.

-Entonces, ¿Por qué escucho tanto odio en tu voz? –preguntó Lorgar en voz baja.

Angron sacó las espadas-sierra de sus vainas en la espalda, apretando los activadores en las asas y hacerles rugir.

-*Hnngh. Hnh.* ¡Me capturó! ¡Me arrastró al espacio! El Emperador. El emperador, maldito sea por los dioses.

-Tendrás tu venganza, Angron. Pisaremos el suelo de Terra de nuevo en poco tiempo, tienes mi palabra.

-Mis hermanos -continuó Angron, murmurando bajo, ausente al juramento de su hermano. -Mis hermanas. Esclavos todos. Esclavos gladiadores. Nuestras vidas eran barro para los altos caballeros que sostenían las cadenas alrededor de nuestras gargantas. Pero nuestros señores los pagaron, oh cómo lo pagaron. Este mundo ardió cuando nos liberamos. *Ardió.* Te lo prometo.

El otro Primarca asintió comprendiendo lento. -Te creo.

Angron seguía sin oir otra cosa que no fuesen los fantasmas de su mente. -La guerra se prolongó. Temporada tras temporada. Ciudad tras ciudad. ¡Los ríos se tiñeron de rojo con la sangre de altos caballeros! Luchamos. Luchamos por todas partes, lo juro. Los altos caballeros se estrellaron contra nuestra pared de escudos en Falkha. -¡Cargaron! Sus señores lo exigían y cayeron en la picadora. Todavía oigo el estruendo de las dos líneas entrecruzarse. ¿Lo oyes? -se volvió con ojos desorbitados a Lorgar. -¿Oyes el trueno?

Lorgar sonrió, su rostro cubierto de runas despiadadamente bondadoso. –Lo he oído, hermano.

Pero huimos cuando las estaciones cambiaron. Tuvimos que correr a las montañas, a los picos, para sobrevivir el invierno. Demasiados ejércitos de altos caballeros venían a por nosotros, con sus rayos láser y granadas y ametralladoras traqueteando durante todo el día y toda la noche. Juré que moriría con mis hermanos y hermanas en las montañas. Éramos libres. Era nuestra muerte. La

muerte nos ganamos, la muerte que queríamos. ¡Reímos y les llamamos! ¡Bastardos altos caballeros!

Angron volvió a vivir el momento, una segunda vez, saltando sobre una roca y abriendo los brazos. Gritó, o mejor dicho vociferó su desafío riendo al cielo.

-¡Venid a morir, perros de Desh'ea! ¡Soy Angron de la arena, nacido en la sangre, criado en la oscuridad, y moriré libre! ¡Venid, mirad como combato por última vez! ¿No es eso lo que queréis? ¿No es eso lo que siempre quisisteis? ¡Acercaos, perros cobardes!

Khârn observó a su Primarca de pie contra el viento creciente, viendo la historia repetirse con la música de la memoria enloquecida. Angron levantó sus espadas-sierra, imitando los primeros cortes y tajos de la última pelea. Los dientes rugieron con cada barrido. Los legionarios a su alrededor quedaron paralizados, mirando en silencio.

-Y entonces. Y entonces… *Hnh*. El Emperador. *Hnnngh*. El Emperador. Él me robó, me atrapó, me desterró al vientre oscuro del *Conquistador*. Me teleportó a órbita, aunque en ese momento yo no sabía nada de dicha tecnología. Estaba solo, solo en la oscuridad. Y mis hermanos y hermanas murieron aquí. Murieron sin mí. Lo juré. Lo juré ante todos. *Juramos alzarnos y luchar y morir*. Juntos. *Juntos*.

Angron se balanceó hacia atrás y adelante, bajando las cuchillas, sus ojos desenfocados. -El Emperador. Mastín de los altos caballeros. Cuando Horus me llamó, le di mi palabra. Le di mi palabra, vivía cuando debería haber muerto. Esto no es un regalo. ¡Él me hizo un traidor! ¡Me hizo traicionar el único juramento que me importaba! Viví y mis hermanos y hermanas murieron aquí, sus huesos dejados para los bichos, el viento, la nieve.

Los dos hermanos podrían haber estado solos ante tal atención dada por sus guerreros cercanos. Lorgar se acercó a Angron nuevo, cuidando de no tocarle, pero lanzando su voz en lo que Khârn sintió como una caricia insidiosa.

-No existe emoción más pura que rabia -dijo Lorgar. -No existe ambición más justa que la venganza.

La luz del reconocimiento amaneció en los ojos de Angron. -La venganza, sí. Venganza. Alimento para el alma, hermano.

¿Por qué fuiste diferente? -preguntó Lorgar. -¿Por qué nuestro padre te trató como lo hizo?

Angron se encogió de hombros, lejos de la amabilidad insípida en la voz de su hermano. –Tú tuviste a esa mula de Kor de Phaeron. Russ tuvo a sus familiares-amigos. El León tuvo a Luther. Los seres humanos -hermanos y padres adoptivos- fueron protegidos y alzados a las filas legionarias. Pero yo no. No Angron, no. ¿El emperador teletransportó a sus custodios dorados junto a mí y apoyó a mi ejército? No. ¿Liberó a los Perros de la Guerra y los llevó a la batalla, luchando a mi lado? No. ¿Salvó a mis hermanos y hermanas u les honró como a los más cercanos del León? ¿Como honró a Kor Phaeron? No, no y no. No hay piedad para Angron. Angron el Quebrantador. Angron el Traidor.

El Devorador de Mundos saltó de la roca, mirando hacia los huesos, pero todavía hablando a Lorgar. -¿Se quedó en mi planeta natal por una semana, como lo hizo contigo en Colchis, Vulkan en Nocturne o Russ en Fenris? No. Ninguna demostración de fuerza y voluntad del Emperador con Angron el Esclavo. No hubo semana de risas y alegrías y curando de las heridas del mundo. En cambio, me robó la vida que había vivido y la muerte que me había ganado. Él me hizo romper mi juramento a los que me necesitaban.

Los ojos de Lorgar eran feroces ahora. -¿Pero *por qué*? ¿Por qué dejó morir a tu ejército? ¿Por qué tenía que robarte usando el teletransporte, cuando podría haber permanecido allí durante un tiempo, como lo hizo en tantos otros mundos? Tenía una legión, *tu legión*, en órbita, Angron. Una sola orden y hubieran ensangrentado sus espadas a tu lado, salvando a tu ejército rebelde y honrado a su padre genético. En cambio te esclavizó, como los hicieron ellos.

Angron babeaba, espesa y húmeda, por la barbilla. -Nunca sabré por qué. Él nunca me respondió. Pero lo va a pagar, como lo pagaron los altos caballeros. Y cuando esté delante de él en Terra le preguntaré de nuevo. Y luego, Lorgar, nuestro padre responderá.

El portador de la Palabra suspiró, bajo las garras de algo sublime y no compartido. -Mereces una respuesta.

-Desh'ea -dijo Angron. -Tengo que ir allí. Tengo que ver quién gobierna la ciudad que decía poseerme. La ciudad que asesinó a mis hermanos y hermanas.

-Como desees -asintió Lorgar. -Como desees.

Le irritaba que la Praxury tuviera razón. A pesar de la llegada apresurada, parecían pacíficos. Los informes indicaban a miles y miles de ellos desembarcando en las llanuras fuera de las ciudades del planeta; sin duda, el aterrizaje de un ejército, pero sin hacer ningún asalto sobre la propia Desh'ea. Atrapado como estaba por el trono real, presidió una procesión de oficiales brindando sus actualizaciones e informes de observadores, susurrando en su oído e intercambiando datos e impresiones.

El Praxury se enderezó en su silla, la mitad de alto que su padre y el doble de ridículo como el tonto pomposo que siempre había sido. Su amuleto de oficina era un amuleto de plata pulida con forma de un puño; el joven Tybaral lo llevaba alrededor de su cuello, a pesar de que llegaba casi a su estómago. De vez en cuando suspiro, como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros.

-¿Cuántas casas se han movilizado? –pidió Oshamay a uno de sus subcomandantes. Estaba nervioso, y ella lo vio en sus ojos, pero cumplió de forma limpia, pura, ocultándolo en la eficiencia de un soldado ocupado.

-Tal vez la mitad estén ya en las murallas, mi general. El resto están optando por la defensa de sus propias fincas en lugar de unirse a la fuerza de defensa común.

Ella lo despachó, sin sorprenderse en lo más mínimo porque tantas casas escogiesen reforzar sus propias fincas. De hecho a ella le sorprendió que muchos estaban optando por enviar sus soldados a las murallas. No es que los linajes nobles actuaran en realidad con una visión altruista; lo sabía muy bien desde hace casi treinta años como oficial en la corte del Praxury.

Para cuando el siguiente de sus funcionarios se acercó, ella se inclinó para susurrarle. -Si atacan la ciudad, estad dispuestos a liberar a los esclavos.

A su favor no le preguntó si estaba segura, o argumentó contra la locura inherente de la idea. Si la ciudad era atacada, los varios miles de guerreros esclavos de casta en arenas de combate de la arena podrían, al menos, ayudar a apuntalar las filas de los defensores. Y si se rebelaban y amotinaban daba igual, pues la ciudad estaba condenada de todos modos.

-Veré que puedo hacer -prometió el funcionario.

-Buena suerte -dijo ella. Eso le hizo vacilar; nadie estaba acostumbrado a oír afecto de los labios delgados de la general. Oshamay se alegró de que decidió no reconocer su desliz momentáneo. Sus nervios estaban tan desgastados como los de cualquiera a medida que tomaba forma lo que se congregaba ahí en las llanuras.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. Heraldos corrieron a través de las grandes puertas de piedra en la entrada sur de la sala del trono, escoltados por soldados corriendo y mirando hacia atrás por encima del hombro.

Oshamay tragó. Esto no pintaba bien.

-¡Nuestro Único Señor! –exclamaron los heraldos, balbuceando y hablando atropelladamente. El niño rey soportó esta visión con paciencia regia practicada. Él nunca tuvo la oportunidad de hablar, sin embargo.

La primera figura que acechó a través del arco de mármol negro era tan alto que tuvo que bajar la cabeza. Oshamay sintió literalmente a cientos de cortesanos aguantar la respiración; se quedaron sin aliento como uno, muchos retrocediendo a las paredes cuando la gran figura hizo su entrada. Era más alto que cualquier ser humano, vestido con armadura de frío rojo y bronce limpio. Profuso cableado corría de la mitad posterior de su cabeza rapada y tatuajes, cayendo mansas en la servoarmadura. Todo el mundo miró con asombro al señor de la guerra que portaba esos implantes. Los clavos del carnicero, la cresta de cibernética de un esclavo.

Dos espadas motorizadas y dentadas estaban atadas a la espalda, aunque la idea de que esta criatura, este avatar de la brutalidad requiriera armas para acabar con sus enemigos era ridícula. Caminó por la alfombra roja que conducía al trono Reskium, sus botas enviando temblores a través del suelo de piedra. La superficie

pulida del trono reflejaba las tiras de iluminación artificial por encima y las figuras serviles de casi dos centenares de cortesanos. Varios soldados de la Guardia Familiar acunaron sus pistolas con las manos temblorosas. Otros reconocieron la absoluta inutilidad del gesto. Oshamay era uno de estos últimos.

La figura se detuvo, se volvió, considerando su entorno. La cara sin labios era el rostro de un ángel roto, arruinado y surcado de cicatrices, negando cualquier eco de lo que probablemente fue una cara bella.

-Bien -dijo, y su voz era piedra amarga triturada. ¿Quién se encuentra en ascenso en esta época?

En el trono, el niño-rey empezó a llorar. Su Guardia Familiar, juramentados para defenderlo hasta el último aliento, comenzó a apartarse del trono. El dios-guerrero vio su lenta retirada, y ello hizo sonreír.

-¿Es verdad, muchacho? ¿Eres Praxury de Desh'ea?

El muchacho se acurrucó en su trono, gritando más fuerte. El dios se acercó más, subiendo las escaleras lentamente, cuatro peldaños cada vez.

-Chico -dijo, con la voz ronca ahora un susurro polvoriento. -¿De qué familia eres? ¿Qué sangre late en tus sucias venas de alto caballero?

Fue Oshamay que respondió en lugar del niño llorando. Solo ella no se acobardó detrás del trono Reskium.

-Estás ante Tybaral de Casa Thal'kr -estuvo a punto de mantener su nivel de voz.

El rostro del dios se crispó por el nombre, tensado en un rictus que podía ser una mueca o una sonrisa.

-Thal'kr. ¿Todavía gobierna esa familia? Después de todo este tiempo...

-Ellos todavía gobiernan -Oshamay se irguió, con lágrimas de miedo en sus ojos. El corazón le latía hasta casi estallar.

-Los Thal'kr me colocaron mi correa -dijo el guerrero. –Les pertenecía.

Otros invasores estaban entrando ahora. El primero de ellos era tan alto como el dios con rastas, de piel pálida cubierta de oro en comparación con su semejante. Llevaba una maza estrellada y puntiaguda por encima del hombro, y una capa del color de los atardeceres sangrientos echado hacia atrás para revelar una armadura del mismo tono vascular. Sus rasgos fueron esculpidas en la masculinidad escultural, de alguna manera protectores, serenos y confiados a la vez. De cerca, a través de las lágrimas en los ojos, Oshamay vio que el oro en su piel era escritura rúnica tatuada en su cuerpo. El único defecto era cicatriz de garra a lo largo de la mejilla, desde la sien hasta la mandíbula, aunque añadía a su presencia y no lo contrario. Ante la primera vista de él, docenas de cortesanos cayeron de rodillas. Otros lloraban no de vergüenza o miedo, sino el llanto silencioso de puro asombro.

Por detrás del dios dorado estaban caballeros armados en blanco limpio y rojo sanguíneo. Trece de ellos, guerreros con espadas blancas en puños laxos; los caballeros portaban tiras de pergamino adheridas con sellos rojizos a sus servoarmaduras y llevaban hojas curvas en sus manos, mientras que en otros los depósitos de combustible blindados chapoteaban en sus mochilas. Cada uno de ellos miraba desde un casco gruñendo con de frente plateada. Parecían estar cuidando a una mujer solitaria, una preciosa y frágil niña de dos décadas y media, vestida de seda roja. Era esbelta y en forma, pero completamente sin miedo, rodeada de sus protectores. Un pelo oscuro enmarcaba rasgos y ojos oscuros que bailaban de cara a cara, de arma en arma, de pintura a pintura.

-Lorgar -dijo el dios con rastas por el trono. Dijo esa única palabra, con los hombros temblando. Luego echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír tan fuerte como el viento fantasmal en las montañas.

Khârn y Argel Tal dudaron, al igual que todos los Devoradores de Mundos y Portadores de la Palabra cuando la risa de Angron cortó el silencio estéril. Era algo más que la mera risa. Era un trozo de vida triste reverberada por el vacío atrofiado de su cascarón. Los que no se encogieron se retiraron más. Los que permanecieron firmes encontraron su piel hormigueando.

-Lorgar -Angron seguía riendo, con los ojos inyectados en sangre húmeda con diversión. -¡He aquí, hermano! He aquí el último descendiente de la familia que una vez me poseyó. ¡Cómo han caído los valientes!

Khârn observó a Lorgar ascender los escalones del trono, de pie junto a Angron, acechando al pobre niño llorando a la sombra de dos primarcas. Por primera vez que Khârn pudieran recordar, el primarca de la XVII legión parecía seguro. La duda combatía con el desconcierto en su rostro.

El entendimiento pasó entre los dos caudillos y Angron golpeó a su hermano en el hombro. La risa desapareció de su garganta, pero nunca salió de sus ojos.

-Yo me encargo de eso ´-le dijo a Lorgar. Y luego dijo, -Tú. Mujer. Ven aquí.

Oshamay, que nunca había sido hablada de esa manera en su vida, puso todo su empeño en tragar el nudo en su garganta.

-Tú no eres él -tartamudeó. -No puede ser él.

Angron chasqueó sus dientes, un chasquido feroz dirigido al aire. -¿Quién no puedo ser?

-Angron-Thal'kr murió hace cien años -susurró Oshamay. -Huyó en la batalla de las Estribaciones Desh'elika.

-Él... él... -no había risas ahora. La vida en sus ojos desapareció, dejándolos nacarados con un dolor adormecedor. Angron movió todo su cuerpo para mirarla, solo mirarla. -*Él huyó*. Me has dicho esas palabras. Dijiste que Angron-Thal'kr huyó.

La general Oshamay Evrel'Korshay intentó hablar pero dejó sus dientes repiquetear como un débil gemido mientras su vejiga se vació por sus muslos.

-Habla -Angron casi ronroneó, agriando el odio de su aliento.

-Él encabezó una rebelión de esclavos. Los dejó morir en las montañas. Él...

-Tú -Angron envolvió toda su cabeza con un grueso puño cicatrizado. -Mientes, mujer. Dirás… *hnnngh*, dirás la verdad ahora.

Ella sollozó en su sitio, y su llanto la mató. Angron cerró el puño, poniendo fin a su distinguida carrera en un desmoronamiento de fragmentos craneales sanguinolentos que no se molestó en limpiar de su mano. El cuerpo cayó; Angron

miró al suelo, al parecer molesto de que muriera, como si no tuviera nada que ver con eso.

-Tú -con una mano mojada de sangre señaló al oficial más cercano. El hombre llevaba un pectoral sobre su toga negra, designándolo como un capitán. Angron lo reconoció rápidamente; así de poco habían cambiado en el siglo desde su captura.

-Por favor- dijo el hombre. -Por favor. Por favor.

La respiración del primarca era baja y pesada como un carnosaurio. -Tú- dijo de nuevo, y ahora sus grandes manos le temblaban. Khârn reconoció todas las señales del dolor por los clavos. -Hablarás -dijo Angron. -Háblame de esta batalla. La batalla de las Estribaciones Desh'elika.

-Lo eres -susurró el oficial. -Lo eres.

-*Habla* -el rugido sacudió al hombre sobre sus talones, conduciéndolo hacia atrás contra un pilar.

Khârn se arriesgó a mirar a Argel Tal. El Portador de la Palabra estaba junto a Cyrene, quien había insistido en que ella desembarcara en el planeta con ellos, con la placa frontal plateada inclinada a considerar los primarcas. Detrás de los dos, Vorias y Kargos escondían igualmente sus emociones detrás de sus rostros modelo Sarum.

-Capitán -dijo la voz de Esca en el vox. El Codiciario permanecía muy atrás, cerca de las puertas con varios de los Vakrah Jal. -El miedo en la cámara está amenazando con llegar al punto de ruptura. El instinto de la turba humana les obligará a huir.

Khârn no necesitaba ser adivino para saber que lo dicho por el bibliotecario era correcto. Podía verlo en sus movimientos temblorosos y el olor a cobre en su aliento.

-Mata a cualquiera que amague con ira para las puertas.

-Sí, capitán.

En la plataforma con el trono, Lorgar era una estatua tallada en honor de la paciencia. Angron se cernía sobre el oficial nuceriano gimiendo, cerrando un puño alrededor del torso blindado del hombre y elevándolo.

-Hablarás –resopló el primarca, -o morirás.

-Hace cien años -quejumbró el hombre. -Una leyenda. Una vieja historia. Angron-Thal'kr y el ejército rebelde, masacrados en las montañas. Él... Tú...

-Dilo -Angron sacudió al hombre, derribándolo al suelo con el estruendo de la coraza contra la piedra y el chasquido de hueso contra la pierna. El oficial gritó hasta que Angron miró de reojo hacia él, sus dientes de hierro mojados con hilos de saliva. -Habla.

-El ejército de un hombre muerto. Angron - Thal'kr les dejó morir…

-No. *¡No! Ese nunca fue mi nombre. ¡Nunca! ¡Niego ese nombre de esclavo!* -Angron aplastó el cráneo del hombre debajo de una bota, dispersando los restos a través de la piedra. -¿Es que nadie puede decir la verdad? ¿Es que nadie puede recordar otra cosa que no sean mentiras?

Se volvió hacia la multitud, aún entusiasmado, chocando sus espadas sierra. -¡Nunca hui! Vosotros, asquerosos altos caballeros de perra. ¿No hay nada sagrado? ¿Nada se libra de vuestra vileza? Sois asesinos, y los hijos e hijas de asesinos. Esclavistas y los hijos e hijas de esclavistas. ¡Quemamos vuestras ciudades! Me alcé y aspiré el humo de la muerte de Ull-Chaim en el mejor día de mi vida. Le saqué los ojos a su principito. *Pop*, *crunch* y él gritó, gritó, gritó.

Su voz se elevó, maníaca, imitando a un hombre muy débil y moribundo. -¡No, Angron, no! ¡Por favor! ¡Misericordia!

Lorgar observó todo esto en silencio. Khârn apenas podía creer que el otro primarca estuviera tan impasible.

-Señor –comenzó Khârn, pero Angron le dio una bofetada a un lado con la palma de una espada-sierra. Le golpeó con la fuerza de un martillo de fragua, lanzándolo contra Argel Tal y Eshramar, quien torpemente le atraparon y enderezaron.

-Nunca hui. Nunca. El Emperador... *Hnnngh* -el esfuerzo fue monumental, pero Angron dejó caer las espadas-sierra inactivas, sin fuego en sus motores. Quedó en silencio por un largo rato.

-Khârn -dijo por fin, su voz un siseo enrejado. -Argel Tal.

El capitán de la Octava dio un paso hacia delante, al igual que el comandante de la Vakrah Jal. -¿Señor? -le preguntaron al unísono.

Angron les miró, una mirada de furia apocalíptica vieja y sin brillo. No miró a los guerreros; en su lugar, pasó la mirada por los cortesanos reunidos, irreconocibles ya como personas.

-Quiero que todos los Devoradores de Mundos y Portadores de la Palabra presten atención a una simple orden.

-Cualquier cosa, señor- dijo Khârn.

-Habla, y se hará -dijo Argel Tal.

Angron miró al niño acurrucado en el trono, el último vestigio vivo de la línea de sangre que le había poseído, mutilado y arruinado.

-Matad a todos los de esta ciudad -Angron cerró los ojos. -Luego, matad a todos en este mundo.

DIECINUEVE

Ojos Muertos

Perpetuo

La Guerra de un Pensador

No habría ninguna gran guerra por Nuceria. Tampoco, para gran decepción culpable de Lotara, no habría ningún bombardeo. Pasaba los días en el puente del

Conquistador, viendo la cartografía orbital, viendo las ciudades arder bajo la marea de las dos legiones y sus fuerzas Audax. Sólo tenían veinte mil legionarios allí abajo, pero cuando se trataba de guerreros de ese calibre, "sólo" era una declaración relativa. Varios centenares podrían someter un mundo en el mes. Varios miles de apenas necesitaban una semana.

Lhorke desembarcó en el planeta con ellos, dejando a Lotara con una curiosa sensación de aislamiento. Ella se había acostumbrado a que el antiguo Maestro de la Legión permaneciera a un lado de su trono este último mes, ofreciendo sus observaciones veteranas y mordaces de todo lo que ocurría. Se preguntó si él había obtenido esta atención en los años que había sido señor de los Perros de la Guerra, de pie junto a los tronos de sus predecesores y ladrando consejos y crítica o buscadas o no.

Había intentado jugar a las cartas con él en un momento de pasar el tiempo durante el mes en tránsito. Lhorke era, como descubrió, un perdedor muy rencoroso, y sus guanteletes masivos carecían de la finura de un jugador de cartas. Al final, habían tenido que utilizar un servidor para mantener sus cartas. Jugó solamente una vez, y no más de dos minutos.

-Esto es ridículo -había dicho, y eso fue todo.

Cuando había anunciado que estaba desembarcando en planeta, dejó que su ceja levantada preguntara por ella.

-La guerra me llama -le había contestado.

-¿Y esto no tiene nada que ver con tu desconfianza a Angron?

-La guerra me llama -le había dicho una vez más. Y otra vez eso fue todo.

Desh'ea había cayó en primer lugar. La había visto morir, de la forma familiar que hacía de una civilización ardiendo un espectáculo hermoso y vergonzoso desde la órbita. Las dos legiones marcharon por las calles masacrando a la población, trayendo la muerte a todos esclavo, hombre, mujer y niño que hubiera tolerado la esclavitud en su sociedad. Su única transmisión de Angron llegó cuando Desh'ea se

cubrió con el humo de su último aliento. Él le miró más vivo de lo que podía recordar; y sin embargo, sus ojos estaban más muertos que nunca.

-Justicia –dijo su imagen hololítica, ferozmente intensa. -Venganza. Todos los esclavistas están muertos. Cada alma miserable que animó los juegos de gladiadores. Cada uno. Todos ellos, Lotara.

Vio a Lhorke detrás del primarca, con su paso pesado, cruzando su campo de visión. Un Fellblade rodó instantes después, distorsionando la imagen.

-¿Todas las ciudades serán presa de las legiones? -le había preguntado.

-Cada ciudad.

Lotara había fingido un aire casual, pretendiendo jugar con una placa de datos. No le gustaba mirar a ojos desenfocados. A pesar de su vitalidad y fuego en su voz, Angron parecía muerto, tensado por el dolor de los clavos. Temía que lo que había ocurrido en la sala del trono del Praxury había dañado lo que quedaba de su mente aún más.

-¿Qué hay de los planes de lord Aureliano?

-Pronto. *Hnnh*. Cuando las ciudades estén muertas. Arderán. Serán piras funerarias para mis hermanos y hermanas, cien años atrás. A continuación podremos hacer frente a la locura de Lorgar.

Se estremeció al oír su voz, alegrándose de estar a 200 kilómetros por encima de él. -Buena suerte, Angron.

Sonrió entonces, complacido por no haber sido llamado 'mi señor' de ella por una vez, ni en broma. La imagen desapareció un segundo después. Esa fue la primera noche.

Ahora, seis días después de su llegada, se paseaba por el puente con la esperanza de hacer algo, cualquier cosa. En la superficie, con la ciudad de Meahor asaltada al salir el sol, parte de ella quería estar allí para verlo con sus propios ojos. Una parte de ella, parte mucho más astuta, no quería ni de lejos.

Se desplazó a la mesa de la consola de Lehralla. La niña lisiada le sonrió, con esos ojos llorosos, videntes.

-Mi capitán –saludó a Lotara con voz suave.

-Maestra de los gritos -respondió Lotara. -¿Alguna vez te aburres?

-No, capitán –y como por maravilla, la chica sólo de cintura para arriba pareció ser sincera. -Nunca.

Lotara soltó una risa suave y siguió su camino. Estaba en el conjunto de controles de frecuencia y estaciones de transmisión del maestro vox Kejic cuando las puertas del sur del puente se abrieron en sus pistas. Varias cabezas se volvieron, pues la principal vía de la tripulación era de este a oeste, y pocos utilizaban las puertas del sur.

Tarn, su maestra de astrópatas, estaba de pie en la entrada. Ciega como todos los astrópatas, su vista robada ampliaba sus poderes, sus ojos lechosos muy abiertos debajo de su capucha blanca.

-Capitán -dijo. -He oído algo.

Lotara escondió su suspiro detrás de una falsa sonrisa, esperando que no captase el auténtico matiz de su tono.

-Tarn, si has venido a darme otra lección sobre la gran canción de lord Aureliano, tienes mi permiso para darte la vuelta y déjame en paz.

Ella agarró el medallón de su oficio con las manos flacas, sus dedos nudosos por la gota.

-No, capitán. No he oído algo aproximarse.

Al otro lado del puente, Lehralla se giró en su zócalo, haciendo temblar los cables serpentinos unidos de su cabeza al techo.

-Rotura disforme -gritó la muchacha. –Rotura disforme en el quinto meridiano. Activando hololitos.

Lotara corrió a la mesa hololítica central recién activada.

-¿Qué está atravesándolo? Todos los ojos en la ruptura. Seguidla y codificadlo a la vez -la espera fue una agonía mientras miraba la runa parpadeando en el aire, esperando definirse. Una herida disforme, eso lo sabía. Una nave regresando a la realidad.

-Fijado -dijo Lehralla con voz distante. -La veo.

Lotara lo vio un momento posterior. La runa ganó sentido, mostrando un código transpondedor, luego varios códigos transpondedores, luego varios más.

-Armas y escudos preparados -dijo con calma. -Toda la tripulación a los puestos de combate.

Su rostro apareció con resolución espectral en el borde de la pantalla retinal de Khârn. De perfil, como siempre, pues el capturador de imagen estaba en un flanco de su trono.

-Aquí la capitán Sarrin a todas las fuerzas de tierra. La nave de guerra *Coraje Supremo* de la decimotercera ha salido de la disformidad en el borde del sistema, a la cabeza de una armada. Sus hostigadores estarán en el rango de participar en nueve minutos. Que todas las fuerzas legionarias vuelvan a sus naves de desembarco y lanzaderas para una retirada inmediata.

La ciudad de Meahor permanecía desafiante en el horizonte. Las dos legiones se habían alineado en formación de sitio, listos para la marcha sombría hacia las paredes. Titanes de la Audax estaban con ellos, fila tras fila de Mastines de pie encima de la masiva infantería y sus divisiones blindadas. Vindicators, Land Raiders, Fellblades, divisiones enteras de tanques en espera de la orden de avanzar en la madrugada. No existían los ataques rápido y limpio para las ciudades de Nuceria. Cada una de ellos hasta ahora había visto su desaparición venir de una marea de orugas y morir cuando los Devoradores de Mundos y Portadores de la Palabra derribaban sus murallas. Meahor sería la última. Ahora parecía estar a salvo, a minutos de la orden de marchar.

-Lotara –respondió por vox Khârn, sabiendo que cada legionario, miembro de las tripulaciones de titanes y Skitarii en las filas él pudiera oirlo.

-Centurión -respondió ella. Parecía ansiosa, con los ojos entrecerrados, una cazadora lista para cualquier truco que su presa pudiera jugar.

-La extracción es imposible. ¿Puedes mantenerlos a raya?

-Khârn -dijo con un suspiro. Luego pareció recordar el hecho de que cada alma en la superficie podía oír lo que estaba diciendo. -Capitán, no tienes ni idea de la horda avanzando a distancia de lanza. Les superamos en peso y armas, pero moriremos por mil cortes. Si no se pueden retirar, tomen la ciudad ahora. Encontrad cobertura, porque nos van a sobrepasar, no importa lo que haga aquí.

-Entendido -Khârn miró a la línea de varios miles de astartes en formación desaliñada. Levantó su hacha, dispuesto a dar la señal para avanzar.

-Espera -dijo una voz de gárgaras gravosas.

-¿Sire? -respondió Lotara. Miró al otro lado del puente, su voz distorsionada durante varios segundos. -Feyd, ¿Esos son cazas en el cielo? -ella se volvió. -Angron, con todo respeto, date prisa.

-Nos quieren -respondió el primarca. Khârn podía ver a su padre genético entre las filas, sobre el techo de un carro de asalto súper-pesado Bloodhammer, empuñando ambas espadas-sierra en sus manos. -Ellos nos quieren muertos. Eso significa demostración. Esto significa desembarcar en el planeta. Tomaremos la ciudad y les obligamos a sacarnos. Repeled el bombardeo a toda costa. ¿Me entiendes? Repeled el bombardeo, incluso a costa de la nave.

-Entendido -dijo Lotara, y su imagen murió en las pantallas retinales de todos los legionarios en la superficie.

La voz de Lorgar fue un corte suave sobre el vox común. -Guilliman está allá arriba.

-*Hnngh*. Lo sé. La venganza del Calth está llegando al fin. ¡Guerreros de la XII y XVII legiones! ¡Tomad la ciudad! ¡*Cargad*!

Al salir el sol sobre las llanuras Jehzr, las legiones arrancaron a correr, derribando los muros de última ciudad de Nuceria y usando sus ruinas como una fortaleza.

A bordo de la *Fidelitas Lex*, una joven esbelta caminaba por el mausoleo, acercándose a su propia tumba. Su piel era oscura, morena como las tribales del desierto y su largo cabello le caía en rizos castaños, ni oscuridad ni luz, sino un compromiso terrenal entre los dos. Llevaba una túnica roja de los Portadores de la Palabra, la inconfundible oscuridad burdeos, cortada en una forma fluida que se aferraba a su cintura y ensanchaba hacia el exterior conforme descendía. Parecía una novia, y un poco sacerdotisa.

La nave se estremeció bajo ella. Otra batalla. ¿Cuántas batallas había vivido en el *De Profundis*, sentada en la tranquilidad de su habitación, mientras las paredes temblaban y vibraban debido al fuego? Podría acostumbrarse a cualquier cosa. Esa fue la triste verdad.

Sus guardianes Vakrah Jal esperaron fuera de la cámara, cuatro de ellos, listos para incinerar a cualquier mortal o Portador de la Palabra que pretendiera poner una mano sobre ella o impedir su camino. Con Argel Tal en la superficie, había decidido que era el momento para venir a verse a sí misma, como había sido… antes.

Al pasar por la estatua de Xaphen se atrevió a extender la mano y tocar su coraza, repitiendo inconscientemente el gesto que Argel Tal siempre hacía. Él le había dicho cómo murió Xaphen. Incluso le había mostrado el arma que lo hizo, y admitió que el secreto de cómo se las había arreglado para romper el gen que codifica para activar sus reliquias robadas.

Sangre. ¿Acaso todo no se reducía a sangre?

Su piel se pudo de gallina cuando vio su propia estatua por el rabillo del ojo. Incluso sin tener en cuenta los detalles, la presencia de tal cosa puso bilis en su lengua.

Sacando fuerzas de flaqueza, se dirigió hacia ella. Un criado vestido junto al pedestal, tendiendo a encender los tres braseros en los pies descalzos de la dama de piedra. A menos que un Portador de la Palabra de alto rango decretara lo contrario,

el Salón de la Anamnesis a menudo era poblado por sirvientes y esclavos que atendían a los monumentos.

La visión de sí misma escultura en piedra fue mucho peor de lo que había imaginado. No quería verlo, y mucho menos tocarlo. El arte del escultor era innegable, pero ahí estaba el problema. Parecía muy real. No era una estatua estilizada levantada en honor de sus obras. Era un marcador de la tumba, un monumento a la muerte. Y estaba ciega, los ojos de la muchacha en piedra envueltos en una venda esculpida. Eso fue doblemente desconcertante, aunque no estaba segura de por qué. Había pasado la mayor parte de su vida ciega, y en el mes desde su renacimiento, lo que Cyrene vacilante llamaba su "despertar", había pasado muchas horas en su habitación sola, con las luces apagadas y los ojos cerrados, escuchando a la nave a su alrededor. Se sentía más natural que ver las millones de cosas con las que había vivido y nunca vio antes.

A su pesar, tocó las manos extendidas de la estatua, dedos con dedos, la carne reflejada perfectamente en piedra. Durante un instante de pánico, no estuvo segura de cual de ellas era realmente ella: la chica renacida o la estatua de la difunta. Ambos, tal vez. O ninguna.

-Es una muy buena imagen -dijo el siervo con túnica. Empezó con la voz repentina -Argel Tal le dijo a los esclavos del mausoleo que tomaran un voto de silencio bajo pena de muerte -mantuvo el rostro encapuchado, pero ella vio al borde una sonrisa en la sombra. -Estoy seguro de que no echas de menos la venda, creo.

Su sangre corrió más fría; no había hablado en Gótico o Colchisiano. Las palabras eran Uhturlan, el dialecto de la ciudad-estado de Monarchia donde había nacido en la distante Khur.

-Muéstrate.

Él lo hizo. No era especialmente guapo, ni era especialmente juvenil. Parecía estar en sus treinta y tantos, desplazándose hacia la mediana edad, y al igual que cualquiera que pasa su vida a bordo de las naves de guerra de la flota, se veía como si hubiera luchado por esas décadas.

También era, sin sombra de duda, lo que no pretendía ser. Sus ojos eran brillantes y vivos y llenos de mentiras humorísticas.

-No lo hagas -le advirtió. -No grite a sus guardianes -un momento después, añadió: -Me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

Había estado a punto de voltearse a ver si había otros esclavos cercanos, pero no se asustaba tan fácilmente como para chillar por su Vakrah Jal debido a un pícaro engañoso probando suerte. Ella tenía un cuchillo ritual *qattari* atado a su muslo, por debajo de la túnica fluyendo.

-¿Cómo puedes hablar la lengua de una ciudad muerta? -preguntó, cruzando los brazos debajo de sus pechos, abrazándose como si tuviera frío. Al oír su lenguaje, ver esta estatua... Era lo bastante surrealista como para distraerla.

-Hablo cualquier lengua que inserte en mi mente -sus ojos se encontraron con los de ella con sinceridad, pero sin amenaza. -Perdone que se lo diga, pero usted es impresionante en la carne. Tengo una debilidad confesa por las mujeres morenas.

Él no la estaba halagando, pero algo en su voz era más aceptable que las reverencias solemnes en los tonos de casi cada Portador de la Palabra. Incluso Lorgar, al verla de nuevo, se había asombrado, orado por su alma y designado su resurrección un milagro. Él no había comentado el papel de Erebus en su renacimiento, y nunca trató de hacerle cualquiera de las preguntas con las que muchos otros llegaron a ella. Lorgar no le preguntó si recordaba haber muerto, o lo que existía más allá del velo. Ella sospechaba que era porque él ya lo sabía.

Todo lo que Lorgar hizo fue arrodillarse frente a ella, acercándose a su altura, y le besó los ojos cerrados.

-Una vez me arrepentí por mis pecados con el fuego que te cegó -le había susurrado. -*Ahora me disculpo por ellos con la hoja que te dañó. Mi corazón canta al conocer que respiras de nuevo.*

Ella había querido responder, pero en compañía de un primarca hizo lo que tantos seres humanos habían hecho y continuarían haciendo. Ella le miró, se estremeció y trató de no llorar ante su majestuosa presencia.

Entendiendo su indecisión, como siempre parecía entender a aquellos por debajo de él, Lorgar soltó una sonrisa de disculpa.

-Ve en paz, Bendita Señora. Siempre fuiste un regalo a mi legión, y mis hijos te han echado de menos. Cualquier cosa que me pidas será tuya.

Aquí, en el mausoleo, Cyrene parpadeó para desterrar el recuerdo.

-Lo que sea que esté tratando de hacer -le dijo al falso esclavo -tendrá que esforzarse más.

-Esto es sólo el peloteo de apertura, se lo aseguro. Tenemos que hablar, Cyrene.

Ella arrugó la nariz ante su pronunciación. *Sy-Reen.* A pesar de hablar su lengua materna, su pronunciación denotó restos de gótico y el gótico no era amable con su nombre.

-Es *Sih-Renny* -respondió ella.

-Perdóname, John siempre fue mejor para los idiomas.

-¿Quién es John?

-Un amigo. Un idiota, pero un amigo. No importa; está ocupado. Me enviaron aquí por ti. Tenemos que hablar.

Ella no había hablado en el dialecto de su país en medio siglo y sin embargo, era como miel en su lengua. -Ya estamos hablando. Dígame su nombre, por favor.

-Me pregunto, ¿Por qué las preguntas más simples tienen las respuestas más difíciles? Recientemente he estado usando Damon -él le tendió la mano para que la sacudiera. Al no estar familiarizada con la costumbre Terrana, ella simplemente miró su mano y luego le miró de nuevo a los ojos.

-¿Solo Damon? –preguntó con desaprobación.

-Damon Prytanis -dijo.

-No es su nombre real.

-No es el nombre con el que nací -admitió con una sonrisa, -pero eso no lo hace menos real o menos mío.

-Me voy -mintió. El cuchillo *qattari* estaba empezando a sentirse tentador.

-No, no te vas. Y no llegarás a coger esa hoja. No estoy aquí para hacerte daño. Estoy aquí para salvarte.

-¿Crees que necesito salvación?

-*Sé* que necesitas ser salvada. Todo el mundo lo necesita, de vez en cuando. ¿Tiene alguna idea de lo difícil que fue para mí infiltrarse en la nave insignia de los Portadores de la Palabra sólo para tener esta conversación?

Infiltrarse. Dijo *infiltrarse*.

Él no estaba de su lado.

-No estoy del lado de nadie -dijo, aunque ella no había dicho ni una palabra. -Lo sé. Puedo leer tu mente.

Se volvió para correr, pero Damon la cogió por la muñeca, sujetándola firmemente. -Murió y resucitó - le dijo suavemente. -Tenemos eso en común. La Cábala ha tomado interés en ti, y para un ser humano es casi siempre es una mala noticia. Pero tú eres como nosotros ahora. La XVII legión le convirtió en uno de nosotros. No puedo decir si se lo proponían. Ni siquiera querría adivinarlo.

-¿Uno de qué? ¿De qué estás hablando?

-Inmortales. Perpetuos -Damon Prytanis no sonreía ese momento, más bien era una mueca. -Ven conmigo, Cyrene.

-¡Eshramar! -gritó. -*¡Eshramar!*

El Vakrah Jal entró por el otro extremo de la cámara, comprendiendo en menos de un latido del corazón reconocerla y el peligro que corría. Las turbinas en la espalda gritaron al activarse cuando arrancó a correr y después de tres pasos se elevó por la cubierta, aullando sus generadores.

Damon se negó a liberar la muñeca de Cyrene incluso al enfrentarse al Portador de la Palabra a través del laberinto de estatuas en una tormenta de fuego. Juró en varios idiomas, entre los que sonaban un muy elegante dialecto eldar, y ninguno de los cuales entendió Cyrene.

El sargento Vakrah Jal cayó con un crujido de ceramita en la cubierta, dirigiendo los dos lanzallamas montados en las muñecas al falso esclavo. Fuego alquímico burbujeaba de los cables conjuntivos a lo largo de sus brazos, bullendo, esperando mezclar aire y combustible por llamas.

-Aléjese de ella- exigió Eshramar. Su placa frontal plateada Mark III se mostraba con sorprendente vehemencia. El humo acariciaba alrededor de los tres, impulsado.

-Escucha –comenzó Damon.

-Aléjese de ella.

-Escúchame.

-Aléjese de ella.

-Cyrene, puedo explicarlo todo -dijo.

-Aléjese de ella.

Damon levantó las manos y dio un solo paso adelante. En ese mismo momento, Cyrene le clavó su cuchillo ritual en su hombro. Ella había estado apuntando a su cuello, pero él logró prevenirlo, incluso de espaldas a ella; sus reacciones eran demasiado líquidas para ser completamente humano.

Él no gritó, ni siquiera maldijo, pero lo hizo perder su agarre. Ella se echó a un lado.

-Espera. ¡Cyrene, espera!

Eshramar cerró ambos puños, activando las almohadillas de presión en las palmas de sus guanteletes. Dos lanzas de explosivo jade enfermo surgieron de sus lanzallamas, bañando al ser humano en un torrente semi-líquido continuo.

Disolvió la carne de sus huesos lo que tomó a Cyrene ponerse a cubierto y volver la vista atrás.

Damon Prytanis murió ante sus ojos, en lo que podría ser la forma más dolorosa para encontrar el final propio.

Era la primera vez que había muerto entre las llamas, pero no la primera vez que había muerto riendo.

Lotara amó la calma que se apoderaba en momentos como éste. Esto era lo mejor, y todo lo que ella necesitaba era carta blanca para jugar el juego a su manera. Aparentemente, ella se relajó en su trono, pero sus ojos estaban por todas partes a la vez: hololitos de localización y vectoriales; pantallas de matriz de objetivos, la pantalla oculus multitarea e incluso en sus propios oficiales, asegurándose de que estaban cumpliendo como se esperaba.

Tenían dos naves insignia de la clase Gloriana y lo que sea en los infiernos dijeran que fuese la *Trisagion*. No había posibilidad de que Lotara Sarrin no cayera sin luchar, sin importar cuán devastadora e irremediablemente fuesen superados en número. De hecho, ella seguía viéndose con ganas de reír.

La armada enemiga llegó a toda potencia, cada escuadrón en formación de ataque y aguantándola con una unidad admirable. Cada nave de guerra o de tonelaje capital era defendida por destructores y fragatas, y cada escuadrón estaba dirigido por cruceros con sus acompañantes menores.

-Cuarenta y uno -dijo Lehralla, su voz distante como siempre fue cuando estaba viendo a través de los escáneres de la nave en lugar de sus propios ojos. -Cuarenta y una naves enemigas.

Lotara oyó la maldición tranquila de Ivar Tobin a un lado de su trono. Era, ella estuvo de acuerdo, fuerza a la que enfrentarse solos sería prácticamente una locura. Los pocos escoltas que habían mantenido con ellos no serían más que chivos expiatorios en las fauces de la flota enemiga, pero Angron y Lorgar habían tenido que extender sus legiones tras las líneas enemigas, y la capitán Sarrin trabajaría con lo que quedaba. Ella no se había ganado la mano sangrienta por quejarse de las probabilidades.

Aun así, estimó que las probabilidades eran incluso peores. La *Trisagion* podría destruir a veinte naves menores solos, y había muchas, muchas razones por las que los cruceros de Gloriana eran utilizados como naves insignia de la Legión. Buena parte de la armada de los Ultramarines parecía herida, o reunida de flotas separadas. No era una flota de intercepción dedicada, era claramente una fuerza de ataque variopinta: una lanzada al corazón del enemigo. Alguien, quizá el mismo lord Guilliman, había hecho lo mejor que podía con recursos limitados.

Si ella hubiera estado dirigiendo la flota enemiga, sabría cómo rodar los dados en esta lucha. La victoria de los Ultramarines contaba con dos factores. En primer lugar, que el *Conquistador*, la *Lex* y la *Trisagion* serían destrozadas por la potencia de fuego masiva de naves más pequeñas. Los cruceros y acorazados de la XIII Legión correrían por el través de los intercambios repetidos de costados, ofreciendo presas demasiado grandes y poderosas como para ignorarlas, mientras el resto de la flota utilizaría calculados golpes de lanza desde una distancia segura. Sospechaba que la armada dividiría su potencial, empeñando lo mejor en matar ya fuese a la *Lex* o el *Conquistador*, y capturando la otra mediante grupos de abordaje. La Trisagion era demasiado grande y poderosa para tomarla con cápsulas o con una flota dividida, pero ningún comandante espacial sano dedicaría toda su atención a ella primero. Las dos naves insignia de la legión quedarían libres para infligir daño sin igual en el tiempo que necesitasen paralizar la nave capital.

El segundo factor era el descenso planetario. Las Legiones Astartes destacan en la lucha en las guerras y batallas tanto en superficie como espaciales a la vez, y este ataque apestaba a algo personal. Los Ultramarines venían aquí por venganza, igual que al parecer persiguieron a Kor Phaeron todo el camino hasta la Tormenta de Perdición en el otro lado de Ultramar.

Varias naves harían una carrera a Nuceria, derramando cápsulas de desembarco, lanzaderas y cañoneras, forzando la invasión planetaria por cualquier medio necesario. Tendrían que acercarse, lo suficientemente cerca como para pelear, como a Lotara le gustaba, pero cumplirían su cometido, y Meahor sería asaltada por el enemigo seguidamente.

Esto era lo que amaba de las batallas espaciales. Aquí arriba, en la frialdad del espacio, comerciabas tu muerte a distancias impensables un minuto y maniobrabas

naves de guerra del tamaño de ciudades lo suficientemente cerca como para rayar la pintura de otra el siguiente. No carecía de la adrenalina y actividad frenética de un combate terrestre; simplemente era refinado en algo mucho más civilizado.

La guerra espacial era la guerra de un pensador.

La cabeza cableada de Lehralla se volvió de nuevo. -Capitán, catorce naves enemigas, los de la formación axial marcada ahora en los hololitos, tienen correlación de los transpondedores con el Mechanicum marciano. Varios parecen ser cargadores de titanes.

Lotara resistió el impulso de maldecir largamente y con gran detalle. Lo que rompería a través de su bloqueo, y un montón iban a hacerlo sin duda, asesinaría a los de la superficie. Los Ultramarines eran lo suficientemente duros. Ultramarines y Titanes eran la peor noticia que podía recibir.

-Informar a los primarcas y capitanes que es probable que se enfrenten a Titanes también -le ordenó a Kejic. –Maestro de armas, ¿Tiempo para máximo rango?

-La vanguardia enemiga llegará a distancia de lanzas como máximo en un minuto, cincuenta segundos.

-Bien, bien. Feyd, ¿Estado de nuestros escuadrones de caza?

-Todos vuelan, señora -el joven teniente no levantó la vista de su consola. -Capitán, tengo una idea con respecto a la segunda fase del combate.

-Siempre y cuando no se trata de mover naves capitales la espero con ansiedad. Dígamela.

En lugar de decirlo, lo mostró. La sugerencia táctica se desplegó en la pantalla hololithic mientras Feyd corrió una simulación de diez segundos. Al final, la capitán de bandera sonreía.

-Hazlo -dijo ella. Su confianza en él no era ociosa; nadie supervisaba una expansión de escuadrones de caza que como Feyd ni por asomo, y por eso Lotara le había saqueado del *Interregno* para su propia tripulación de mando.

Esperó, tamborileando con los dedos en el brazo de su trono. -Mantenga un enlace vox con la *Lex* y *Trisagion* abierto.

-Sí, señora respondió Kejic.

-¿Están en la posición?

-Sí, capitán- respondió Lehralla.

Lotara miró a Tobin, siempre leal, siempre cerca su trono. -¿Te imaginabas que morirías en Ultramar, Ivar?

-Intento no pensar en morir en absoluto, señora. Armas preparados y en espera de su orden.

-Gracias, Ivar. Sospecho que elegirán abordar el *Conquistador* y destruir la *Lex*, dado el rencor que seguramente porten contra la legión de lord Aureliano, pero si sucede al revés, sólo diré ahora que ha sido un placer servir con ustedes.

-Me siento honrado de que lo diga, señora.

La tripulación de mando intercambió miradas y sonrisas mientras escuchaba a sus oficiales de más alto rango.

-Así pues -Lotara se aclaró la garganta. –Que empiece la matanza.

VEINTE

Sangre en el Vacío

A por los Triarii

Él muere aquí

No pasó mucho tiempo antes de que perdiera la noción de la guerra de superficie. La flota Ultramarine les invadió y atacó como una horda de insectos, robando cualquier atención que a ella le hubiera gustado dejar vagamente sobre cómo la

legión lidiaba con la situación. Su mundo estalló en un lío caleidoscópico de flashes de armas, bengalas de luces en los escudos escudo y el parpadeo insistente de las sirenas. Todos los oficiales estaban informando a la vez, sin dejar de gritar a sus propios subordinados. La nave temblaba ante el agarre de una tempestad, y el puente olía a piel sudorosa, aliento rancio, y el débil ahumado de los sistemas de combustión interna.

Lotara era un derviche, entregada a emitir de un flujo incesante de órdenes entre el seguimiento de las proyecciones hololíticas en constante actualización. Su preocupación más urgente no era que sus naves estuvieran recibiendo una paliza, sino que el intento de detener al enemigo antes de sobrepasarles era un juego de luchar contra una marea del océano con las manos ahuecadas y lenguaje áspero.

-La *Ceres* –expresó Lehralla, retorciéndose en su cuna adosada. La niña sin piernas tuvo que gritar sobre el pandemónium de la cubierta. -La *Ceres* nos está superando.

Lotara dio tres preciosos segundos a su pantalla hololítica personal, compuesta a partir de los microproyectores en sus brazos. La *Ceres*, la *Ceres*... Allí. Un crucero masivo. Una barcaza de batalla clase Dominus. Eso significaba soldados, miles de soldados. Maldita sea, maldita sea, *maldita sea*.

La runa de la *Ceres* parpadeó pasado el sello que marcaba al *Conquistador*. Todavía quedaban dos naves de guerra Ultramarines entre la nave insignia de los Devoradores de Mundos y la nave que necesitaba detener, y otras siete balanceándose arriba y abajo, en medio de sus propias andanadas duelistas.

Si Lotara la perseguía, abortaría su andanada letal contra la *Vigilia Inquebrantable* y se arriesgaba a un minuto completo de andanadas de la... No, eso no importaba. La *Ceres* tenían que morir.

-Acércanos -gritó, listo para disparar el primer oficial que se atreviera a discutir.

-¡Acercándonos! -Tobin transmitió la orden en un rugido.

La nave crujía y protestaba bajo sus pies a merced del impulso de balanceo / inclinación / propulsión de reactores y retrorreactores.

-Todo a la *Ceres* -ordenó Lotara. -Costados cuando viremos, luego lanzas desde la matriz delantera a ciento ochenta grados. Enviad a esa perra a la tierra en llamas.

-El *Hijo legendario* y la *Gloria de Fuego* están…

-Las veo -interrumpió a Feyd. -No voy a dejar que se interpongan en camino. Motores a máxima potencia.

-Eso alterará nuestro arco girando a…

-*Sé* a dónde nos llevará nuestro arco. Quiero que los motores griten. Cesen andanadas de estribor para recarga inmediata; quiero tenerlos listos a medida que nos acercamos. Solo tendremos una oportunidad contra la Ceres.

El *Conquistador* maniobró pesadamente, arrastrándose lejos de la naves Ultramarines rodeándole, sacrificando una andanada mortal en la que Lotara había invertido la mayor parte de los cinco furiosos minutos de ajuste bajo fuego enemigo intenso. Miró a la *Vigilia Inquebrantable* apartarse, sanos y salvos, cuando debería estar desecha y en llamas.

-Ceres está maniobrando para el lanzamiento orbital -vocalizó Lehralla, sus ojos de gacela llorosos en el hololito y sus dientes quebradizos desnudos frente a la lucha.

Las estrellas rodaron por el oculus mientras el Conquistador giró, giró, giró, lento, lento, lento. La cubierta, *su cubierta*, temblaba bajo las botas de Lotara. Estaban recibiendo una pesadilla de una paliza.

La Ceres apareció ante su vista, ya besando la atmósfera.

-Baterías láser lis…

-¡Costados! gritó Lotara.

El *Conquistador* respondió al capitán, tronando sus cañones en el silencio de la noche. La cubierta se estremeció otra vez, pero era uno mucho más agradable en este momento. El espacio alrededor de la *Ceres* se encendió cuando sus escudos resistieron el torrente contra el casco de la nave. Después de tres hermosos segundos de pirotecnia defensiva, los escudos del crucero se hicieron añicos con fuerza suficiente para enviar regueros de rayos a través de la piel acorazada de la

nave. El *Conquistador* no sólo había roto las defensas de su presa, los había sobrecargado por potencia sobrecogedora. Una ovación corrió por todo el strategium ante tal vista.

-Sus escudos ha caído -Lotara casi reía en una mezcla desagradable a la par que embriagadora de alivio y placer depredador. –Matadla.

El *Conquistador* disparó de nuevo, otra andanada de costado, y luego el turno de sus armas delanteras conforme terminó su aproximación. La *Ceres* se partió en órbita alta, recibiendo el toque más fino de la atmósfera de Nuceria con el suficiente aire para quemar sus restos. Lotara se dio unos segundos sólo para beber la imagen: decenas de miles de vidas terminadas en fuego.

-¿Estado de la Trisagion? -gritó, volviéndose hacia el puente.

-Luchando como nunca he visto nunca -respondió Tobin, más que un poco impresionado ante los números que se derramaban por su monitor de datos. -Hubiéramos durado menos de tres minutos sin ella. Incluso podría ganar esto después de caer nosotros.

-¿Cuáles son las probabilidades de eso?

-Terribles, señora. Pero todavía hay una oportunidad.

-¿Y la *Lex*?

En ese momento, Tobin negó con la cabeza. -La *Lex* está muriendo.

La *Fidelitas Lex* atravesó los restos de un crucero pequeño, embistiéndolos. La nave insignia de los Portadores de la Palabra era ya una ruina con su armadura decrépita y agrietada, y los escudos evaporados. Las catedrales y fortalezas espinales adosadas a lo largo de su espalda historia, devastadas por la furia incendiaria de los Ultramarines.

La armada de la XIII legión atacó en andanadas e intercambios prolongados de costados, intercambiando fuego con la nave superior y aceptando sus propias bajas como el costo de desangrar a la gran nave. Cada asalto dejó más débil a la *Lex*, respondiendo con menos torretas y cañones, recibiendo más castigo contra el cada

vez más frágil blindaje. Aire y agua brotaban en silencio de agujeros en el casco, mientras que el combustible y el refrigerante manaron por heridas similares. La tripulación, muchos de los cuales estaban orando al morir, fue aspirada desde los cientos de rupturas del casco. Lotara observó todo esto con un solo vistazo; parecía que la Lex estaba siendo vuelta del revés, expulsando sus entrañas en llamas al vacío.

Pero seguía luchando. Arrastrándose entre naves más pequeñas, la *Lex* contraatacó con sus cañones restantes, destellando entre la luz de su propio casco en llamas.

El comandante de los Ultramarines, quien fuera que dirigiera la batalla desde el puente de mando del *Valor Supremo*, había hecho su elección. El Conquistador sería abordado, asesinado por dentro. La *Lex* moriría primero, desangrada por mil cortes y barrida del tablero de juego.

El Conquistador no podía levantarse en defensa de su nave hermana. Las dos naves insignia luchaba solas, faltas de apoyo y sufriendo los interminables ataques de la armada irregular de la XIII legión.

-Un mal final para una dama -comentó Lotara, -incluso si está llena de fanáticos.

Cápsulas de escape salían disparadas desde los lados y bajo vientre de la *Lex*, junto con pesadas naves del Mechanicum y módulos de aterrizaje masivos. Con los legionarios ya en la superficie, la población humana de la nave estaba huyendo en los minutos finales de la nave. Y aun así luchó: maniobrando, girando, furiosa. Los cruceros Ultramarines en persecución ardían tanto como la nave de guerra que estaban matando. Una lucha sucia, demasiado cercan para los cálculos, cercana y personal. Lotara se sentía culpable por amar cada segundo.

-Todavía está con nosotros -señaló Tobin.

-No por mucho tiempo. ¿Podemos destrabarnos para apoyarle?

La risa seca de Tobin fue respuesta suficiente.

Lotara estaba mirando fijamente su hololito personal. -No eres divertido, Ivar.

Eshramar tenía un deber, y estaba resultando el más difícil de su vida. Y a menos que se hiciera más fácil, también sería el último. Uno que podría fallar, como sucedió.

Parecía tan simple en el papel… Todo lo que tenía que hacer era ir de *aquí* para *allá* con Cyrene a cuestas. La realidad del asunto es que la maldita nave se deshacía a pedazos, y él ya estaba agotado por abrirse paso por los pasillos masacrando tripulación. El asesinato se había convertido en agricultura, no diferente del peso de una guadaña y la cosecha de trigo, día tras día, desde el amanecer hasta el anochecer. Salvo por la espada de energía de Eshramar, dadas recién forjadas a cada guerrero Vakrah Jal, estaba cosechando vidas.

Incineró su camino a través de los pasillos más densos, pero después de que el humo de los cadáveres casi asfixiara a la Bendita Señora, había aprendido a moderar esa respuesta.

La mitad de los grupos delirantes de seres humanos que encontraron se atropellaban unos a otros con salvaje pánico para llegar a los hangares de escape. La otra mitad se volvió hacia Cirene y gritó a su favor, en la creencia de que tocarla concedería la fortuna para evitarles la muerte en el vacío. Eshramar mató a ambos bandos de la multitud, con poco cuidado de si gritaban pidiendo misericordia o el nombre de la Bendita Señora en su agonía. Apartarles del camino era todo lo que importaba.

-Por aquí -le dijo a ella, liberando la espada del último cuerpo en el pasillo. Ella estaba luchando para caminar, casi escalando sobres los cadáveres reventados y abandonados. Tenía los ojos totalmente abiertos por el horror, pero eso no le preocupaba a Eshramar. Estaba bañado en sangre, cubierto del casco a las botas con la sangre de la tripulación de su nave insignia, pero eso tampoco estaba en el primer plano de sus pensamientos.

Las naves morían lentamente: primero bajo el fuego y luego en silencio. Eshramar sabía que no le quedaba mucho tiempo antes de que la Lex se derrumbara a su alrededor, inerte y totalmente abierta al estéril vacío.

-Por aquí -dijo de nuevo. -Mi señora, a prisa.

Cyrene se afanaba en caminar sobre los muertos, sus ropas bañadas con su sangre, con las manos rojas hasta las muñecas por los muchos tropiezos. Ella había estado en naves de guerra para la mayor parte de su vida, pero nunca en una cada vez más desgarrada.

Eshramar continuó con su limpieza sistemática en cabeza, el sonido sordo de su bojas atenuado por la capa de sangre contra el suelo enrejado. Estaba medio arrastrándola por la muñeca, con cuidado de no romperle el brazo o arrancárselo, pero con todo gruñó por las estocadas de dolor cuando él apretaba el paso.

Ella sabía a donde la estaba llevando. El Vakrah Jal tenía varias naves propias de su capítulo a bordo, pero sinceramente dudaba que todavía estuvieran allí. Habían tardado casi media hora en cruzar la nave, más o menos. Los ascensores estaban inactivos, dejando túneles huecos entre las cubiertas. Los accesos a la ventilación brillaban de color naranja por el fuego distante en las venas de la nave. Franjas enteras de cubiertas estaban llenas de cuerpos y escombros.

¿Por qué abandonar siquiera la nave? Lo que esperaba en Nuceria no era sino una muerte retrasada por un puñado de horas.

Eso sólo hizo su carrera más difícil. Ella era una hija de la ciudad perfecta, y la Confesora de la Palabra. No iba a morir aquí si no hubiera la más mínima esperanza.

Eshramar la arrastró hasta un mamparo estanco donde hicieron un alto. Ella podía ver por el peralte de la cabeza que no debería haber sido sellada, incluso en un cierre de emergencia. No había mangos, ni palancas, nada.

-No sé... -dijo-, pero nunca terminé el pensamiento.

-¿Puedes derretirlo? -preguntó, recuperando el aliento. La garganta le sabía a sangre.

Sus lanzallamas eran más que capaces de licuar metal, pero el tiempo no estaba de su lado.

-Necesitaríamos mucho tiempo -Eshramar le dio la espalda al callejón sin salida; es decir, dar media vuelta y tomar otro camino. -Ven.

No dijo nada más. Su cabeza con retrocedió con el casco roto con un sordo clang, enviándolo tambaleante contra la pared. Su frente plateada era un cráter destrozado alrededor de su lente ocular izquierdo, y Cirene oyó el débil sonido de una línea muerta desde el interior de su servoarmadura mientras se desplomaba sobre la cubierta.

Al final del pasillo, de donde ella y Eshramar llegaron, pudo distinguir a tres esclavos legionarios vestidos a través del humo. Uno de ellos portaba un rifle pesado de boca ancha. Los otros dos echaron a correr hacia ella.

Ella hubiera tomado el bólter de Eshramar si hubiera tenido alguna esperanza de levantarla. En cambio, Cyrene sacó el cuchillo *qattari* por segunda vez desde su renacimiento y se abalanzó a los hombres que habían asesinado a su último guardián.

No gritó, chilló o rio. Miró a los atacantes en un feroz silencio, con los nudillos blancos alrededor del cuchillo ritual. De la misma manera que murió hace un año.

El primero de ellos desvió su golpe con el antebrazo, desarmándola.

-Cyrene -dijo. -Cyrene, espere por favor -Damon Prytanis retiró la capucha, mirándola a los ojos como lo había hecho una hora antes. Estaba absolutamente incólume del fuego que lo había destruido. -¿Va a escucharme esta vez? Venga con nosotros.

El *Conquistador* basculó de nuevo, sus motores sobrecargados introduciéndoles en lo más profundo de una formación enemiga en lenta dispersión. Sus escudos estaban muertos. Sus almenas ardían con los destellos efímeros de las llamas absorbidas por el vacío. La mitad de sus armas de fuego silenciadas. Nunca dispararían de nuevo.

Lotara se apartó el pelo suelto de la cara, aspirando aire a través de su respirador. Los ventiladores estaban luchando para hacer frente al denso humo del puente.

-Moveos a tres-dieciséis -gritó.

-Nos están adelantando -gritó Tobin. -Capitán, la *Guerrero Nova* y el *Triunfo de Espandor* están en rango. Baterías de arma disparando.

-¿Van a matarlos? -preguntó Lotara.

-Están dañados, pero no morirán. Esto hará que los acerca a la orilla. No mantenga las esperanzas de algo más, señora.

Lotara se tocó una herida macabra en su sien, sin poder recordar cuando la recibió. Sus dedos quedaron tintado de carmesí. Casi en un sueño, se deslizó a la consola de Lehralla. La señora de los gritos colgaba floja y muerta, encorvada, sostenida sólo por los cables y conexiones que serpenteaban entre la cabeza y el techo.

Lotara reactivó el hololito central, mirando a través de su parpadeo indeciso y siguiendo las runas de las naves enemigas. Sangre del Emperador, ¿Como podían muchas de ellas seguir con vida? Seguramente habían matado a toda la armada y más.

El *Conquistador* se convirtió en el centro de una esfera en expansión de naves de guerra enemigas. Las poca artillería operativa escupía ira en el vacío hiriendo, rompiendo, carbonizando a las naves Ultramarines aferradas a ella.

La *Guerrero Nova* y *Triunfo de Espandor* parpadeaban en la pantalla etérea, pulsando su camino pasado el *Conquistador* asediado. Pero Tobin estaba equivocado. Ellos no estaban escapándose, estaban haciendo carreras de ataque mientras volaban a su alrededor. Teniendo en cuenta los recursos de la flota enemiga, era exactamente lo que habría hecho ella también; no podían permitirse el lujo de mantener sus cruceros pesados totalmente fuera del combate, sin importar el riesgo.

-Acercadnos -dijo en voz alta a través del puente. -Introducidnos dentro del rango de las garras ursus. Da igual a quien acertemos, pero esas dos barcazas no dispararán sus cápsulas de desembarco hacia Nuceria mientras pueda respirar -su sonrisa era todo dientes blancos en su cara cubierta de hollín. -Nadie huye del *Conquistador*.

-Si el *Crónica* cambia de rumbo... –advirtió Tobin.

-Lo hará o no, pero *no se huye*. Quiero que los motores griten como nunca.

La nave insignia de los Devoradores de Mundos saltó hacia adelante, sus motores rugiendo más y más calientes. De ser un duelista, esta sería su última floritura tras un duelo extenuante. Más allá de la velocidad de maniobra. Más allá de la velocidad de ataque. Más allá de la búsqueda de velocidad.

Lotara, y toda la tripulación superviviente del puente, se quedaron mirando la imagen en flor en el oculus. Oyó maldecir a Feyd en el mismo momento Tobin gritó: -¡Agarraos, agarraos!

El *Conquistador* en alza encaró al *Crónica* descendente, ambas naves cambiando su rumbo a lo largo de arcos imprevistos, y chocando entre sí sin escudos de vacío para amortiguar el impacto. El strategium se sacudió con fuerza suficiente para lanzarlos como dados. Los dientes de Lotara chirriaron; sintió varios de ellos romperse.

El grito del metal agonizante duró casi un minuto. Las dos naves de guerra se deslizaron una contra el otra, y hubo casi algo de lucha entre tiburones por la forma en que se acoplaron en la oscuridad. El *Crónica* salió peor, superado en tamaño, blindaje, impulso y peso. Toda su banda de babor se desintegró en una marea de la chatarra, exponiendo a miles de tripulantes a la atmósfera superior de Nuceria. Cuando las dos naves se separaron, la *Crónica* entró en una caída en barrena, atrapado por la gravedad, (spearing groundwards) y brotando fuego a medida que acuchilló a través de la atmósfera superior del planeta.

El *Conquistador* parecía mejor parada, pero ganó cicatrices negras en toda su banda de babor. Fortalezas enteras de cañones y tripulación fueron arrancadas del casco. En una suposición instintiva, Lotara estimó que había perdido varios miles de tripulante, y tuvo suerte de que fueran tan pocos.

Pero eran libres, y dirigiéndose hacia los cruceros en ruta. A pesar de estar a cuarenta kilómetros de distancia de su presa, en términos de guerra espacial Lotara estaba prácticamente sobre sus espaldas.

Ella le dio el visto bueno a Tobin.

La mejor obra de Vel - Kheredar era sin duda el conjunto de armas que había pasado más de dos años instalando en el reformado *Conquistador*, poco después de cambiarse su antiguo nombre: *Resolución Adamantina*. La nave insignia de la XII legión superaba prácticamente a cualquier otra de tamaño comparable, incluso con su armamento estándar. Lo que realmente marcaba la diferencia eran las garras de persecución. Los arpones que llevaban los Mastines de la Legio Audax servía bien a este cometido, pero las garras ursus del *Conquistador* eran una extensión de salvajismo de las Legiones Astartes a una escala no vista en ningún otro lugar.

Cuando el *Conquistador* se abalanzó sobre los cruceros en ejecución, lanzó sus garras directamente a sus espinas. Decenas de lanzas, cada una del tamaño de una fragata, brotó de arcos de fuego delante de la nave de guerra. Muchas se perdieron, como siempre lo hacía en ese rango. Y muchas tuvieron éxito, como siempre lo hacían cuando Lotara las disparaba con ira.

Observó la salva masiva de lanzas atravesar las espinas de los cruceros - empalándolos y atravesándolos. Grandes taladros industriales en la cabeza de cada arpón se activaron al impactar, moliendo y devorando más de las naves afectadas. Los sellos electromagnéticos se activaron. Las lanzas, altos y denos como rascacielos se adhirieron a las heridas punzantes que habían causado. Las cadenas que conectaba los arpones a su nave nodriza eran una aleación de adamantium nostramano y titanio ferrekesiano, y cada uno de ellos costaba el promedio de derechos de diezmo anual de un planeta de frontera. El Imperio, en su escala y ambición enfermiza, no reparaba en gastos para sus visionarios y guerreros.

Las cadenas se enderezaron y tensaron. Fue entonces cuando el *Conquistador* detuvo su empuje. Poleas masivas diseñada por el Mechanicum, cada una empequeñeciendo a un titán en tamaño y fuerza, comenzaron a retraer los arpones.

Agarrar una nave fue siempre una cuestión de cálculo complejo. Las garras de persecución fueron diseñados para las más viciosa y a corta distancia forma de la guerra, y si demasiadas lanzas se perdían o la nave enemiga tenía demasiada potencia sería el Conquistador el perjudicado, perdiendo el control; o peor aún, ser

arrastrado por la presa en persecución. Ningún fracaso había sucedido nunca. Lotara conocía la batería de armas por dentro y por fuera, conocía desde los nombres de los jefes de turno de trabajo que supervisaban la población de esclavos a los sistemas de carga abierta manuales para las clases exactas de naves podría hacer caer a diferentes niveles de empuje.

Tanto la *Guerrero Nova* y el *Triunfo de Espandor* resultaron heridas, como toda nave en el cielo. Gracias a la *Trisagion* habían tomado un intenso fuego junto con el resto de la flota Ultramarine, y sufrieron una andanada masiva de costado en su carrera ataque contra el *Conquistador*.

Debilitados como estaban, eran los blancos perfectos.

Las garras se dispararon, hundieron, taladraron profundamente y mordieron más. Las cadenas tiraron firmes, y el *Conquistador* disparado todo lo que tenía en retribución. Poco a poco, inexorablemente, las dos naves Ultramarines fueron arrastradas a despecho de sus propulsores, perdiendo todo el impulso delantero y sacados de curso.

Otro vítor, éste mucho más escaso, llenó el puente.

-Tirad de ellos un poco más y acabad con ellos con lanzas -Lotara cojeó de vuelta a su trono. – Sacadnos del saco de mierda cuando hayáis terminado y colocadnos en posición de despachar la escolta de la *Gloria de Fuego*. Que alguien me de un informe de situación sobre la *Lex*.

-Muerta en cuestión de minutos –clamó Kejic. -Están abandonando la nave, cobradas doce muertes.

Doce. Lotara se permitió una pequeña sonrisa. *Una buena actuación de los fanáticos*.

-Ordenadles que aumente la distancia mínima de seguridad. No quiero que se estrellen mientras nuestras fuerzas siguen luchando en la superficie.

Kejic transmitió la orden, pero volvió a llamarle casi a la vez. -Están cayendo, capitán. Las predicciones proyectadas auguran que impactará en el océano oriental.

Lotara tragó saliva, mirando directamente a los ojos al maestro del vox. -¿A qué distancia de la costa?

Kejic parecía afligido. -Diecisiete kilómetros. Veinte si tenemos suerte.

-Todo depende de cómo se estrellen. Podría no ser nada, podría ser todo.

El cadáver de Lehralla se estremeció como una marioneta cadena cuando el puente dio una sacudida un más pesada.

-Capitán.

Lotara se volvió hacia Feyd, supervisando los equipos de armas y su ejército de consolas. -¿Oficial Hallerthan?

-Tres cruceros de ataque están superando a la Lex.

Tenía que suceder. Siempre acabarían invadiendo el planeta. Lotara lo sabía. Y por lo menos habían detenido… ¿Quién sabe cuántas naves?

Seguía molesta.

-Avisad a las Legiones -dijo. No eran palabras fáciles de decir. Machacarse los dientes restantes habría sido menos costoso. –Que empiecen sus intenciones para la segunda fase. Quiero que sus tropas disparen a todo lo que caiga del cielo. Caída cápsula, cañonera, lo que sea; los quiero muertos. ¿Alguna nave del Mechanicum ha superado a la Lex?

Tobin soltó entre dientes una maldición. -Sí, señora.

-Muy bien. Asegúrese de que las legiones son conscientes de que el enemigo está desplegando titanes. Ordena a la *Trisagion* que se asegure de no permitir a las naves enemigas el tiempo suficiente para un bombardeo orbital preciso. Y Kejic, asegúrate de que nuestros guerreros sepan que tiene que prepararse para la caída de la Lex en alta mar.

A medida que el maestro de vox transmitía sus advertencias, Ivar Tobin miró a su capitán en el trono central.

-¿Qué esperas que hagan, capitán? Seremos afortunados si no se ahogan todos.

-Un hecho del que soy muy consciente, comandante. ¿Estado de las garras ursus?

Fuera de la nave, los cruceros Ultramarines empalados fueron acercados a la sombra sobrecogedora del *Conquistador*. Los cruceros más pequeños se mecieron y tensaron contra sus cadenas, rogando a sus motores un milagro.

El *Conquistador* vibró cuando sus lanzas dispararon de nuevo, acuchillando los cruceros capturados, dividiéndolos y luego haciéndolos pedazos con el segundo haz.

-Retirad las garras. Que los equipos de esclavos inicien el rearme de las lanzas perdidas, si nos ganamos la oportunidad milagrosa de disparar de nuevo.

Kejic estaba a punto de confirmar su orden cuando Tobin le interrumpió.

-La *Soldado* en una carrera de intercepción -señaló a la runa en la pantalla, buscando al oficial de armas más cercano a través del humo. -¡Otra barcaza de batalla! ¡Matadla antes de que llegue al través!

Lotara sabía, aun cuando su primer oficial diera la orden, que le estaba pidiendo lo imposible.

-No hay tiempo -contestó ella, sintiendo una calma tan surrealista como repentina. Levantó el transmisor vox incorporado en su trono de hierro oscuro, enviando su crepitante voz por toda la nave herida. –A todas los puestos, preparaos para repeler asaltantes. Capitán Delvarus, responda.

Su corazón seguía el ritmo de los segundos transcurrir, mientras no hubo respuesta.

-Delvarus -dijo ella de nuevo. *-Responde, maldito hijo de puta. Si has desembarcado, te juro que voy a estrellar los restos del conquistador sobre tu desgraciada...*

-Aquí Delvarus de los Triarii. La voz crepitando era clara y fuerte, a pesar de las interferencias generales. -Te escucho, capitán.

La primera cápsula de desembarco se clavó en el mercado vacío, dispersando carretillas y mesas de madera con su onda expansiva. Las puertas selladas se desbloquearon con silbidos a presión, chorreando vapor al. Los primeros Ultramarines en pisar Nuceria avanzaron, bólters en ristre, con un sargento a la cabeza con su gladius. Se movían con una cohesión perfecta, fruto del excelente entrenamiento, desplegándose con movimientos exactos ganados tras miles de horas de formación y cientos de batallas.

Los Devoradores de Mundos les estaban esperando por ellos. Escuadras completas salieron de sus coberturas, surjiendo de callejones y edificios de ladrillo cercanas, tratando de satisfacer el hambre de sus espadas-sierra. Los que no se perdieron por los clavos tuvieron el ánimo para señalar que estos Ultramarines no eran los guerreros de color azul cobalto vírgenes que había derrotado en Armatura. Los legionarios de la XIII llevaban servoarmaduras rota, marcadas y ennegrecidas tras semanas de batallas horrendas meses antes.

Argel Tal lo vio. Khârn no. El Devorador de Mundos salió al descubierto con sus hombres, riendo y gritando, llevado por la adrenalina iluminando sus receptores del placer.

Erebus, armado para la guerra y agachado en el callejón con Argel Tal, ofreció a su antiguo protegido una sonrisa triste.

-Temes por él. Y no te juzgo por eso, Argel Tal. Tu lealtad es un regalo.

Argel Tal vaciló, medio levantado y listo para combatir. -¿Qué?

Erebus se levantó también, haciendo un gesto con sus crozius. -Ya te lo dije, ¿no? Khârn morirá en un mundo de cielos grises, en la penumbra del amanecer. ¿Dónde nos encontramos ahora?

Argel Tal rechazó la tentación de mirar hacia arriba. -Mentiras. Conjeturas.

-*Profecía* -dijo Erebus suavemente. –Morirá en este mundo, hijo mío. Él muere hoy, con una espada en la espalda.

Argel Tal volvió a observar la lucha, donde llovían el acero en llamas de las cápsulas de los Ultramarines, generando microterremotos cada vez que una impactaba. El demonio Raum se agitó en su sangre, despertado por el sabor de la ira.

La presa se acerca. Déjanos cazar y despellejar, matar y alimentarnos.

Estos son los supervivientes de Calth. Los guerreros que Erebus no pudo matar.

Así que vamos a terminar el trabajo fallido del infame.

Tengo que salvar a mi hermano.

¿El Cazador?

Khârn, sí.

Cacemos y despellejemos, matemos y alimentémonos y salvemos al Cazador. Es el mismo juego en este campo de batalla.

La bestia tenía razón. Argel Tal comenzó a correr, con los ojos en Khârn en medio de la refriega. Con cada paso sus alas se extendieron y crecieron, destrozando la ceramita; cuernos se alzaron de su casco para formar una corona de marfil encrespada y su placa frontal suavizadas con la máscara mortuoria demoníaca. Como un avatar de los mitos pagan de las primeras civilizaciones, Argel Tal se zambulló en la batalla para luchar al lado de su hermano.

Por encima de ellos, el cielo del amanecer se volvió repentinamente oscuro. Algo, algo enorme, se abrió paso lentamente a través de las nubes. Incendió el cielo en su camino hacia el suelo, empujando la marea ondulante de nubes.

-No...- dijo el Portador de la Palabra. -Por favor, no.

Lorgar permanecía solo encima de un Land Raider, dejando que el viento meciese los pergaminos unidos a la servoarmadura. Desde su posición, vio la ciudad que le rodeaba morir simplemente porque tres legiones pasaron a utilizarla como el lugar donde se enfrentarían. ¿Era el destino? La ciudad había sido destinada a morir el día de hoy de todos modos, pero ver a toda una población sacrificada simplemente porque estaban en su camino era...

¿Un desperdicio? Casi lo había considerado un desperdicio. Pero eso no era cierto, pues todos sus gritos se mezclaron con la gran canción. No importaba de donde fluyera la sangre. Simplemente por atacar, los hijos de Guilliman llevaban a la canción a su crescendo. Estaba llegando a su clímax, llevada por el batir arrítmico de bólters y los gruñidos de los moribundos demasiado orgullosos para gritar de dolor.

Lorgar tenía que encontrar a Angron. Sería pronto.

La amargura de su hermano en las Estribaciones Desh'elika casi había sido suficiente. En la sala del trono del Praxury, se acercó incluso más. Lorgar no sabía cómo sonaría la nota final, pero él la sentía llegar, como el cambio en el ozono del aire fresco anunciando la tormenta que se avecinaba.

Las cápsulas de desembarco Ultramarines fueron sólo la primera oleada. La XIII legión cayó en toda la ciudad, desplegándose con fuerza; incluso mutilado por las pérdidas de Calth todavía eran lo bastante numerosos para llenar los cielos de Nuceria.

Tras ellos llegaron cañoneras, cápsulas, lanzaderas pesadas y las grandes naves-torreones negras del Mechanicum marciano. El contacto era esporádico con la guerra en el espacio, pero era evidente que la armada enemiga tenía la fuerza suficiente para vomitar a sus tropas en la superficie. Los Ultramarines sabían que Angron y Lorgar estaban aquí, y que habían llegado para acabar con los reinados de locura de ambos primarcas.

Al igual que con la suya, los Ultramarines establecieron cabezas de puente en las posiciones defendibles en la ciudad moribunda, liberando espacio para sus refuerzos a tierra. Por cada una que ocupaban, otra era anegada por los Devoradores de Mundos en una tormenta de ejes rugientes o perdida ante los Portadores de la Palabra cantando durante su avance implacable. La XII legión se estrelló contra la XIII en grupos rabiosos, mostrando por qué las fuerzas imperiales habían temido luchar junto a ellos durante décadas. Sin control, desatados, sin restricciones, masacraron a su manera a través de las posiciones Ultramarines, esclavizados a la alegría de la batalla por los motores de dolor en la carne de sus mentes.

La XVII legión también se enfrentó sus primos enemigos, sustituyendo la ferocidad con rencor y odio. Los Ultramarines le devolvieron el regalo en la misma especie, con hambre de venganza contra los que habían profanado Calth y matado su estrella. Las unidades de los Portadores de la Palabra marcharon, entonando oscuros himnos y sermones a ritmo monótono del *Libro de Lorgar*, portando estandartes de metal podrido cubiertos de cadáveres y huesos blanqueados por encima de sus regimientos.

La Legio Audax atravesó Meahor, chacales en plena caza, arponeando con sus garras ursus tanques y eviscerando infantería con sus mega-bólters vulcano. La ineficacia de la forma en que combatían nunca había llamado la atención a Lorgar, pero respetó la admiración de su hermano por el salvajismo de la Legio. Uno de los titanes, jorobado y cazando, caminó a lo largo de una calle adyacente; a partir de los sonidos de pánico humanos pudo suponer que estaba abriéndose paso por la población nativa. Las formas más altas de otros titanes, Reavers y Warlords, avanzaban a grandes zancadas en el borde de la ciudad, encarándose con los dioses-máquinas que los Ultramarines desembarcaron, pero eran muy pocos, demasiado pocos. Audax era experta en sus cacerías contra presas más grandes. A la Legio encantaba jugar como manadas de lobos derribando osos solitario.

Lorgar levantó la mirada cuando el sol fue eclipsado. Al otro lado de la ciudad, los Portadores de la Palabra estaban mirando en la misma dirección, con el mismo sentimiento desenroscándose en sus entrañas. Podía sentir su desesperación, una sensación muy melancólica y dolorosa semejante al miedo o la ira, pero de alguna manera más desesperad que ambos. Las emociones de sus hijos le llegaron en una ola amarga, lo que hizo aún más difícil apartar la mirada.

Tal golpe a la moral, ver una nave insignia morir.

La gran silueta de la *Fidelitas Lex* se recortó a través de las nubes, lo suficientemente grande como para teñir la mitad del cielo con su inmensa oscuridad gótica, mostrando incendios casi extinguidos en sus esclusas minúsculas. Durante varios segundos terribles y embarazosos, otra ciudad colgó sobre Meahor, temblorosa en su camino hacia el este, lo suficientemente alto como para envolver los sonidos de los miles y miles que morían de terror. Casi lo suficientemente

fuerte, pues en realidad Lorgar sonrió, como para ahogar la melodía de la disformidad.

Casi.

El gigante pasó sobre sus cabezas, sus motores como bocas abiertas, lloviendo desechos y tripulación desde la nave en caída mientras seguía una lenta deriva hacia mar abierto.

Lorgar observó su rastro en el cielo gris y le susurró un adiós final. La *Lex* le había servido bien, pero todas las cosas debían llegar a su fin. Esperaba que la Bendita Señora hubiera llegado a las cápsulas de escape. ¡Qué amargo sería volver a nacer, sólo para morir en la agonía del fuego apenas unas semanas más tarde!

Cayó girando sobre si misma, dolorosamente lenta para algo de tal peso y escala, reduciéndose en el horizonte, pero nunca desapareciendo. Lorgar sabía que la muerte por el abrazo de la gravedad negaría a la nave cualquier última esperanza de redención, ya que el peso de sus enormes motores inevitablemente se arrastrarían por la popa primero, chocando con la superficie del océano lejos de la costa.

¿Pero a suficiente distancia?

-Aquí es primarca -dijo en voz baja por la red vox de la legión, cortando las lamentaciones de sus guerreros. -Incluso en la muerte, la *Lex* muestra su rabia. Preparaos para la ola que viene, y recordad los cánticos de luto. No hay cantos fúnebres para los que se perdieron en justa batalla. Todo el mundo a tierras más altas, evitad toda batalla en el este, de donde vendrá la ola. Llevad la batalla hacia el oeste.

Lorgar cayó del techo del tanque de batalla, enfundando de sus crozius ensangrentado e ignorando los cuerpos Ultramarines aplastados bajo sus pies.

Otra cápsula golpeó la tierra en el otro extremo de la calle. Sin siquiera mirar, dirigió a un grupo mixto de Portadores de la Palabra y Devoradores de Mundos para lidiar con ella y afinó sus sentidos, buscando la presencia de Angron.

Pero la canción le distrajo. Le sacudió, drenando su concentración, presionando contra su piel con la misma picazón estática cuando permanecía demasiado cerca de su hermano Magnus.

Lorgar lo intentó de nuevo, buscando la fuente de la interrupción discordante. La respuesta llegó de inmediato, porque la respuesta estaba detrás de él.

La respuesta estaba en el otro extremo de la calle, vestida de azul manchado de sangre, dejando caer el cadáver del último Portador de la Palabra de las garras en sus puños de gran tamaño. Empezó a correr hacia él, gritando su nombre, y Lorgar supo con certeza fría la razón por la que la canción se había desentonado tan catastróficamente fue porque el Destino se estaba riendo de él.

El Princeps Ultima Audun Lyrac todavía se sentía temblando en el asiento. No era exactamente lo suficiente para extraerle los huesos, no era más que una ligera inclinación de lado a lado con cada paso que dio *Syrgalah*, pero quedó marcado para Keeda y Toth, que también sufrían tal malestar. Mantuvo miradas penetrantes a la veterana tripulación de la cabina, dándose cuenta de que instintivamente se inclinaban a izquierda y la derecha al compás del paso del titán. Un movimiento minúsculo, apenas perceptible. Así era como se conectaban con *Syrgalah* y sintió una punzada de celos infantiles. Dudaba que supieran que lo estaban haciendo.

Él no hizo ningún comentario sobre el mismo, por supuesto. Había sido implacable en sus actitudes por su falta de experiencia práctica, y aunque habían sido debidamente entrenados el último mes en tránsito, esta era su primera caminata. Sudaba copiosamente, brillando en sus sienes. Su espalda se definía de manera similar por la transpiración grasosa mientras trataba de descansar por centésima vez en el trono temblando. Las agujas de interfaz en el cráneo y la columna vertebral le dieron punzadas irritables mientras arrastraba los pies.

Con todo, se alegraba de estar detrás de sus moderati en sus tronos de control. Lo último que necesitaba era a ver lo incómodo que se sentía. *Syrgalah* misma era una presencia, una voz y una sonrisa gruñendo en la parte posterior de la cabeza. Su inteligencia se sentía como las brasas de un fuego, ardiendo lentas pero muy calientes al tacto. Podía sentir que quería cazar pero, ¿Nunca quedaba satisfecha? Había perdido la cuenta de cuántos tanques habían destruido ya.

El titán siguió marchando al oeste también. Quería caminar hacia el oeste, aun latiendo la palabra *al oeste*, *al oeste*, *al oeste* por la cabeza, pero ese era sólo uno de varios lugares de desembarque Ultramarines. No se detectó nada anormal allí. ¿Sentiría Syrgalah la ola llegando? Incluso si le golpeara podía sobrellevarlo. Podría llegarle a la cintura, en el mejor de los casos. Los cálculos del Mechanicum llegaron a borbotones y el tsunami en camino era eminentemente vadeable. La *Lex* había muerto con honor, y todos vivirían a causa de ella.

Al oeste, al oeste, al oeste.

-¿Qué pasa con esta ciudad? -preguntó Keeda. Preguntó a Toth, señaló Audun, sin molestarse en girarse e incluirlo. -Pensé que este mundo tenía que ser avanzado. Esto parece como si apenas hubieran salido de la edad de hierro. La mayoría de estos edificios son de piedra. Ladrillo y mortero.

-Armas -Toth sonaba distraído.-Sus armas son avanzados. No para nuestros parámetros, por supuesto. Se supone que su tecnología náutica es impresionante, también. Un pueblo costero.

-Ni siquiera tienen satélites.

-Loa hicieron -Toth llevó una mano a su auricular. -Simplemente no hay muchos.

-Alguien ha estado leyendo los informes de la misión.

-Cállate, Kee -Toth habló sin volverse. -Señor, *Syrgalah* está augurando una firma de calor en el borde de la ciudad. Ella sigue empujando hacia ella.

Audun tuvo que tragar saliva antes de hablar, y todavía está preocupado porque su voz sonase temblorosa.

-Estoy sintiéndola también. El espíritu-máquina siente hambre por la presa cuyo rastro ha captado allá fuera.

Hubo un momento de silencio en la cabina. Toth no dijo nada. Keeda se entretuvo con matar tres Rhinos Ultramarines en un torrente de proyectiles bólter al rojo vivo.

Audun se chupó el labio inferior. ¿Les estaba tratando demasiado duro de hablar como lo hacían, en los mismos términos de interfaz del titán? ¿Se estaban riendo de él?

-Esa es -asintió Toth. -Esa es la señal que quiero decir. Syrgalah sigue virando para enfrentarse.

-¿Tenemos algunos mastines en el borde occidental?

-Han informado de una nave-sarcófago. Lo suficientemente grande para tres Warlord -él se encogió de hombros en un gesto vago. -Nada que no podamos manejar, sobre todo si están aquí sin apoyo. Estoy recibiendo informes de que los cazas del *Conquistador* están derribando todas las lanzaderas de infantería que pueden.

Toth sonaba a gusto, pero ahí estaba otra vez: la fuerza insistente del titán inclinándose hacia el oeste. Audun tuvo que tomar una decisión.

-¿Qué Legio camina contra nosotros? Las marcas me son familiares…

-Oberon -respondió Keeda. –Rayas negras y naranjas y el sello de la corona troceada. Es la Legio Oberon; supervivientes de los puestos de reunión en Calth.

Oberon. Oberon. Mientras él dijo para sí el nombre, Syrgalah dio otro tirón, con ganas de caminar hacia el oeste.

Oberon. Una nave-sarcófago Oberon, listo para descargar en el borde de la ciudad. Una presa tan tentadora que el mismo titán quería cazarlo. Syrgalah sentía un espíritu-máquina enemigo, incluso desde esta distancia.

-Vamos al oeste -Audun apoyó las manos resbaladizas en su propia consola de control. -Traed cuatro manadas con nosotros.

-Sí, señor -respondió Toth.

Audun vaciló, realizando un cálculo rápido. -Modifica mi última orden, Toth. Traed cinco manadas con nosotros.

-Eso es más de un cuarto de la Audax -Keeda finalmente se dio la vuelta, mirándole sorprendida y alarmada.

-Tienes razón. Que sean seis. Y decidles que converjan con la mayor rapidez posible. Iremos juntos.

Treinta Mastines. ¿Sería suficiente? Audun Lyrac estaba seguro de que lo serían; era igualmente cierto que muchos de ellos no sobrevivirían, y oró al Omnissiah que no estaba a punto de terminar su carrera en su primer paseo.

-Toth, quiero que se asegure de que avanzamos con las fuerzas de la legión de apoyo, listos para terminar la pelea una vez la iniciemos. Devoradores de Mundos, Portadores de la Palabra, me importa el pedo de un orko. Quiero legionarios a nuestros pies, listos para atacar. Haz que nos acompañen a bordo de deslizadores y Rhinos. Sólo vamos a tener una oportunidad, y tendrá que ser rápido.

Toth no se volvió, pero la sonrisa en su voz era evidente.

-Hablas como si supieras lo que la Oberon está llevando a unirse a la lucha, princeps.

-Sí, lo sé. Si no me equivoco, estamos a punto de enfrentarnos al *Corintio*.

Toth y Keeda compartieron una sonrisa en su proclamación. Audun conocía la historia de Audax y su pedigree mejor que cualquier ser viviente, a excepción quizás de Vel – Kheredar, loado sea su nombre. Él sabía que la Legio fue fundada en los principios de la caza, de cortar rápidamente, destripando a sus enemigos, y retirándose antes de sufrir represalias. Conocía que los equipos Audax fueron adiestrados y entrenados para trabajar en grupos de cinco titanes para derribar presas más grandes. Era más que la especialidad de la Legio; era la razón por la que estaban a medio camino de ser legendaria.

Pero él nunca jamás había visto dos personas ansiosas ante la perspectiva de enfrentarse a un Imperator.

El semidiós en oro y azul tenía la ventaja de dos armas, pero el crozius de Lorgar le daba un alcance que su hermano no tenía. Cuando chocaron, no hubo un intercambio furioso de golpes frenéticos, ni hubo discursos melodramáticos de venganza declarada. Los dos primarcas chocaron, puños de combate contra maza de guerra, y se apartaron de la llamarada resultante de los campos de energía repelentes. Sus guerreros se mataron entre sí en torno a los dos, y ningún primarca dedicó a sus hijos un vistazo.

Lorgar aniquiló el rayo aferrándose a la cabeza de sus crozius, sacudiendo la cabeza en una lenta negación.

-Estás arruinando la canción. No deberías estar aquí.

Roboute Guilliman, señor de la XIII Legión, permaneció con los ojos maduros por el odio.

-Y sin embargo, aquí estoy.

VEINTIUNO

La marca de Calth

Una Redención Oculta

Crescendo

Los hermanos se batieron en duelo en la calle de piedra, sus botas levantando nubes de polvo alcalino. No había ninguna noción de humanidad o compasión por parte de los guerreros; aquí, por fin, había dos hombres que se despreciaban mutuamente, luchando para poner fin a la vida del otro.

En los ojos de Guilliman, Lorgar vio una cantidad inmensa del más puro odio insondable. Un odio no nacido a partir de una acción y un evento, sino un caldero químico de emociones lo suficientemente fuerte como para torcer incluso al más tranquilo semidiós, el más íntegro del Imperio. La ira estallaba en sus ojos, por

supuesto. Más que ira, era rabia. La frustración la viciaba aún más; la desesperación de no entender por qué estaba ocurriendo esto, y la fiereza de quien aún cree que podría encontrar una manera de detenerlo. El dolor… de alguna manera, ver el dolor en los ojos de Guilliman fue lo peor de todo, pues también envenenó la mezcla y la hizo rancia. Esta no era la rabia pura de Corax en los campos de la muerte, la furia de un hermano traicionado. Esta furia estaba saturada de algo mucho más duro y mucho más complejo. Era el dolor de un constructor, un arquitecto, un hijo leal que había hecho todo lo que se esperó alguna vez de él, y había visto el trabajo de su vida muerto en una inútil, absurda espuria.

Lorgar conocía ese sentimiento, conocido desde que él se arrodilló en las cenizas de la ciudad perfecta, una ciudad destruida por la flota de Guilliman por orden del Emperador. Por primera vez en todos los años tremendamente dispares de sus vidas, Lorgar Aureliano y Roboute Guilliman conectaron como iguales.

Para su sorpresa, pues el choque le dejó la sangre helada, Lorgar se sintió avergonzado. En la cara de su hermano finalmente vio un odio real, y en ese momento aprendió una lección que le había eludido todas estas décadas. Guilliman nunca lo había odiado antes. El Ultramarine nunca había minado sus esfuerzos; nunca ocultó sus burlas mientras mostraba una falsa indiferencia; nunca obtuvo secreto regocijo al humillar los esfuerzos religiosos de Lorgar en Monarchia y la Gran Cruzada posterior.

Guilliman no le había odiado. No hasta ahora. *Esto* era odio. *Esto* era odio en su totalidad, impulsado por una suerte de pathos. Este era un odio merecido, y era un odio que vería a Lorgar muerto, con la canción sin terminar y el Falso Emperador aún entronizado a la cabeza de un Imperio que, en su ignorancia, no merecía liderar.

El Portador de la Palabra sintió una ardiente necesidad repentina de explicarlo todo, justificarse a sí mismo, decir cómo todo esto era necesario, todo ello, para iluminar a la humanidad. La rebelión. La guerra. La Herejía. La verdad de la realidad era desagradable, pero tenía que ser contada. Los dioses eran reales, y necesitaban al hombre. La raza humana podría ascender en unión e inmortalidad como la raza favorecida del Panteón, o morir como los eldar siglos antes por el pecado de la ignorancia.

Entre bloqueos de los golpes de martillo rítmicos de los puños de su hermano, Lorgar comenzó a maldecir a la canción de la disformidad por distraerlo. Jugó en su cráneo y delante de sus ojos, insistente e incesante. Todo parecía importante. Nada sonaba bien. Cada campanada de sus crozius contra los puños de Guilliman vibraba desentonada, confundiendo el crescendo cuando se suponía que debía estar aumentando.

Ambos primarcas lucharon sin atender a sus guerreros, sus movimientos divinos un borrón inconcebible para los astartes peleando a su alrededor. Aquí había un registro muy mítico por el que el orden rememorador terrano se había fundado para documenntar, ya que dos de los hijos del emperador cruzaban armas en recreación de esas leyendas tan antiguas: Akilles, destructor de la ciudad-fortaleza de Troi; o Gulyat, gigante de la Tribu Fillestea. Ninguno había imaginado que los héroes de esta nueva combatirían en un campo contra el otro, ni podían haber previsto las fuentes de pesar entre ellos.

-Calth -la palabra era un arma. Guilliman la respiraba, infestando con el mismo odio coloreando sus ojos. -Calth. Jursa. Kallas. Aterrizaje de Corum. Ereth Cinco. Quilkhama. Tycor. Armatura. ¿Cuántos de mis mundos, Lorgar? ¿Cuántos?

Lorgar esquivó otro golpe, haciendo girar sus crozius en una réplica pesada. Guilliman la bloqueó tan fácilmente como Lorgar había bloqueado su golpe anterior. Sus acometidas resonaron en la batalla como las campanas del templo llaman a los fieles a rezar.

-*Calth* -dijo Guilliman nuevo. -¿No hay palabras ahora, "hermano"? ¿No respondes a lo que tu legión ha hecho a través de los Quinientos Mundos?

Lorgar se mordió la lengua. Todo había cambiado después de Isstvan. En las primeras horas después de la masacre, mientras se había sentado solo y dejado que la herida por las garras de Corax sangrase, sintió el cambio de destino tras el velo. Los futuros se reescribían, se abrían nuevas vías de posibilidad. En este último año, por fin sentía tomar el manto del hombre que siempre había querido ser. Incluso en sus momentos menos humildes, ansió enfrentarse a Corax de nuevo. Las cosas no podrían jugar perfectamente en favor del Señor de los Cuervos la próxima vez; de eso, Lorgar estaba seguro.

-La Marca de Calth -Guilliman hizo del título en una acusación. Su dignidad reservada incluso sabía a su ira: se negó a caer en la locura emocional de un asesino loco, prefiriendo luchar con una furia que ardía en frío.

Guilliman chocó sus manos, asiendo la maza que caía con un áspero gemido de protesta de los campos de energía. Sosteniéndola, miró más allá de sus armas, en dirección a los ojos de su hermano.

-Mírame. Mira mi cara. ¿Ves la Marca de Calth?

Sus rasgos patricios eran guapos de una forma majestuosa, severa, incluso retorcidos por la ira, pero nunca podían ser considerados como hechos a imagen del Emperador en la medida en que podría el rostro tatuado de Lorgar. La única diferencia entre el Guilliman de ahora y el Guilliman que estuvo en el polvo de la Monarquía era una ramificación de venas oscuras a lo largo de la garganta y las mejillas del primarca, apenas perceptible para cualquiera salvo aquellos que lo conocieran bien.

-Exposición al vacío -el Ultramarine se negó a soltar el arma, a pesar de los rayos bailando por sus pesados guanteletes. Lorgar agarró con más fuerza el mango de Illuminarum mientras la energía ondulaba en toda su longitud, mordiendo las manos enguantadas y prendiendo fuego a los pergaminos atados a sus hombreras. -Exposición al vacío cuando mataste uno de mis mundos y la flota sobre su cielo.

Lorgar no le devolvió la acusación con palabras duras. Sacudió la cabeza, enfrentando su fuerza contra la de su hermano.

La sonrisa estadista de Guilliman se dibujó en su rostro. -Has cambiado.

Lorgar gruñó ante la acusación de su hermano.

-Eso me dice todo el mundo.

Esta vez, fue Lorgar quien se destrabó. Liberó Illuminarum, y sufrió un puñetazo en el esternón por asumir el riesgo. El golpe sacó todo el aliento de su cuerpo, quebrando la coraza, y lo dejó con una sonrisa sangrienta de justicia poética. Había roto coraza de su hermano en la ciudad perfecta y ahora este le devolvía el favor. El Destino realmente se estaba riendo de él.

-Primera sangre para mí -dijo Guilliman.

La compasión en su voz fue ácido en los oídos de Lorgar. Intentó hablar, trató de respirar, y no pudo hacer ninguna de las dos. La canción nunca había sonado más errática.

Las manos de Guilliman escarbaron y se deslizaron por su armadura, en busca de una apertura para terminar la pelea rápidamente. Lorgar le repelió con una explosión dirigida de telekinesis débil y vacilante, pues la canción seguía estando muy desintonizada, pero fue lo suficiente como para apartar a su hermano impresionado. La maza llegó después, su campo de energía convertido en una tormenta de rayos cuando Lorgar golpeó en el costado de la cabeza de Guilliman con la fuerza de una bala de cañón. El crack resultante no tuvo nada que envidiar a un trueno.

-*Ahí tienes* tu Marca de Calth -replicó Lorgar, retrocediendo para recuperar el aliento. El aire le cortaba dentro y fuera de sus pulmones. Podía saborear su sangre, pues el golpe de Guilliman había roto algo dentro de él. Varias costillas por lo menos, y probablemente algo más vital. Inhaló un suspiro, y exhaló al tiempo que manó sangre en la parte delantera de su armadura.

Ambos primarcas enfrentaron bajo el cielo gris, uno con hemorragias internas, el otro con la mitad de su rostro perdido en láminas de sangre de una fractura de cráneo.

-Disfruta de la cicatriz -Lorgar luchó por sonreír. -Estará contigo hasta el día de tu muerte -abrió los brazos, abarcando la ciudad moribunda. -¿Por qué me persigues, Roboute? ¿Por qué? Tu flota caerá contra la *Trisagion* y morirás aquí.

-Hay una diferencia entre la confianza y la arrogancia, canalla. Seguro que alguien te los ha dicho.

El Portador de la Palabra escupió sangre otra vez. -Pero ¿por qué? ¿Por qué venir de todas formas?

-Coraje -Guilliman acechó hacia adelante, haciendo caso omiso de sus heridas, y sin necesidad de luchar por una sonrisa; llegó tan fácilmente como respirar. -Coraje y Honor, Lorgar. Dos virtudes que nunca has conocido.

Se trasladaron al oeste, luchando cada centímetro del camino, participando en batallas campales con los Ultramarines que también se retiraron antes de la llegada de la ola.

Un concepto a menudo indicado en las crónicas de guerra que Argel Tal estudio fue la noción de un guerrero "luchando como si poseído". Poseído, en la mayoría de los casos, por algún espíritu guerrero no cuantificable, el deseo de defender la patria de uno, o simplemente hacerse eco de la esencia de los antepasados legendarios.

Argel Tal *estaba* poseído, en el verdadero sentido de la palabra, y sin la simbiosis parasitaria que compartía con Raum dudaba que pudiera haber alcanzado a Khârn. Desde el momento en Argel Tal dejó la compañía de Erebus, pasó la batalla en su forma demoníaca, demasiado apurado para regocijarse en su fuerza y odiando la credibilidad que estaba dando a la advertencia profética de su antiguo maestro. Siempre se decía a sí mismo que era una mentira incluso mientras actuó para evitar que se convierta en verdad.

El Octavo Capitán de la XII legión saltaba de lleno a la refriega con una risa visceral, exultado por la alegría de la batalla, con sus espadas-sierra aullando y lagrimeando, llevando la sangre rociada de enemigos derrotados como medallas a través de su armadura blanca. Apenas si era Khârn. El sexto sentido otorgado por el demonio de Argel Tal era algo atrofiado y testarudo, pero podía sondear lo pensamientos superficiales de una mente con bastante facilidad. Con Khârn, no sintió nada más que una rabia lo suficientemente caliente para escaldar los pensamientos de cualquiera que se entrometiese en ello. La familiaridad le enseñó a reconocer la mordedura de los clavos, y le dejó en paz.

Mantener vivo a Khârn hasta ahora había sido una cruzada que asemejaba con las horas febriles de Isstvan V. Cuando Argel Tal se acercaba demasiado sufría el riesgo de ser destripado por las cuchillas de su hermano. Khârn ya le había atacado

con furia ciega, y cada vez el Devorador de Mundos necesitó más tiempo en darse cuenta de lo que estaba haciendo y hacer retroceder al enemigo más cercano.

Cuando Argel Tal se alejaba demasiado, perdía de vista a Khârn en el caos de un enjambre de las batallas callejeras en ejecución. Lo bastante fácil como para abrirse camino por el lateral de un edificio para tener una mejor vista de la lucha, o volando con las alas de metal-carne, y cada vez convertido en un objetivo a derribar por los Ultramarines abajo.

No sabía cuántos había matado. No lo suficientes, evidentemente. Ellos seguían llegando.

Basta, Raum hervía en su interior. *El cazador no nos necesita. Lucha con la Vakrah Jal.*

No voy a arriesgarme a estar equivocado. He fallado a todos los hermanos que tenía. Khârn es el último.

Me tienes a mí.

Eres la locura manifestada. Argel Tal arrancó la lanza del pecho de un moribundo Ultramarine, embistiendo de nuevo hacia abajo a través de la garganta del guerrero. *Eres el Infierno en mi torrente sanguíneo.*

Khârn estaba en algún lugar a la izquierda, dejando una estela de miembros amputados y héroes caídos. Él había estado riendo, por todas las cosas, incluso a medida que avanzaba por delante de sus hermanos juramentados, sajando profundamente en una multitud de Ultramarines marcados de Calth.

Argel Tal vio el peligro que Khârn no. El Portador de la Palabra extendió sus alas y saltó desde el suelo, aterrizando sobre los guerreros intentando flanquear a su hermano. El primer Ultramarine murió con la lanza de Argel Tal atravesada por su casco, chocando limpiamente son la parte posterior de su cráneo. El segundo y el tercero cayó por la hoja Custodes: uno partido por la mitad, el otro seccionando su brazo y cabeza en un ángulo malo.

La explosión ardiente de proyectiles bólter atacado salvajemente sus alas y espalda. Argel Tal se volvió con un bramido demasiado bajo para ser humano y alcanzó al

legionario con su garra retorcida alrededor del cuello de la guerrera. El valiente intento del Ultramarine de disparar de nuevo terminó cuando la parte frontal del casco del Vakrah Jal se deformó en una especie de lobo metálico y le arrancó la cabeza al macraggiano con sus fauces con colmillos.

Otra hoja rastrilló su espalda. Otro proyectil bólter penetró en la espinilla con la fuerza de un trueno. Argel Tal ignoró todas las heridas que recibía, acercándose a Khârn a base de golpes de garra. ¿Los Ultramarines buscaban la sangre de Khârn porque eran esclavos de algún destino profetizado? ¿Era por una verdad tan prosaica como que simplemente reconocían su cresta de oficial o su heráldica y le querían muerto? ¿O Argel Tal se lo imaginaba todo, alimentado por la predicción susurrada de Erebus? ¿Qué esperanza tenía de evitarlo en este caos?

No podía recordar cuánto tiempo hacía. Cinco minutos. Quince. Cincuenta. El sol estaba alto, una astilla en el horizonte. Por la sangre de los dioses, este mundo giraba lentamente.

Constantemente y sin lugar a dudas, estaban siendo superados en número. Por lo que sabía, la *Trisagion* y *Conquistador* estaban tan muertas como la *Lex* y los Ultramarines se habían abierto paso al planeta.

Vio los cascos de los Devoradores de Mundos que había conocido el año pasado, formados y luchando al lado de Khârn. Vio a Lhorke, siempre donde la lucha era más intensa, devastando todo lo que se interponía en su camino. Cuando su lanza resbaló de su mano, perdida en la tempestad, se basó exclusivamente en su hoja Custodes. Cuando esta se hizo añicos contra el martillo trueno de un exterminador, dejó que sus garras bestiales fueran sus heraldos. Cantaban como acero mate, chorreando fuego alquímico de sus fugas de los lanzallamas en la muñeca. No había dolor. Por ello estaba agradecido a Raum.

Al otro lado del vox la Audax estaba pidiendo ayuda. Varios oficiales Devoradores de Mundos se resistieron a los clavos lo suficiente como para guiar el flujo hacia el oeste, pero difícilmente podría considerarse un frente unificado.

Él oró por Cyrene, suplicando a los dioses cómicos y psicópatas que no jugasen con su alma. Otro fracaso; traerla de vuelta sólo para perderla de nuevo.

Khârn verdaderamente era el último de sus más cercanos parientes que aún no había fallado, y el Devorador de Mundos le importaba más que cualquier otro. Khârn era como una vez fue Argel Tal: aún no afectado por la disformidad, aún no socavado por el beso canceroso de un demonio robándole su conciencia y encendiendo su sangre a voluntad. Raum era una bendición y una maldición, pues a pesar de la fuerza que el demonio ofrecía, el Portador de la Palabra no desearía este regalo para nadie.

Creyó ver a Skane morir. Hubo un breve momento en que sus ojos parpadearon en la línea fortificada y sus músculos se tensaron para correr en ayuda del sargento Destructor. Skane, marcado por su armadura negra, estaba de rodillas en el suelo, levantando un brazo que terminaba en el codo.

Argel Tal resistió la tentación, desviando otra espada-sierra dirigida a la guardia del hombro de Khârn. El centurión miró por encima del hombro, y por un momento Argel Tal pensó que los clavos habían cedido lo suficiente como para darle tiempo a Khârn a orientarse. La verdad salió medio segundo más tarde, cuando Khârn arremetió contra él con cuchillas gemelas. El Portador de la Palabra las paró, gruñendo cuando el bloqueo le costó otro corte en el brazo de un Ultramarine entre la presión de los cuerpos armados.

-Soy yo –espetó su visor lobuno a su hermano enloquecido. *-Lucha contra el enemigo, estúpido maníaco.*

Le entendiera o no, Khârn se volvió hacia el Ultramarine más cercano y destripó al guerrero con sus dos espadas.

Argel Tal luchó, defendiendo a su hermano frenético que apenas siquiera sabía que estaba allí. Pero entonces, nunca fue escrito que la redención fuera fácil, ni que siempre fuera reconocida.

Tuvo tiempo para envolver sus garras alrededor de la garganta de su próximo enemigo antes de que el vox estallara en gritos. Argel Tal miró hacia el este, donde el legado de la *Lex* se dio a conocer en la costa. Vio la ola entró en tromba en el lado opuesto de la ciudad, y agradeció a los dioses que el acorazado se estrellase a la deriva. Si hubiera golpeado como una lanza y reventado en la corteza, la mitad del

planeta podría haber saltado por los aires. Al menos de esta manera, una ciudad ya muriendo sería simplemente añadir otra capa de ruina a su memoria.

A partir de los informe del vox descubrió que el agua de mar gris golpeó la costa con una fuerza inimaginable. La suficiente para derribar edificios de tres o cuatro pisos, descomponiéndose en el diluvio, añadiendo enormes bloques de piedra al azote de vehículos arrastrados que era la metralla de la inundación. Torres cayeron, desgajadas de sus cimientos. Todo el distrito costero fue barrido de la ciudad en un solo golpe, portando los cuerpos de los nativos y bloques habitacionales destruidos hacia el oeste.

La tierra bebió, devolvió el golpe, pero aun así el agua seguía llegando. En el momento en que llegó a las legiones asediados en sus posiciones de retirada era un gravamen a la altura de la cintura que inutilizó tanques ligeros y devastó la eficacia de sus aliados Skitarii.

Argel Tal siguió luchando, chapoteando por el agua salada, siempre siguiendo a Khârn.

Khârn no parecía darse cuenta de ello en absoluto. Él siguió adelante, caminando a través de las aguas como si no estuviera allí.

La nave-ataúd de la Legio Oberon era de lejos la lanzadera más grande que la flota de Guilliman había logrado colar por el bloqueo. Sus retropropulsores levantaron una gran nube de polvo alcalino, mezclándose con la nube de humo áspero ya enviada por la batalla de la ciudad.

El término “nave-ataúd” era el más raro de los títulos: un argot del Mechanicum que no fue codificado o traducido. Un nombre feo para una nave fea. Lo que aterrizó en el borde occidental de Meahor era una ballena gorda de nave, su casco bulboso veteado de marcas de quemaduras de entrada en la atmósfera. Sus rampas de despliegue habían necesitado un total de cinco minutos para bajar a tierra, con una hidráulica lo suficientemente fuerte para llevar a más de la mitad de la ciudad. La preparación de cualquier titán era un ritual solemne y complicado que requería

cientos de almas, y un titán de clase Imperator era una empresa mucho más allá de lo que se requería para los modelos menores del dios-máquina.

Dentro de la cáscara, el Corintio estaba atado y asegurado en su lugar por miles de cables de fibra, magnéticamente sellados en su posición entre tres torres pilón porticadas. Las estructuras necesarias para abordar el titán del Mechanicum y mantenerlo en su lugar eran muy similares de la torres de apoyo que una vez se utilizaron para lanzar cohetes a Luna en la Edad Aburrida del Hombre, cuando tales cosas era ridículamente consideradas un logro.

Desprendida como una, los cables de unión se soltaron en una cascada de látigos, liberando al titán para caminar al fin. Cada una de las patas de la máquina gigante era un bastión por derecho propio, guarnecidas por destacamentos de Skitarii de combate. Extendió sus garras, cuyos dedos de los pies eran amplias escaleras que conducían a las torres de defensa de sus piernas.

El primer paso de *Corintio* sacudió la tierra. Su segundo aniquiló la muralla de la ciudad y tres edificios de gran altura, convertidos en polvo. Un cuerno de guerra sonó, casi un arma sónica en sí mismo, anunciando su presencia. El brazo derecho del Imperator nivelaría todo un distrito de la ciudad si se le permitía disparar una vez. Su brazo izquierdo pulverizaría a cualquier ejército al que se enfrentara. Por encima de todo esto, incluso por encima de la cabina del cráneo de cabeza, que a su vez era lo suficientemente grande como para tener más de una cubierta de mando, el Corintio cargaba una fortaleza sobre sus hombros, con cañones antiaéreos y baterías láser que cubrían las almenas.

El último sonido de su ritual de preparación cacofónico fuel el rugido del dragón de su núcleo puesto en marcha para la batalla. Combustible líquido devastador fluyó a través de sus venas, expulsado desde el corazón, y las bobinas magnéticas de su brazo de plasma comenzaron el largo proceso de carga. Si disparaba, estaban muertos. Todos estaban muertos.

-Precioso -respiró Audun, observando el majestuoso avatar del Dios-Máquina dar sus primeros pasos en libertad. Se estaban acercando al borde de la ciudad y *Corintio* ya era visible por encima de los habitáculos. El agua de la inundación lamía las garras-pies del gigante, indiferente a tal hecho.

Syrgalah corrió en una corazonada tambaleándose, llevando a sus manadas a través de las calles inundadas, haciendo caso omiso de los Ultramarines disparando hacia ellos desde abajo, aplastando a decenas accidentalmente bajo los pies. Speeders de los Devoradores de Mundos corrían junto a ellos, reconvertidos para el transporte de tropas. Varios de los Mastines servían a tal propósito, con su blindaje repleto de escuadras enteras de Destructores y tropas de asalto aferrándose a los titanes. Las pisadas de cada titán enviaron grandes salpicaduras de agua salada; el maremoto había cesado, pero se negaba a ceder. Había llegado para quedarse, y la ciudad de Meahor terminaría su vida un inundada y destruida.

-Muy precioso -suspiró Audun, incapaz de apartar sus ojos del gigante de acero. -Tenemos que capturarlo con vida.

-¿Crees que la Duodécima lo tendrá en cuenta?

-Sólo podemos rezar porque lo hagan, Moderati Bly –un momento de concentración activó el enlace vox personal de Audun a cada uno de los titanes de la Legio. -Aquí el Princeps Ultima. En el nombre del Omnissiah, no podemos permitir que el *Corintio* dispare. Todos ustedes saben qué hacer. Esta es la batalla para que la Audax nació. Garras Ursus listas, hermanos y hermanas. ¡Que empiece la cacería!

Hubo otro momento de silencio relativo en la cabina. Tragó saliva.

-Bien dicho, señor- aventuró Toth.

Keeda asintió. -Igual que el viejo.

Audun Lyrac, dueño de un centenar de máquinas de guerra y varios miles de guerreros aumentadas, sintió rubor en sus mejillas. Murmuró gracias que sus moderati fingieron no oír para ahorrarle la vergüenza adicional.

De todos sus títulos, dados en la gloria o ganado por la infamia, el que Angron más despreciaba era ser nombrado el Ángel Rojo. El Imperio ya tenía el ángel de

Sanguinius y Angron no tenía ningún deseo de imitar al mutante vidente que comandaba la IX legión. A pesar de sus defectos, él era su propio hombre, y se enorgullecía de ello por encima de todo lo demás.

Lorgar sabía que Angron lo detestaba, y sin embargo era uno de los títulos más ajustados a su carácter. Cuando el Devorador de Mundos irrumpió en las filas Ultramarines, su armadura era una ruina destrozada, y sus dos espadas-sierra escupían trocitos de ceramita desgarrada y sangre derramada. Después de horas en la aglomeración de las líneas del frente, Angron estaba enyesado con la sangre de los muertos; más que manchado de sangre, estaba sumergido.

Sobre su pecho colgaba una bandolera de cráneos extraídos de la fosa común en Desh'elika. La sangre los pintó con tanta seguridad como marcó a Angron. Incluso a través del dolor de los clavos, aquello le complació. Él quería que sus hermanos y hermanas degustaran la sangre una vez más. Los había llevado con él a través de Nuceria, dejando que sus ojos vacíos fuesen testigos de la destrucción de las ciudades de los Altos Caballeros.

El Devorador de Mundos se lanzó hacia Guilliman, con el rostro arruinado en una reminiscencia perfecta de un ángel perdido en el odio asesino. Lorgar y Roboute se volvieron en el mismo momento; uno de ellos para enfrentarse con esta nueva amenaza, el otro para darle la bienvenida.

El aliento de Lorgar quedó atrapado en su garganta. No porque estuviera agotado, que lo estaba, y no porque sintiera aliviado al ver a Angron salir del punto muerto, aunque también lo estaba. Contuvo el aliento mientras su corazón comenzó a golpear en una feroz trueno, sintonizándose con la canción de la disformidad a la perfección una vez más.

Los dos primarcas cayeron en un perfecto duelo rugiente exactamente donde Lorgar y Guilliman habían abandonado el suyo. Desde este alto de la colina con vistas, el agua era una preocupación oscura y lejana. Lorgar oyó su gruñido sibilante descender, pero no le prestó un segundo. No importaba. Lo único que importaba era la canción.

Lorgar apenas podía respirar mientras la canción se reajustaba en su mente. Aquí, pensó. Ahora. Angron. Guilliman. Roboute no destruiría la canción. Formaba parte del crescendo.

Dos primarcas enfrentados y Guilliman era lo suficientemente astuto como para retroceder y poner cuanta tierra de por medio quisiera.

-Vosotros dos -los miró con los ojos cargados de juicio. -Mis hermanos, mis hermanos, en que espectáculo tan lamentable os habéis convertido. Traidores. Herejes. No mejores que las culturas rebeldes que hemos borrado durante los últimos doscientos años. ¿No habéis aprendido nada? ¿Ninguno de los dos?

-Siempre el profesor -dijo Lorgar, y había admiración en su sonrisa. -Me duele que esto era necesario, Roboute.

Guilliman no le hizo caso, apuntando un guantelete a Angron. –Ya he oído las herejías insidiosas de Lorgar ya. ¿Qué te hizo *caer*, hermano? ¿Acaso la máquina en tu cráneo finalmente remodeló tu lealtad en locura?

-*Hnnngh*. Me dejan soñar. Me dan la paz. ¿Qué sabes tú de luchar, el Hijo perfecto? *¿Hnh?* ¿Cuándo has luchado contra la mutilación de tu mente? ¿Cuándo has tenido que hacer otra cosa que contar sometimientos y pulir tu armadura?

-Infantil -suspiró Guilliman, señalando a la ciudad moribunda ardiendo. -¿Realmente se reduce a esto? Tan lamentablemente infantil.

-¿Infantil? La gente de tu mundo te llaman Grande. Los míos me llaman Esclavo -Angron se acercó más, sus espadas-sierra revolucionadas más si cabe. -¿Quién de nosotros se posó en un paraíso de la civilización para ser criados por un padre adoptivo, Roboute? ¿A cuál le fueron dados ejércitos para que los mandara después de formarse en los salones de los altos señores macraggianos? ¿Quién de nosotros heredó un reino fuerte y culto?

Angron escupió saliva sanguinolenta mientras barbotó las palabras. -¿Y cuál de los dos tenía que levantarse contra un reino con nada más que una horda de esclavos muertos de hambre? *¿Quién de nosotros era un niño esclavizado en un mundo de monstruos, con cuchillas de corte tallando su cerebro?*

Los dos primarcas chocaron de nuevo. Los guanteletes de Guilliman deberían haber desviado fácilmente las espadas-sierra de Angron, pero la fuerza del Devorador de Mundos hizo retroceder a su hermano paso a paso. Los dientes-sierra salieron disparados de las armas con tanto entusiasmo como la saliva de la boca sin labios de Angron.

-Escucha a tus miserables vestidos de azul gritando coraje y honor, coraje y honor, coraje y honor. ¿Sabes el significado de esas palabras? Coraje es la lucha contra el reino que esclaviza, sin importar que sus ejércitos eclipsen al tuyo por diez mil a uno. *No sabes nada de coraje.* Honor es resistirse a un tirano cuando todos los demás maman y engordan con la hipocresía que les da de comer. *No sabes nada del honor.*

Guilliman le rechazó, obligado a retroceder aún más por la tormenta de golpes de Angron.

-Sigues siendo un esclavo, Angron. Esclavizado por tu pasado, ciego hacia el futuro. Demasiado odio para aprender. Demasiado rencoroso para prosperar.

El Ultramarine finalmente aterrizó un golpe de refilón, golpeando con el puño en el peto de Angron. La cadena de cráneos de Desh'elika se hizo añicos, lanzando fragmentos de hueso a través de la dispersión de la suciedad.

Guilliman retrocedió de nuevo, aplastando los restos de un cráneo con la bota.

Angron lo vio, y se arrojó a su hermano, emitiendo aullido de ira que desafió la mortalidad, increíblemente maduro en su angustia. Aunque no podía saberlo, el sonido de su grito se mezcló perfectamente con la gran canción.

Lorgar también lo vio. En el momento en que la bota de Guilliman rompió el cráneo, sintió hervir la disformidad detrás del velo. El Portador de la Palabra comenzó a cantar en un idioma nunca antes pronunciado por ningún ser viviente, sus palabras en armonía impecable con grito de tormento de Angron.

VEINTIDÓS

Él muere en este mundo

Garras de los Lobos Ardientes

Lluvia de Sangre

Las horas no habían sido amables con Argel Tal. Saboreó la sangre, y por una vez era la suya. Laceraciones escindían su servoarmadura, alcanzando la carne que había debajo. Uno de sus cuernos terminaba a mitad de camino, escindido por un hacha de energía. Quemaduras moteaban su servoarmadura por lametones de lanzallamas, y las crestas óseas que medraban a través de su armadura sangraban por medios que no entendía y demasiado débil para investigar mínimamente en serio. Mantuvo sus alas plegadas cerca de su espalda, haciendo todo lo posible por ignorar las escisiones y cortes provocando cicatrices frescas.

Había mantenido el ritmo de Khârn, lado a lado con su hermano juramentado al fin. Él era el único entre un mar de escuadras con servoarmaduras blancas que no aullaba de triunfo con cada vida que tomaban o cada calle que conquistaban, porque él era el único que carecía de crudos implantes reconfigurando su cerebro. Varios de los Devoradores de Mundos le habían atacado en el caos de los combates, mientras seguían perdidos por los clavos. Cada vez los había golpeado, lo que les hizo reconocerle, no sin antes recibir una herida o tres en el proceso.

Ahora corrían con la Audax, que convergía en la gran forma del *Corintio* a medida que tomó sus dos primeros pasos fuera de la nave-ataúd. Se puso en cuclillas encima de un tanque Rhino con una oruga dañada, forzando el motor para avanzar a través de las aguas de la inundación. Incrustó sus garras en el blindaje para aferrarse; Devoradores de Mundos llenaban el casco y colgaban en el exterior, manteniendo listas sus espadas-sierra. Khârn estaba con él, liberado de los clavos y en un estado no mejor que su hermano. Una desesperación enfermiza daba sabor a toda lucha; los guerreros de ambos bandos estaban lanzando todo lo que tenían en el conflicto, como si fuera la única guerra que nunca hubieran conocido.

El Devorador de Mundos y el Portador de la Palabra se agazaparon juntos, mirando al Imperator elevarse por encima de ellos.

-He perdido el contacto con el *Conquistador* -admitió Khârn.

Argel Tal trató de establecer un enlace. La respuesta fue fuego bólter; bólter y gritos de rabia y dolor. Lotara tenía una pelea en sus manos.

-Han sido abordados -dijo el Portador de la Palabra.

Khârn asintió. -No estoy preocupado. Delvarus se quedó esta vez.

Hubo una pausa innoble entre ellos, y luego Khârn se volvió. -¿Qué estás haciendo?

-Luchar -respondió Argel Tal.

-No. Estás luchando con nosotros anteponiendo a tus propios hombres. La profecía de Erebus no tiene sentido. No voy a morir aquí, hermano. Comanda a tus Portadores de la Palabra.

Argel Tal negó con la cabeza. -¿Tienes alguna idea de lo cerca que has estado de la muerte esta mañana? ¿Cuántas veces he desviado una lanza o destrozado una espada?

-Muchas, estoy seguro -dijo Khârn. -Pero no más de lo habitual.

-Te equivocas -la máscara mortuoria demoníaca, fluyendo en su belleza perfecta, se fundió en una sonrisa. Incluso ella estaba dañada, mostrando grietas como lágrimas por la mejilla, dividiendo los finos labios. -Y tú eres un idiota -agarró el antebrazo de Khârn, obligando al Devorador de Mundos a prestarle atención. –Eres uno de los últimos guerreros de la Duodécima Legión en quien se puede confiar.

Kargos estaba colgando en los rieles laterales del tanque, y miró a los dos oficiales al oír las palabras de Argel Tal.

-No es muy halagador -aventuró.

Khârn rio entre dientes, pero Argel Tal ignoró al apotecario por completo.

-Los otros están degenerando rápidamente –insistió el Portador de la Palabra, -o sufriendo a peores niveles. La Legión te necesita, Khârn. La rebelión te necesita.

-Me siento halagado –dijo este, aunque en realidad se sentía relajado por lo terriblemente cerca que sonaba como una amenaza.

-Basta de bromas -gruñó Argel Tal. -Los tiempos están cambiando, hermano. Grandes cambios se avecinan al Imperio y las legiones que luchan para gobernarlo. Guerreros como tú y como yo, a la diestra de los primarcas, serán los señores del Nuevo Imperio. No importa si no tenemos ambición, o si no tenemos ni el deseo de servir en estos roles. Circunstancia decidirá por nosotros. Las legiones rebeldes están crecen más fuerte con la iluminación, pero no todos van a sobrevivir las pruebas de ascensión.

Khârn no estaba seguro de lo que esto significaba. Semejaba al típico fanatismo de los Portadores de la Palabra, pero eso era algo de lo que Argel Tal era raramente culpable de propagar.

-¿Está sermoneándome? -le preguntó.

La máscara mortuoria de Argel Tal le dirigió una mirada irritada. -Te advierto -el Rhino se sacudió cuando se estrelló contra una barricada improvisada, pero el Portador de la Palabra no le prestó atención. -Necesitamos a los Devoradores de Mundos para ganar esta guerra. Por eso que Lorgar está sudando sangre para salvar la vida de Angron.

-Y por qué estás luchando para salvar la mía

-No compares.

La iluminación golpeó con tono de disgusto a su hermano. -Estás haciendo esto sólo para demostrar que Erebus se equivoca -dijo Khârn.

-No *sólo* por eso –respondió Argel Tal, y asintió en dirección al *Corintio* ahora imponente por encima de ellos. –Prepárate. Esto no va a ser fácil.

-Te equivocas -Khârn estaba sonriendo ahora. -Mira y aprende cómo perros derriban a un oso.

No se podía permitir que *Corintio* disparara. Todo lo demás era banal. Había dado un paso monumental liberándose de sus ataduras, y un segundo legando al borde mismo de la ciudad. Ahora, acechando por las calles de la ciudad en llamas, treinta Mastines se lanzaron en una ráfaga de cruda precisión mecánica. Unidades de Devoradores de Mundos y Word Portadores unidades les seguían, al igual que transportes de tropas Skitarii y (skimmers) de color rojo oscuro y negro de la Legio Audax.

Los Ultramarines se enfrentaron a la horda ante su vista. Skitarii Oberon, recientemente desembarcados de lanzaderas, se unieron a sus aliados de Macragge. Los Mastines enemigos pulularon por los talones de *Corinto*, alzando sus propias armas.

Pero los esfuerzos de Lotara fructificaron dejando a las fuerzas que desembarcaron en el planeta en una fracción de lo que la armada de Guilliman esperaba desplegar. Sin conocer el destino de su anterior nave insignia, más allá de transmisiones erráticas de gritos y fuego bólter, los Devoradores de Mundos se estrellaron contra las delgadas líneas de defensa en las garras del Imperator. Las torres de defensa que servían de piernas del Titán escupían fuego desde torretas en una lluvia incesante. Los titanes de la Audax cayeron, aplastando a sus escoltas de infantería cuando morían; desatando tormentas de fuego cuando a sus núcleos de plasma alcanzaban niveles críticos en calles llenas de gente. Cada Warhound de la Audax vertió fuego hacia arriba, sus bólters vulcano al rojo vivo y luego más, girando sin parar y escupiendo más proyectiles. Casquillos de bala llovieron a la calle como el acero de una fundición. Los guerreros en las carreteras bajo los titanes lucharon bajo profundas nubes de vapor, provocadas por los casquillos en contacto con el agua.

Tal era la fuerza de la potencia de fuego dirigida contra *Corintio* que sus escudos de vacío se incendiaron. Las llamas se apoderaron de las pantallas de energía atormentadas, encendiendo antorchas con el impacto de cada proyectil mezclados con otros para bañar toda la barrera cinética de fuego naranja. La los escudos de vacío blindando a *Corintio*, que no habrían estado fuera de lugar en una pequeña fragata se desvanecieron, provocando una onda expansiva pesada y lo suficientemente resonante para romper todas las ventanas supervivientes en un

radio de cinco kilómetros y añadiendo una lluvia de vidrio a la tempestad de casquillos.

En medio de esto, mientras Khârn y Argel Tal lucharon espalda con espalda con la cuchilla y garra, *Syrgalah* sonaba su cuerno de guerra. Sola; un estruendo pálido contra el rugido ensordecedor de voz de *Corintio*.

Sin embargo, un segundo titán apoyó el grito. Y un tercero. Pronto, los dieciocho Mastines restantes aullaron hacia su presa. Cada uno de ellos era tan alto como la rodilla del Titán, pero juntos rugieron lo suficiente para eclipsar el grito de libertad de *Corintio*.

El Imperator dio otro paso en la ciudad, un gran paso de metal protestando y servos esforzados, derribando un bloque de viviendas de baja altura y aplanando un Bloodhammer de los Devoradores de Mundos entre sus orugas. En curso ahora, *Corintio* elevó su cañón Hellstorm, paneando el paisaje urbano en un arco lento. Los dientes de todo guerrero dolieron por el gemido tembloroso de poder acumulado.

Syrgalah disparó primero y la Audax le siguió. Garras ursus volaron por el cielo, alcanzando con sus arpones los brazos armados de *Corintio*, perforando y bloqueándose magnéticamente en su lugar. Los Mastines dieron marcha atrás, retirándose en unión forzada, tensando sus cadenas de amarre reforzadas a la vez.



El Corintio *encadenado por los Mastines de la Legio Audax.*

-Van a derribarlo -Argel Tal llamó a los Devoradores de Mundos a su alrededor. Su máscara mortuoria estaba inundada de sangre Skitarii. -Van a derribarlo encima de nosotros.

Khârn incineró a un Ultramarine con una ráfaga de su pistola de plasma.

-Te equivocas de nuevo -le volvió a responder.

Sin embargo, más arpones fueron disparados, alcanzando sus objetivos con sonidos metálicos plomados, sus cadenas tensándose junto a los cables en impactar antes. Con un sonido de protesta casi divino, los enormes brazos de Corinto, cada uno del tamaño de una torre habitacional, comenzaron a bajar. El gran cuerno del dios-máquina volvió a sonar, más furioso que triunfante esta vez. Argel Tal dudaba que tal punto de inflexión emocional fuera posible; sin embargo, la impresión superaba a sus elucubraciones. Él se echó a reír a través del dolor, las maldiciones y el encuentro de servoarmaduras contra servoarmaduras.

Los inmensos cañones bajaron más, más, obligados a apuntar a tierra, a las calles inundadas bajo los propios pies del titán. Si disparaba para destruir a los Mastines más cercanos, aniquilaría su propia infantería, así como sus propias piernas. Pero seguía luchando. A pesar de la fuerza progresiva de tantos titanes pequeños conteniendo sus brazos en su lugar, *Corintio* se mantuvo tratando de responder y liberar sus armas como fortalezas. Todos lo reconocieron como lo que era: un movimiento de futilidad desesperada.

Estaba encadenada. Habían cazado un titán de clase Imperator.

La voz que discurrió por el vox era perversamente segura, y cada guerrero oyó la sonrisa en palabras de la mujer.

-Aquí la Moderati Keeda Bly del *Syrgalah* a todas las fuerzas de infantería. Que todo el mundo en el agua comience acciones de abordaje de inmediato. Repito: abordad el *Corintio*. Tratad de recordar que lo queremos con vida.

Lhorke luchó junto a la cábala de Bibliotecarios de Vorias, matando a Ultramarines que lucharon como leones, con la esperanza de ayudar a su condenado primarca.

Sus combi-bólter estaban casi secos; la precaución le obligó a matar con sus garras energizadas. Eso le sentaba muy bien, pues había luchado de la misma manera en vida, y su sarcófago fue construido para vadear a través de unidades enemigas en lugar de detenerse y disparar desde lejos.

Intentó varias veces contactar con Lotara, incluso con ese enano de Kejic, pero el *Conquistador* devolvía la transmisión con disparos en lugar de palabras. Lhorke deseó que la capitán estuviese bien, y se centró en lo que podía hacer al respecto.

Admiraba el plan de lord Guilliman. A pesar de que sufrió la presencia inesperada de la nave capital de los Portadores de la Palabra y la negativa táctica de Lotara a ceder terreno a menos que ella no tuviera otra opción, era la mejor oportunidad de los Ultramarines para matar a ambos primarcas rebeldes antes de huir de las fronteras de Ultramar de una vez por todas. Lhorke no podía ni imaginar la inteligencia que lord Guilliman utilizaba en sus operaciones, pero teniendo en cuenta la reputación del comandante de los Ultramarines por su agudeza táctica a lo largo y ancho del Imperio, sabía que esto no era un ataque irreflexivo. A lo sumo, se trataba de una jugada que había salido mal, al menos parcialmente, debido a la feroz resistencia de los Devoradores de Mundos. Mucho más probable, sería la vanguardia de asalto de una flota mucho más grande a punto de irrumpir a través del sistema nuceriano.

Lhorke sospechaba que el señor de los Quinientos Mundos había reunido cuantas naves podía disponer después de la emboscada de Kor Phaeron, retirando efectivos adicionales de la primera flota de socorro con destino a Calth después de la masacre, persiguiendo a Lorgar directamente a través de los propios coros astropáticos de la XIII legión. Estaba seguro de ello porque era exactamente lo que él habría hecho en el lugar de Guilliman.

Tal vez otros psíquicos podían oír la mítica “canción” de los Portadores de la Palabra. Tal vez podrían detectar la interrupción de sexto sentido de Lorgar. Lhorke no sabía nada de él, y le importaba aún menos. Pero Guilliman estaba aquí, forzándoles a luchar. Coraje y honor.

Vorias, Esca y los pocos bibliotecarios que aún vivían entre la XII legión se ganaron ser valiosos hermanos de batalla. Habían llegado juntos como un equipo

cerrado, compartiendo su poder y palabras en silencio entre sus mentes enlazadas, formando entre ellos la hermandad negada por el resto de la legión. Él los consideraba Perros de la Guerra en lugar de Devoradores de Mundos, un pedazo de prejuicio positivo tenido en cuanta por aquellos carentes de los clavos del carnicero.

Cuando la lucha lo permitía, Lhorke volvía su atención a los primarcas, viendo su furiosa batalla a tres bandos disputarse sobre un montículo de muertos. Incluso allí, Guilliman había estado conteniendo a los dos, hasta que Lorgar cesó su ataque y comenzó su canto dolorosamente resonante. Angron y Roboute seguían luchando, con el Señor de los Ultramarines cediendo terreno cada vez que Angron conectaba un golpe. Para total disgusto de Lhorke, tuvo que conceder un atisbo de respeto a su padre genético. Guilliman no tenía esperanzas contra Angron. El antiguo Señor de la Legión no estaba seguro de que alguien la hubiera tenido.

A pesar de su existencia de emociones embotada en un ataúd lleno de líquido amniótico frío, la tentación de unirse a esa lucha feroz quemó lo que quedase de la cáscara marchita de corazón de Lhorke. En varias ocasiones, se encontró al borde de hacerlo. Qué tan fácil sería para él librarse de esta batalla, con todos los recuerdos que atesoraba de la Noche del Lobo y enfrentar su armazón contra la divinidad genética de los primarcas en guerra.

Lo que le detuvo no fue la atracción del buen sentido táctico, o el miedo de ser destruido. No, lo que lo detuvo fue el duelo de los dos primarcas, pues no estaba seguro de a cuál ayudaría realmente una vez que tomase el primer paso decisivo.

Angron hundió su espada sierra bajo la coraza de lord Guilliman, una puñalada superficial, pero eficaz. El Ultramarine aplastó la espada empalada con un puño y se tambaleó hacia atrás, sangrado con profusión ahora.

El canto alienígena de Lorgar continuó sin disminuir. A pesar de la aurora tibia, el cielo estaba volviéndose poco a poco más oscuro.

+Algo anda mal. + dijo la voz de Vorias en la mente del Dreadnought. + Lorgar maneja un poder más allá de la capacidad mortal. Maestro de la Legión, si se lo pedimos, ¿Permanecerá con nosotros?+

+ ¿Señor? ¿Lo siente? +

+ Lo sentiría incluso si regresara a Terra + respondió Vorias a través de su vínculo telepático. Fuego psíquico se transmitía desde las hachas de Esca, manifestando la energía de su alma manifiesta como una llama. Cada tajada con éxito en una servoarmadura azul cobalto incendiaba la ceramita, incinerando en su camino a través de las heridas abiertas, hirviendo la sangre en las venas de sus enemigos.

+ Es Lorgar+ -tronó Esca mientras hundía una bota en el pecho de otro Ultramarine, devolviendo al legionario entre sus hermanos. + El poder proviene de Lorgar. +

Vorias luchaba con bastones y cuchillas, girándolas en arcos de metal forrados de rayos.

+ No. El poder viene de la disformidad. Lorgar lo está trayendo. + un proyectil impactó contra el Lectio Primus en la parte posterior de la pierna, condenado a poyarse en una rodilla. El grito de dolor de Vorias fue un suspiro silencioso latiendo a través del enlace. Esca y otro Codiciario, Damarkien, se abrieron paso hasta su señor y mentor herido, luchando para protegerlo mientras se levantaba.

Esca se arriesgó a mirar hacia el cielo. Las nubes eran absorbidas a sí mismas en un lento remolino, oscureciendo hasta formar los no-colores que se observaban sólo en la disformidad. Sin lugar a este lado de la realidad, se manifestaron como un centenar de tonos imposibles de negro, cada uno un enjambre de siluetas de almas atrapadas, chillando.

+ ¿Qué está haciendo? + -inquirió Esca. + ¿Qué pasa? +

+ No puedo romper la barrera de voluntad de Lorgar + le respondió Vorias a ellos. + Su fuerza es inmensa. +

Esca extendió sus sentidos. En el momento en que se acercó al Portador de la Palabra, la fuerza de un huracán le repelió.

+ La Comunión + -dijo.

+ Moriremos. + -contrarrestó Ralakas. + Hay cientos de nuestra legión aquí, y ni uno de ellos nos va a defender mientras dejamos nuestros cuerpos abandonados. +

Esca no se dejó llevar. + La Comunión podría romperla + -insistió.

El rostro de Vorias, envejecido pero fuerte, estaba lleno de esfuerzo. -Tal vez -admitió en voz alta.

En ese instante el cielo se rasgó. Tormentas de nubes formadas a partir de los fantasmas de un centenar de mundos asesinados comenzaron a llover sangre en la ciudad muerta a continuación.

Lorgar levantó la cabeza para hacer frente al cielo rasgado, llorando. La lluvia de sangre le cubrió por completo, calentando su piel, llenando su boca. No dejó de cantar, enunciando los verdaderos nombres de innumerables nonatos en una corriente sin aliento, exigiendo ligar sus energías a su voluntad.

Tanto poder. Tanta energía que desafiaba a la comprensión o significados. La realidad rehecha por su propio deseo, un poder ejercido tan fácilmente como abrir los ojos o levantar una mano. Este era el juego de los cuatro dioses. Ellos tratan energía a esta escala cada segundo de su existencia, pero carecían de la presencia corpórea para llevar a cabo sus diseños en el reino material. La metafísica era un maestro cruel, incluso para los poderes detrás de todo.

Un haz de luz solar alanceó gritando desde los cielos torturados, proyectando su luminiscencia envenenada en Angron y Guilliman. Sombras alargadas nacieron de cada guerrero, cada edificio y tanque, retorciéndose en imágenes parpadeantes de siluetas humanas tratando de alcanzarles. Los gritos venían de todas partes: cada sombra-alma en toda la ciudad se lamentaba bajo la lluvia de sangre. Bailaban como humo y fuego, gateando y retozando en su hambre para llegar al Devorador de los Mundos.

El crescendo de la canción de la disformidad, interpretado a través de un instrumento de furia sin fondo, perfecta. *No hay emoción más pura que la rabia.* El mismo Angron había dicho esas palabras. Una vez el dolor pasase, tal vez incluso estuviera deacuerdo con ellas una vez más.

El mismo Angron que todavía luchaba contra Guilliman, de pie encima del Ultramarine de rodillas. ¿Se habría dado cuenta de la tormenta de sangre brotando del cielo en un torrente rojo? Ráfagas relampaguearon de los guanteletes de Roboute mientras trataba de protegerse de un golpe tras otro. Pero era golpeado. Estaba acorralado. Las heridas lo pintaban con una paleta de derrota orgullosa. Incluso ahora, sus guerreros estaban luchando para recuperarle. Con los daños en la armadura y el dolor manando de su mente, Lorgar calculó que su hermano tendría suerte de volver a caminar.

Angron no parecía mucho mejor. Era un icono de majestad mutilada, de grandes rasgones y cortes marcando su carne por los nudillos de los guanteletes de Guilliman.

Ahora. Tiene que ser ahora.

Lorgar enfocó su concentración en forma triunfal de su hermano mutilado, pidiendo a los nonatos a responder en especie. Cerró los músculos de Angron, prendiendo fuego a las sinapsis en su cerebro. Le robó la posibilidad de un golpe de gracia, lo que alimentó la ira del Devorador de Mundos aún más. Los gritos comenzaron: una melodía de mundos asesinados finalmente entonada en el reino material.

La historia se repetía. Otra primarca arrastrándose lejos de la ira de Angron; otro hermano que había venido con un legado no maldito, sin ser arrancado de sus raíces y dejado lamentándose por lo que podría haber sido. No había placer en la batalla contra ellos. La ira nunca se desvaneció. Sólo profundizó, se volvió rancia por la amargura. La esperada serenidad de batalla huyó de él, abandonándole como las promesas huecas de un amante falsa.

El odio no ofrecía ninguna victoria. Nada.

Incluso aquellos que le desafiaron y destruyeron... incluso le compadecían.

Perdóname. Traté de decirle. Todos nosotros bailamos al son de la disformidad. Incluso tú, Angron.

Esta vez, Guilliman en lugar de Russ se apartó de su verdugo, un Devorador de Mundos envuelto en convulsiones frenéticas, arañándose la ruina de su cara y pecho. Se estaba desgarrando su armadura y carne, arrancándola en puñados, gritando un sonido que ningún ser vivo debía ser capaz de hacer.

La carne y los huesos, la sangre y el alma, su cuerpo vibraba con el ritmo de la marea disforme. Cantó a través de cada átomo, cada partícula subatómica, reformando su forma divinamente forjada. Miles de millones y de millones de almas gritando.

Y con sus gritos vino el dolor.

Los primeros espasmos sacudieron su camino a través de los tendones de Angron, convirtiendo la sangre en mercurio, para luego ser lava y por último fuego sagrado. Sus gritos de rabia frustrada se dejaron llevar por una agonía más allá de la comprensión. Su cuerpo comenzó a rasgarse, crecer, erguirse. Perfeccionamiento, después de una vida de tortura.

Lorgar se quedó mirando la agonía de su hermano con alegría inocente.

Siempre fuiste el conducto, pues nadie odia de la forma en que lo haces, con la misma fuerza insondable. Nadie más lo siente tanto dolor, violado por las traiciones de una vida. Tenías que ser tú, en el momento más profundo de rabia y dolor. No podía haber otro conducto.

Guilliman estaba escapando a las falanges desafiantes de sus hijos, retirándose con una cohesión envidiable a medida que penetraron por las calles inundadas. Lorgar vio la expresión de asombro desagradable en el rostro de su hermano mientras el Ultramarine herido miró a Angron en lo alto de la montaña de hijos muertos de las tres líneas de sangre. La XIII Legión combatía incluso en retirada; un proyectil se estrelló contra los músculos desnudos de carne de Angron, manchando su carne sin piel de negro, esparciendo gotas de sangre en el aire.

Un golpe de tambor. El fuego era más que un toque de tambor, añadiendo al gran crescendo de la canción. Truenos se clavaron en él, arrancando vísceras en arcos descuidados. No le hicieron nada en absoluto. Angron había trascendido el dolor corporal, en las garras de un tormento celestial.

Otro relámpago lo golpeó. Incluso Lorgar no esperaba eso.

Los truenos repicaron, formando otra parte de la gran canción, y más relámpagos desde el cielo sangrado descendieron, encendiendo al primarca de los Portadores de la Palabra, los cadáveres de sus botas y la propia tierra a su alrededor. El fuego ardía rojo, formado por fantasmas fugaces retorciéndose. Las vidas de los perdidos, a cambio de la suya.

La lluvia de sangre cayó más dura, más caliente ahora, lo suficientemente caliente como para crear niebla y blanquear la pintura de la ceramita agrietada de innumerables guerreros enfrentados. Lorgar nunca cesó su canto, nombrando los nombres, instándoles a obedecer como habían prometido. Él les había dado océanos de sangre y mundos en llamas. Ahora le debían retribución. Había vendido miles de millones de vidas a cambio de una. Que nunca se diga que Lorgar Aureliano no era un hermano leal.

El infierno que había sido Angron de los Devoradores de Mundos bramó sin control. El primer beso de la duda tocó a Lorgar en ese momento, sin poder ver nada a través de las llamas sanguinarias. ¿Estaba Angron incluso dentro de esa conflagración? ¿Le habrían aniquilado los dioses, en reparación por algún fallo en la gran canción? Alargó su inquisitivo sentido psíquico hacia el núcleo de las llamas. Todo lo que podía oír era el llanto de los desafortunados asesinados; su rabia, su agonía. Esta era la canción que había compuesto con fuego y genocidio, representada para la salvación de su hermano.

Él sintió otra presencia en ese momento: algo inhumano y mucho más potente que cualquier simple alma psíquica o fantasma de Ultramar. Esta era una voz que no podía desconectarse, y por un momento de éxtasis absoluto, creyó que uno de los cuatro había venido a bendecir sus esfuerzos.

No soy un dios. La voz se suavizó por sorpresa, pero nada podía ocultar el poder en sus tonos sepulcrales. Yo soy la Comunión.

El nombre no significaba nada para Lorgar. *-¡Ayúdame!* -solicitó a la presencia.

La tristeza precedió a la respuesta. Ahora lo veo. Lo veo todo. Estas matando a nuestro padre.

¡Le estoy salvando! ¡Ascendiéndole! ¡Así será digno a los ojos de los Cuatro!

Lorgar Aureliano, no vamos a permitirlo.

Y del mismo modo que habían escapado de sus cuerpos, sacaron a Lorgar del suyo.

Estaba cayendo.

Estaba cayendo en las mareas tras el velo, en la canción en sí. La melodía era una melodía ácida, mucho más dura en este lado de la realidad. Se impregnaba su carne, ardiente e hirviente, corriendo por su boca y llenando sus pulmones. Rechazó esta invasión, canalizando su concentración en una fuerza de repulsión. No hizo nada. En todo caso, hizo que abrasase más caliente contra su cuerpo.

Lorgar pasó las manos por entre los no-colores de la disformidad, forzando un sentido al sinsentido. Su visión la definió en algo de carne, hueso y mente que podía procesar en un reino de lo irreal.

Él no estaba cayendo. Él estaba siendo derribado, hundido bajo las mareas negras hasta el fondo. Se estaba ahogando, con sus crozius en sus manos.

Y entonces, luz. Algo que brillaba con su propia luz interior se lanzó tras él, persiguiéndolo hacia abajo.

Un Devorador de Mundos.

No. Un Perro de la Guerra. La armadura era de un azul pálido sereno, marcado con blanco. Sobre sus hombros el perro rojo de la guerra: el viejo símbolo, abandonado, consignado a las bóvedas de la memoria.

El Perro de la Guerra igualó al Primarca de tamaño, incluso sin su corona de luz cauterizante. Las dos figuras lucharon mientras cayeron juntas, el hacha contra la maza, el sonido del hierro sobre hierro psíquico, enviando ondas a través de las mareas de la irrealidad.

-Tú eres un eco -dijo Lorgar al guerrero fantasmal. –Un fantasma. Nada.

El guerrero se convirtió en un negro remolino. -Yo soy la Comunión.

Sus armas chocaron de nuevo y de nuevo, enviando más ondas en el Mar de las Almas. Cada vez que chocaron, la propia disformidad gritó en respuesta: caras derretidas en medio del agua de fuego para proporcionar sus gritos, y luego se hundieron de nuevo en la materia primigenia de donde vinieron.

El casco del Perro de la Guerra era un diseño antiguo, llevándole de nuevo a días más fácil, inocentes, cuando la ignorancia del Imperio permitió a su gente a sentirse seguros. La visión hizo reír a Lorgar.

-Tú eres una reliquia -le dijo el guerrero.

-Nuestra legión ha sufrido más que ningún otro, Lorgar Aureliano -la voz grave amenazando era fría y justa cuan caballero. -Suficiente. Suficiente. No vas a matar a nuestro señor.

-¡Le estoy salvando! –respondió Lorgar con los dientes apretados. Él se estaba debilitando en las mareas, cayendo, sabiendo que su cuerpo yacía inmóvil en Nuceria. Podía imaginar su armadura y su piel oscuras por la sangre de la tormenta.

Esta batalla era una lucha de voluntades, o como eso podría percibirse en una mente mortal. Sus armas se enfrentaron de nuevo. El Perro de la Guerra empujó, pero la disipación de la fuerza era una aflicción que ambos tuvieron que soportar. Garras se extendieron desde el agua turbulenta. Lorgar las repelió con un gruñido y empujón psíquico de concentración. El Perro de la Guerra sufrió su asalto al estar todo su ser centrado exclusivamente en Lorgar. Senderos de glóbulos blancos humeantes corrían lejos de las heridas de garras en la armadura antigua de la Comunión.

-Has intentado ahogarme en la disformidad -Lorgar sonreía. -Pero soy tan fuerte aquí. Soy el arcipreste de estos poderes, pequeño fantasma.

El Perro de Guerra se hundió, sus hombros luchando contra las armas paralizadas. Más débil, más débil. Un gruñido salió de su garganta.

Entonces golpeó más rápido de lo que incluso un primarca podía seguir. Se deshizo, disolviéndose en el agua negra. La maza de Lorgar cortó las mareas, sin

recibir resistencia. El Perro de Guerra tomó forma ante las narices de de Illuminarum, con las manos en la garganta del Portador de la Palabra.

La manifestación psíquica de sus crozius resbaló de sus manos, desapareciendo en el momento en que dejó sus dedos. Lorgar envolvió sus manos alrededor del cuello del Perro de la Guerra, luchando por respirar a pesar de que ninguno de ellos tenía que hacerlo en este lugar. Los instintos eran pacientes en morir.

Cayeron en este abrazo mortal, como cayeron a través de las mareas, y Lorgar miró a las lentes oculares del Perro de la Guerra y vio justo contra quien estaba luchando. No había un solo espíritu bajo ese casco. Era una gestalt de las almas.

Otra sonrisa frunció sus labios, más una mueca que una sonrisa divertida.

-Muy valientes al hacerlo -siseó Lorgar. -Muy inteligente.

Él soltó la garganta, apisonando la mano en el pectoral del Perro de la Guerra, atravesándolo y alcanzando la carne psíquica debajo. El guerrero se tensó, aturdido, aflojando su control, pero no en caída libre.

Lorgar cerró la mano en un puño. Algo estalló en el cuerpo del guerrero.

-¿Quién era ese? –gritó Lorgar sobre el mar rugiente. La corona de la luz del Perro de la Guerra perdió fuerza, ahora expulsando la oscuridad con no tanta intensidad. -¿Quién era? ¿Esca? ¿Ralakas? No, todavía siento a ambos aquí…

Lorgar golpeó de nuevo con su puño en el pecho del guerrero. La corona se oscureció aún más cuando estalló otra esfera de líquido ardiente en sus garras.

-Lhorke... -el Perro de la Guerra luchó débilmente, casi sacudido por la corriente. Más manos le arañaban ahora. -Lhorke...

Lorgar abrió los ojos a la lluvia, poniéndose en pie no sin esfuerzo. El infierno aún ardía… ¿Había pasado tiempo en absoluto? Y todavía no vio nada de su hermano dentro de su núcleo ardiente. La debilidad parecía seguirle de nuevo a través de la disformidad, hundiéndose en su carne y aprestándola. Estaba más cansado de lo que jamás había estado en su vida.

La Comunión murió en su mente. El primarca la sintió literalmente hacerse pedazos por alguna disminución psíquica intocable, y en su lugar comenzó el fuego bólter.

Hubo un gruñido amolador de articulaciones de hierro a gran distancia, y luego las puñaladas irregulares de proyectiles estallando contra su armadura. Algo eclipsó el rayo de luz espectral. Algo más alto que un primarca y el doble de ancho.

-Mi Legión ha sufrido bastante -retumbó una vox-voz mecánica. Una enorme garra se estrelló contra la coraza de Lorgar, derribándolo. -¿Ahora tenemos que soportar la corrupción también? ¿Es que la locura no era maldición suficiente?

VEINTITRÉS

Mano del Destino

Desde el Fuego

Sangre para el Dios de la Sangre

Khârn luchó en la lluvia de sangre, aumentando la matanza de Skitarii lo largo de las almenas. La fortaleza en la parte posterior de *Corinto* ya estaba empapada en la lluvia, achicando la sangre por las gárgolas y canales diseñado para agua a la ciudad a sus pies. Mirando por encima del borde vio la sangre fluir en cascada, así como los grupos de Mastines Audax ahora libres tras la emboscada. Con tripulación del puente del titán Imperator muerta; Kargos juró que mantendría el cráneo del princeps como un trofeo por su cuenta. No quedaba más que purgar el castillo Skitarii sobre los hombros del Dios-Máquina. Tras conquistar las piernas-torres y los defensores salvajemente superados en número en el puente de mando, la lucha era más intensa aquí en la fortaleza. Los defensores se concentraron desde sus cuarteles para una última batalla, a pesar de que ya habían perdido la batalla por el Titán.

La cibernética Skitarii desplegaba la gama habitual de utilidad contextual y letalidad. Los cultistas de la carne y mecánicos de la Legio Oberon tenían una inclinación a equipar a sus esclavos-armas de guerra con cañones giratorios pesados que despedían el olor polvoriento de la cordita mientras charlaban con la floración de sus hocicos.

Khârn se hizo camino a través de ellos, con la pantalla retinal iluminada con runas de daños y marcando su rodilla izquierda como comprometida hasta el punto de ruptura. El humo subió perezosa desde las marcas disparos atroces que cubrían la mayor parte de su servoarmadura. Estos cañones rotativos carecían de la penetración necesaria, pero lo compensaban con un gran volumen de fuego.

Las almenas eran muy abiertas, más como pórticos y puentes de hierro que una fortaleza de un mundo feudal. La lluvia sangrienta dejó las plataformas de metal pulidas y traicioneras.

Con el último Skitarii muerto, los Devoradores de Mundos pasó por entre esclavos acobardados y servidores lobotomizados persistentes en los habitáculos. Mientras los sirvientes de la Legio rogaron y gritaron mientras fueron masacrados, los servidores simplemente miraban con la boca abierta, apáticos.

A falta de más enemigos, los Devoradores de Mundos salieron a las almenas, moviendo sus espadas y gritando su triunfo con el cielo rojo sangre.

El color de ese cielo era algo en lo que Argel Tal se concentró. Rojo. No gris. Lorgar obraba su voluntad a través de la ciudad, y Erebus se había equivocado.

Khârn muere al amanecer en un mundo de cielos grises. En cada futuro que he visto, muere cuando el amanecer ilumina el cielo. Y muere con una hoja en la espalda.

Pero Khârn vivía. No había muerto durante el amanecer infinitamente prolongado de Nuceria, y los cielos ya no eran grises. No había habido ninguna hoja en la espalda.

La servoarmadura de Argel Tal estaba maltrecha y sin valor como la de los Devoradores de Mundos, pero donde ellos requerían mantenimiento y reparación,

el ya estaba sanando, regenerándose. Raum calló en el mismo momento que el último esclavo había exhalado su último aliento. Sin nadie a quien matar, el demonio se reitó en un respiro irritad.

Caminó lento y sangrado por las almenas, donde Khârn estaba observando la ciudad. La sangre de la tormenta estaba llenando las calles inundadas, convirtiendo las aguas invasoras en rojo. Toda la ciudad parecía estar ahogándose en sangre.

-Cañoneras en camino -dijo el centurión. Su casco era una ruina agrietada y Khârn lo tiró a un lado, parpadeando bajo la lluvia de sangre. Tenía la cara pálida hecha un lío de contusiones, de todos los colores que era posible tener un moretón. -¿Qué está pasando? -se preguntó. -¿Qué es esta tormenta?

-Lorgar -respondió Argel Tal. -Esta es la Tormenta de Perdición, liberada al fin.

-Es horrible. No es lo que esperaba.

El portador de la Palabra levantó los hombros blindados en un encogimiento de hombros. -Es exactamente lo que esperaba.

Khârn se limpió la cara y se puso de nuevo el casco, ocultando su rostro en las lentes oculares y parrilla sesgada que el Imperio ya estaba llegando a temer.

-Erebus se equivocaba –señaló el Devorador de Mundos. -Y yo te salvé siete veces en el camino hasta la hermosa máquina de guerra.

-¿Sólo siete? Sigues vivo porque yo te salvé al menos una docena de veces.

Los hermanos compartieron una sonrisa que ninguno de ellos podía ver y chocaron sus brazales juntos. Cañoneras otrora en blanco, ahora manchadas de rojo por la tormenta, llegaron a baja altura sobre la fortaleza y mantuvieron sus motores calientes para flotar por encima de las almenas. Cuerdas bajaron de las escotillas abiertas, y los Devoradores de Mundos abandonaron su premio imponente para desplegarse en otros lugares.

Argel Tal se volvió para seguir a Khârn, pero Raum se agitó en un deslizado cansado.

Viene el Impostor.

Él no nos engañó –aseveró el Portador de la Palabra. *Solo estaba equivocado.*

Quiero matarlo. Quiero su sangre.

Nos devolvió a Cyrene. Él me advirtió sobre Khârn. Se lo debo.

Todos lo que le debemos es el dolor. Cyrene está muerto, su Segundo Aliento devuelto por nada. Ahora el Impostor trata de susurrarte más falsedad y emociones que no puede sentir realmente. Mátalo, hermano.

No puedo matar a todos en la galaxia puramente por el pecado de ser despreciado. No quedaría nadie.

Khârn fue inclinando la cabeza, escrutando a su hermano a través de las lentes de su casco.

-Estás hablando con el demonio, ¿no es así?

-Sí.

-Casi puedo oírlo. Hace que duelan mis encías -Khârn sacudió la cabeza como si estuviera desalojando un pensamiento no deseado. –Los clavos están penetrandos. No puedo quedarme.

Argel Tal extendió sus alas rastrilladas y sangrando. Se elevaron altas de sus omóplatos, quirópteras y de venas gruesas, ruidos en la lluvia.

-Adelante -dijo. –Me reuniré con mi Legión y nos veremos en los puntos de reunión.

-Así sea. Buena caza, hermano.

El centurión saltó desde las almenas, capturando una cuerda para tripulación y se transportó a sí mismo en la última cañonera. A medida que sus motores se encendieron y se lo llevaron, Argel Tal cerró alas hacia atrás contra sus hombros otra vez. Oyó los pasos que supo venían.

-Estás débil, hijo mío- dijo Erebus detrás de él. Argel Tal se apoyó en las almenas, dejando que la lluvia de sangre lavara su servoarmadura.

-Me siento débil. Pasé varias horas en primera línea, siendo apuñalado y cortado y disparado, tratando de desafiar la profecía.

Mátalo, o ceder el control de nuestro cuerpo para que pueda matarlo.

No, tengo que escuchar esto.

Erebus emergió de una torre a las almenas para reunirse con su antiguo alumno. Su crozius estaba inmaculado, sin marcas de sangre, al igual que su servoarmadura. Argel Tal lo señaló con un movimiento de disgusto de su cabeza y miró por encima de la ciudad en guerra, empezando a ahogarse en sangre.

-Khârn vive -dijo Erebus. -Eso está bien, muchacho. Él tiene que vivir. Los poderes han depositado tanta esperanza en el Octavo Capitán, lo sabes.

Mátalo, Argel Tal. Mátalo ahora.

Calla, Raum.

-¿Qué quieres decir? –preguntó Argel Tal en voz alta. La cara de erudito de Erebus, tan solemne y severo, se suavizó por un momento mientras se encontró con la mirada del otro Portador de la Palabra.

-Khârn ha sido elegido.

-¿Por los dioses?

-Por supuesto -respondió Erebus. -¿Quién sino? -respiró, alejándose de las murallas y apoyándose en la pared. Las alas de Argel Tal temblaron y hormiguearon mientras Erebus caminaba. Observó a las legiones luchando en la ciudad a sus pies, haciendo retroceder los Ultramarines, empujándoles a través de las calles de vuelta a sus lugares de aterrizaje.

-Argel Tal -dijo Erebus en voz baja. La inflexión era extraña; a pesar de decir su nombre, no sonaba como si estuviera hablando con el otro guerrero.

-¿Qu…

MATADLE. NOS OBLIGÓ A LUCHAR POR LA VIDA DEL CAZADOR PARA DEJARNOS DÉBILES Y ASÍ…

La daga ritual se deslizó por la columna vertebral de Argel Tal, suave como el tacto de un amante. El grito furioso de Raum se desvaneció, desapareció, y ni siquiera un eco quedó en su interior.

Durante los primeros segundos, no sintió nada. Cuando el dolor floreció de la herida, lo hizo como algo frío desarrollándose dentro de él, envolviéndole alrededor de sus huesos. Se tambaleó, raspando con sus garras las almenas del metal, notando cómo toda la fuerza huía de él. ¿Garras? Manos. Sus manos arañaban las almenas. Las manos de un legionario. La debilidad de un legionario.

Raum. ¡Raum!

Raum no apareció. La ausencia del demonio fue un shock muchas veces más doloroso que el cuchillo.

El casco de Argel Tal cedió, dejando al descubierto su rostro demasiado humano para la lluvia. Saboreó la sangre de incontables inocentes sacrificados en la Cruzada Sombría. Le picó los ojos, y no pudó reunir la fuerza para limpiar la cara limpia.

El cuchillo se marchó de un tirón y el chapoteo de la carne violada. Tomó el dolor con ella, inundando sus músculos con un entumecimiento odiosamente agradable.

Erebus esperaba pacientemente, observando el colapso de Argel Tal. En sus manos sostenía un cuchillo de la longitud de su antebrazo, con mango de hueso y grabado en escritura rúnica colchisiana.

-Siempre fuiste tú -dijo el capellán. -En cada uno de los Diez Mil Caminos, tu locura emocional errática nos lleva a perder la guerra. Tú tuviste una última oportunidad para alejarte de este destino, si hubieras superado la muerte de esa despreciable ramera sacerdotisa. Pero no. Tú me pediste traerla de vuelta, y al hacerlo, demostraste que eras tan inútil como ella. No se puede confiar en ti. No eres de fiar. No puedes, a falta de una palabra mejor, ser *controlado*. Y necesitamos control si queremos ganar esta guerra, mi hijo.

Argel Tal tosió sangre, arrastrando una mano temblorosa para acercarse más a su asesino.

-No luches contra ella -Erebus negó con la cabeza. -Confieso que estoy sorprendido de que puedas moverte en absoluto. Nadie más ha sido capaz de moverse después de un golpe letal. ¡Qué momento tan triste descubrir que eres más fuerte de lo que pensaba!

Argel Tal se arrastró otro metro más cercana. Erebus sonrió, apoyando una bota en la mano del Vakrah Jal. La ceramita comenzó a dividirse y romperse, pero todavía no había dolor.

-Khârn ha sido elegido -dijo el capellán. -Y en cada futuro que vi, lo único que alteró su destino... eras tú. *Tú*, hijo mío, le habrías salvado. Soy la Mano del Destino, Argel Tal. ¿Puedes imaginar mi papel y responsabilidad? Podría romper mi camino y cambiar el destino de Khârn. No puedo permitirlo. Que escriba su destino libre de tu fraternidad. La inmortalidad le espera al final.

Argel Tal levantó la cabeza, hablando entre dientes. -Me muero -susurró, -a la sombra de grandes alas. No aquí. *No aquí.*

Erebus se hizo a un lado. Detrás de él, la torre fortaleza estaba marcada por el Aquila Imperial, manchado de sangre de la tormenta infernal. El águila de dos cabezas permanecía mirando la lluvia, sus alas extendidas y orgullosas.

-Así sea –accedió Erebus, y el capellán se dio la vuelta. -Adiós, hijo mío.

El Contemptor fue implacable, llegando a él, arañándole, acorralándole. Lorgar esquivó cada golpe con Illuminarum, cada réplica un tañido de campana de catedral acoplado a la gran canción. Le dolían los músculos del asalto astuto de la Comunión. Hasta sus huesos dolían de su insípida emboscada de tres al cuarto. La concentración era una mala broma.

Detrás de Lhorke llegó el aquelarre de Bibliotecarios, sus supervivientes al menos, bólters y armas de fuerza en alto. Podía sentir su debilidad, sus dudas después de haber sido tan cruelmente desgarrados de la Comunión. Pero aun así llegaron. El fuego y el relámpago bañando sus hojas volaron en un híbrido de furia elemental. Lorgar quiso erigir una barrera protectora, pero su concentración se hizo añicos. La barrera murió con ella, dejándolo expuesto a la deflagración.

Pero fue débil. Tan débil como se sentía, ellos estaban aún más débiles. Las ráfagas de llamas hacia él palidecieron y se dispersaron, cayendo en el infierno rojo donde Angron había estado. Los rayos huyeron de él, siguiendo su camino agrietado lejos de unirse a la conflagración. Lo que atacó la servoarmadura de Lorgar fue un remanente herido de su ira, quemando su carne, encendiendo su capa, y se encontró con una ola telequinética en respuesta. Lorgar vertió su fuerza restante en ella, literalmente, gritando a sus pies con un grito sónico.

Illuminarum se acercó, rechazando de nuevo otro de los golpes de barrido de Lhorke. El miserable aquelarre de Vorias se negó a hacer frente a su derrota, trepando de nuevo a sus pies y abriendo fuego. Varios de sus proyectiles hirieron a Lhorke; el Contemptor ni se dio cuenta.

Uno de ellos impactó contra el primarca de los Portadores de la Palabra en el muslo, volando su armadura hasta el hueso. Se tambaleó, levantando el crozius sólo para ser arrancado de la mano por las garras del Dreadnought. No vio hacia donde cayó, sólo que aterrizó en los cuerpos circundantes, irremediablemente perdida.

Lorgar levantó la mano para arrojar su propio fuego secreto, pero su mano fue desintegrada por un proyectil, estallando en fragmentos de carne y hueso. Antes de que el dolor empezase, lanzó el otro puño a través del caparazón de Lhorke, clavándolo en el cadáver-piloto dentro. El Dreadnought aulló, cayendo hacia atrás, dejando Lorgar con una mano agarrando restos de hierro y alambre.

Vio Esca, Vorias y los demás. Haskal murió en el momento que Lorgar volvió sus ojos al guerrero, y mientras el primarca extraía el alma del bibliotecario de su piel, sintió que Haskal había sido el del proyectil que le arrancó la mano.

Los otros siguieron viniendo. Lanzaron fuego, rayos, viento... Lorgar le vapuleó, tambaleándose pero aún en pie.

La Tormenta de Perdición. Angron. La gran canción. La Comunión. El Dreadnought y el aquelarre. Estaba cansado lo suficiente como para acostarse y morir. Ningún ser viviente había canalizado tanto poder psíquico en la historia de la vida misma.

Otro bibliotecario murió, con una espada caída en la garganta. Lorgar la levantó telequinéticamente con su brazo y la lanzó a su destino, recta y sin vacilación.

Se tambaleó de nuevo, y esta vez cayó de rodillas. El zumbido de las cañoneras luchando contra el viento de la tormenta aullaba por encima de él, pero ya era demasiado tarde, demasiado tarde. No podía retroceder ante Lhorke y el aquelarre mientras contenía las energías desatadas.

La salvación llegó desde el lugar más improbable.

-¡Mi hermano!

El primarca masacró a otro de los bibliotecarios en su avance, repeliendo el fuego del guerrero y obligándole a dar la vuelta, ametrallando al Perro de la Guerra. A pesar de todo, Lorgar rio cuando Angron rugió y vino en su ayuda.

Khârn aterrizó corriendo. Sin lugar para aterrizar en el infierno que asolaba toda la cima de la colina, la cañonera aterrizó en las faldas, dejando que los Devoradores de Mundos saltaran a la calle inundada de sangre.

No tenía idea de lo que estaba ocurriendo allí. Aun así, tiró de sí, haciendo que los clavos penetraran profundamente, convirtiendo los productos químicos en su cerebro en ácido. Cada paso más cerca hizo que el dolor se desvaneciera un poco más. Cada metro lo llevó más cerca de la serenidad. Habría matado a cualquiera, incluso a su propio primarca, por desterrar el dolor y perseguir la paz.

Kargos estaba con él, a la par, mitad corriendo mitad arrastrándose hasta la colina profanada. Legionarios de toda la ciudad corrían también, trepando por la colina, persiguiendo la misma promesa de paz. Su primarca les estaba llamando, pero no sabían cómo. Lo único que importaba era que acudieran a su lado, entre el fuego y la lluvia de sangre.

Vieron a Lorgar, de nuevo erguido y sangrado. Vieron a los últimos miembros vivos de sus Librarius olvidados de pie con Lhorke, rodeando al primarca herido. Ellos vieron el fuego vivo con las sombras de los muertos.

Y vieron a Angron.

Cada Devorador de Mundos quedó inmóvil ante el fuego. La reflexión del hijo de un dios jugó a través de sus lentes, surgiendo de las llamas de un infierno que el Emperador había jurado que no existía.

Incluso Lhorke se volvió para encarar a su padre genético.

-*¡Mi hermano!* –volvió a rugir Angron. *Hnngh*. Traidores, traidores, buscando la sangre de mi hermano.

-Señor -retumbó la máquina de guerra, pero todo el sentido de qué decir murió cuando vio lo que estaba haciendo Angron. El cambio no había terminado, pues el fuego rojo aún ardía en la carne del primarca, y donde las llamas retrocedieron, rugieron más alto en otra parte de su forma maltratada. Sangre se sacudía de él con cada movimiento. Bajo el fuego, Lhorke vio un trozo de en lo que se estaba conviritiendo.

La carne cicatrizada del primarca era del rojo inhumano de la carne desnuda, acorazado con huesos fundidos en bronce ennegrecido. Vio impresiones solamente: una colosal cosa fundida, un avatar de ira volcánica, su carne humeante bajo la lluvia y con garras en lugar de botas, haciendo hervir los charcos de sangre que cubrían el suelo. Seguía creciendo, seguía en aumento, toda su forma ondulante por la música de la disformidad. La gran canción era más que una armonía para reescribir el vacío; era una suma destinada a reescribir el código genético de un primarca mientras inmolar su alma. A través del fuego, algo más puro surgiría en el reino material. Algo inmortal, compuesto enteramente de rabia, no sujeto al dolor o los pinchazos mortales dados por los clavos del carnicero. Lorgar había compuesto la disformidad a la perfección.

Lhorke nunca vio el final metamorfosis.

La garra que se estrelló contra su sarcófago desmadejó al Contemptor, enviando chatarra cayendo por el suelo. El remanente biológico que era Lhorke mismo, un cadáver marchito y lisiado, rompió contra el suelo duro, todavía arrastrando sus cables de soporte de vida y pegotes de líquido amniótico. Dio un suspiro, una

repentina inhalación aguda, y no se movió más. La sangre llenó su boca abierta y se apoderó de sus ojos muy abiertos.

El primarca-bestia se volvió hacia los bibliotecarios. Las criaturas que le habían molestado durante décadas. Los guerreros que habían hecho moverse los clavos y sangrado su cerebro sólo por el pecado de estar cerca de ellos. Ahora se movían contra su hermano, lanzando su inmundicia a Lorgar, quien se cubrió con una sola mano intacta, de rodillas.

-Traidores –resopló la cosa. Sus fauces se agrietaron y estiraron, alargando dientes de hierro oxidado en colmillos-espadas. Los clavos del carnicero eran una cresta de rastas inútil, silbando y zumbando en la lluvia.

Cada uno de ellos tuvo un destino diferente. Vorias, el mayor de todos, quedó ciego al estallar sus ojos en sus zócalos. Murió en una paz extraña, sin oír a su padre genético para nada; nada, de hecho, a excepción del canto exultante de Lorgar. Pensó que el señor de los Portadores de la Palabra se reía y, de hecho, tuvo razón.

Varios de los otros murieron a causa de embolias, hemorragias cerebrales, y en un caso, el cráneo de Ralakas detonó como golpeado por un proyectil de bólter, duchando a sus últimos hermanos con vida con fragmentos de hueso y materia gris.

Aquellos que trataron de escapar chocaron con las formas implacables de sus hermanos permanentemente centinelas al otro lado de las llamas. Kheyan se estrelló de cabeza contra un centurión, levantando su mirada ensangrentada al rostro del oficial.

-Khârn...

Varias manos agarraron al Bibliotecario huyendo: su garganta, sus muñecas, sus hombreras. Kargos y los otros le arrojaron de nuevo a través del fuego gritando. Se estrelló contra un cuerpo el talud, ante la misericordia de su primarca. La sombra-tormenta de Angron cayó sobre él, pero lo último que vio fue a Kheyan Khârn observando en silencio a través de las llamas.

Esca fue el último en morir. No sabía cuál de sus hermanos lo arrojó al otro lado del fuego, pero se levantó y mantuvo el hacha rota en la mano. Angron se alzaba

por encima de él; Angron, que estaba engullendo el cadáver de Kheyan. Un torso blindado y un brazo se sacudieron desde la monstruosa garganta del primarca. Incluso oyó el silbido apagado del ácido digestivo haciendo su trabajo corrosivo, muy dentro del cuerpo de la gran bestia.

Fue el rugido lo que lo lanzó a sus pies. Los ojos de Angron se encendieron en las cuencas de esa calavera malformada, lo que provocó un rugido que hizo temblar el cielo. Envió a Esca al suelo, desarmado y saturado de dolor por los muchos músculos desgarrados que su pantalla retinal mostró en una exploración.

Esca se levantó otra vez, poniéndose de rodillas, mirando a la cara de Lorgar Aureliano, Señor de la Legión XVII. Savia viscosa bañaba los rasgos serenos del Portador de la Palabra.

-Deberías darme las gracias -dijo Lorgar. -Toda tu Legión debería darme las gracias.

Esca gruñó hacia el primarca, una vez las palabras fallaron. Una sombra le cubrió desde atrás: Angron, o en lo que se estaba convirtiendo Angron, se acercaba.

-Sangre -dijo Lorgar, levantando crozius, -para el Dios de la Sangre.

-Están huyendo.

Feyd Hallerthan había sido acusado de arrogancia en el pasado, y estaba en consecuencia orgulloso de su apariencia. Al mirar una astilla de cristal en la mano, tuvo que confesar que nunca sería guapo otra vez. No sin una amplia reconstrucción facial.

Dejó caer el cuchillo de vidrio, dejando que estallase en la cubierta y se quedó mirando el hololito con el ojo que le quedaba.

-Están huyendo -dijo de nuevo, y luego se dio cuenta de que no había oficiales de alto rango para comentarlo. Las únicas almas vivas en el puente devastado del *Conquistador* eran esclavos, criados y servidores. Lehralla era un cadáver colgando de los cables de sus vínculos aumentados. Tobin estaba en una situación parecida,

empalado a la cubierta por una viga caída del techo, directamente a través de su pecho.

Ultramarines muertos se alineaban en la cubierta. Devoradores de Mundos muertos poblaban el suelo junto a ellos, junto con un número de tripulantes que Feyd casi temía contar.

Unos Devoradores de Mundos caminaron aquí y allá, sus espadas-sierra aún al ralentí. Parecían desorientados, pero con los cascos puestos, Feyd no tenía manera de estar seguro.

Reconoció a uno de ellos, con la cresta de capitán y ungido con sangre enemiga. -Delvarus -gritó. -¿Dónde está el cuerpo del capitán?

Delvarus se agachó, levantando escombros a un lado y ofreciendo su mano. Feyd vio a Lotara tomar su guante y ser levantada por el masivo legionario. El hollín marcaba su rostro, y la sangre formaba una costra oscura en un lado de su cara.

-Gracias, Del -dijo. -Me retracto de todo lo que he dicho acerca de usted.

El Triarii sonrió. Ella nunca lo vio debajo de su casco. Vacilante, la capitán tendió una mano a la fractura en el cráneo, donde su pelo estaba enmarañado y sucio alrededor de la herid. -Me duele la cabeza -dijo. -Feyd, estás terrible.

La sonrisa de Feyd era algo inocente e infantil. -Están huyendo, capitán.

Ella cojeó hasta la mesa hololithic. -Los Ultramarines nunca se retiran. Combaten en retiradas y repliegues tácticos. Y en este caso, tienen razón para hacer las dos cosas -hizo un gesto hacia la runa del Trisagion, que seguía latiendo con energía saludable. -Me irrita dar las gracias a los Portadores de la Palabra por algo, pero esa nave es una asesina.

Volvió la mirada hacia las runas en retirada de los Ultramarines. -Casi nos tenían, sin embargo. ¿Motores?

-Muertos, señora.

-¿Armas?

-Muertas.

-¿Navegación?

-Muerta.

Lotara resopló. -Por suerte para nosotros se están retirando.

-Estoy de acuerdo, señora.

Se volvió hacia el oculus, empañado por varios cráteres de proyectiles bólter humeantes, como cráteres en el vidrio reforzado. La imagen de Nuceria vacilaba, viciada por la corrupción visual, pero la tempestad roja sobre Meahor era visible desde la órbita.

-¿Qué estoy viendo? -le preguntó a cualquiera lo suficientemente cerca como para oír.

-Ni idea, señora- respondió Feyd.

Lotara siguió mirando y finalmente se aclaró la garganta. Hablaba con una voz tranquila y clara, como si nada hubiera ocurrido recientemente, o incluso nunca.

-Que alguien me dé un enlace a la superficie -dijo. -Tengo que hablar con Angron.

EPÍLOGO

I

¿Qué has hecho?

No importó cuan suavemente Khârn hizo la pregunta, la ira era todavía la emoción que le conducía. Una fría cólera, más que el calor de la ira. Esto no nació de las uñas. Era mucho más personal.

La cámara de reflexión recién reclamada de Lorgar a bordo de la Trisagion era un humilde espacio del hierro y el acero desnudo, sin tocar hasta ahora por los toques

personales de un alma en el hogar. Khârn sabía que con el tiempo se convertiría en otro templo-biblioteca, la casa de los pergaminos y tomos que el primarca optara por editar. Por ahora, su vacío hacía que sea mucho menos atractivo, pero extrañamente más tolerable. La cámara no tenía ventanas, portales dando a la disformidad. Khârn no podía decir si el cambio era significativo o no. El primarca era mercurial; adivinar su estado de ánimo y métodos era un ensayo en el mejor de los casos.

Lorgar vestía como de costumbre cuando estaba fuera de combate. Trabajaba en un escritorio, con el rasgueo continuo de la pluma como único compañero.

-Hice lo que tenía que hacer, Khârn.

El ex palafrenero dio un paso hacia delante. -Hay un... un demonio encadenado en la bodega del *Conquistador*.

Lorgar seguía sin levantar la vista. -Es Angron. Nada más y nada menos.

-¿Nada más? –la incredulidad le hizo audaz. -Asesinó a cientos de mis hombres antes de que lo envolvieran. No hace *nada más* que gritar, en la oscuridad, generando temblores por toda la nave. Lotara quiere echarlo por la borda en el espacio; varias cubiertas alrededor de él se han convertido en carne humana, lord Aureliano. Las paredes han comenzado a gritarnos con bocas móviles. Nuestras fuentes de agua se convierten en sangre tan pronto como son reprocesadas. Lo que está allí no es "Angron y nada más". ¿Qué has hecho?

-Ve allí -Lorgar todavía escribía; *scratch-scratch* dijo la pluma. -Míralo por ti mismo.

-¿Qué has hecho? Contéstame.

Lorgar levantó la cabeza con lentitud amenazadora. Sus ojos brillaban con la luz de la disformidad. Mirando hacia ellos era como mirar en el Mar de las Almas en sí.

-Yo le salvé, Khârn. Era la única manera. Solo traté de salvarlo de los clavos que lo estaban matando poco a poco. Solo miraba las maneras de liberarlo de una existencia de sufrimiento sin igual. Y solo actué para salvarlo.

-Pero...

La mirada de Lorgar le hizo callar. –Ve allí y míralo por ti mismo. Angron es el futuro, nuestro futuro. El futuro de la Humanidad. Fuerza inmortal y una eternidad para aprender los secretos metafísicos del universo. No murió, Khârn. Ascendió.

-Pero está encarcelado.

-Por nuestra seguridad -asintió Lorgar. -Ultramar está aislada por la Tormenta de Perdición, aislada del Imperio. Pero sé el camino de regreso a través del fuego. Reuniremos nuestras flotas repartidas en los Quinientos mundos y entonces nos reagruparemos con Horus. ¿Ha terminado Vel - Kheredar forjar la espada?

-Lo ha hecho.

-¿Es todo lo que te pedí? –preguntó Lorgar con calma.

-Su hoja es de color negro. Arde con runas divinas.

-Tráemela, Khârn. Yo se la entregaré a Angron, al igual que lo liberaré cuando sea el momento adecuado.

-¿Cuándo será eso?

¿Es que no lo adivinas? Cuando lleguemos a un mundo que debe sangrar como nunca antes -él sonrió, aunque era una cosa triste de ver. -¿Es eso tan diferente de como Angron ha vivido su vida en estos últimos veinte años? ¿Convocado sólo para la masacre?

Khârn no tenía respuesta para eso. No tenía sentido discutir con la verdad.

-¿Sufre dolor?

-Sí -el primarca volvió a su escritura. -Pero nada comparado con lo que le ha atormentado desde que su cápsula de gestación se estrellase en Nuceria y los Desh'eanos le clavaran los clavos en el cráneo.

Otro silencio se extendió entre ellos. Khârn partió haciendo una reverencia, y las articulaciones de su servoarmadura gruñeron por el movimiento.

-Le veré con mis propios ojos, entonces. -se volvió para marcharse, pero se detuvo cuando Lorgar dijo su nombre una vez más.

-*Khârn*.

El capitán miró hacia atrás, esperando ver a Lorgar ocupado con su pergamino. En cambio, la mirada del primarca era cruda y dolorosa; una vida digna, una furia contenida.

-¿Señor?

-¿Quieres saber quién mató a Argel Tal? -preguntó Lorgar en voz baja.

II

Erebus se inclinó ante la multitud, frente a los aplausos de los puños contra el pecho desnudo. El crozius desactivado en su mano estaba manchado de sangre, la primera sangre, y aunque digno vencedor ofreció una mano para ayudar a Skane a levantarse. El sargento tomó la mano ofrecida, agarrándolo con su nuevo miembro cibernético.

-Una buena pelea -dijo el Primer Capellán.

El Devorador de Mundos todavía no había reparado su garganta, dejándole sin habla, pero él sonrió y asintió con la cabeza en lugar de palabras y se trasladó de nuevo a la multitud.

Delvarus salió adelante. Lo mismo hizo Khârn. La multitud, generosa de vítores con el primer guerrero enmudeció al ver al segundo. El capitán dijo dos palabras al Triarii centurión.

-Déjame entrar.

Delvarus saludó y se alejó.

-¿Primera sangre? -preguntó Erebus.

El hacha en la mano de Khârn era Destripadora, equipada con dientes de mica-dragones y una vez empuñada por las manos de un Primarca. Él la había encadenado a su muñeca desnuda a imitación de los gladiadores nucerianos, cuyos huesos había visto y honrado pocos días antes en las Estribaciones Desh'elika.

El capitán estaba desnudo hasta la cintura, así como todos los guerreros presentes.

-Sanguis extremis -dijo Khârn. Algunos de la multitud aspiraron, mostrando su sorpresa como hicieran los meros humanos. Otros rieron y aplaudieron. Más puños golpearon contra el pecho.

Erebus considerado Khârn con fríos ojos compuestos. Varios segundos vencieron en silencio, antes de que los labios del Portador de la Palabra se curvara en una suave sonrisa indulgente.

-Valiente, Khârn. ¿Estas se…

Destripadora aceleró por primera vez desde su renacimiento, devorando aire con el gruñido gutural de un depredador. Esa interrupción fue la única respuesta que dio Khârn, y Erebus alzó su crozius en respuesta.

-Vamos entonces.

Tres golpes. El primero: Khârn apartó el crozius a un lado con la palma de la nueva hacha. El segundo: chocó un cabezazo en la nariz de Erebus, rompiendo el cartílago con un crujido húmedo. El tercero: Destripadora saboreó su primera sangre, rasgando el pecho del Capellán, tallando un cañón de la carne sobre la densa armadura pectoral subdérmica del caparazón negro del guerrero.

Todo esto sucedió en el tiempo que tomó a Erebus a parpadear. Nadie podía moverse tan rápido como Khârn. Nada humano, y nada mortal. El capellán se retiró crozius en alto para protegerse.

Khârn caminó hacia delante, apretando sin para el gatillo de Destripadora. La multitud quedó en silencio ahora. Este era un Khârn que nunca habían visto, ni siquiera en el campo de batalla.

Otros tres golpes, entregado con la misma velocidad cegadora. La maza de Erebus se deslizó por la cubierta; recibió un puño en la garganta y una bota en el estómago, mandándole atrás con la fuerza suficiente para estrellarse en el enrejado manchado de sangre.

Miró a Khârn desde el suelo y vio su muerte en los ojos del Devorador de Mundos. Nunca había visto esto antes, en cualquiera de los caminos posibles. No podía estar sucediendo. No podía terminar así. Era la Mano del Destino.

Khârn le miró, dándole claramente el tiempo al capellán para recuperar sus crozius.

-Levántate.

Erebus levantó su maza en sus manos otra vez. Atacó esta vez, mostrando la velocidad y habilidad que le había permitido defenderse contra Lucius de los Hijos del Emperador y Loken de los viejos Lobos Lunares. Su crozius expidió relámpagos letales, zumbando furiosa a medida que hacía vibrar el aire vacío una y otra vez. Khârn tejió fuera de cada golpe, más rápido que un parpadeo, sin duda más rápido de lo que los músculos jamás podrían permitirle.

Sus armas entrechocaron. Khârn había rechazado el último golpe. Erebus esperó acusación en los ojos del Devorador Mundial, o seguramente ira. Nada de eso. Peor aún, vio una indulgencia aburrida. El capitán incluso suspiró.

Tres golpes más. Erebus estaba en la cubierta antes de que supiera cómo. El dolor estalló en su pecho, caliente y urgente, coincidiendo con el latido grueso de su rostro destrozado. Llegó a tocar la herida con una mano que ya no estaba allí.

Su mano. Su mano estaba en la terraza, a varios metros de distancia. La sangre goteaba de las venas masticadas en la carne de su miembro amputado. Ojos incrédulos bajaron su mirada, viendo que su brazo terminaba la muñeca.

-Necesitará una réplica para eso -dijo Kargos entre la multitud. Varios guerreros se rieron, pero pocos con cualquier sentimiento real. Estaban demasiado fascinados por lo que estaba desarrollándose.

Erebus miró a Khârn nuevo. Estaba esperando.

-Levántate.

El capellán se levantó. Khârn no esperó esta vez; los golpes eran borrones sangrientos de motores chirriantes y cadenas de dientes lacrimosos. El dolor floreció en el cuerpo de Erebus, y estuvo boca abajo en el piso otra vez antes de haber conseguido erguirse plenamente de la última vez. Incluso sin los nulificadores de dolor y estimulantes de su servoarmadura, Erebus suprimió el dolor por el susurro cantando de una mandala sagrada. Khârn le interrumpió.

-Levántate.

Erebus realmente lo intentó, pero quedó congelado cuando sintió los dientes de Destripadora contra su columna vertebral. La espada-sierra al ralentí estaba ronroneando y exhalaba hedor a promethium, su beso de dientes-sierra paralizado entre las vértebras de Erebus.

Nunca, ni siquiera en atisbos fragmentados, previó este duelo.

No podía terminar así. *No podía morir aquí.* Había mucho que hacer. Signus Prime. Terra misma. En todos los Diez Mil Futuros, Erebus se había visto a sí mismo luchando en la Larga Guerra hasta el final.

El mismo segundo que Erebus uso para coger el cuchillo ritual de su cinturón con la mano restante, Khârn apretó el gatillo de la espada-sierra.

Debería haber habido un grito. Todo el mundo lo esperó. Todo guerrero presente esperó oír al primer capellán de los Portadores de la Palabra gritar tan pronto Destripadora penetró en su carne. Pero no había nada más allá del zumbido giratorio de un hacha masticando aire.

Nadie parecía sorprendido por el despliegue de brujería del Portador de la Palabra. Menos aún se sorprendieron de su cobardía. Khârn se apartó de la sangre marcando la cubierta, dejando el círculo sin decir una palabra.

III

Una hora más tarde, armados y blindados, Khârn estaban dispuesto una vez más.

-No tienes que hacer esto.

Khârn miró Kargos por la consola. -Sí, lo creo. Ya lo he hecho antes. Abra.

El apotecario manipuló la consola de controles y la puerta se abrió en silencio hacia el exterior. Más allá de ellos, pegajosos, con sangre seca, un conjunto de escalones de hueso caían en las sombras. Otro rugido, sin palabras y gutural, llegó resonando desde la penumbra.

Khârn caminó hacia delante y dejó que la oscuridad le cubriese mientras Kargos cerró las puertas detrás de él. Lo primero que oyó fue el susurro de los muertos en la oscuridad. La segunda cosa fue la respiración de la bestia. Incluso sus ojos genéticamente mejorados no pudieron perforar la absoluta falta de luz. Caminó lentamente, sin desenvainar ningún arma a pesar de la tentación, escuchando una respiración demoniaca entre la oscuridad.

-Khârn -dijo algo invisible, en todas partes y en ninguna. Fuera lo que fuese, olía a tumbas frescas y piras funerarias, y sus dientes estaban mojados.

-¿Sire?

Un trueno lento respondió. No, una risa. Una risa. *-No soy señor de nadie. Nunca lo fui. Mucho menos ahora.*

Khârn tragó saliva, aun escrutando a través de la oscuridad. Escuchó lo que había sido su padre genético lamiendo sus fauces.

-Quiero algo de ti, Khârn.

-Nómbralo.

-Hnnh. Toma tu hacha. Vuelve con tus hermanos. Mata a trescientas almas en las cubiertas de esclavos.

Khârn miró en la dirección en la que estaba seguro el monstruo estaba en reposo. -¿Por qué, señor? ¿Con qué objeto?

-Trescientos de ellos. Toma sus cráneos.

Khârn oyó lo sonrisa, escuchó la descamación húmeda de sus fauces con colmillos curvarse en una sonrisa. Algo enorme, con alas, y envuelto en el humo de las almas muertas trató de acercarse a él y fue detenido por las cadenas de runas grabadas que lo envolvían. Vio sus ojos ardiendo en la oscuridad, orbes de ascuas con el color de la sangre hirviendo.

-Toma sus cráneos, Khârn. Constrúyeme un trono.

PALABRAS DEL AUTOR

Traidor no era un libro fácil de escribir. Para ser honesto, digo lo mismo sobre todo lo que escribo. Siempre estoy celoso de los autores que dicen encontrar la escritura fácil, porque para mí es siempre una prueba de pánico, dudas de mí mismo y plazos aterradores. Pero *Traidor*, como *El Primer Hereje* antes que el, fue una bestia de libro. Llegó hasta las 117.000 palabras, y sacar todos los párrafos de mi cabeza era como conseguir sangre de una piedra. No escribo sobre los traidores más a menudo porque los prefiera, o porque creo que son más fáciles Simplemente se reduce a lo que la historia te encuentras con ganas de decirle en ese momento.

Aun así, *Traidor* es denso, con un montón de cosas pesadas. La metafísica de la disformidad. Las motivaciones y emociones de los primarcas bajo sus exteriores clásicos, tradicionales. Los matices fisiológicos y psicológicos de vivir con los Clavos del Carnicero. La historia del origen de Angron, el poder de la negación y la resonancia emocional de la degustación final de una venganza negada. Continuando hilos argumentales cruciales desde *El Primer Hereje*, *Aureliano*, *Los Clavos del Carnicero* y *La Batalla de Calth*.

Todo esto aumentó, haciendo vibrar mi cráneo hasta el punto de que (al igual que con El Primer Hereje) no podía decir si estaba explorando el entorno en

profundidad, tomando nuevas formas o... algo más. Ni siquiera sé qué. Dan (de la Legio Abnetticus - jajaja) tiene una gran frase para cuando los escritores van a estallar: él lo llama *"la voladura en la plataforma de lanzamiento"*.

Siempre pienso que estoy explotando sobre la plataforma de lanzamiento.

Los Devoradores de Mundos de Warhammer 40,000 son guerreros al final de un viaje largo y angustioso. Son involucionados, degenerados, locos brutales haciendo gala de su fuerza y esclavizados por su lealtad al Dios de la Sangre. Están a dos minutos de la medianoche, cuando la Era del Hombre llegará a su fin.

Pero no siempre fueron así. Quería mostrarles los primeros pasos de ese camino. No necesariamente en su momento *más fuerte*, pero quizá en su momento más complejo y dividido.

Similar a los Portadores de la Palabra en *El Primer Hereje* son una legión en su punto más bajo, perdidos e inseguro de su papel, los Devoradores de Mundos en *Traidor* están en el borde de una transformación. Se han quitado la correa del Imperio. Son libres. Angron mismo ha pasado más de un siglo luchando por permanecer leal y ser un hijo obediente, luchando con errores ocasionales en el autocontrol y siempre albergando las semillas de una verdad triste: que sentía traicionado a sí mismo.

Soy un gran de los arcos de personajes de largo alcance. En una serie como esta, no vas a llegar muy lejos sin algunos ricos y convincentes arcos narrativos. Así como Lorgar en El Primer Hereje era el primer primarca fracasado del Emperador y nunca alcanzado su potencial, estamos viendo a través de *Aureliano*, Los Clavos del Carnicero y ahora Traido que quién era al inicio de la Herejía no es quien Él será cuando (usando sus propias palabras) amanezca el último día'. Angron se está movioendo a lo largo de una trayectoria similar. Él no es perfecto. Él no es invencible. Como cada primarca, es un reflejo de la humanidad, con muchos aspectos manifestados y magnificados; y con todas las bendiciones y las maldiciones que vienen con una mente así. También tiene los clavos como su cruz personal. De todos los primarcas, Angron es el frustrado por encima de todos los demás. Él es el único que nunca podría realmente convertirse en lo que podría haber sido. Hay tragedia inherente a su relato.

Tiene en gran medida en el control de sí mismo, más o menos, a principios de *Traidor*. Conforme se desarrolla la historia, él regresa a su ser aún más inestable, reviviendo el pasado a medida que camina por el mundo en el que se crio.

¿Y al final? Bueno...

Ha cambiado tanto como cualquier Primarca ahora, y más que la mayoría. Pero todavía tiene un arco. Los buenos personajes crecen y profundizan con el tiempo. Su historia no ha terminado todavía.

Otra prueba en cualquier novela de la Herejía de Horus presentada son los antagonistas, amenazas creíbles para convencer. Ninguna legión es "mejor" que otra. Por supuesto, las legiones perderán peleas. Esa es la naturaleza del juego, sobre todo en un libro específicamente sobre una de esas derrotas. Pero siempre la clave es asegurarse de que no se ve al otro bando como necios. Tengo bastante suerte al no tener una legión favorita; me gustan mucho todas. Eso está muy bien para evitar el sesgo, pero aun así, he intentado que los Lobos Espaciales o los Ultramarines aparecieran como punks, sólo porque *Traidor* narraba las victorias de los Portadores de la Palabra y los Devoradores de Mundos.

Hay varias escenas donde espero que lo notéis: donde la disciplina de los Ultramarines destruye la caótica (sólo un poco 'C') de los Devoradores de Mundos, o donde infligen graves bajas y, literalmente, enviar a Khârn volando, aterrizando de espaldas. Lo mismo con los Lobos: donde Russ y su Legión impulsan a los Devoradores de Mundos a un estancamiento amargo, quizás perdiendo la batalla del orgullo, pero ganando de manera sucinta y efectiva la guerra. El ir a por la garganta, si se quiere. Muy lobuno.

Eso es lo que quiero decir. Todavía quieres que caracteres de legiones antagonistas brillen.

Uno de los mayores retos en la escritura las legiones traidoras es hacerles identificarse. No *humanizarles* exactamente, pero haciéndolos más fácil de identificarse. No te tienen que gustar o estar de acuerdo con ellos, pero creo que es letal cuando la gente les *entiende*.

Trato de tomar un enfoque que refleje que estos Marines Espaciales fueron una vez niños humanos, tomados y adoctrinados en la cultura de una Legión, criados y entrenados para vivir sus vidas en el campo de batalla. Es posible que ello haya atrofiado gamas emocionales y ocasionando dificultades para interactuar con muchos seres humanos. Pueden ser más crueles que los seres humanos, o más insensibles. Ellos seguramente se adhieren a los códigos de honor y una moral que son ajenas a cualquiera fuera de su forma de pensar. Y, sin embargo, todavía están viviendo, son seres sintientes por debajo de todas las cosas que han pasado. Deben ser en última instancia comprensibles, incluso si su comportamiento no es justificable para los estándares humanos, o por la forma en que (como lectores y fans) entendemos su motivación. Ellos pueden ser buenos o malos, validados o rechazados como apóstatas. Me da igual. Lo que importa es que sus elecciones tienen sentido en el contexto de sus vidas y tienen una profundidad de realismo para ellos.

Después de todo, nadie piensa en ellos mismos como los malos. Ni siquiera Khârn.

Aaron Dembski - Bowden

Octubre de 2012

FIN DEL RELATO